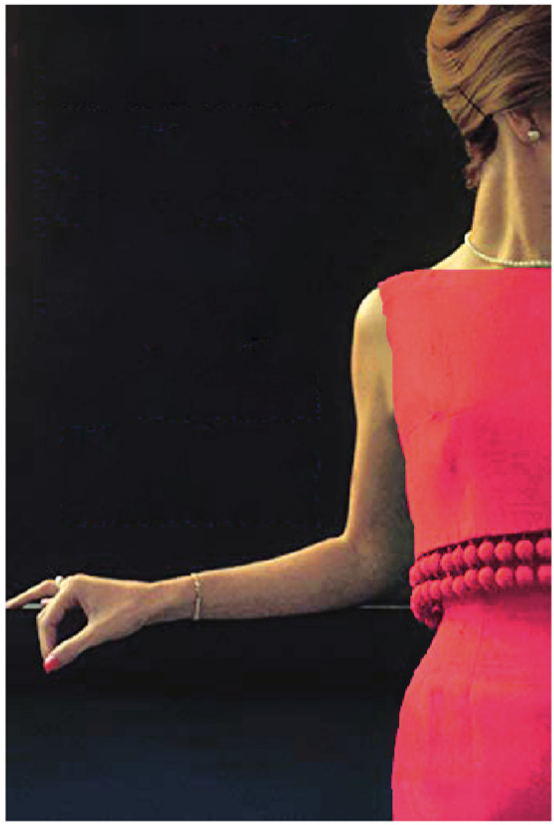
LA DAMA DEL LAGO

LAURA LIPPMAN



black salamandra

LAURA LIPPMAN

LA DAMA DEL LAGO

Traducción del inglés de
Eduardo Hojman

black salamandra

En memoria de

Rob Hiaasen
Gerald Fischman
John McNamara
Rebecca Smith
Wendi Winters

PRIMERA PARTE

Te vi una vez. Te vi y te fijaste en mí porque notaste que te miraba, que te observaba. Me miraste y te miré, te miré y me miraste. Las mujeres atractivas suelen hacerlo. Se miran a los ojos y luego se examinan de arriba abajo. Con una sola mirada comprendí que nunca dudabas de tu atractivo y que, al entrar en una habitación, aún tenías la costumbre de inspeccionarla para asegurarte de que eras la más guapa. Contemplaste a la multitud que se arremolinaba en la acera y tus ojos se cruzaron con los míos apenas un instante, luego se apartaron. Nada más verme, nos puntuaste. ¿Quién ganó? Presiento que te coronaste tú misma porque viste a una mujer negra y encima pobre. Es curioso que en el reino animal sea al revés. El macho actúa para la hembra, la atrae con su hermoso plumaje o su crin ondulante, siempre intenta pavonearse más que los otros machos. ¿Por qué los seres humanos lo hacen de otra manera? No tiene sentido. Los hombres nos necesitan más de lo que nosotras a ellos.

Aquel día tú eras minoría, estabas en nuestro barrio y casi todos los presentes me habrían escogido a mí. Más joven, más alta, más esbelta. Tal vez incluso tu marido, Milton. De hecho, una de las razones por las que me fijé en ti era que estabas a su lado. En aquel momento se parecía mucho a su padre, un hombre al que yo recordaba con cierto afecto. No puedo decir lo mismo sobre Milton. Por la forma en que la gente lo rodeaba en la escalinata del templo, le palmeaba la espalda, le estrechaba la mano, supuse que había muerto su padre. Y por la forma en que la gente aguardaba para consolarlo supe que Milton era un tipo importante.

El templo estaba a una manzana del parque. El parque con el lago y la fuente. ¿No es un dato interesante? Seguramente aquella

tarde estaba dando un rodeo, de camino a Druid Hill, con un libro en el bolso. Tampoco es que me gustara mucho estar al aire libre, pero en mi piso vivían ocho personas —mis padres, mi hermana y mis dos hermanos, mis dos hijos y yo— y nunca había un momento de paz, como diría mi padre. Así que me metía un libro en el bolso —Jean Plaidy o Victoria Holt— y soltaba un «Me voy a la biblioteca», y mamá no tenía valor para prohibírmelo. Nunca me reprochó que hubiera acabado con dos perfectos inútiles ni haber vuelto a casa como una mala hierba. Yo era su primogénita y también su preferida, aunque no tanto como para equivocarme una tercera vez y volver a salirme con la mía. Mamá se pasaba el día insistiéndome en que volviera a estudiar, en que fuera enfermera. Enfermera. Pero no podía imaginarme en un trabajo donde tienes que tocar a gente que no quieres tocar.

Cuando en casa el ambiente se volvía insoportable, cuando había demasiados cuerpos y voces, me iba al parque y deambulaba por los senderos, respiraba el silencio, me dejaba caer en un banco y me evadía de todo leyendo sobre esos tiempos de la vieja Inglaterra. Más adelante se dijo que yo era mala persona, que me había ido a vivir sola y había dejado a mis hijos con sus abuelos, pero en realidad lo hice pensando en ellos. Necesitaba un hombre, y no a uno cualquiera. Los padres de mis hijos me lo habían demostrado. Mi objetivo era encontrar a un hombre que fuera capaz de mantenernos a todos. Y conseguirlo requería estar un tiempo sola, aunque eso implicara irme a vivir con mi amiga Latetia, quien, básicamente, dirigía una escuela unipersonal centrada en cómo hacer que los hombres lo paguen todo. Mi mamá creía que si a un ratón le tiendes una trampa con un poco de queso, al menos debes conseguir que ese trocito se vea mínimamente apetitoso; quizá cortando la parte mohosa, o escondiendo el moho por detrás. Por tanto, tenía que estar guapa y mostrarme despreocupada, y eso era imposible viviendo en el abarrotado piso de mi familia en Auchentoroly Terrace.

Bien, de acuerdo, tal vez sí podía imaginarme en un empleo donde tienes que tocar a gente a la que no quieres tocar.

Pero ¿qué mujer no hace eso? Tú misma lo hiciste, supongo, cuando te casaste con Milton Schwartz. Porque nadie habría podido tener un romance de cuento de hadas con el Milton Schwartz que yo conocía.

Era 1964 —lo recuerdo por la edad que tenían mis hijos—, finales de otoño, empezaba a refrescar. Tú llevabas un sombrero redondo liso, sin velo. Apuesto que te dijeron que parecías Jackie Kennedy. Apuesto que eso te gustó, aunque lo negaras con una carcajada como diciendo «¿Quién? ¿Yo?». El viento te agitó el pelo, pero sólo un poco, por el toque de laca. Llevabas un abrigo negro con piel vuelta en el cuello y los puños. Créeme, recuerdo bien ese abrigo. Y, vaya, Milton se parecía tanto a su padre que en ese momento pensé que el viejo Schwartz era más bien joven y bastante atractivo cuando yo era pequeña. Sin embargo, de niña, cuando compraba caramelos en su tienda, lo consideraba un viejo. Y ni siquiera había cumplido los cuarenta. Ahora yo tenía veintiséis y Milton debía de rondar los cuarenta, y allí estabas tú, a su lado, y yo no podía entender cómo había conseguido a una mujer tan bella. Tal vez ahora era más amable, pensé. La gente cambia, claro que sí, sin duda. Yo misma lo hice. Sólo que nadie lo sabrá.

¿Y qué viste tú? No recuerdo mi ropa, pero puedo adivinarlo. Un abrigo, demasiado ligero incluso para ese día apacible. Probablemente había salido de una caja de la iglesia, así que estaría lleno de pelusa y flácido, con el dobladillo deformado. Unos zapatos raídos, con las suelas desgastadas. Los tuyos eran negros y relucientes. Mis piernas lucían al aire. Tú llevabas unas de esas medias que parecen satinadas.

Al observarte, me percaté del truco: para conseguir a un hombre con dinero primero debía aparentar que no me faltaba el dinero. Tenía que encontrar trabajo en un lugar donde las propinas fueran billetes, no unas monedas tiradas en la mesa. El problema era que

en esa clase de sitios no contrataban negras, ni siquiera como camareras. La única vez que conseguí trabajo en un restaurante fue lavando platos, escondida en la parte de atrás, lejos de las propinas. En los buenos restaurantes no se contrataba a mujeres para atender las mesas, ni siquiera a blancas.

Tendría que ser creativa y encontrar empleo en algún sitio donde pudiera conocer a esa clase de hombres que regalan cosas a las chicas, lo que a su vez me volvería más deseable para los hombres que apostaban más fuerte y me permitiría seguir escalando posiciones. Ya sabía qué significaba eso, qué tendría que hacer a cambio de esas cosas. Ya no era una niña. Ahí estaban mis dos hijos para probarlo.

Entonces, cuando me viste —y me viste, de eso estoy segura, nuestros ojos se cruzaron y ambas nos sostuvimos la mirada—, advertiste mi ropa andrajosa, pero también mis ojos verdes, mi nariz recta. Los rasgos a los que debo mi apodo, aunque más adelante conocí a un hombre que decía que yo le recordaba a una duquesa, no a una emperatriz, y que debería llamarme Helena. Según él, yo era lo bastante hermosa como para provocar una guerra. ¿Y acaso no fue eso lo que hice? No sé de qué otra manera podría llamarse. Tal vez no fuera una gran guerra, pero fue una guerra en cualquier caso; una guerra en la que hubo hombres que lucharon entre sí, aliados que se convirtieron en enemigos. Todo por mí.

En un abrir y cerrar de ojos me enseñaste adónde quería dirigirme y cómo llegar hasta allí. Tenía una oportunidad más. Un hombre más.

Ese día no imaginé que nuestros caminos volverían a cruzarse, a pesar de lo pequeñísimo que es Baltimore. Tú sólo eras la mujer que se había casado con aquel adolescente horrible que se dedicaba a atormentarme, y ese chico desagradable se había convertido en un hombre apuesto que estaba enterrando a su padre. «Necesito un marido como ése. No un hombre blanco, por supuesto, sino un

hombre que pueda comprarme un abrigo de piel vuelta en el cuello y los puños, un hombre que inspire respeto. Una mujer no vale más que el hombre que tiene a su lado», pensé. Mi padre me habría dado una bofetada si hubiera oído esas palabras saliendo de mi boca, me habría obligado a encontrar todos los versículos de la Biblia que hablan de la vanidad y el orgullo y a aprendérmelos de memoria. Pero aquello no era vanidad de mi parte: necesitaba un hombre que me ayudara a ocuparme de mis hijos. Y un hombre adinerado necesita una mujer hermosa. Eso fue lo que deduje aquel día. Tú estabas allí para consolar a Milton, para ayudarlo a enterrar a su padre, pero también representabas el estandarte de su trabajo y su éxito. No puedo creer que lo dejaras un año después, pero la muerte cambia a las personas.

Dios sabe que mi muerte me ha cambiado.

Cuando estaba viva, me llamaba Cleo Sherwood. Una vez muerta, me convertí en la Dama del Lago, un amasijo roto y repugnante que sacaron de una fuente en la que llevaba varios meses, soportando primero el frío invierno y luego esa primavera irregular y caprichosa, hasta bien entrado el verano. Mi cara había desaparecido por completo, igual que casi toda la piel del cuerpo.

Y eso no le importó a nadie hasta que llegaste tú, me adjudicaste ese estúpido sobrenombre, empezaste a tocar puertas y a molestar a la gente, a meterte donde no te llamaban. A nadie le importaba un bledo todo esto, excepto a mi familia. Yo no era más que una chica irresponsable que se había citado con la persona equivocada y a la que nadie había vuelto a ver jamás. Tú te presentaste al final de mi historia y lo convertiste en el principio de la tuya. ¿Por qué lo has hecho, Madeline Schwartz? ¿Por qué no te quedaste en tu bonita casa y te conformaste con un matrimonio aceptable? ¿Por qué no me dejaste tranquila en el fondo del lago? Allí estaba a salvo.

Todos estaban a salvo mientras estuve allí.

OCTUBRE DE 1965

—¿Cómo que has invitado a cenar a Wallace Wright?

Maddie Schwartz deseó retirar la pregunta apenas salió de su boca. Maddie Schwartz no se comportaba como las mujeres de los programas de televisión o de las canciones. No molestaba ni intrigaba. No le hacía falta escuchar ninguna canción, de Jack Jones para recordar que debía arreglarse el pelo y maquillarse antes de que su marido cruzara el umbral al terminar el día. Maddie Schwartz se enorgullecía de su imperturbabilidad. ¿Había que invitar al jefe en el último momento? ¿Su marido se presentaba con dos primos de Toledo a los que jamás había mencionado o aparecía de improviso con un viejo amigo del instituto? Maddie siempre estaba preparada para cualquiera de esos desafíos. Gestionaba su hogar de forma similar a como lo había hecho su madre; con ingenio y astucia y un sentido de la organización que le salía sin esfuerzo o, mejor dicho, sin esfuerzo aparente.

A diferencia de su madre, obraba esos milagros domésticos gastando sin restricción. Llevaba las camisas de Milton a la mejor tintorería del norte de Baltimore, aunque se encontraba a varios kilómetros de su recorrido habitual. (Ella las dejaba, él las recogía.) Tenía una chica de la limpieza dos veces a la semana. Sus «famosos» panecillos suizos eran de lata y la nevera siempre estaba llena. Contrataba servicio de *catering* para las fiestas más ambiciosas de los Schwartz: la fiesta del día de Año Nuevo, que era una jornada de puertas abiertas para los colegas del bufete de Milton, y la fiesta de la primavera, que empezó como una reunión espontánea, pero tuvo tanto éxito

que se vieron obligados a convertirla en una celebración anual. A la gente le encantaba esa fiesta; se hablaba de ella durante todo el año con sincera expectación.

Sí, Maddie Schwartz sabía cómo recibir invitados, y por eso le gustaba hacerlo. Se sentía especialmente orgullosa de su talento para improvisar una cena. Nunca se quejaba, ni siquiera cuando algún invitado no le caía demasiado bien. De modo que Milton estaba en su derecho de sorprenderse por su actitud malhumorada de esa tarde.

—Pensé que estarías entusiasmada. Él es un poco... bueno... famoso —dijo.

Maddie recuperó la compostura rápidamente.

—No me hagas caso. Sólo me preocupa que, con tan poca antelación, no podré preparar una cena tan espléndida como a las que él debe estar acostumbrado. Aunque a lo mejor estará encantado con un pastel de carne y unas patatas gratinadas. Supongo que si eres Wallace Wright te pasas el día comiendo langosta Thermidor y bistec en salsa Diana.

—Dice que te conoce un poco. Del colegio.

—Ah, pero nos llevábamos unos cuantos años —respondió Maddie, convencida de que el generoso de su marido deduciría que Wallace Wright era mayor que ella. En realidad, era dos años menor e iba sólo un curso por debajo, aunque en el escalafón social de Park School estaba muchos peldaños por debajo.

En aquel entonces se llamaba Wally Weiss. Hoy en día era casi imposible sintonizar la WOLD-TV sin encontrarse con Wallace Wright. Presentaba el telediario del mediodía, donde entrevistaba a las celebridades que pasaban por Baltimore, y también dirigía *Soluciónelo con Wright*, un programa nocturno relativamente nuevo que giraba en torno a las quejas de los consumidores. En los últimos tiempos, cada vez que Harvey Patterson, el venerado presentador de la WOLD, se tomaba

alguna noche libre, lo sustituía Wallace.

Y Wally también era el vagabundo mudo que presentaba *Donadio*, un programa de dibujos animados que se emitía los sábados, aunque esto supuestamente era un secreto muy bien guardado por la cadena. Donadio, la poco imaginativa respuesta de Baltimore al payaso Bozo, no hablaba nunca y su rostro se ocultaba bajo gruesas capas de maquillaje. Pero Maddie había descubierto la artimaña cuando Seth era pequeño y veía ese programa.

Ahora Seth estaba en su penúltimo año de instituto. Hacía mucho tiempo que Maddie no veía *Donadio*, ni nada de la WOLD. Prefería la WBAL, la cadena número uno.

—Es un tipo agradable este Wallace Wright —continuó Milton—. No es nada engreído. ¿Ya te he contado que desde hace un tiempo jugamos partidos de tenis en las nuevas pistas de Cross Keys?

A Milton le encantaba soltar nombres de famosos y era lo bastante ingenuo como para sentirse orgulloso por jugar al tenis con un personaje televisivo, incluso con uno apodado Niebla de Mediodía por su inconfundible voz de barítono. El bueno de Milton, siempre deslumbrado por las estrellas. Maddie no podía reprocharle su tendencia a la adoración, considerando lo mucho que eso la había beneficiado. A pesar de que llevaban dieciocho años casados, aún había momentos en que él bajaba la guardia y la contemplaba como si no supiera qué había hecho para conseguir un premio semejante.

Ella lo quería, lo quería de verdad, llevaban una apacible vida juntos, pero, si bien en público se lamentaba ante la perspectiva de que su único hijo fuera a marcharse en dos años a la universidad, en realidad ya no aguantaba más. Se sentía como si viviera dentro de uno de esos dioramas que Seth había construido con cajas de zapatos en la escuela —seamos sinceros: los construía ella— y ahora la tapa se hubiera

desprendido y las paredes estuvieran cayéndose. Desde que Milton había empezado sus prácticas de vuelo, no dejaba de preguntarle qué le parecería tener una segunda residencia en Florida. ¿La prefería en la costa atlántica o en el golfo? ¿En Boca Ratón o quizá en Naples?

«¿Son ésas las únicas opciones? ¿Las dos costas de Florida? ¿No es mucho más grande el mundo?», pensaba Maddie. Pero al final había dicho que creía que le gustaba más Naples.

—Hasta luego, cariño.

Colgó el teléfono y se permitió exhalar el suspiro que había estado conteniendo. Era finales de octubre y los diez días santos que preceden al Yom Kipur por fin habían quedado atrás. Estaba harta de recibir invitados, exasperada por todas las interrupciones a su rutina. Los días que iban del Rosh Hashaná al Yom Kipur se suponía que eran un período de reflexión, la época de hacer balance, pero Maddie no recordaba la última vez que había podido rezar antes de romper el ayuno. Y ahora que la casa había vuelto por fin a la normalidad, Milton quería traer a un invitado, nada menos que a Wally Weiss.

Sin embargo, era fundamental que la cena impresionara a Wallace Wright. Las pechugas de pollo aguantarían un día más descongelándose en la nevera. Y el pastel de carne, incluso con patatas gratinadas, no tendría el nivel acostumbrado. Maddie sabía preparar de forma muy sencilla un guiso de carne delicioso; tal vez su receta no podía compararse con las de la televisiva Julia Child, pero cuando la hacía no sobraba ni una cucharada. Nadie adivinaba el ingrediente principal: dos latas de crema de champiñones Campbell ligadas con un buen par de vasos de vino. El truco estaba en acompañar el guiso con cosas que sugirieran elegancia y planificación: galletas de la panadería del Hutzler's, que Maddie guardaba en el congelador precisamente por esta razón; una ensalada César sin queso que

Milton sazonaba en la mesa y luego servía con la misma técnica que los camareros del Marconi. Mandaría a Seth a Goldman's a por una tarta. Después de todo necesitaba hacer prácticas de coche. Le diría que él podía comprarse comida rápida, lo que quisiera. El chico escogería algo no kosher, sin duda, pero Milton sólo exigía que los preceptos kosher se siguieran en casa.

Maddie examinó el bar, aunque siempre estaba bien provisto. Habría dos rondas de cócteles antes de cenar —ah, ya haría algo ingenioso con frutos secos, o tal vez serviría tostaditas con paté—, beberían vino con la cena y habría brandy y coñac después. No recordaba que Wally bebiera mucho, pero no había hablado con él desde el verano de sus diecisiete años. En aquel entonces nadie bebía. Ahora en el círculo social de Maddie bebían todos.

Él estaría distinto, desde luego. La gente cambia, pero sobre todo los adolescentes llenos de granos. Dicen que es un mundo de hombres, pero nunca oyes que sea un mundo de chicos. Maddie se dio cuenta en su propia casa, cuando Seth empezó el instituto. Le repetía que fuera paciente, que un día sería tan alto como su padre, que su rostro se volvería terso y atractivo, y sus profecías se habían cumplido.

Nunca le habría dicho lo mismo a Wally. El pequeño y triste Wally, que tanto la deseaba. Ella se había aprovechado de ese deseo cuando le había convenido. Aunque, por otra parte, eso es lo que hacen las chicas, ¿no?, ése es el poder con el que cuentan. ¿A quién creía que estaba engañando? Quizá ahora era más alto, ya no tenía acné y había domado su pelo, pero en la zona norte de Baltimore todos sabían que era judío. ¡Wallace Wright!

¿Estaba casado? Maddie recordaba que había habido una esposa, posiblemente un divorcio. La esposa no era judía, de eso estaba bastante segura. Decidió equilibrar la mesa con otra

pareja, los Rosengren; ellos aportarían esa expresión de asombro ojiplático que a Maddie le costaría demasiado fingir. Jamás podría mirar a Wallace sin ver a Wally. ¿Le pasaría lo mismo a él? ¿Vería a la Maddie Morgenstern que acechaba dentro de Maddie Schwartz? ¿Preferiría la nueva versión? Ella había sido una chica muy guapa, es cierto, fingir lo contrario sería absurdo, pero su ingenuidad rozaba lo dramático. Se pasó la veintena criando a un bebé, a riesgo de convertirse en una mujer sosa y anticuada.

Con treinta y seis, tenía lo mejor de ambos mundos. Su espejo le devolvía la imagen de una mujer hermosa, todavía joven y capaz de comprar las cosas que le permitían conservarse así. Había decidido dejarse un mechón plateado, un toque excéntrico y elegante al mismo tiempo. El resto de canas se las teñía.

Esa noche, al abrirle la puerta a Wally, le encantó ver su admiración sin reservas.

—Jovencita, ¿está tu madre?

Pero esa frase la irritó. Era un halago demasiado obvio; podría habérselo soltado a una abuela de sonrisa bobalicona con demasiado pintalabios. ¿Acaso Wally creía que ella necesitaba esa clase de elogios? Trató de disimular su frialdad mientras servía la primera ronda de copas y tentempiés.

—Y bien, ¿es cierto que os conocisteis en Park School? —dijo Eleanor Rosengren después de beberse de un trago el primer cóctel.

Los Rosengren, igual que Milton, habían ido a un instituto público.

—Un poco —admitió Maddie con una carcajada que significaba: «Hace mucho tiempo de eso, no aburramos a los demás.»

—Yo estaba enamorado de ella —dijo Wally.

—¡No es cierto! —se rió ella, nerviosa y de nuevo nada

halagada. Le daba la impresión de que él se estaba burlando de ella, como si hubiera contado un chiste a su costa.

—Claro que sí. ¿No lo recuerdas? Yo te llevé al baile de graduación cuando... ¿Cómo se llamaba ese tío...? Te dejó plantada.

Milton la miró con expresión curiosa.

—Ah, no, no me dejó plantada, Wally. Perdón, Wallace. Nos separamos dos semanas antes de la fiesta. Nada que ver con dejarme plantada.

En realidad, ni siquiera habría ido si no hubiera sido por el vestido nuevo. Había costado 39,95 dólares. Su padre se habría enfadado si no lo hubiera aprovechado después de lo mucho que le había suplicado que se lo comprara.

Maddie no reveló el nombre que Wally no recordaba. Allan. Allan Durst Junior. Al principio, cuando empezaron a salir, ese nombre había sonado lo bastante judío como para tranquilizar a su madre. El padre de Allan sí era judío, más o menos. Pero la señora Morgenstern salió de su engaño en cuanto lo vio. «No es un chico con el que puedas tener una relación seria», dijo, y Maddie no se lo discutió. Había empezado a salir en serio con otra persona, alguien que aún tenía menos posibilidades de ganarse la aprobación de su madre.

—¿Pasamos a la sala? —sugirió, aunque todavía estaban con los cócteles.

Wally —Wallace— era el más joven de los cinco que estaban sentados a la mesa, pero era evidente que se había acostumbrado a que la gente le pidiera su opinión. Durante la cena, los Rosengren, serviciales, lo acribillaron a preguntas. ¿Quién se presentaría a la alcaldía? ¿Qué pensaba sobre la última metedura de pata de Agnew? ¿Y de la tasa de delincuencia de Baltimore? ¿Cómo era Gypsy Rose Lee de cerca? (Había venido a Baltimore hacía poco para promocionar su propio programa de entrevistas, que se emitía en todo el

país.)

Para ser alguien que se ganaba la vida haciendo entrevistas, Wallace no parecía muy interesado en hacer preguntas. Cuando los hombres opinaban sobre temas de actualidad, los escuchaba con paciente condescendencia y luego los contradecía. Maddie intentó conducir la conversación hacia una de las últimas novelas que había leído, *Los guardas de la casa*, que ofrecía una interesante visión del conflicto racial en el sur, pero Eleanor dijo que no había podido terminarla y los hombres nunca habían oído hablar de ella.

A pesar de todo Maddie sintió que la cena había ido bien. Milton estaba encantado de tener un amigo famoso; los Rosengren habían quedado impresionados con Wallace, y ellos también parecían haberle caído bien a él. Más tarde, ya de noche, a la luz tenue de las lámparas, cuando ya había bebido bastante brandy y los extremos ardientes de los cigarrillos relucían como luciérnagas moviéndose lentamente por la sala, Wallace dijo:

—Te ha ido bastante bien, Maddie.

¿Bastante bien? ¿*Bastante bien*?

—Imagínate que hubieras terminado con aquel tipo —continuó él—. Durst, así se llamaba. Es redactor publicitario. Hace anuncios.

Ella contestó que no había visto a Allan Durst desde el instituto, lo que era cierto. Luego dijo que se había enterado de su trabajo por el boletín de ex alumnos de Park School, lo que no era cierto.

—No sabía que habías tenido novio en el colegio —dijo Milton.

—Eso es porque no lo tuve —repuso Maddie, más bruscamente de lo que habría deseado.

A las once de la noche ya se habían marchado todos, haciendo eses e insistiendo en que repetirían la velada. Milton

se desplomó en la cama, reventado por el alcohol y la excitación. Normalmente Maddie habría dejado el grueso de la limpieza a la chica que venía los viernes. No había nada de malo en dejar los platos sucios de la noche siempre que no olvidaras aclararlos. Aunque Tattie Morgenstern nunca dejaba ni un tenedor en el fregadero.

Pero Maddie decidió no acostarse todavía y recogerlo todo.

Habían reformado la cocina el año anterior. Cuando las obras terminaron, Maddie se sintió muy orgullosa del proyecto, feliz con los nuevos electrodomésticos, pero ese entusiasmo se extinguió rápidamente. Ahora la reforma le parecía una estupidez, incluso inútil. ¿Qué ganaba con tener los electrodomésticos más modernos, todos perfectamente encastrados? En realidad no servían para ahorrar tiempo, aunque, eso sí, la nueva disposición de los armarios le permitía guardar los dos juegos de vajilla.

Mientras comían la ensalada, Wally había manifestado su sorpresa al percatarse de que los Schwartz tenían una casa kosher, pero en realidad no era más que un guiño a la educación de Milton. Dos juegos de vajilla, nunca mezclar carne y lácteos, evitar el cerdo y el marisco... No era tan difícil y hacía feliz a Milton. Sin duda ella se merecía su devoción, se dijo para sus adentros mientras enjabonaba y aclaraba la cristalería. Luego secó a mano la porcelana buena.

Al darse la vuelta para salir de la cocina, golpeó con la punta del codo una copa de vino del escurridor. La copa cayó y se hizo añicos en el suelo.

Se supone que tenemos que romper una copa.

¿De qué estás hablando?

No me hagas caso; siempre olvido que eres una hereje.

La copa rota le ocupó cinco minutos más con el recogedor y la escoba; barrió con cuidado para quitar hasta la última astilla de cristal. Aunque terminó casi a las dos, le costó conciliar el

sueño. La cabeza le iba a toda velocidad; se le encabalgaban las listas de cosas pendientes o que había pasado por alto. Ninguna tenía que ver con el presente. Los descuidos se remontaban a veinte años atrás, la época en que había conocido a Wally, así como a su primer amor, de cuya existencia nunca sospechó su madre. Ella había jurado que se convertiría en... ¿En qué, exactamente? En una persona creativa y original, alguien a quien la opinión pública le tuviera totalmente sin cuidado. Ella —ellos— vivirían en Nueva York, en el Greenwich Village. Él se lo había prometido. La sacaría de la aburrida Baltimore, tendrían una vida apasionante, dedicada al arte y llena de aventuras.

Había conseguido olvidarlo durante todos esos años. Pero ahora él había vuelto; como el profeta Elías, se había presentado durante la Pascua para coger su copa de vino.

Se quedó dormida pasando las hojas de un calendario imaginario, tratando de calcular el mejor momento para poner fin a su matrimonio. El mes siguiente era su cumpleaños. ¿En diciembre? No, durante las vacaciones no, por poco importante que fuera el Janucá. Febrero parecía demasiado tarde; enero, un tópico, una burla de los propósitos de Año Nuevo. El 30 de noviembre, decidió. Se marcharía el 30 de noviembre, veinte días después de cumplir treinta y siete años.

Se supone que tenemos que romper una copa.

¿De qué estás hablando?

No me hagas caso.

EL COMPAÑERO DE ESCUELA

Me aferro al volante de mi nuevo Cadillac y no paro de hablar en todo el trayecto, que es bastante corto, desde la casa de Maddie hasta la mía. Sigo un tramo por Greenspring —pasando por delante de Park School, nuestro antiguo colegio, aunque en aquella época estaba en otra zona—, luego doblo a la derecha por Falls Road y, finalmente, subo por Mount Washington. Me hablo como un entrenador, aunque nunca he jugado en ningún equipo. Ni siquiera pude ser aguador.

—Concéntrate, Wally, concéntrate.

En mi cabeza, siempre soy Wally. Todos admiran a Wallace Wright, yo incluido. No me atrevería a hablarle como le hablo a Wally.

Me aterroriza la posibilidad de cruzar la línea divisoria, de chocar con otro coche, o incluso de algo peor. «Wallace Wright, el presentador de la WOLD, ha sido arrestado por homicidio imprudente cerca de su casa en el nordeste de Baltimore.»

—El presentador de las noticias no puede acabar en primera plana, Wally. Concéntrate —me digo.

Que me pare un policía sería casi igual de malo. «Presentador de la WOLD arrestado por conducir en estado de embriaguez.» Eso se convertiría en noticia por el mero hecho de ser periodista el infractor. ¿Quién no ha conducido un poco achispado en alguna ocasión? Pero también es posible que el policía me dejara marchar, incluso que me pidiera un autógrafo.

¿Dónde ha aprendido a beber así Maddie? Supongo que es como el viejo chiste sobre el Carnegie Hall: practicando,

practicando, practicando. Yo nunca he tenido la oportunidad de cultivar el hábito de los cócteles porque casi nunca estoy en casa antes de las ocho, empiezo a trabajar a las nueve de la mañana y estoy en el aire a las doce del mediodía. Esta rutina no se presta al consumo de alcohol. Ni al matrimonio.

Mount Washington es una zona tan oscura a medianoche, tan silenciosa... ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Sólo se oye el crujir de las hojas bajo las ruedas del coche. Mientras subo por South Road llego a la conclusión de que más me vale aparcar junto a la acera y no intentar meterme en la entrada para coches, mucho menos en el garaje.

¿Por qué me he quedado hasta tan tarde? No por la chispeante conversación, desde luego. «Porque no todos los días tienes la oportunidad de demostrarle a tu primer amor lo mucho que se equivocó.»

Si me lo hubierais preguntado esta misma mañana —y a mí me preguntan muchas cosas, os asombraría la clase de oráculo en que me he convertido—, os habría respondido con toda sinceridad que nunca pensaba en Maddie Morgenstern.

Pero nada más verla en el umbral de su casa me di cuenta de que ella siempre había estado conmigo. Era mi público de una sola persona. Estaba allí de lunes a viernes, cuando me colocaba delante de las cámaras de doce a doce y media para presentar las noticias del mediodía. Los miércoles por la noche, cuando hacía *Corrídalo con Wright*. Cada vez que tenía la suerte de sustituir a Harvey Patterson, cuyo puesto pienso ocupar algún día. De algún modo, Maddie se las había arreglado para ser a la vez una chica de diecisiete años y un ama de casa de barrio de las afueras que se sienta a tomar una taza de café después de las tareas de la mañana, pone el canal 6 y piensa: «Yo podría haber sido la esposa de Wallace Wright si hubiera jugado bien mis cartas.»

Está presente incluso cuando me pongo maquillaje y hago

de Donadio, ese payaso triste y mudo que, casualidades de la vida, supuso mi entrada en la WOLD-TV.

Yo trabajaba en la radio, gracias a mi voz, pero nadie me consideraba preparado para las cámaras. El trabajo de Donadio implicaba veinticinco dólares más a la semana. La única condición era que no debía contárselo a nadie y yo estaba más que encantado de cumplir con esa promesa.

Un sábado, mientras me desmaquillaba, anunciaron el asesinato de un agente en el monitor de la radio de la policía. Yo era el único periodista disponible. Por algún motivo, después de catorce meses disfrazándome de Donadio, me había vuelto más esbelto, mi pelo parecía más liso y mi piel, paradójicamente, más clara. Tal vez me lavaba mejor la cara desde que usaba maquillaje de payaso. En cualquier caso, tanto mi cara como mi cuerpo por fin se correspondían con mi resonante voz de barítono. Me dirigí a la escena del crimen, recopilé la información... y nació una estrella. Ni Maddie, ni el estúpido con el que salía en el instituto, ni su marido el abogado estupendo. Yo, Wally Weiss. Yo soy la estrella.

Nos conocimos en el lugar más inverosímil: el club de radioaficionados del colegio. No tardamos en comprobar que ambos sentíamos una gran admiración por Edward R. Murrow; sus informes desde Londres durante la guerra nos habían impactado profundamente a los dos. Hasta ese momento, nunca había conocido a una chica a la que le apeteciera hablar sobre Murrow y el periodismo, y menos a una que fuera guapa. Fue como esa primera gran obra de arte que te deja paralizado de la impresión, como esa novela que te acompañará el resto de tu vida, aunque luego leas otras mucho mejores. Me costó mucho no mirarla con la boca abierta.

Pero Maddie se presentó en el club de radioaficionados sólo esa vez; había creído que era un club de radio, para estudiantes interesados en la escritura y la interpretación, no una sala llena

de perdedores. Pronto entró en el periódico del instituto y no tardó en tener su propia columna y en codearse con una pandilla muy divertida y nada judía de la que formaba parte Allan Durst. Era evidente que Maddie Morgenstern no podía tener nada serio con él, pero sus padres tuvieron el acierto de no oponerse a un idilio escolar. Me enteré de que incluso llegaron a invitar a los padres de Durst a su casa para el sabbat. La madre era una artista famosa y sus inmensos cuadros abstractos se exhibían en museos de todo el mundo, mientras que el padre era un retratista competente especializado en la nobleza de Baltimore.

Allan dejó a Maddie justo antes del baile de graduación. La encontré llorando en un aula vacía y me sentí honrado de que me confiara sus problemas. Le sugerí que fuera conmigo a la fiesta.

«¿Qué podría ser más insultante?», le dije, mientras le palmeaba la espalda subiendo y bajando la mano, casi como si estuviera haciendo eructar a un bebé. Mi mano rozó lo que parecía la hebilla de un sujetador: mi experiencia más erótica hasta la fecha.

Ella aceptó mi plan con una prontitud casi hiriente.

Le compré una pulsera de flores con la orquídea más cara que se podía conseguir en Baltimore. Ella cumplió con su papel, ignorando por completo a Allan, que fue solo, y riéndose de mis chistes como si yo fuera Jack Benny. En un determinado momento Allan se acercó a ella y la invitó a bailar «por los viejos tiempos». Maddie inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera tratando de recordar exactamente qué viejos tiempos habían compartido, y luego dijo: «No, no, me lo estoy pasando muy bien esta noche con mi acompañante.» Yo la hice girar sobre sí misma y en ese instante me sentí como el mismísimo Fred Astaire. Si uno lo piensa bien, Astaire no era el típico galán. No era el tipo más alto de la sala y tampoco un atleta.

Pero era Astaire.

Después del baile, cuando la llevé a su casa, se deslizó por el asiento del Buick de mi padre y apoyó la cabeza en mi hombro. Me confesó que quería escribir, escribir en serio, poesía y ficción, lo que me resultó casi más excitante que el beso muy real que me dio en la puerta de su casa. Cuando volví al coche descubrí que la flor se le había caído de la pulsera. Tal vez su fragancia fuera como la de cualquier orquídea, pero para mí tenía un aroma especial, a Maddie, tan especial como su voz, baja y ronca para ser adolescente. Maddie nunca chillaba, no se parecía en nada a las quinceañeras que gritaban en los conciertos. Exhibía una actitud digna, majestuosa, por eso siempre hacía el papel de reina Ester en la representación teatral de Purim.

La llamé tres días más tarde para invitarla al cine, como una cita de verdad, tras haberlo sopesado y llegado a la conclusión de que tres días era un intervalo adecuado. No demasiado ansioso, tampoco demasiado distante. Muy Astaire.

Me contestó con un tono entre desconcertado y cortés: «Eres muy amable por preocuparte por mí, Wally. Pero estoy bien.»

Menos de un año después se comprometió con Milton Schwartz, un tipo peludo y corpulento de veintidós años, cuatro más que ella, que acababa de terminar su primer año en la facultad de Derecho. Asistí a la boda. Era como ver a Alice Faye huyendo con King Kong.

No había vuelto a pensar en Milton Schwartz en casi veinte años hasta que me lo crucé en el vestuario del nuevo club de tenis, el único lugar que hay cerca de Television Hill, la zona de Baltimore donde se concentran todas las cadenas de televisión, para hacer un poco de ejercicio antes del trabajo. Jugábamos bien en los partidos individuales y era evidente que a Milton le gustaba tener un amigo famoso. Era sólo cuestión de tiempo que me invitara a cenar a su casa. «Nada importante.

Mi esposa, tal vez algún matrimonio vecino, tú puedes traer a quien quieras», dijo.

Aunque Bettina y yo llevamos casi dos años separados y ya he salido con otras mujeres, ahora mismo no tengo ninguna relación seria. Decidí ir solo, como Allan en el baile de graduación. Milton sabía que yo había ido al mismo instituto que la señora Schwartz, pero dijo que su esposa nunca le había hablado de mí. Que Maddie no alardeara de nuestra relación no me desmoralizó, todo lo contrario, lo consideré un cumplido. No le había mencionado a su marido que conocía a la Niebla de Mediodía de Baltimore para permitirse fantasear de vez en cuando, un momento en el que imaginarse lo que podría haber sido su vida. En la mesa de la cocina, con el café y un cigarrillo, Maddie revivía la noche del baile y mi llamada telefónica tres días después y se reprochaba no haberme dicho que sí. Su pelo oscuro habría encanecido de forma prematura, su cintura de avispa se habría ensanchado. Ninguna de esas cosas terminó siendo cierta, pero me la imaginaba así.

Me sorprendí al darme cuenta de que seguían preceptos kosher. Yo no había tomado conscientemente la decisión de distanciarme del judaísmo, pero las estrellas de la televisión debemos conectar con nuestro público y el mío es sobre todo cristiano. Éste es el precio de ser un oráculo. Claro que, por supuesto, está la ortodoxia y la *ortodoxia*, y negarse a mezclar carne con productos lácteos fue la única concesión al judaísmo que detecté en casa de los Schwartz. De hecho, me impactaron sus comentarios sobre la transformación de los barrios del sur y los judíos ortodoxos que vivían en Park Heights Avenue, frente a los que se sentían evidentemente superiores. En mi opinión, no hay nada más antisemita que un judío de clase media.

Pero no hablamos mucho de judaísmo. Discutimos de política y los Schwartz y sus vecinos siempre terminaban dándome la razón, como suele ocurrir. Nos reímos de la última

metedura de pata de Spiro Agnew, aquel discurso en Gettysburg donde era evidente que se había confundido al nombrar el bando que había vencido en el campo de batalla. Cuando llegaron las copas de la sobremesa, todos nos sentíamos a gusto y la atmósfera era informal. Se me ocurrió que sería un buen momento para mencionar el baile de graduación, así como la posterior negativa de Maddie a volver a salir conmigo.

Y ella lo negó. Insistió en que yo nunca la había invitado a salir.

Sí, admitió, fuimos al baile, pero negó categóricamente que yo volviera a llamarla, a pesar de que yo sé que lo hice.

«¡Porque claro que habría salido contigo!», dijo, como argumentando que su memoria era mejor que la mía. Aunque no pudo evitar restarle importancia a su comentario: «Ni que fuera por cortesía.»

En cualquier caso, su vehemencia era desproporcionada. No había ningún motivo para enfadarse tanto.

Cuando ya estoy a salvo en el umbral de mi casa, se me caen las llaves dos o tres veces antes de abrir la puerta, todavía desconcertado por la hostilidad de Maddie. ¿Acaso se había dado cuenta de que la había calado? Quizá allí fuera el único con un nombre gentil, pero en el fondo de mi corazón seguía siendo un chico judío, mientras que los Schwartz, con sus dos juegos de platos, eran sucedáneos. En esa casa todo era puro teatro.

Mi casa está muy silenciosa —y llena de polvo— desde que Bettina se marchó. Pensé que haría lo posible por quedársela. Había sido su principal preocupación durante los seis años que estuvimos juntos. Pero al final no quiso saber nada de la casa ni de mí. No tuvimos hijos. Todavía no sé qué pensar al respecto. Un niño estaría encantado de que Donadio fuera su padre.

Aunque estoy exhausto y tan borracho que apenas me tengo

en pie, voy al «despacho» que me montó Bettina durante aquel esperanzador primer año de nuestro matrimonio. Está todo revestido de cuero y caoba. Los grabados ingleses de carreras de caballos me dan cierta vergüenza, aunque supongo que la proximidad de Pimlico justifica esos aires de grandeza. Bettina organizó los libros por el aspecto del lomo, lo que me enfurece, pero por fin consigo encontrar el que buscaba: mi viejo y destartalado ejemplar de *Arco de triunfo*, relegado a uno de los estantes más altos, junto con los otros libros de bolsillo. La primera vez que lo leí me despertó las ganas de escribir, de hacer sentir a los demás lo que esa novela me había hecho sentir a mí. En lugar de eso, me dedico a leer los titulares, el pronóstico del tiempo y, cada tanto, a enarcar una ceja delante de alguna celebridad.

Y ahí está, entre las páginas 242 y 243, la orquídea de Maddie, marrón y quebradiza.

Por supuesto que la existencia de esa flor no prueba nada; los dos estamos de acuerdo en que asistimos al baile. Sin embargo, para mí es como una pistola humeante, una evidencia irrefutable. Pero ¿de qué? De que todo ocurrió tal y como yo lo conté. ¿Por qué lo habrá negado ella? Mi historia es un testimonio del poderío de Maddie, del esplendor de su juventud.

En cualquier caso, mejor que nuestra cita quedase en nada. Con treinta y cinco años, todavía soy joven; tengo toda la vida por delante. Quizá esté entrevistando a personajes de segunda fila, pero algún día hablaré con presidentes y reyes, tal vez termine trabajando en una de las cadenas nacionales. Mientras que Maddie Schwartz, con sus casi cuarenta, no tiene nada a lo que aspirar.

ENERO DE 1966

Hasta que el joyero no se llevó la lupa al ojo Maddie no se dio cuenta de que mentalmente ya se había gastado el dinero de la venta de su anillo de compromiso. ¿Cuánto le ofrecería? ¿Mil? ¿Podría llegar a dos mil incluso?

Necesitaba esa suma. Su nuevo piso tenía dos dormitorios y muy pocos muebles. Había supuesto que Seth viviría con ella. Pero él se negó aduciendo que prefería quedarse en la casa de Pikesville con su padre, cerca de sus amigos y el instituto. A pesar de que ella se ofreció a llevarlo al instituto en coche, Seth no quiso mudarse. Maddie sospechaba que Milton se había entrometido. Se consoló pensando que a Seth apenas le quedaban dos años en casa.

Pero habría escogido un piso de un solo dormitorio en un mejor barrio si hubiera anticipado la resistencia de Seth. Además, probablemente hasta tendría teléfono, aunque no tenerlo tampoco era ninguna tragedia. Significaba que su madre no la llamaría cada día para discutir sobre su futuro y lo que Tattie Morgenstern indefectiblemente denominaba sus «apuros económicos».

«Ahora que vives con apuros económicos, Madeline, tal vez te convenga recortar cupones. Me enteré de que hay buenas rebajas en el Hochschild's. Tendrás que acostumbrarte a comprar durante las rebajas y a recortar cupones, Madeline, debido a tus apuros económicos. Con tus apuros económicos, quizá sería mejor que no tuvieras coche.»

Le sacaba de quicio que su madre tuviera razón. En la vida pos Milton de Maddie todo era más pequeño, venido a menos.

El piso era bastante bonito, pero Gist Avenue, pese a que estaba en el lado correcto de la Northern Parkway, resultó no ser nada agradable. El casero la había convencido de que se encontraran por la tarde, cuando el barrio estaba vacío y tranquilo. Cuando Maddie entró en el piso a esa hora del día, le recordó a una versión en tres dimensiones de un cuadro de Paul Klee, con la cálida luz del sol invernal proyectando cuadrados dorados en los vacíos suelos de parquet, resplandeciendo en los diminutos azulejos rosados y azules del baño. Sólo vio formas y luz, espacio y posibilidades.

Pero cuando empezó a trasladar sus pertenencias se dio cuenta de que, si bien el piso era encantador, el barrio era, claramente, desigual. Y que estaba en camino de dejar de serlo. Maddie no tenía prejuicios, por supuesto. Si hubiera sido más joven y no hubiera tenido un hijo, habría ido al sur para sumarse al proyecto de registro de votantes que se había llevado a cabo unos años antes. Estaba casi segura de ello. Pero no le gustaba destacar tanto en su nuevo barrio; una mujer blanca y sola que casualmente tenía un abrigo de piel. De piel de castor nada más, pero de piel, en cualquier caso. Ahora mismo lo llevaba puesto. Tal vez el joyero le pagaría más si ella no daba la impresión de que necesitaba el dinero.

Cuando Milton se enteró de su nuevo domicilio, dijo que Seth no podía visitarla de ninguna manera y tampoco quedarse a pasar la noche. Dijo que ella podía pasar los fines de semana que le correspondía estar con él en su antigua casa, si le apetecía, que él la dejaría libre para que madre e hijo pudieran estar juntos. Un gesto amable, un acto generoso, pero Maddie se preguntó si Milton ya había empezado a salir con alguien. Eso le dio rabia, pero se consoló al darse cuenta de que una nueva mujer sería lo único que podría convencer a Milton de dejar de poner obstáculos al divorcio.

Se había inclinado tanto sobre el mostrador que formaba

nubecitas en el cristal con el aliento.

—¿Esto no lo ha comprado aquí? —dijo el joyero en tono de pregunta, a pesar de que ella ya le había proporcionado esa información.

—No, fue en una tienda del centro. Creo que ya ha cerrado... Steiner.

—Sí, la recuerdo. Un lugar muy sofisticado. Se gastaron mucho dinero en la decoración. Aquí preferimos cosas más sencillas. Siempre les digo a mis empleados que en una joyería lo que tiene que brillar son las joyas. No hace falta exhibirlas en terciopelo si son de buena calidad. No hace falta estar en el centro, donde los alquileres son muy elevados y no hay dónde aparcar. Puede que esta tienda, Weinstein, no esté de moda, pero seguimos abiertos y para mí eso basta.

—Entonces, mi anillo...

Él la miró con tristeza. Pero era una tristeza amable y falsa, como si algún pariente desagradable hubiera fallecido y él fingiera que le afectaba más de la cuenta.

—No puedo ofrecerle más de quinientos dólares.

Fue como un puñetazo en el estómago, aunque a Maddie nunca la habían golpeado ni pegado.

—Pero mi marido pagó mil dólares por él y eso fue hace casi veinte años.

Estaba describiéndose un poco mayor de lo que era, puesto que acababa de cumplir treinta y siete años y se había casado a los diecinueve, pero dos décadas tenían más peso que dieciocho años.

—Ah, la gente hacía tantas locuras en los cuarenta, ¿verdad?

¿Sí? En aquel entonces ella era una adolescente, una chica bonita; hacer locuras era natural. Pero Milton era un hombre joven y práctico, que no contraía deudas y que invertía con inteligencia. No habría escogido un anillo que no pudiera

revenderse bien.

Salvo que... Milton no esperara que ese anillo fuera a venderse. Ni el hombre más cínico del mundo esperaría que su anillo de compromiso se pusiera en venta; incluso los que cortejaron a Elizabeth Taylor pensaron que vivirían con ella para siempre.

—No entiendo cómo un anillo que costó mil dólares en 1946 puede valer la mitad de esa suma hoy.

Incluso mientras lo decía se dio cuenta de lo rápido que había pasado de una exageración a una mentira, de como los «casi veinte», una cifra que, esencialmente, era correcta, se habían convertido en «veinte».

—Si realmente quiere saberlo, podría aburrirla con una conferencia sobre el mercado de diamantes usados y los márgenes de beneficio. Podría hablarle sobre la claridad y el corte, sobre cómo cambian las modas. No tengo ningún problema en explicarle todas esas cosas, pero, en el fondo, la cuestión es que no puedo ofrecerle más de quinientos dólares.

—Lo hicimos asegurar por dos mil —dijo ella.

¿Sería cierto? Sonaba bien. O tal vez era que había esperado sacar dos mil dólares.

Milton le daba una asignación desde que se había ido de casa, pero no le bastaba y llegaba de forma irregular, sin fecha ni cantidad fija. Maddie había supuesto que Seth se mudaría con ella y, por lo tanto, había esperado una mensualidad más generosa. Milton nunca le negaría eso a su único hijo. Pero como Seth había decidido quedarse en la casa de Pikesville, ella había perdido esa ventaja. Necesitaba dinero. Con su tacañería, Milton intentaba que pasara hambre para obligarla a volver a su lado.

—No es broma eso de que podría aburrirla —comentó una joven pelirroja que estaba lustrando la parte superior de la vitrina.

Maddie se sorprendió de que una empleada se atreviera a hablar de su jefe con tanta insolencia, pero Jack Weinstein se echó a reír.

—Para ya, Judith. A ver, señora Schwartz, hagamos una cosa: déjeme su número de teléfono y si aparece algún cliente buscando un anillo como éste, tal vez podamos llegar a un acuerdo. No es el estilo...

—Es un solitario clásico.

—Exacto. Las jóvenes que se casan hoy en día tienen ideas interesantes. Algunas ni siquiera quieren piedras preciosas —dijo, y ahora su expresión de tristeza parecía sincera.

—Todavía no tengo teléfono. Estoy esperando que me lo instalen. Los de la compañía me han dicho que hay una lista de espera terrible.

Él apartó la lupa y le devolvió el anillo a Maddie. Ella se resistía a ponérselo en el dedo. Sentía que era una derrota tan grande como volver a mudarse a Pikesville. La joven, Judith, comprendió de inmediato lo que perturbaba a Maddie. Sacó un sobre y dijo:

—Para tenerlo a buen recaudo. Le daría una caja, pero no podría aguantar el sermón que me daría mi hermano sobre lo que cuesta todo.

—¿Su hermano? Eso explica muchas cosas.

—No lo sabe usted bien.

La joven era más atractiva que bonita, pero tenía expresiones graciosas y mucho estilo combinando su ropa. Seguro que se pasaba horas en su habitación: probándose cosas, creando conjuntos, planchando y zurciendo, lustrando y cepillando. Maddie lo sabía muy bien, porque antes era esa clase de mujer. De hecho, el estilo de esta chica era demasiado trabajado, lo que la envejecía un poco. Pero su amabilidad era abrumadora, como a veces la amabilidad puede serlo, y Maddie tuvo que hacer gala de un gran dominio de sí misma para

aguantarse las lágrimas.

Se las arregló para llegar al asiento del coche un instante antes de romper a llorar.

Estaba convencida de que recibiría el dinero. Se había imaginado una cama nueva, elegante y moderna. Un teléfono en la pared de la cocina, tal vez también una extensión en el dormitorio. No tener teléfono era un desastre.

Sin embargo, no lloraba por las cosas que podría haber tenido, sino por la vergüenza de que la hubieran descubierto y se hubieran dado cuenta de su avidez. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Maddie había permitido que alguien la viera atreviéndose a querer algo. Sabía lo peligroso que era permitir que alguien vislumbrase tus deseos, aunque fuera sólo un instante.

Un golpecito en la ventanilla. La cara de la chica divertida —Judith, así la había llamado su hermano— ocupó el marco. Maddie buscó las gafas oscuras y bajó la ventanilla.

—Hace mucho sol hoy —dijo Judith cortésmente, ofreciéndole una excusa.

—Lo sé. Me parece que esta semana no va a nevar. Si es que podemos creer al hombre del tiempo.

—Una gran incógnita. Mire, en realidad no nos conocemos, pero yo sé quién es usted. Por supuesto.

«¿Por supuesto?» «¿Por qué por supuesto?» Por un segundo de confusión, Maddie se vio a sí misma como la mujer en la que casi se había convertido, una chica de diecisiete años involucrada en un escándalo. Pero no, había evitado ese destino. El problema eran todos los otros destinos que también había evitado, las mentiras que se había dicho a sí misma y que había terminado creyéndose. Cuando Judith dijo que sabía quién era, probablemente se refería a algún cotilleo en el club, esa terrible camarilla de nuevos ricos encabezada por Bambi Brewer, con sus aires de grandeza y sus aquelarres y sus

acólitos. Los Morgenstern eran una familia antigua comparados con esa gente.

—¿Necesita algo de mí?

Como si alguien quisiera consejos de una mujer de mediana edad que está tratando de vender su anillo de compromiso. El mundo había cambiado tanto... Era imposible que esa chica que estaba en cuclillas al lado del coche de Maddie hubiera pasado por los mismos problemas que había sufrido ella veinte años antes. Hoy en día las mujeres podían practicar sexo sin preocuparse sólo con tomarse una píldora cada día. Por supuesto que la mayoría seguía fingiendo que era virgen cuando encontraba al hombre con el que casarse, pero eso lo hacían tanto por sus madres como por sus maridos.

—Me pareció que podría interesarle asistir a una reunión en el Club Demócrata Stonewall. Este año va a haber elecciones para la alcaldía. Es una buena manera de conocer gente. Mi hermano... No Jack, Donald, Jack es un poco gilipollas, pero Donald es encantador... Es muy activo en política.

—¿Intenta buscarme pareja?

La pregunta pareció divertir a Judith.

—No, no, Donald no... está en el mercado, por lo que sé. Está soltero y feliz de serlo. Cuando hablo de «conocer gente» me refiero sólo a eso: gente. Hay algunos hombres. Hay algunos que no tienen pareja. Para mí es una manera de salir de casa de mis padres sin que me hagan demasiadas preguntas. Y si voy acompañada de una agradable dama del noroeste de Baltimore, tal vez no se preocupen tanto por la hora en que vuelvo a casa.

Maddie esbozó una sonrisa trémula. La amabilidad podía ser mucho más dolorosa que la crueldad. Buscó en su bolso un pedazo de papel, apuntó el número de teléfono de su madre en el dorso del resguardo de una compra hecha en metálico en Rexall, asegurándose primero de que no hubiera nada

embarazoso en él, como productos íntimos.

Se dirigió a su hogar, aunque era difícil ver el piso de Gist Avenue como un hogar. No estaba Seth, apenas tenía muebles y los vecinos le hacían el vacío, como si en ese vecindario de criadas y lavanderas, lecheros y conductores de tranvías la indeseable fuera ella. Una vez dentro, sintió un calor extraño; el casero, habitualmente mezquino con la calefacción, había puesto muy fuertes los radiadores. Abrió la puerta corredera que daba al pequeño patio que se veía desde el dormitorio. Luego, en lo que quiso creer que era un impulso irrefrenable, cogió el anillo de compromiso y lo hundió profundamente en la tierra de la maceta de una violeta africana que tenía sobre una mesa tambaleante cerca de la puerta del patio. Al correr la puerta dejó una rendija para que entrara un poco de aire invernal. Metódicamente, creó cierta apariencia de caos abriendo cajones de la cocina y el dormitorio y tirando algunas prendas al suelo.

A continuación inhaló profundo y salió corriendo a la calle, pidiendo auxilio a gritos. Cuando había recorrido menos de una manzana, un agente de policía, un negro, corrió hacia ella.

—Me han robado —dijo.

Como estaba sin aliento, le resultó fácil sonar asustada.

—¿Aquí en la calle? —preguntó él, mirando el bolso que tenía en la mano.

—En mi piso. Las joyas... La mayoría era bisutería, pero tenía un anillo de diamantes que también ha desaparecido.

Ferdie Platt, pues así se llamaba el hombre —«¿Una abreviatura de Ferdinando? ¿Como el toro?», preguntó ella, pero él no respondió—, la acompañó al piso. Sus ojos examinaron la puerta del patio un poco abierta, el desorden de la estancia. ¿Acaso esos ojos inquisitivos y marrones se detuvieron también en la violeta africana e intuyeron su participación en el asunto? De pronto Maddie creyó que había

huellas de sus dedos en la tierra. Se revisó subrepticiamente las uñas en busca de suciedad. Él era uno de esos hombres que siempre parecen especialmente limpios, que huelen a jabón. No a *after shave* ni a colonia; sólo a jabón. No era particularmente alto, pero tenía hombros anchos y se movía como un atleta. Era demasiado joven para tener que preocuparse por hacer ejercicio, tal vez diez años más joven que ella.

—Llamemos a la unidad de robos —dijo.

—No tengo teléfono. Ése es uno de los motivos por los que salí corriendo a la calle en busca de ayuda. Pero además estaba preocupada por si el ladrón todavía seguía aquí.

Su temor era casi real. Empezaba a creer que le habían robado, que algún extraño había hecho todas esas cosas. Podría haber sido una buena actriz si hubiera optado por ese camino.

El agente Platt dijo:

—Y yo no tengo radio porque... bueno, no tengo radio. Pero sí tengo la llave de la cabina de teléfono, que está cerca de un *drugstore*. Llamaré desde allí y nos esperaremos. No nos conviene tocar nada aquí.

Una vez en el *drugstore* y con la llamada ya hecha, él la invitó a un refresco. Maddie se sentó a beberlo delante del mostrador, deseando que fuera un cóctel. Deseando, también, que él se sentara, en lugar de quedarse de pie a su lado con los brazos cruzados, vigilándola como un centinela.

—No la veo en este barrio —dijo.

—Hace sólo unas semanas que vivo aquí.

—No me refería a eso. Quiero decir que esta zona no es adecuada para usted. No la veo viviendo aquí.

—¿Porque soy blanca? —Se sentía audaz. Sentía cosas que no había sentido en años, tal vez nunca.

—No exactamente. Le conviene estar en un lugar donde no destaque tanto. Un lugar donde tenga intimidad. Tal vez más cerca del centro, ¿entiende?

—He firmado un contrato. He dejado un depósito.

—Los contratos pueden anularse si hay un motivo.

Dos semanas más tarde, Ferdie Platt hizo exactamente eso. Convenció al casero de anular el contrato sin penalización, incluso logró que le devolviera el depósito. Maddie prefirió no preguntarle cómo lo había hecho. Después él mismo inspeccionó el piso que ella había encontrado cerca de la biblioteca del centro y llegó a la conclusión de que era una ubicación segura y a la vez privada.

—Aquí no se fijarán tanto en tus idas y venidas.

Una semana más tarde la ayudó a estrenar su nueva cama, que había comprado con parte del dinero del seguro. También disponía de la suma que había obtenido por la venta del coche, aunque para eso había tenido que pedirle permiso a Milton, nada menos. Algo verdaderamente exasperante. Pero había un teléfono nuevo en la mesita de noche, de un tono rojo subido precioso. A su lado, montaba guardia la violeta africana, serena y muda.

LA DEPENDIENTA

Tengo una paciencia prodigiosa. Todos lo dicen. Bueno: todos dicen que tengo paciencia; sólo Donald, mi hermano favorito, utiliza palabras como «prodigiosa». Cuando quiero algo, soy capaz de conspirar y planificar durante meses hasta que lo consigo. Incluso años, si es necesario. Desde el momento en que descifré a Madeline Morgenstern Schwartz, cuando me la encontré tratando de vender su anillo de compromiso como si nada le importara menos que el dinero que podría obtener por él, la vi como un medio para alcanzar un fin. Maddie Schwartz representa mi mejor oportunidad para salir de casa sin casarme.

Soy la más pequeña de cinco hijos y la única chica. A mis hermanos no los obligaron a vivir en casa hasta que se casaran, pero son hombres. Mi madre, que es la que manda en la familia, ha decretado que debo permanecer aquí hasta que me case, lo que no tengo muchas ganas de hacer. Yo no era una salvaje de niña, todo lo contrario, y tampoco me considero una chica salvaje ahora. Sin embargo, cada vez estoy más segura de lo que no quiero hacer. No quiero ser maestra de escuela ni dedicarme a la enfermería, esa clase de oficios estables que me liberarían de la casa de mis padres. No quiero salir con hombres que se parezcan a mis hermanos o mi padre. Y, en realidad, no quiero casarme, todavía no.

Pero como soy una buena chica judía tengo que vivir en esta casa hasta el día de mi boda. Mis padres son así de anticuados. «No nos parecería mal que vivieras con otra chica, si nos cae bien, pero tus amigas son demasiado frívolas», dijo

mi madre. ¿Lo son? No tiene importancia. Mi madre ha sentenciado. Lo único que puedo hacer es sonsacarle información para averiguar qué acciones merecerían su infrecuente aprobación.

Así fue como logré asistir a la universidad. Mis padres no iban a permitir que me marchase, ni siquiera con una beca que cubriera todos los gastos. No confiaban en mí lo suficiente como para perderme de vista. Además, andábamos muy justos de dinero después de la quiebra de mi padre, incluso con lo que aportaban mis hermanos. Y sin coche era imposible desplazarse cada día a las universidades de College Park.

De modo que conseguí una beca en la Universidad de Baltimore y luego trabajé todo el verano para reunir el dinero que me permitiría cubrir mis otros gastos: libros, billetes de autobús, ropa. No pudieron oponer ninguna objeción a ese plan y el año pasado me gradué en Ciencias Políticas. Ahora tengo que aplicar un razonamiento similar para conseguir mudarme. ¿Cuáles son las objeciones de mis padres? El coste. Por eso accedí a trabajar en la joyería de Jack, aunque no siento ninguna afinidad con la venta al detalle, con todas esas mentiras, esos métodos de persuasión. La seguridad. Entonces he de buscar una compañera de piso. La moral. Pero no cualquier compañera; alguien de fiar, con los pies sobre la tierra. Y, no hace falta que lo diga, judía.

Maddie Schwartz podría ser la persona indicada. Si necesita vender su anillo, significa que no le vendrá nada mal una compañera de piso que le ayude a pagar las facturas. Cierto que todos comentan que es muy raro que no se llevara a su hijo cuando abandonó a Milton, pero eso debe de ser culpa de él. En el noroeste de Baltimore todos aguardan el día que Milton se presente del brazo de una secretaria o una enfermera. Sea quien sea, no tendrá la categoría de Maddie.

Hace ya años que mi familia no puede darse el lujo de

pertenecer al club de campo, pero recuerdo historias sobre Maddie Schwartz cuando era Maddie Morgenstern. Creo que mi hermano Nathan estaba colado por ella. Él fue quien me contó la sensación que causó al ponerse un traje de baño rosa pálido, de color piel. Y además era una chica lista, que se graduó con diecisiete años y estudió dos años en la universidad antes de casarse. Por supuesto, casi tiene la edad de mi madre, pero ¿hace falta insistir en eso? Entonces mi hermano mayor podría ser mi padre. Me refiero a la edad.

Además, Maddie no se parece en nada a mi madre. Cuando nació, mi madre ya era vieja. En las fotos de los años veinte, papá parece un dandi, alguien que disfruta de la vida; mamá, en cambio, siempre sale seria y triste, incluso de pequeña. Pero no hay que olvidar que papá era la segunda generación, mientras que mamá tenía tres años cuando su familia emigró aquí. Eso marca una diferencia; algunas veces, toda la diferencia. Nunca mencionamos a los miembros de la familia que no consiguieron huir a tiempo. «Qué se puede decir», replicó mamá cuando se lo pregunté.

Sí, Maddie es mi mejor oportunidad. Pero no sabía cómo ponerme en contacto con ella. Me había dado el número de su madre; sospeché que no tenía teléfono. (Más pruebas de que estaba viviendo a salto de mata.) Tendría que esperar el momento oportuno.

De pronto, justo la semana pasada, me crucé con la madre de Maddie, la señora Morgenstern, en la charcutería del Seven Locks. (Ésta es otra cosa de la que quiero escapar. Mi madre me obliga a hacer la mayor parte de la compra, con la excusa de que es un buen entrenamiento para cuando tenga mi propia casa.)

—Señora Morgenstern —le dije tímidamente—. Soy Judith. Judith Weinstein, del club, ¿me recuerda?

Ella me inspeccionó por encima de la montura de las gafas.

—¡Han pasado años!

No supe descodificar ese comentario inocuo, averiguar si la señora Morgenstern se refería al paso del tiempo o al escándalo y la quiebra que expulsó a los Weinstein de los círculos de élite cuando yo todavía era una niña. Supongo que no haber podido deducir su intención demuestra que es toda una dama.

—Me preguntaba si sabía cómo puedo ponerme en contacto con Maddie. Ella vino a la tienda el otro día y... —Traté de encontrar alguna razón plausible—. Nos llegó algo que se acerca a lo que estaba buscando.

—¿En serio? No pensaba que Maddie estuviera en situación de comprar nada. Pero siempre ha sido muy poco práctica. En cualquier caso, ya tiene teléfono. Se mudó al centro.

Sacó una libreta minúscula y escribió los siete dígitos. Tres tres dos... Un número de área que no conozco. La letra de la señora Morgenstern se parecía notablemente a ella, trazos muy rectos, bonitos, pero intimidatorios. No creía que pudiera haber una madre más dominante que la mía, pero me dio la impresión de que la señora Morgenstern tenía sus propios medios para conseguir lo que se proponía.

Eso fue el viernes. He esperado hasta hoy para telefonearla. Supuse que a estas alturas la señora Morgenstern ya le habría contado nuestro encuentro, de modo que Maddie no se sorprendería demasiado por mi llamada. Y yo ya le había mencionado la reunión en el Club Demócrata Stonewall.

Llamé a las ocho, pensando que era una hora civilizada. Una mujer que viviera sola ya habría terminado de cenar y de fregar los platos y estaría lista para sentarse a ver los programas de la noche. *Valle de pasiones* empieza a las nueve. A mí también me gusta verlo, a pesar de los constantes comentarios de mi madre: «Barbara Stanwyck parece más joven que el hombre que hace de su hijo; tiene razón, ya sabes, las mujeres deben asumir su propia responsabilidad cuando

engatusan a los hombres, aunque sean unas locas como ésa; ¿y cómo se llaman esos pantalones? ¿Gauchos?» Me dan ganas de ponerme a gritar.

El teléfono suena y suena. Dejo que lo haga cinco, ocho, doce veces; podría estar en el baño. O tal vez haya marcado el número equivocado. Vuelvo a intentarlo, por si acaso.

Maddie atiende al segundo ring, sin aliento.

—¿Maddie? Soy Judith. Judith Weinstein.

—Oh, vaya... Quiero decir, ¿eras tú la de antes? ¿La que lo ha dejado sonar tantas veces? No he podido llegar al teléfono y pensé que no tenía importancia, pero cuando ha vuelto a sonar me he preocupado, pensando que quizá tenía que ver con mi hijo...

Un torrente de emociones parecía empañar sus palabras, alivio e irritación y otra cosa que no puedo precisar.

—Lo siento mucho. He vuelto a llamar porque he pensado que me había equivocado la primera vez.

—¿Qué quieres?

Su tono es casi grosero. Pero porque estaba preocupada.

—Volver a comentarte lo que te mencioné, nada más. Lo del Club Demócrata Stonewall. Me parece que te gustaría. Incluso puedo pasar a recogerte si le pido prestado el coche a mis padres.

Como es lógico, quiero examinar el piso, ver si es lo bastante grande. Caso contrario, tendré que convencerla de que alquile uno de dos dormitorios.

—Oh...

Se diría que no recuerda nuestra conversación. Parece distraída. Si no supiera con quién estoy hablando, sospecharía que está un poco borracha. Pero las buenas señoras judías no se emborrachan los miércoles por la noche.

—Hay una reunión la semana próxima. Es interesante. Ya sé que a nadie se le ocurriría pensar que los demócratas necesitan

apoyo en un estado como Maryland, pero no puede darse nada por sentado. Las primarias son importantes y hay muchas formas de participar.

—¿Puedo llamarte en otro momento? No me refiero a esta noche, sino a otro día.

—Claro. Te paso mi número.

Maddie debe de haber dejado el auricular. Oigo los típicos ruidos que se hacen cuando se busca papel y lápiz, pero también... otra cosa. Un ruido sordo, un grito agudo de Maddie. «¡No! ¡En serio! ¡No!» Como si se hubiera golpeado la cadera contra un cajón, pero también, me parece, como si la sensación le gustara.

—Ya estoy lista.

Y yo le dicto el número de mis padres, aunque a esas alturas ya no espero volver a tener noticias de Maddie Schwartz. Maddie Schwartz, estoy bastante segura, no se pasa los miércoles por la noche viendo *Valle de pasiones*. Y estoy todavía más segura de que no quiere una compañera de piso.

Me siento delante del televisor con mis padres y trato de no resoplar mientras mi madre habla sin parar, compartiendo todos y cada uno de sus pensamientos, alguno incluso relacionado con el programa que estamos viendo. Mi padre está callado, como es habitual en él. En realidad, nunca se recuperó de haber perdido la farmacia Weinstein. Siempre pensé que parte del problema era que su apellido estaba conectado a la tienda, que ver la quiebra de la empresa y cómo quitaban los rótulos fue como ver su propio cuerpo desmembrado y vendido a la décima parte de su valor.

Esta noche, mi padre se permite un comentario y es sobre la actriz que interpreta a Audra.

—Es realmente atractiva.

Mamá se ofende muchísimo.

—Ah, de modo que ahora te gustan las rubias. Eso sí que es

un cambio.

Tengo que encontrar la manera de largarme de esta casa.

FEBRERO DE 1966

Maddie apoyó la cabeza en la tela de cuadros, maravillándose de lo que estaba a punto de hacer. Le parecía inverosímil, incluso peligroso. Pero Ferdie quería que lo hiciera. No era que se lo hubiera dicho, al menos no verbalmente. En realidad, no había dicho nada; sólo le había pasado los dedos por el pelo y se le habían quedado encallados por culpa del fijador que se ponía para que el cardado, que ya estaba bastante largo, no se deshiciera.

—Conozco a una mujer... —empezó a decir.

—Supongo que conocerás a muchas mujeres —respondió Maddie en tono de burla. Lo suponía en serio. Por lo que sabía, Ferdie hasta podía estar casado. ¿Qué más daba? Era imposible que se dejaran ver juntos fuera de su piso, teniendo en cuenta que el divorcio todavía estaba pendiente y que... Bueno, no era una buena idea, tal y como era el mundo, tal y como era Baltimore.

—Una mujer que arregla el pelo —continuó él—. De ésas a las que llaman «magas de la cocina». Te lo haría barato.

—¿Hacerme qué?

—Planchártelo.

Era una palabra de cuatro sílabas, pero, en la pronunciación de Ferdie, había sonado como de tres. *Plancherlo*. La familia de Ferdie llevaba cuatro generaciones en Baltimore, de modo que sus raíces eran más profundas que las de Maddie. Los Platt habían emigrado al norte desde las Carolinas después de la Guerra de Secesión y, gracias a un pleito que había tenido lugar a principios de los cincuenta, él había podido asistir al

Politécnico, un hecho que había conseguido colar en la conversación poco antes de empezar la relación. Había que ser un alumno sobresaliente para entrar en el Politécnico, un instituto público masculino destinado a los que les gustaba la ingeniería; sin embargo, Ferdie envolvía en misterio el vacío que había entre su graduación y su decisión de incorporarse al Departamento de Policía. Para Maddie su manera de hablar era como la de cualquier habitante de Baltimore de clase trabajadora, con sus oes largas y sus excesivas erres. Las primeras veces que Ferdie la llamó —al teléfono que, según él había insistido, los dos necesitaban— ella pensó que se trataba de un hombre blanco desconocido. Aunque él ya no era ningún desconocido cuando ella se mudó a la esquina de Mulberry y Cathedral.

Él se había presentado en el piso de Gist Avenue dos días después del «robo». Habían asignado el caso a dos investigadores, quienes hicieron un informe y le dijeron a Maddie que buscarían en las casas de empeño, pero que no debía albergar muchas esperanzas. Como ella sabía que no iban a encontrar ningún anillo, se olvidó de todo ese asunto, por lo que se sintió sorprendida —y un poco temerosa— cuando Ferdie Platt llamó a su puerta.

—He venido a ver cómo se encontraba —dijo.

Cada palabra parecía cargada de ironía e insinuaciones. ¿Y si aquellos ojos que lo veían todo se detenían en la violeta africana mientras recorrían el piso? ¿Conocería el secreto de la planta? ¿Era racista de su parte pensar que un policía negro sospechaba de ella cuando los dos investigadores blancos que hicieron el informe no le causaron la más mínima preocupación?

Entonces él se la quedó mirando, fijamente, le sostuvo la mirada y... ¡Oh! Ella se había olvidado de esa manera de mirar.

—Quiero revisar la puerta corredera.

—¿La del dormitorio? —Su voz chirrió en la última palabra.

—La que usó el ladrón para entrar.

—La del dormitorio.

—Correcto.

Ella lo hizo pasar, pero no llegaron a la puerta corredera. Tan pronto él cruzó el umbral, le rodeó la cintura con los brazos, la hizo girarse y empezó a besarla. En algún rincón de su mente ella se sintió ofendida por su atrevimiento, pero el resto de su cuerpo hizo callar a gritos a lo que quedaba de la señora de Milton Schwartz. Era cierto que ella había coqueteado con él aquel día en el *drugstore* y, aunque en el momento había sido un ardid vano, se alegraba de que él la hubiera puesto en evidencia. No se había sentido así... bueno, no diría que Milton nunca la había hecho sentirse de esa manera, pero había estado mucho tiempo casada.

Él ni siquiera se molestó en quitarle la ropa o en quitarse la suya; simplemente la tiró sobre la cama y le subió la falda casi hasta taparle la cara. «No creo que esté circuncidado. ¿Y si te deja embarazada?», se preocupó la señora de Milton Schwartz, pero a Maddie no le importó. Y le contestó a su yo anterior: «Él hará lo correcto.»

De pronto Maddie se puso a gemir con sonidos que apenas reconocía. Ella siempre había creído que disfrutaba del sexo con Milton, pero Ferdie estaba obligándola a reconsiderar esa creencia.

Lo único que en ese momento le preocupaba era que él sólo quisiera eso: hacerlo en esa única ocasión.

—Teníamos que quitárnoslo de encima —dijo él cuando terminó. La besó y cogió unos pañuelos de papel de la mesita de noche para limpiarse y frotar suavemente lo que había caído sobre la sábana—. La próxima vez será lento y bonito. Pero no he podido pensar en otra cosa desde que te conocí.

Incluso en su aturdimiento, Maddie supuso que eso era una

mentira. Él era demasiado perspicaz, demasiado centrado, para perderse en una fantasía. De todas formas, no había nada malo en esa clase de halagos. Cómo los había echado de menos. Claro, en ocasiones, a lo largo de los años, algún marido se había emborrachado, la había arrinconado en una fiesta y le había jurado que estaba obsesionado con ella, pero Maddie siempre había esquivado esos acercamientos torpes y poco prometedores con un estudiado buen humor.

Esto era distinto.

—La próxima vez... —empezó a decir, aunque no estaba segura de lo que quería transmitir. ¿Que no habría próxima vez? ¿Que no podía esperar a que llegara?

—No te preocupes. No tengo que ir a ningún sitio —dijo él.

Más tarde, bajo las sábanas, se inspeccionaron los cuerpos desnudos como clientes satisfechos. Él estaba circuncidado, después de todo. «El doctor era judío», le explicó él cuando la mano de ella se demoró en esa zona. La mayor sorpresa de su cuerpo compacto y atlético era el ombligo, que lo tenía salido, muy grande y abultado. Por su parte, él parecía más interesado en sus pechos y en su pelo. Ella sintió deseos de preguntarle si era la primera mujer blanca con la que había estado, pero le pareció una pregunta grosera. Era más fácil hacer el amor por tercera vez.

La sugerencia de que ella se planchara el cabello surgió varias semanas más tarde, cuando ella ya se había mudado y ya seguían unas pautas establecidas. Él la llamaba y le preguntaba si estaba libre. Para él, siempre lo estaba. Entonces él se presentaba con comida china o pizza. Terminaban comiendo la comida fría, muchas veces en la cama, entre sorbos de cerveza espumante. A él le gustaba la *ale* de Ballantine, de modo que ella siempre procuraba tener alguna y se la bebía a su lado, aunque prefería vino o vermut.

Él la llamaba antes de llegar para que ella pudiera bajar

subrepticiamente y dejar la puerta de la calle abierta. Llegaba cuando ya había oscurecido y desaparecía en la madrugada. Siempre venía de uniforme. Era inevitable que la gente lo viera... y Maddie sabía que la vecina de la puerta de al lado no sólo lo veía. Lo gracioso es que antes nunca gritaba tan fuerte. Pero quería que la oyeran, que supieran que tenía sexo dos o tres veces por noche, aunque fueran sus variopintos vecinos. A veces a Ferdie le gustaba inclinarla sobre la pila del baño y, mientras él mantenía los ojos bien cerrados, ella se quedaba hipnotizada por la imagen de ambos en el espejo. Nunca se había visto tan pálida y pequeñita. Antes de Ferdie, se consideraba morena.

Y todo eso la había conducido a casa de una desconocida no muy lejos de aquel piso de Gist Avenue y a apoyar la mejilla contra la tela de cuadros de la tabla de planchar, esperando que aquella maga de cocina le alisara el cabello. Era una mujer alta y corpulenta que llevaba un vestido deformado y unas zapatillas de andar por casa. Llevaba el pelo cubierto con un pañuelo.

—¿Cómo ha oído hablar de mí? —le preguntó.

Ferdie le había dicho a Maddie lo que tenía que responder.

—Por la chica de la limpieza de mi madre.

—Puede conseguir un peinado igual si mete el pelo en latas de zumo de naranja. —Pronunció *nranja*—. Pero así le durará más, si no hay demasiada humedad en el aire.

Cuando terminó, Maddie no supo con seguridad cómo se sentía al respecto. Hermosa, sí, bastante parecida a una actriz que había visto en muchos programas de televisión últimamente, con unos enormes ojos marrones y un cabello largo y reluciente. Pero también tenía la impresión de que había entregado una parte de sí misma, especialmente cuando fue a buscar a Seth y él le dijo:

—¿Qué te has hecho?

Ella tardó un instante en darse cuenta de que él se refería a su cabello.

Se tocó los mechones lacios y brillantes, imaginó los dedos de Ferdie recorriéndolos y sintió el deseo imperioso de que él fuera a visitarla antes de que volvieran a encresparse.

—Quería probar algo distinto.

—¿No has probado bastantes cosas distintas este año?

¿Sería posible que él lo supiera? Maddie había notado que, cuanto más sexo tenía con Ferdie, más hombres parecían fijarse en ella en la calle, casi como si exudara algún aroma animal. Pero Seth no era más que un adolescente hosco y estaba actuando como tal, torturando a su madre. Estaba enfadado con ella. Claro que sí. Ella debería haber esperado hasta que él terminara el instituto antes de marcharse, suponía.

Sus «citas» de entre semana con Seth siempre resultaban incómodas. Ella le decía que escogiera un restaurante, él contestaba que le daba lo mismo, ella elegía el Suburban House o el chino de Reisterstown Road, y entonces él protestaba por la elección. Ella le hacía preguntas y él respondía con gruñidos monosilábicos. Los dos se sentían aliviados cuando los encuentros llegaban a su fin.

Sin embargo, esa noche ella trató de presionarlo.

—Seth... Si estás enfadado conmigo, no pasa nada.

—Bueno, gracias.

Estaban en el Suburban House, donde él había pedido un sándwich de queso a la plancha y patatas fritas y ella lo había dejado pasar, sin molestarse en darle un sermón sobre su piel, con la que él acababa de ganar una frágil tregua. Comía con la boca abierta. Ella tampoco se sentía lo bastante fuerte como para corregirle eso.

—En serio, lamento mucho que tu padre y yo vayamos a divorciarnos.

Él se encogió de hombros y arrastró una patata frita por el

kétchup.

—Pues a mí me la suda.

—¡Seth! Ni siquiera sabes lo que eso significa en realidad.

Él reflexionó un momento.

—Claro que sí, significa que...

—Bueno, pues no es agradable. Y así no se le habla a una madre.

—Te has ido. No eres mi madre.

—Siempre seré tu madre. Sólo que no quería seguir siendo la esposa de tu padre.

Ella vio cómo él trataba de fingir despreocupación. Pero no pudo contenerse.

—¿Por qué? No os peleáis. Bueno, ahora sí, pero antes no lo hacíais. No lo entiendo.

—No sé cómo decirlo. Es como si hubiera podido vislumbrar... como en el poema, el camino no elegido. No creo ser la persona que se suponía que tenía que ser. Sí que tenía que ser tu madre —se apresuró en añadir—. Tú tenías que existir, el mundo te necesita, Seth. Eso era parte de mi destino. Pero no todo. Ya casi eres un adulto. Quiero hacer algo con mi vida.

—¿Como un trabajo? Pero si jamás has trabajado. ¿Qué harías?

Maddie no le reprochó a Seth que no se diera cuenta de que su trabajo había sido él. Ella tampoco lo había visto de esa forma. Ocuparse de una casa, criar a un chico bueno, aunque un poco hosco, ser una buena esposa —hasta el día que se marchó—, esas cosas no eran trabajo. Tus hijos te daban una tarjeta el día de la madre. Tu marido, si era lo bastante próspero, te regalaba joyas el día de tu cumpleaños. Todas las culturas estaban llenas de canciones folclóricas elogiando a las madres. Pero no era un trabajo.

De pequeño, Seth había leído biografías sobre la infancia de

grandes personajes estadounidenses: presidentes, estrellas deportivas. En esa serie había también niñas y algunas eran sobresalientes: Jane Addams, Amelia Earhart, Betsy Ross. Pero una de las mujeres elegidas era Juliette Low, la fundadora de las Girl Scouts, lo que, a ojos de Maddie, constituía un logro bastante menor. ¿Cuán brillante había que ser para crear una versión femenina de los Boy Scouts? Estaban tan desesperados por incluir mujeres en la serie que hasta le habían dedicado un tomo a Nancy Hanks, cuyo único papel en la historia había sido parir a Abraham Lincoln.

—Ya sé que sólo estudié dos años en la universidad, pero hay muchas cosas que puedo hacer.

—¿Como qué?

—Podría... trabajar en un museo. O tal vez conseguir empleo en la radio.

Wally Weiss le debía al menos eso, pensó irónicamente, aunque no se imaginaba llamándolo para pedirle ayuda. Seth, que detectó su vulnerabilidad, le preguntó si podía pedir otra Coca-Cola.

—Claro —respondió Maddie, derrotada. Era una tontería esperar que un niño se interesara por los sueños y los deseos de uno de sus padres.

Cuando volvió a su casa, se quedó contemplando el teléfono, deseando que sonara. Ferdie casi nunca llamaba los miércoles. No porque supiera que ella acostumbraba a cenar con Seth, sino porque... bueno, jamás lo dijo y ella tampoco quería preguntárselo. Había una esposa, tenía que haber esposa. Maddie podía soportar algo así. Pero estaba bastante segura de que también había otras mujeres, y la curiosidad la volvía loca. Siguió mirando fijamente el aparato, completamente consciente de que estaba recreando aquel cuento de Dorothy Parker en el que la chica le suplica a Dios que haga sonar el teléfono. De adolescente a Maddie le

encantaba Dorothy Parker, pero nunca le preocupó que los chicos la llamaran. Todo había ido según sus planes hasta el verano después del instituto, cuando trató de pescar un pez demasiado grande para sus manos inexpertas. Tenía bastante conciencia de sí misma como para darse cuenta de que su relación con Ferdie la hacía revivir aquella época ilegal, la hacía sentirse más joven, puesto que, una vez más, tenía que mantener una relación en secreto.

El teléfono no sonó.

Pero hubo otro sonido, como un granizo golpeando contra la ventana. Entró en el dormitorio y allí estaba Ferdie, en la escalera de incendios.

—Pasaba por aquí y he visto la luz encendida —dijo él.

—No deberías estar allí fuera. Alguien va a llamar a la policía —repuso ella.

—Por suerte, la policía ya ha llegado —dijo y pasó una pierna uniformada por encima del alféizar.

Ella estaba entre las piernas de él cuando sonó el teléfono. Él le sostuvo la cabeza con una mano firme y ella se dio cuenta de que estaba moviéndose al ritmo del teléfono, que no dejaba de sonar. ¿Quién hacía sonar veinte veces un teléfono? Hasta que, finalmente, tanto Ferdie como el teléfono se dejaron ir y ella se tumbó hacia atrás, satisfecha consigo misma. En ese momento, el teléfono volvió a sonar. Tenía que ser Milton y, si era Milton, entonces tendría que ver con Seth. ¿Qué podría haber ocurrido en las dos horas que habían pasado desde la última vez que lo había visto?

Levantó el teléfono, pero no era más que la chica de la joyería para preguntarle si quería asistir a esa reunión política. Sí, claro, ¿por qué no?, algún día, depende de lo que tenga en la agenda. Habría dicho cualquier cosa para terminar la llamada y volver con Ferdie.

Más tarde, mientras Ferdie dormitaba a su lado, Maddie se

preguntó cómo podría cumplir la promesa que le había hecho a su hijo. Tenía que hacer algo con su vida.

Tenía que ser importante.

En mi familia comíamos alubias carillas para Año Nuevo. ¿Conoces esa costumbre? Se supone que trae buena suerte. A mi padre no le gustaba. No le gustaba nada que sonara a hechicería. Si se te caía sal sobre la mesa, él pensaba que lo mejor era dejarla allí. Pasaba por debajo de escaleras, se cruzaba en el camino de cualquier gato negro. Para mi padre, las supersticiones eran impías. Si uno lleva una buena vida y sigue los Diez Mandamientos, no tiene que preocuparse de las escaleras, los gatos o el número trece. Pero permitía que mi madre preparara alubias carillas para Año Nuevo, siempre que no habláramos al respecto, y yo sí creía en esas alubias.

Pero ese primero de enero que no me presenté a comer con mi familia nadie le dio importancia. Sabían la clase de vida que yo llevaba. «Es frívola. Es una chica frívola y la culpa es tuya, Merva», le decía mi padre a mi madre. Incluso en una aburrida noche de sábado, yo estaría trabajando o habría salido con alguien. A veces trabajaba y luego salía. No hay nada de malo en ello. Era obvio que en Nochevieja yo iba a salir, más allá de lo tarde que terminara de trabajar. Hacía un tiempo excepcionalmente bueno para diciembre y todavía mejor para enero, con una máxima de más de quince grados.

Un clima excelente para morir, como terminó siendo.

¿En qué momento a mi familia se le ocurrió preguntar por mí? Yo había estado allí dos días antes, para ver a los niños. Y aunque los había inundado de regalos en Navidad —porque ahora podía, tenía dinero—, les traje más juguetes el veintinueve. Nunca iba a esa casa con las manos vacías. Juguetes para los niños, comida para mamá, jamón y carne asada, cosas que ella casi nunca se

permitía cuando compraba las ofertas en esa tienda de comestibles del barrio que ni siquiera tenía nombre. Esa noche, le llevé una chaqueta mía que sabía que le gustaba. Le habría dado dinero en efectivo también. Pero mi padre no lo permitía. Decía que mi dinero era sucio, que no lo quería. Que yo debería ahorrar, para poder volver a vivir con mis hijos.

Tenía razón. Pero cuando te pagan en efectivo es una tentación. No parece real, la verdad, en especial si también te están pagando tus otros gastos. Salvo por la parte del alquiler que me correspondía y que tenía que darle a Latetia, por supuesto, y yo nunca me preocupaba mucho por eso. Si no me alcanzaba, lo único que tenía que hacer era derramar algunas pocas y bonitas lágrimas. Y, sí, claro que gastaba un poco en mí misma. No tanto como pensaba la gente: mis mejores prendas no eran nuevas, pero lo parecían. Incluso mejor, creo, porque esas hermosas prendas que yo guardaba en mi armario ya tenían sus propias historias. Cualquier hombre puede comprarle ropa a una mujer. Mi hombre principal corría un riesgo cada vez que me daba algo.

¿Estás realmente desaparecida si nadie te echa de menos? Yo estaba muerta, pero ser un espectro conlleva menos privilegios de los que habría imaginado. No podía ver a mi familia ni demorarme en sus habitaciones, por mucho que lo anhelara. Además, si me hubieran adjudicado el derecho de acosar a alguien, no habría elegido a mi familia. Ellos se merecían algo mejor que mi triste fantasmita rondando por allí lleno de autocompasión.

El tiempo apacible terminó pronto, el clima se volvió más severo, seguido de aquella borrasca a finales de mes. Justo entonces empezaron a tomar en serio a mi madre. Corría el rumor de que yo me había ido a Florida con Latetia, quien huyó a Elkton y se esfumó en Nochevieja. Me telegrafió para informarme de que iba a mudarse a Florida con su nueva pareja, pero el telegrama quedó sin leer sobre un montón de facturas y anuncios publicitarios que habían deslizado debajo de la puerta en nuestra casa de Druid Hill

Avenue. Lo descubrió el casero cuando se presentó el 15 de enero para protestar porque no le habíamos pagado. Estaba decidido a tirar todas nuestras cosas a la calle, pero mi madre pagó la parte que me correspondía y rescató mis pertenencias, las que valía la pena guardar. Reunió mis hermosos vestidos y los llevó a casa de mi familia. Quería creer que volvería a ponérmelos.

El 14 de febrero salió el primer artículo sobre mí en el Afro-American. *Feliz San Valentín para mí; mi madre me quería tanto que consiguió convencer a todo el mundo de que yo no me había fugado por mi cuenta. La policía empezó a hacer preguntas, aunque solamente fuera por respeto. La última vez que alguien me había visto con seguridad había sido el 31 de diciembre —en realidad, en la madrugada del 1 de enero—, cuando me dirigía a lo que, según les había dicho a todos, iba a ser una gran noche*.

Tommy, que trabajaba en la barra del Flamingo, recordaba incluso mis últimas palabras: «Según dicen, aquello que estés haciendo el 1 de enero es lo que harás todo el año. No me hace falta comer alubias carillas para saber que 1966 será un gran año.»

Podrías haberte enterado de todo esto con el Afro-American*, Maddie Schwartz, pero supongo que no tienes la costumbre de leer esa publicación.*

Marzo llegó como un león; todavía no me habían encontrado y los periódicos importantes aún no habían escrito una palabra sobre mí.

A Tessie Fine la echaron de menos enseguida. Ya sé, ya sé: tenía sólo once años. Y era blanca. Pero aun así, no se me pasó por alto que su desaparición se hizo notar casi inmediatamente. Tú, desde luego, la notaste. Ésa fue tu primera experiencia, aquella niñita. Eres una morbosa, Maddie Schwartz.

Otra vez me pregunto: ¿estás realmente desaparecida si nadie te echa de menos?

LA COLEGIALA

No puedo creer que haya terminado peleándome con el director el día de mi undécimo cumpleaños, pero soy una de las mejores alumnas de la Bais Yaakov y me gusta discutir. Soy buena debatiendo. Soy buena en todo. Me da mucha rabia que no me convoquen públicamente a leer la Torá delante de mis amigos y familiares. Quiero un *bat mitzvá*, pero en las familias ortodoxas modernas como la mía sólo se lo permiten a los chicos. Algunas familias conservadoras también celebran fiestas para las chicas, y en las reformistas... bueno, a nadie le importa lo que hacen las familias reformistas. Mis padres afirman que los reformistas no son verdaderos judíos.

—Esto es orgullo —me dice el rabino—. No tiene nada que ver con tu vida como judía. Te encanta exhibirte. Y el sentido del *bat mitzvá* no es ése.

No es la primera vez que me llaman la atención por ser orgullosa, de modo que tengo preparado un argumento.

—Estoy orgullosa de ser judía, así es. Y los chicos también lo están, aunque la mayoría no lee hebreo tan bien como yo.

—Tienes que cultivar la modestia, Tessie.

—¿Por qué? —Golpeo los pies contra el suelo, disfrutando del sonido fuerte de las tapas que mi madre les pone a las suelas para que duren más.

—La Torá nos dice que...

En realidad, no escucho al rabino; estoy preparando mi propio contraargumento. La belleza de la Torá es que siempre puedes encontrar algo que te sirva para ganar una discusión.

Muevo la cabeza y los rizos de mi cabello, reluciente como

en un anuncio de champú, chocan contra mis hombros. Tengo el pelo igual que mi tía y según ella forma parte esencial de mi belleza. Cuando leí *Ana de las Tejas Verdes* no entendí por qué a la protagonista no le gusta ser pelirroja. A mí me encanta ser la única pelirroja de la clase. «Un cardenal rojo entre carrizos de invierno», dice la gente creyendo que no los oigo. Además, soy la más alta y la primera que está empezando a desarrollarse. Emplearé el dinero que me dé mi abuela como regalo de cumpleaños para comprar un sujetador.

Es una misión secreta, por supuesto. Mi madre jamás lo aprobaría. Pero una vez que consiga meter el sujetador en la casa, ¿qué puede hacer ella al respecto? No puedes devolverlo a la tienda si ya lo has usado y mi madre sería incapaz de tirar una prenda. Tenemos muchísimo dinero, pero ella es una persona frugal. Hace brandy de cerezas casero, zurce los calcetines. Yo soy más como mi tía, ésa a la que llaman derrochona.

El rabino sigue con la perorata del *tzniut*, es decir, la modestia.

—No debemos olvidar jamás que, si bien la búsqueda de conocimiento es algo loable, no hay que utilizarlo para alardear. O como un arma para obligar a los otros a someterse a nuestra voluntad.

Mmm. He observado que a los chicos los elogian por usar sus conocimientos exactamente como un arma, pero a las chicas no. Siempre me dicen que escuche y no interrumpa. Hace dos años, cuando me pidieron un ensayo sobre mi vida futura, escribí que quería ser cantante de ópera o rabina. Me dijeron que las chicas no pueden ser rabinas, ni siquiera cantoras de sinagoga. Me endilgaron el mismo discurso sobre el *tzniut*. Si cada vez que alguien me ha citado ese proverbio de que «todo es vanidad» me hubieran dado un dólar, ahora me podría comprar cinco sujetadores, uno para cada día de

colegio. La modestia es para la gente que no tiene la suerte de tener cosas de las que presumir.

Me muero de ganas de presentarme en la escuela con una blusa blanca lo bastante fina como para que las otras chicas se den cuenta de que debajo llevo verdaderos tirantes, no una camiseta. Me voy a comprar un sujetador Vassarette, porque son los mejores. He visto los anuncios cuando leí a hurtadillas la revista *Seventeen* en el *drugstore*. Me pondré un cárdigan abotonado hasta arriba encima de la blusa para que mi madre no se dé cuenta.

Llevo varios días planificando esta salida de compras. Primero, le cuento una mentira creíble a la madre que esta tarde se encarga de llevar a los niños a casa. La tienda de ropa interior está al lado de una tienda de mascotas, así que le digo a la señora Finkelstein que tengo que comprar comida para los peces de mi hermano y que me deje allí. Ella se inquieta —se supone que tiene que dejarme en la puerta de mi casa—, pero yo vivo a sólo dos calles de allí y estamos dentro del *eruv*. Los días son cada vez más largos, pero todavía hace frío y hoy el clima es particularmente desagradable, con lluvia fuerte y gotas duras como piedrecitas. Por otra parte, ella quiere volver a su casa y yo soy la última de las chicas a las que tiene que dejar. No hay dónde aparcar —nunca hay espacio para aparcar en esta manzana—, así que me hace prometerle que me iré directamente a casa.

No me cuesta nada prometérselo; ni siquiera tengo que cruzar los dedos. Después de todo, ¿qué significa «directamente a casa»? No puedo hacerlo sin pasar por delante de la tienda de ropa interior.

Sabiendo que la señora Finkelstein está observándome, abro la puerta de la tienda de mascotas, que tiene un olor espantoso. De todas las tiendas de mascotas, ésta es de las más aburridas, porque sólo hay peces, tortugas y serpientes, nada con pelo.

«Pelo.» Voy a comprarme un abrigo de piel cuando cumpla los dieciocho. Mis abuelos, que tienen una peletería, me lo han prometido. Pero yo lo quiero antes, puede que a los dieciséis. Todavía me faltan cinco años para cumplirlos, todo un cambio de década. Quiero un abrigo de piel. Quiero un anillo como el de mi madre, con una gran piedra verde; según ella no es una esmeralda, pero yo creo que sí lo es. Quiero pendientes brillantes. Quiero casarme con un hombre rico o ganar mucho dinero por mi cuenta para poder tener todo lo que quiera y cuando lo quiera.

Pero, en este momento, sólo quiero un sujetador Vassarette, preferiblemente rosado.

—¿Deseas alguna cosa?

La voz de un hombre me llega desde el fondo de la tienda de mascotas.

Finjo inspeccionar las serpientes de las vitrinas que están en la parte delantera, pero en realidad estoy tratando de mirar a través del cristal sucio del escaparate, asegurándome de que el coche de la señora Finkelstein se haya apartado de la acera y cruzado el semáforo.

—No —respondo, adoptando lo que mis parientes llaman mis aires de duquesa—. Estoy mirando, nada más.

Es un hombre muy delgado y pálido, de pelo anaranjado y ojos inyectados en sangre. Si un resfriado fuera una persona, tendría el aspecto de este hombre. Sus ojos me recuerdan a los ratones blancos, aunque en esta tienda no venden nada tan mono. Él se sorbe los mocos y tiene mala postura.

—Eres pelirroja. Como yo —dice.

No, no lo soy. No, no lo es. Él tiene el pelo naranja. Le doy la espalda.

—¿Quieres una serpiente? ¿O un par de tortuguitas?

—Si veo algo que me interese, ya se lo diré. Supongo que puedo entrar en una tienda y mirar, ¿no?

—Pero algunos de nuestros peces necesitan tanques especiales, además de que no puedes poner cualquier tipo de pez en la misma pecera que cualquier otro...

—Si lo necesito ya se lo diré —respondo.

No quiero hablar con un hombre que trabaja en una tienda sucia y maloliente. Un hombre de pelo anaranjado que cree que puede decirme a mí, Tessie Fine, con diez dólares en el bolsillo, qué puedo hacer y qué no. Mi tía no permite que los dependientes de las tiendas le hablen así. La he visto en el Hutzler's cuando las vendedoras tratan de rociarla con perfume. «Querida —dice arrastrando la "d"—, yo sólo uso Joy.» El cliente siempre tiene la razón.

—De acuerdo, pero no puedes tocar nada...

Yo no tengo la menor intención de tocar nada en este sitio, pero él no puede decirme qué tengo que hacer.

—Estamos en un país libre —digo y golpeo un pie contra el suelo. Me gusta el sonido que hace mi suela recubierta con una placa de metal contra el suelo de madera.

—No hagas eso —dice él haciendo una mueca, como si el sonido le causara dolor.

—No puede decirme lo que tengo que hacer.

Golpeo el pie contra el suelo. Es un sonido magnífico. Golpeo y golpeo y golpeo y...

MARZO DE 1966

—¿Hay algo más molesto que el hecho de que no te permitan hacer algo que en realidad no querías hacer?

Maddie estaba tratando de hacer un chiste sobre ella misma, una observación sobre los eternos tira y afloja entre madres e hijas.

Pero a Judith Weinstein debió de parecerle una cuestión profunda, merecedora de una respuesta meditada, puesto que no respondió de inmediato. Maddie no podía verle la cara —estaban abriéndose paso por un sendero estrecho y ella iba delante—, pero, cuando Judith por fin contestó, le pareció que sonaba como alguien que ansiaba mostrarse complaciente, incluso aunque no estuviera del todo de acuerdo.

—Es frustrante que nos esforzáramos tanto y que aun así no nos permitieran ayudar. Pero tampoco consiguieron detenernos, ¿verdad?

La voz de Judith sonaba tan temblorosa como los pasos de ambas. Probablemente pensaba que Maddie estaba loca por querer cruzar la arboleda por esos viejos senderos justo cuando empezaba a oscurecer. ¿Por qué habían ido a parar allí?

Porque la madre de Maddie la había llamado esa mañana a las nueve como hacía cada mañana desde que le habían instalado el teléfono, y a Maddie nunca se le ocurría no cogerlo. Eso era lo único que seguía igual entre su antigua vida y la nueva: la llamada diaria de su madre.

—Maddie, ¿has oído lo de Tessie Fine?

—Por supuesto, madre. Vivo en Cathedral Street, no en Siberia. Leemos los mismos periódicos. Escucho la WBAL.

La madre de Maddie emitió un pequeño pero nítido «puf», lo que significaba que discrepaba de las afirmaciones de Maddie, pero no iba a molestarse en rebatírselas. También pareció estremecerse ante la mera mención de «Cathedral», como si el nombre de la calle supusiera una afrenta. Se habría mostrado más horrorizada si se hubiera dado cuenta de que desde el piso de Maddie, aunque estaba en el lado del edificio que daba a Mulberry, se divisaba la catedral.

—Ya han pasado dos días. En nuestra sinagoga se han organizado grupos de voluntarios. Os encontráis en el aparcamiento y luego salís en parejas...

Ese «os» era específico, no general. La madre de Maddie, Tattie Morgenstern —siendo Tattie una extraña distorsión infantil de «Harriet» que ella se negaba a dejar de utilizar—, estaba ordenándole a su hija que debía presentarse en ese aparcamiento, donde le asignarían una pareja y le indicarían una ruta en el perímetro cada vez mayor en torno a la tienda de peces tropicales donde habían visto a Tessie Fine por última vez.

En Baltimore los ánimos estaban encendidos con esa historia desde hacía tres días. Tessie Fine, una niña tan bonita y joven... Le había dicho a la madre que la acompañaba en coche a casa que iba a comprar comida para los peces de su hermano. Pero su hermano no tenía peces. El hombre de la tienda admitió que ella había entrado allí, pero afirmó que cinco minutos más tarde se había ido sin comprar nada. Comentó que había sido maleducada con él. Los parientes y los amigos repusieron, con visible admiración: «Sí, así es nuestra Tessie.»

La madre de Maddie conocía a la abuela de Tessie. No le caía bien, pero la conocía desde que eran niñas y compañeras de clase en Park School, cuando ésta todavía estaba en Auchentoroly Terrace. Aunque no era un centro sectario, era el preferido de las familias judías de origen alemán, cuyos hijos

no eran bien recibidos en los colegios privados más antiguos de la ciudad en aquella época. A medida que el barrio que rodeaba el parque de Druid Hill «fue cambiando» —el eufemismo preferido para referirse a la integración racial—, las familias y el centro se mudaron al noroeste. Cuando Maddie entró en Park School, el colegio ya estaba en Liberty Heights; más tarde lo instalaron en Brooklandville, casi llegando a la Interestatal 495, y Seth era la tercera generación de la misma familia que acudía allí. Maddie incluso había salido un par de veces con el padre de Tessie cuando eran adolescentes.

Bobby Fine, el padre de Tessie, era más conservador que sus propios padres. Decidió vivir en Park Heights, dentro del *eruv*. Según Tattie, la madre de Bobby culpaba a su nuera por esa impropia adopción de la ortodoxia. Una cosa era tener dos juegos de platos y abstenerse de comer mariscos y cerdo. Pero la esposa de Bobby llevaba el judaísmo demasiado lejos.

A Maddie le parecía que Tattie Morgenstern siempre tenía algo que opinar sobre la religión, sobre cuál era la correcta (el judaísmo conservador) y sobre cuál tenía el grado de fervor adecuado. Además, llamaba despectivamente «presbiteriano» a todo lo que tuviera que ver con el protestantismo.

Con los años, Maddie había visto a la madre de Tessie aquí y allí, y la consideraba poquita cosa, aunque bien vestida. Pero los círculos sociales de los Fine y los Schwartz no coincidían y le parecía vulgar invadir la tragedia familia de los Fine. Si hubieran sido amigas de verdad, desde luego que habría participado en la búsqueda. Pero ni siquiera habían asistido a sus respectivas bodas y...

No quiso seguir por esa línea de pensamiento, que la llevaría a la próxima ceremonia familiar de los Fine a la que no asistiría.

—Es algo espantoso —continuó Tattie—. No sé cómo un padre puede sobrevivir a una cosa así.

—Quizá siga viva —dijo Maddie. El caso aún podía tener un final feliz, ¿no? Una niñita era capaz de deambular, perderse, tal vez golpearse la cabeza y no saber quién era. Pero la noche anterior Ferdie había dicho prácticamente lo mismo que Tattie: era casi seguro que Tessie Fine estaba muerta y los investigadores de Homicidios que se ocupaban del caso estaban sufriendo muchas presiones para lograr algún progreso lo antes posible—. Cuando la encuentren... —volvió a intentar Maddie.

—Si es que la encuentran —le corrigió su madre—. Recuerdo que cuando era pequeña oí hablar de un pervertido que violaba niñas y luego las mataba. Actuaba por donde tú vives ahora, que en aquella época era un gueto. Bueno, en realidad ahora también lo es. En cualquier caso, aquel tipo atacó a una niña, pero la madre de la pequeña tenía un arma y le disparó y así terminó todo.

El barrio de Maddie no era un gueto y su madre había sacado esa historia casi textualmente de las páginas de *Un árbol crece en Brooklyn*, un libro que tanto madre como hija adoraban. Pero no tenía sentido ponerla en evidencia. Tattie Morgenstern creía todo lo que decía.

—Espero que la encuentren, y pronto —dijo Maddie, sorprendida por su propio fervor.

Luego le dijo a su madre que debía marcharse, aunque en realidad no tenía que hacer nada. Con el dinero del seguro del anillo «robado» y lo que había recaudado con la venta del coche, podría arreglárselas hasta que Milton se viera obligado a pasarle la pensión. Su abogado confiaba en que Maddie dispondría pronto de su mitad de la casa, de su mitad de casi todo, incluyendo a Seth. Hasta entonces, podía vivir de sus ahorros, si era cuidadosa.

Se puso un abrigo y salió a dar un paseo. Su barrio no era tan malo. Tenía una extraña fantasía, extraña incluso para ella misma. Se imaginaba a uno de los hombres que veía en la calle

agarrándola, tratando de arrastrarla a un callejón. Sería extranjero, escupiría sílabas ininteligibles, la manosearía. Sería horroroso y, al mismo tiempo, excitante, una prueba de lo deseable que seguía siendo, incluso a su edad. Con el pelo liso y un jersey ajustado, parecía de menos de treinta y siete. Aquel hombre intentaría besarla por la fuerza, hasta que, por algún motivo —no hacía falta explicarlo, los sueños tenían su propia lógica—, aparecería Ferdie, la salvaría y ambos estarían tan abrumados que buscarían algún lugar cercano —un baño, un coche— para hacer el amor. Arriesgándose a quedar expuestos en todos los sentidos de la palabra.

Era una fantasía extraña, pero las fantasías nunca se equivocaban. Al menos, eso creía haber leído en alguna parte.

Perdida en esos pensamientos, Maddie llegó más lejos de lo que había planeado. ¿Qué debería hacer ese día? La embriagadora libertad de las primeras semanas, de no tener a nadie por quien preocuparse, había decaído, y la aventura amorosa —¿era esa la forma correcta de llamarlo?— realzaba la total inactividad del resto de su vida. Intentaba no mostrarse demasiado disponible para Ferdie. A veces se obligaba a salir a cenar más o menos a la hora en que él acostumbraba a llamarla, sólo para que se mantuviera alerta. Todavía conservaba los instintos que la habían hecho una de las chicas más codiciadas de Baltimore en sus tiempos. En aquella época, incluso llevaba una libreta donde apuntaba en código hasta dónde había llegado con los chicos con los que salía. B (obvio), BA («beso con alma», que a ella le parecía una terminología mucho más bonita que «beso con lengua»), SR, SS, DS («sobre la ropa», «sobre el sujetador», «debajo del sujetador»). Sólo dos chicos habían llegado a DF («debajo de la falda») y ella se había casado con el segundo.

Wally Weiss no había sido digno de mención en su libreta. Había recibido apenas un beso, en una sola ocasión, y había

sido más bien un beso de hermana, como una promesa de que algún día él encontraría a una chica a la que darle un B o incluso un BA.

Sin embargo, con Ferdie no se había hecho de rogar. El recuerdo de lo rápido que habían avanzado la hacía sonrojarse. La primera vez que él la abrazó y la besó, ella supuso que era porque él lo sabía. Lo del anillo era mentira y ése era el precio que debía pagar. Era una chica mala y él podía aprovecharse de esa información. Pero, en el tiempo que había pasado desde aquel primer encuentro, se había dado cuenta de que Ferdie no tenía la menor idea de que ella era, en realidad, una delincuente. Había encontrado una tienda de empeños poco quisquillosa con el papeleo, lo que le había resultado fácil en su barrio, y allí le habían pagado la mitad de lo que le habían ofrecido en Weinstein, pero a esas alturas era ganancia pura. Usó el dinero para comprar cosas para el piso: sillas bistró y una mesa de mármol, cojines de terciopelo y una alfombra bonita.

Había parado en el Beehive para comprarse un café para llevar que estaba fuerte y quemado. Más tarde, tumbada en su cama —qué decadente estar en la cama en pleno día sin estar enferma—, trató de concentrarse en el libro que había sacado de la biblioteca, *Herzog*. La poesía que de adolescente le encantaba y había tratado de emular ya no la emocionaba, tampoco las novelas recomendadas en la Pratt. Había elegido *Herzog* porque alguien de la Hadassah afirmaba que era un libro antisemita y a ella le gustaba formarse su propia opinión sobre esas cosas. De hecho, no estaba nada convencida, al menos por ahora, de que Bellow fuera un «judío que se odiaba a sí mismo», pero sí le incomodaba mucho la coincidencia del nombre de la segunda esposa del protagonista, Madeleine, por lo parecido que era con el suyo. La Madeleine de la novela era una persona espantosa. Era difícil no tomárselo como algo

personal.

Se preguntó si alguna vez llegaría a ser la segunda esposa de alguien. Quería tener una vida apasionada y plena. ¿Era posible eso en un matrimonio largo? Ella y Milton habían sido muy fogosos en los primeros años. Ella, casi demasiado. Todavía se sonrojaba al recordar la noche en que, apenas una semana antes de la boda, los dos habían aparcado en un sitio bastante concurrido cerca de la arboleda de Cylburn y habían estado a punto de hacerlo.

Él se había negado.

Él se había negado.

Ella le había puesto la mano encima, algo que había hecho con él y sólo con un hombre más, y que no había consignado en su diario. Éste era como la campaña de un general: sólo apuntaba qué territorios le habían conquistado. No se le ocurría documentar sus propias incursiones. Y llegó un momento en el que no escribió nada, porque era impensable admitir lo que estaba haciendo... y con quién.

Abrió las piernas e intentó guiar a Milton hacia su interior; creía que era el máximo obsequio que podía hacerle. Estaban comprometidos, casi casados. ¿Qué había de malo en ello?

—No quiero mentir ante Dios —dijo él.

Por un segundo, Maddie creyó que había dicho «yacer» ante Dios.

—Por supuesto —dijo ella, y sus instintos, tan fiables como siempre, le indicaron lo que tenía que hacer para rescatar su dignidad y su reputación—. Es que me dejé llevar por ti, Miltie.

La noche de la boda se acordó de fingir el dolor que había experimentado la verdadera primera vez. Si en algún momento Milton sospechó que la novia no era virgen, fue lo bastante cortés —o estaba lo bastante decepcionado— como para no dejarlo traslucir. Aquella fue una importante primera lección en un matrimonio joven. Es mejor que algunas mentiras no

salgan a la luz.

Al mediodía, Maddie ya había apartado el libro y estaba revisando la nevera en busca de algo para comer. En los últimos años se había acostumbrado a alimentarse con cosas como tostadas Melba y requesón. Pero Ferdie quería que ganara peso y estaba todo el tiempo obligándola a comer bien. «Alguien tiene que cuidarte, cariño», decía. Sin duda pensaba que su delgadez era el resultado de haberse pasado la vida cuidando a los demás, no una cualidad a la que había llegado con gran esfuerzo. Maddie, que siempre había prestado atención a la moda, no había podido evitar fijarse en una chica que se llamaba Twiggy y que de pronto había empezado a salir en todas partes. Las nuevas tendencias favorecían a las mujeres delgadas. Claro que ella era demasiado vieja para esa clase de ropa. ¿O no? Por mucho que adelgazara, daba la impresión de que los pechos jamás se le reducían. Pensó en todos los chicos que le habían rogado, «rogado», que los dejara pasar de SR a SS y DS, en la manera en que se quedaban sin aliento cuando descubrían sus pechos, como hombres que ven tierra después de haber pasado mucho tiempo en el mar.

La arboleda de Cylburn. No estaba tan lejos de donde habían visto a Tessie Fine por última vez, menos de dos kilómetros, una franja de naturaleza en el centro de la ciudad. Si alguien quisiera desembarazarse de un cuerpo...

Miró el reloj. Tal vez sí debería colaborar con la búsqueda de Tessie Fine. No hacer algo sólo porque su madre se lo había sugerido era una actitud resentida, el comportamiento que podía esperarse de una adolescente. Llamaría a esa chica, la de la joyería, y le pediría que la acompañara. No sabía para qué quería una acompañante, pero, de alguna manera, parecía más respetable.

Judith, claramente emocionada por tener novedades de Maddie, le aseguró que su hermano la dejaría salir del trabajo,

dada la seriedad de la misión. Tuvieron que coger más de un autobús para llegar al aparcamiento de la sinagoga y, cuando lo consiguieron, los voluntarios estaban a punto de partir.

—Sólo hombres —anunció el presidente de la sinagoga, que había organizado los grupos de búsqueda.

—Eso es ridículo —objetó Maddie.

—No es tarea para mujeres. —Les examinó la ropa, como si pudiera eliminarlas sólo por eso, pero las dos llevaban zapatos cómodos y abrigos adecuados para explorar callejones y terrenos baldíos.

—En ese caso, buscaremos por nuestra cuenta —dijo Maddie—. Tampoco es que necesitemos su permiso para pasearnos por Baltimore.

La arboleda, a la que se llegaba por la Northern Parkway, estaba más lejos de lo que ella recordaba y los terrenos eran más grandes y de vegetación más frondosa. El día había empezado con promesas de primavera, pero con el paso de las horas se había vuelto frío y desagradable. Recorrieron los senderos de forma sistemática, conscientes de que tenían que marcharse a las cinco, la hora en que la arboleda cerraba en invierno. Eran caminos largos, que llegaban hasta Cylburn Avenue. Cuando faltaba poco para la hora de cierre, Maddie le dijo a Judith:

—Tomemos este último camino hasta la cerca.

Más tarde, cuando le preguntaron «¿Cómo se te ocurrió mirar allí?»: Maddie se quedaría desconcertada. No podía decir: «Recordé que siempre que salía con un chico íbamos allí con el coche»; mucho menos: «Intenté que mi futuro marido me hiciera el amor en ese sitio, pero él quiso esperar porque creía que yo era virgen.»

Por eso siempre contestaba: «Fue una corazonada, nada más.»

Siguiendo esa corazonada, avanzaron por el último camino

hasta la valla que se extendía a lo largo de la avenida. Allí la tierra descendía de golpe y había un barranco. La valla estaba rota, abierta, pero desde la calle no se podía ver el fondo del barranco, había que estar en la colina, más arriba, para ver lo que vio Maddie.

Vislumbró el reflejo de algo brillante, demasiado brillante, entre el verde grisáceo de la maleza invernal. Era una resplandeciente media luna plateada en la suela de un zapato. El zapato estaba unido a una pierna, la pierna a un cuerpo, el cuerpo a una cabeza, a una cara. Una cara demasiado serena, demasiado quieta. Ningún niño tuvo jamás una cara tan quieta.

Con su loden verde y sus mallas marrones, Tessie Fine casi había desaparecido en el paisaje. Pero su melena pelirroja refulgía como flores silvestres fuera de temporada y sus zapatos seguían brillando, reflejando los últimos rayos de luz.

EL AGENTE DE POLICÍA

Cuando llega la llamada, lo primero que pienso es: «Gracias a Dios, no tengo que ir al Burger Chef.» Cada noche, mi compañero Paul y yo discutimos sobre la cena y esta noche había ganado él. Yo prefiero el Gino's. Tal vez suene cruel pensar en cenar cuando llega una llamada sobre un cadáver, tal vez ese cadáver que todos andan buscando, pero tenéis que entender que lo primero que pienso es que se trata de una falsa alarma. De hecho, por algún motivo me meto en la cabeza la idea de que en realidad son unos adolescentes, un chico y una chica, haciendo algo que se supone que no deberían. Miraron el reloj, se dieron cuenta de que tendrían que estar cenando en su casa, pero que era imposible llegar a tiempo, así que se inventaron alguna excusa.

En cualquier caso, nosotros estamos en la Northern Parkway, yendo en dirección oeste, somos la patrulla que está más cerca de la arboleda, así que respondemos a la llamada. Por lo general, a esta hora el parque estaría cerrado, pero el personal se ha quedado y ha dejado las puertas abiertas.

Primero me fijo en que la pareja no son un chico y una chica y en que no son adolescentes. Son dos mujeres, una de veintipocos y la otra de más de treinta, y es evidente que tampoco son parientes. Y la mayor, aunque tiene al menos diez años más que yo, es la más guapa de las dos. La más joven es presentable, no me malentendáis, tiene el pelo claro y una cara bonita. Pero la mayor tiene el pelo negro, ojos claros y una cintura de avispa —lleva una gabardina muy ceñida— y es difícil no pensar: «¡Vaya!» Yo estoy casado y no voy de putas

como mis colegas, pero no estoy ciego.

En cualquier caso, no me creo que hayan encontrado a la niña, especialmente cuando nos conducen rodeando la arboleda hasta Cylburn Avenue. No es una calle concurrida, pero tiene bastante tráfico, de modo que alguien tendría que haber avistado un cuerpo en los últimos dos días. Dejamos el coche patrulla en el aparcamiento y seguimos a pie, de dos en dos, como la peor cita doble de la historia. Yo camino junto a la morena, que encabeza la marcha.

Se nota que ha llorado. «Tengo un hijo. Un adolescente», dice. Le cuento que no llevo tanto tiempo casado como para tener hijos, lo que es más o menos cierto. Llevo tres años de matrimonio y hemos sufrido dos abortos espontáneos. El médico ha dicho que no hay ningún motivo que nos impida tener hijos sanos algún día. Espero que sean varones, para que sigan mis pasos al servicio de la ley. Mi padre era policía y yo soy policía. Mi abuelo llegó de Polonia en 1912 y su inglés nunca fue del todo bueno; de lo contrario, él también habría sido policía. Hoy en día la gente no para de hablar de prejuicios y cosas así, como si el resto no supiéramos de qué va la cosa. Cuando mi familia emigró a Estados Unidos, a Baltimore, la ciudad estaba en manos de los irlandeses y ellos se cuidaban entre sí. Luego los italianos se pusieron al mando y también se cuidaban entre sí. Finalmente nos tocó a nosotros, los polacos. Y así sucesivamente. Las cosas son así y siempre lo serán. Lo único que tienes que hacer es esperar tu turno.

Le pregunto a qué se dedica su marido y ella da un respingo, como si la pregunta la sorprendiera, pero si tienes un hijo, tienes un marido, ¿verdad?

—Es abogado —responde, y luego se apresura en añadir—: No penalista. Civil. Derecho inmobiliario.

—Seguro que se gana bien la vida —comento, sólo por decir algo.

La noche está muy tranquila. Desde no muy lejos llega el ruido del tráfico —la Northern Parkway, el constante zumbido de los coches que circulan por la nueva autovía, la Jones Falls, que en esta época del año alcanza a verse a través de los árboles—, sin embargo, parece amortiguado, como si estuviéramos en una iglesia. Conversamos en voz baja, por respeto.

Hablo sólo por mí —la mayor parte del tiempo no sé qué tiene Paul en la cabeza, si es que tiene algo más allá de sus ganas de comer en Burger Chef y de perseguir golfas—, pero quiero que estas mujeres estén equivocadas. Y no porque en ese caso nos espera una noche larga; acabamos de llegar y no tenemos nada mejor que hacer. Pero no quiero tener nada que ver con una niña muerta. Me da la impresión de que eso trae mala suerte. Dos abortos, con eso ya tengo bastante muerte. A veces me pregunto si los abortos son un castigo, pero ¿por qué? Soy un buen hombre. He hecho algunas diabluras cuando era más joven, lo que es natural y correcto. En un hombre. Sophia, mi esposa, tiene seis años menos que yo y es una mujer muy pura. Se merece tener hijos. Si Dios considera que tiene que castigarme por algún motivo, de acuerdo, pero Sophia no se lo merece. Y si Él nos concediera hijos, criaríamos muy buenos ciudadanos, unos chicos que seguirían mis pasos en el departamento y unas chicas que aprenderían a hacer todas esas cosas maravillosas que hace Sophia, como los rollitos de col y la carne al horno y raviolis.

Llegamos a Cylburn Avenue y parece que mi deseo se hará realidad. No se ve ningún cuerpo.

—¿Dónde está...? —La morena se aturulla—. Pensé que estaba justo aquí.

La más joven apenas ha dicho una palabra hasta ahora; Paul no ha dejado de parlotear desde la colina. Él es soltero, de momento. Tiene una relación bastante estable con una chica,

pero supongo que eso no es de mi incumbencia. Antes del matrimonio, lo que hagas es cosa tuya.

La más joven dice:

—No, es un poco más allá.

La noche ha caído, espesa, de golpe, y sacamos las linternas. Yo intento darles ánimos.

—Les sorprendería la de veces que la gente se confunde con cosas así...

Pero en ese momento la luz de Paul rebota en algo y allí está. Tessie Fine, con el cuello partido como una gallina. No hace falta ser médico forense para deducirlo.

Informamos del hallazgo. Paul se ofrece a acompañar a las mujeres hasta el aparcamiento de la arboleda, pero ellas responden que no tienen coche allí, que han venido andando desde la sinagoga.

—Podemos pedirles un taxi —sugiero.

—No, no. Yo... tengo que quedarme —protesta la mayor—. Soy madre. Si algo le pasara a mi hijo y lo encontrara otra madre, querría que se quedara.

No lo entiendo, pero tengo que respetarlo. Apuesto a que Sophia haría lo mismo.

El sol ha bajado y ya se empieza a notar el frío en los huesos; con la humedad de marzo a veces es incluso peor que en pleno invierno. Siento no tener nada para cubrirles los hombros a las damas, pero si me quito la chaqueta me quedaré en mangas de camisa y las dos llevan abrigos. Aparecen los investigadores de Homicidios. Paul y yo tenemos que mantener vacía la calle y las mujeres se niegan a marcharse hasta que retiren el cuerpecito, con esa cabeza que cuelga en un ángulo espantoso. No es necesario ser fuerte para hacerle eso a una niña. Sólo hace falta estar muy enfadado.

¿Quién podría estar tan enfadado con una niña? Espero que no sea un crimen sexual. Creo que si una hija mía muriera así

me volvería loco.

Me doy cuenta de que la morena está muy afectada. Para ella es más personal, en cierto modo, porque tiene un hijo. O porque fue idea suya explorar esta zona. «¿Cómo supo que había que buscar por aquí?», le preguntamos, pero ella no dice nada, se queda con los brazos cruzados.

El rumor, finalmente, llega a los periodistas. Hemos tomado precauciones cuando hemos hablado por la radio, pero estamos a poco más de un kilómetro de Television Hill y la calle está bloqueada. En una noche clara de finales de invierno como ésta, las luces rojas y azules se ven desde muy lejos. Lo más probable es que algún ciudadano preocupado haya empezado a hacer llamadas. Los periodistas no pueden pasar del final de la calle; a veces gritan preguntas, pero mayormente se quedan en silencio. En un determinado momento diviso al reportero de sucesos del *Star*, Jack Diller, que viene caminando por la calle. Diller lleva tanto tiempo cubriendo esta clase de noticias que es más policía que periodista, y cuando le decimos que retroceda, lo hace de buen grado.

—Pero ¿es Tessie Fine? Sólo decidme eso —nos pide.

De alguna manera, consigue confirmarlo, pero no a través de mí.

Acompañamos a las mujeres a sus casas, por supuesto. Nunca se me habría ocurrido que vivieran en dos direcciones diferentes.

Me pregunto de qué se conocen, cómo terminaron participando juntas en esta búsqueda. La mayor se sienta en el asiento delantero y se lo permitimos sin decir nada. Paul se sienta atrás y no para de hablar. Está tratando de ligar, el capullo. Nos dirigimos a Pikesville, donde yo suponía, puesto que todos los judíos viven en esa zona. Pero entonces la otra, la señora que está casada con un abogado, nos dice:

—Yo vivo en el centro. Lo siento... Sé que les queda muy

lejos.

Le contestamos que no nos importa.

En el trayecto hacia el centro, le doy un consejo:

—No está obligada a hablar con la prensa. Es mejor que no lo haga.

—¿Por qué?

—Hay un asesino suelto. Cuanto menos sepa lo que nosotros sabemos, mejor. Y mientras tanto, hasta que se produzca un arresto, la noticia es usted.

Da la impresión de que mis palabras la hacen reflexionar.

—¿Y eso es malo?

—Ni malo ni bueno. Pero, una vez que empieza, no se puede volver atrás. Eso es todo. Los periodistas son como perros. Se pelean hasta por las sobras. Y, como son tantos, todos quieren un punto de vista diferente. El que llegue primero a usted va a convertirla en una celebridad. Y los otros se verán obligados a hundirla.

—¿A hundirme? Pero ¿yo qué he hecho?

Parece realmente alterada y me siento mal.

—Nada. Se lo estoy advirtiendo, nada más... Los periodistas son capaces de convertir una cosa buena en una cosa mala. Se dedican a eso.

Un reportero intentó ensuciar a mi padre una vez. Al final el asunto quedó en nada, pero yo aprendí la lección.

La dejamos delante de un edificio de mala muerte cerca de la catedral. Quiero acompañarla hasta su piso, pero ella se opone firmemente. Casi demasiado, como si creyera que yo iba a intentar algo, lo que es insultante. Lo único que me interesa es tratar de hacer encajar las piezas de su historia. Tiene un hijo, de modo que en algún momento tuvo un marido. ¿El hijo ya será mayor? Es posible, si ella lo tuvo de muy joven. No imagino a un chaval viviendo en ese piso. Mi esposa y yo vivimos en una casa adosada cerca del parque Patterson, pero

una vez que empecemos a tener hijos —y lo haremos, sé que lo haremos, sólo hemos tenido mala suerte— y yo comience a ascender, nos buscaremos una casa más hacia las afueras, que tenga al menos una franja de césped. Los niños necesitan un jardín, aunque tampoco es que yo lo tuviera. En cualquier caso, qué se le va a hacer. Paul está en el asiento trasero, tenemos que dejar el coche en la estación de policía antes de que yo pueda volver a mi casa y meterme en la cama con mi esposa, quien a esas alturas estará durmiendo, o fingiendo que duerme. Está atravesando una fase en la que no le gusta que la toquen. Se siente defraudada con su cuerpo y cree que me ha defraudado a mí, pero yo no se lo reprocho, en lo más mínimo.

Voy a tomar una cerveza con Paul y otros tíos y tal vez exagere un poco nuestro papel en el descubrimiento de Tessie Fine, lo que implica reducir la importancia de lo que hicieron esa señora Maddie y su amiga, pero fue la linterna de Paul la que alumbró esa parte del zapato, los profesionales que estaban en la escena éramos nosotros. En cualquier caso, una vez que termino la única cerveza que bebo, siento que tiene sentido pasar por delante del edificio de ella antes de volver a casa, sólo porque... no lo sé. Estoy preocupado por ella. Aquél no es un sitio para que viva una dama elegante.

Cuando llego, hay un coche de la Policía aparcado delante. Ahora sí que estoy preocupado en serio. ¿Habrá pasado algo? Cuando encuentras un cadáver puedes terminar afectado de varias maneras; al menos, eso he oído. También fue el primero para mí. Como sea, estoy a punto de cruzar la calle y subir cuando veo a un uniformado salir del edificio solo... y meterse en el coche patrulla. Y es imposible, absolutamente imposible, que ese tío sea legal.

Porque es más negro que la tinta y los agentes de color no pueden usar coches.

Tomo nota de la matrícula y del número. Pertenece a mi

distrito, el noroeste. Mañana empezaré a hacer preguntas, a tratar de averiguar cómo es posible que un coche del distrito noroeste estuviera aparcado delante del piso de Maddie Schwartz a las tres de la mañana.

Y qué hacía un policía de color saliendo de allí en plena noche.

MARZO DE 1966

Era extraño ir por el mundo con un secreto. No se trataba de Ferdie; Maddie pensaba en Ferdie como en un «arreglo», algo que debía mantener oculto por culpa de los prejuicios de los demás. Pero apenas un puñado de personas —Judith, los policías— sabían que ella había encontrado a Tessie Fine. «Descubierta por dos transeúntes», así lo presentaban los periódicos, mientras que en la televisión, los presentadores, incluyendo a Wallace Wright, decían que había sido «una joven pareja». Eso no era falso, aunque tampoco era cierto. Y no sólo porque lo de la «joven pareja» hacía suponer que habían sido un chico y una chica. Todo lo que se decía relegaba a un lugar secundario el papel de Maddie en el hallazgo. Ella había elegido el sitio, había sido idea suya seguir hasta esa última senda, pero nada de eso podía inferirse de lo que se publicaba en los periódicos o se veía en las noticias.

Todavía no se había efectuado ningún arresto, aunque Ferdie le contó que tenían un firme sospechoso, un dependiente de la tienda de peces. Ese hombre había declarado que la chica había estado en su tienda y se había marchado inmediatamente, pero nadie le creía.

Y a través de Ferdie, Maddie se enteró de que ella y Judith habían estado en el «punto de mira», aunque fue durante poco tiempo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella mientras bebían cerveza en la cama, dos días después del hallazgo del cadáver de Tessie Fine.

—En primer lugar, los investigadores de Homicidios

siempre prestan una atención especial a las personas que encuentran los cadáveres. Así es como trabajan. Y en este caso tenemos a dos mujeres caminando por Cylburn Avenue cuando falta poco para que oscurezca... Pensaron que erais lesbianas. Puede que todavía lo piensen.

—Yo les conté que no nos habían dejado participar en la partida de rastreo y decidimos ir a buscar por nuestra cuenta —respondió Maddie.

¿Cómo era posible que alguien pensara que era lesbiana? Si lo fuera, se parecería a Lakey de *El grupo*.

—Cariño, si los investigadores creyeran todo lo que les dice la gente, no serían muy buenos en su trabajo. —Hizo una pausa —. A mí me gustaría ser investigador.

—Estoy segura de que puedes lograr lo que te propongas.

—En el departamento hay segregación racial, Maddie. A los agentes negros los ponen a patrullar las calles o puede que les dejen trabajar como agentes secretos en el área de narcóticos. No tenemos permitido usar coches. Ni siquiera dispongo de un aparato de radio, sólo de la llave de una caseta telefónica. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

Ella miró de reojo la violeta africana.

—No creo que pueda olvidarlo.

—En cualquier caso, tenemos a dos mujeres caminando por una calle vacía después del anochecer, lejos de sus domicilios respectivos. Apuesto a que os preguntaron si conocíais a la chica.

En efecto, lo habían hecho. Pero para Maddie había sido casi como una conversación social; unos gentiles tratando de entender cómo se relacionaban los miembros de la comunidad judía. Ah, y ella no había dejado de parlotear. «Su abuela y mi madre se conocían... Supongo que casi todas las mujeres del noroeste de Baltimore que tengan un abrigo de piel conocen a los Fine. Y yo fui a la escuela con su padre, hace años. Una vez

me llevó a bailar.» Retrospectivamente, se sentía avergonzada de la ligereza con que había compartido sus historias con ellos y se preguntó si esos pequeños detalles les habrían parecido significativos, aunque sólo fuera por poco tiempo. Tampoco se le había ocurrido preguntarse por qué a ella y a Judith las interrogaron por separado al día siguiente.

—De todas maneras a ti jamás podrían considerarte en serio como sospechosa —añadió Ferdie.

Por algún motivo, eso le resultó todavía más insultante. ¿Cómo había pasado a ser una actriz de reparto en una historia que ni siquiera habría tenido lugar de no ser por ella? Claro que no quería aparecer en los periódicos o la televisión, porque en ese caso tendrían que definirla como... ¿Como qué? Una mujer separada, la ex esposa de, la distanciada (no por decisión propia) madre de. ¿Quién era Madeline Schwartz? No podía reclamar su protagonismo en el descubrimiento de Tessie Fine sin responder a esa pregunta.

Se dio cuenta de que debería haberse quedado contenta con ese arreglo al día siguiente, cuando volvió de dar un paseo y se encontró a un hombre corpulento, con gabardina y sombrero, en la entrada de su casa.

—Bob Bauer —dijo él tendiéndole la mano.

—Sé quién es usted —respondió ella.

Su columna en el *Star*, junto a la que aparecía una encantadora caricatura a plumilla de su rostro, era muy popular en esa época.

—Y usted es...

—Madeline Schwartz.

—Justo la mujer que he venido a ver —dijo él.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Creo que lo sabe... Mire, ¿podemos entrar? He venido caminando y es cuesta arriba. Es duro para un gordo como yo.

—Yo no lo llamaría gordo —dijo ella.

—Bueno, no sé de qué otra manera me llamaría.

Encantada y consciente de que la estaban encantando, lo hizo pasar y le ofreció un vaso de agua. Él resoplaba después de haber subido por la escalera hasta el tercer piso.

—Qué piso más bonito. Casi fui a la otra dirección, por error, pero mi fuente me puso en la pista correcta —comentó él.

—¿La otra...?

—Donde usted vivía antes.

Por un momento, ella pensó que él se refería a Gist Avenue. Luego cayó en la cuenta de que aquel hombre había estado a punto de presentarse en la casa donde todavía vivían Milton y Seth. Se había evitado una catástrofe, pensó, y a continuación se preguntó por qué se sentía de esa manera. No había hecho nada malo. Sería bonito que al menos Seth supiera que era su madre quien había encontrado a Tessie Fine.

—Mi marido y yo nos estamos divorciando —explicó.

—Sucede en las mejores familias. En cualquier caso, a mí me pareció que ésta era una verdadera historia de interés humano, me refiero al hecho de que usted y su amiga encontraran a Tessie Fine. Una historia que vale la pena contar, ¿no le parece?

Una parte de ella anhelaba decir que sí. Pero significaba exponerse demasiado. No sólo su situación actual, sino también el encadenamiento de ideas que la había conducido hasta la arboleda. De pronto le parecía imposible explicar su línea de pensamiento sin mencionar las tremendas sesiones de besuqueos que habían tenido lugar en ese lugar. Le preocupaba la posibilidad de que, incluso si empezaba con una versión aséptica de aquella historia, terminara contándolo todo. Ferdie, haber fingido ser virgen la noche de bodas, e incluso la identidad del hombre que había hecho necesaria esa simulación, un secreto que había ocultado todos estos años.

—No me interesa dar que hablar —dijo.

—Podríamos usar sólo su nombre de pila —insistió él. Sus modales eran amables, corteses; sin embargo, había una tenacidad agazapada en él. No iba a moverse de la silla de la cocina, a pesar de que no se había quitado el abrigo y el sombrero—. Oscurecer algunos detalles.

—No estoy obligada a hablar con usted. Eso lo sé. Mi marido es abogado.

Él sonrió.

—Por supuesto que no está obligada. Legalmente. Pero es una historia que la gente quiere conocer. Y es la suya. ¿No quiere compartirla?

Maddie se permitió recrear ese momento en su imaginación. Todas las miradas posadas en ella. ¿Cómo se sentiría? ¿Y por qué le interesaba tanto averiguarlo? Pero no, así no, decidió. Recordó las advertencias del agente de policía.

No obstante, tenía la sensación de que algo debía entregarle a aquel hombre. ¿Por qué? No sabría decirlo. Lo único que sabía era que si un hombre le reclamaba algo, ella se sentía obligada a proporcionárselo. Pero sucedía como con los niños. Se los podía distraer. Una podía sustituir el helado o los caramelos que le pedían por alimentos saludables haciéndoles creer que había sido idea de ellos.

—Yo no soy la noticia. El hombre de la tienda de mascotas... él es la noticia.

—¿Cómo lo sabe? Todavía no lo han arrestado.

No podía responderle «Lo sé porque me lo contó mi amante», así que dijo:

—Hay algo del cuerpo que la policía aún no ha revelado. Algo que encontraron. Están esperando unos análisis. Cuando los tengan, lo más probable es que arresten al dependiente.

Él se quedó impresionado. Y lo más importante, ya no estaba interesado en ella.

—Lamento mucho tener que preguntárselo... y tampoco podría aparecer jamás en el periódico... pero ¿cree la policía que ha sido un crimen sexual?

Ella no sabía la respuesta; sin embargo, sintió un extraño deseo de proteger a Tessie Fine.

—No. Pero es él. Ya lo verá —dijo.

Él se quitó el sombrero.

—Señora Schwartz, ha sido usted de gran ayuda.

—No va a mencionar mi nombre, ¿verdad?

—No —sonrió él—. Ni siquiera puedo describirla como «una fuente». Pero a mis amigos de la comisaría puedo decirles que tengo información de primera mano cuando trate de sonsacarles datos. Es de primera mano, ¿verdad?

Ella no estaba del todo segura de lo que significaba «de primera mano» en este contexto, pero asintió.

EL COLUMNISTA

Soy un columnista. No tengo que encontrar primicias ni preocuparme de que me ganen por la mano. En realidad, ya no me ocupo tanto de las noticias. Se supone que es como una medalla de honor, que significa que has llegado al punto en que estás fuera de la competición, aquel en que se te permite pontificar o, incluso, escribir pequeños esbozos sobre tu propia vida. Eso es lo que hago, la mayor parte del tiempo. Escribo sobre vivir en las afueras, sobre mi esposa, mis hijos... Hasta que, cada tanto, caigo en la cuenta de que debo centrarme en una historia. A Henry Louise Mencken no le asignaron una sala especial en la biblioteca Pratt por escribir textos graciosos sobre su esposa. Y Mencken es el modelo a seguir para todos los periodistas de Baltimore. Mencken, Jim Bready, tal vez Russell Baker, aunque recuerdo cuando empezó a cubrir las actividades nocturnas de la policía y tampoco era nada del otro mundo.

Pero Tessie Fine... Tenía que escribir sobre ella. Tenía que saber. Lo más natural habría sido ir a hablar con los padres. Me habrían abierto la puerta. Casi todos lo hacen. Cuando eres una caricatura, la gente se siente más inclinada a confiar en ti. ¿Qué daño podía hacerles hablar conmigo? Yo soy un dibujo gracioso que ha cobrado vida.

Pienso mucho en eso. En que en realidad soy una caricatura.

En cualquier caso, el otro día estaba hablando con Diller, el reportero nocturno de crímenes y sucesos del periódico, un tipo que lleva tanto tiempo haciendo eso que es más poli que

periodista. El tipo menos inquisitivo que he conocido. En los periódicos hay más gente así de lo que uno se imagina. Si un perro pudiera aprender a ponerse un sombrero y llevar una libreta, haría el trabajo como Diller, ladrándole el parte de la noticia al redactor nocturno. «Chica, muerta. Hallada cerca de Cylburn Avenue. No hay arrestos por ahora. Las fuentes confirman que es Tessie Fine.» Pero a veces Diller sabe cosas sin saber que las sabe y fue él quien me describió a las dos mujeres presentes en la escena del crimen. Como todavía cuento con mis fuentes de información entre los polis, conseguí averiguar el nombre de una de ellas.

Voy a pie hasta su casa, en Cathedral Street; siempre me olvido de lo empinada que es la ciudad cuando uno se dirige al norte desde el puerto, donde están las oficinas del *Star*. No es un mal barrio, pero tampoco bueno. «¿Qué hace una chica tan bonita en un lugar como éste?», me dan ganas de decir al verla subiendo por la calle. Se ve joven con su ropa beatnik. Bueno, tal vez no tan joven, una vez que se acerca, pero sí pizpireta y animada, exactamente como la brisa de este día, que parece más de principios de otoño que de finales de invierno. Me recuerda a mi esposa, a la verdadera, no a ésta con la que estoy ahora. Quiero decir: estoy casado con la misma mujer y ya van veintisiete años, pero no es la chica que conocí en Quincy, Pennsylvania, cuando ambos cursábamos el instituto. Y yo tampoco soy el mismo hombre. No puedo reprochárselo. Ni siquiera Job habría sobrevivido a nuestro periplo.

Me quedo pasmado al darme cuenta de que esta mujer no quiere hablar conmigo. Todo el mundo quiere hablar con Bob Bauer. Pero juega limpio: me ofrece algo mejor. Supongo que se habrá puesto a escuchar disimuladamente mientras estaba en la escena del crimen, o tal vez uno de los policías se ha ido de la lengua. Con una mujer tan guapa uno podría sentir la tentación de pavonearse y echarse unas flores. Así que llamo a

un investigador que conozco y que siempre se ha mostrado amable conmigo... Por lástima, probablemente. Pero no importa, estoy dispuesto a aceptarlo, me lo he ganado. Le pido que nos encontremos en un bar donde no nos toparemos con otros policías o periodistas, de modo que terminamos en el Alonso's de Cold Spring Lane.

Y, mira por dónde, resulta que la dama tenía razón. El dependiente es el sospechoso principal.

—Encontraron algo debajo de las uñas de la niña. Y en el pelo, sobre todo —me dice mi amigo, el investigador de la policía.

—¿Sangre de otra persona? —pregunto mientras pienso: «Ella me aseguró que no había nada sexual.»

Mi amigo niega con la cabeza.

—Una tierra rara, más bien arena. Nada parecido a lo que podría encontrarse en aquel parque. De hecho, en ningún lugar de Maryland.

—¿Y cómo es posible?

—¡Arena de acuario! —dice el tipo—. Pero no puedes divulgarlo hasta mañana, cuando le presenten la orden de arresto. Van a detenerlo en su casa. Vive con su madre.

Los dos resoplamos, señalando que eso lo convierte en todo un fracasado, aunque si mi hijo adulto decidiera volver a vivir en nuestra casa me pondría a saltar de alegría.

—Podría ser bueno que al menos un periodista tuviera información de primera mano sobre este asunto. Alguien que os inspire confianza, que empatizara con vosotros y supiera transmitir lo listos que podéis llegar a ser —digo.

La adulación da resultado. Suele ser así. Al final no acompaño a los policías al arresto en sí, pero estoy en la jefatura cuando traen al tipo. Él trata de convencerlos de que está loco, pero los locos nunca dicen eso.

Como mínimo, tendría que haber sido más cuidadoso con la

higiene. El sótano de la tienda de mascotas está repleto de pruebas. ¿Y por qué todas esas pruebas están en el sótano? Ella no tenía motivos para bajar, a menos que él le hubiera prometido algo. El forense afirma que primero la golpeó, y con fuerza, pero no lo bastante como para matarla, y que luego le rompió el cuello. No, no creo que el tipo se volviera loco de repente. Probablemente acababa de ver la película *Psicosis* y pensó que tenía una coartada infalible.

Mi primicia es todo un éxito. Sabía que lo sería. Todos los demás periódicos tienen que parafrasearla. Los reporteros de sucesos más jóvenes, incluso los de mi propio periódico, están enfadados. (Excepto Diller, cuyo único interés es averiguar la identidad de mi fuente.) ¿Quién soy para meterme en su terreno y robarles una de las noticias más importantes? Os diré quién soy. Soy Bob Bauer. Combatí en la Segunda Guerra Mundial, volví a mi país y me casé con mi novia del instituto, empecé desde abajo y llegué a la cima escribiendo. Puedo redactar lo que sea: artículos de fondo, crónicas, análisis políticos. Yo soy ese gorila de mil kilos que se sienta donde quiere. El día que se publica mi artículo, entro en la redacción, me siento en mi escritorio, ubicado en la esquina de la sala del suplemento dominical, y los otros periodistas se acercan a rendirme homenaje, a felicitarme, a preguntarme cómo lo he conseguido. Los apunto con el dedo y sonrío: «Secreto profesional, amigos míos. Secreto profesional.»

Nadie me invita a ir de copas después del trabajo. No estoy seguro de que hubiera aceptado. Pero habría sido agradable que alguien lo hiciera. Dejé de salir con los colegas hace mucho tiempo y ellos dejaron de invitarme.

De modo que me voy a mi casa, esa casa triste y oscura de Northwood, donde la mujer que inspiró el personaje de «Betty» de mi columna, la Lucille Ball de mi Ricky Ricardo, está sentada en una silla de ruedas, con esclerosis múltiple

manifiesta en todo el cuerpo. Bebe todo el día. ¿Quién podría reprochárselo? La «Betty» de mis columnas asiste a bailes, deambula por el barrio creando una jovial confusión, cocina y limpia. La de la realidad ya no puede limpiar, mucho menos cocinar. Yo hago lo que puedo, que no es mucho. Pero no quiero contratar a nadie, porque eso implicaría dejar entrar a alguien y exponer la vida de fantasía que he creado para el periódico, esa casa alegre en la que la esposa hace cosas alocadas y el marido se complementa con ella a la perfección mientras el hijo y la hija se ríen de todo.

Mi hijo vive en California. Mi hija murió de leucemia con tres años.

Eso es lo que debería haberle dicho a Maddie Schwartz: «Todos tienen secretos. Yo tengo secretos. Encontraré la manera de escribir sin delatar los suyos. No le contaré al mundo que está separada. No necesito saber cómo se enteró de que la policía sospechaba del dependiente de la tienda de peces. Pero su fuente fue un hombre, ¿verdad, Maddie Schwartz? Con una mujer como usted... siempre habrá un hombre.»

Mi esposa y yo comemos delante de la tele. Mi artículo se menciona en todos los telediarios. Ella se esfuerza por felicitarme, pero los dos sabemos lo falsas que son mis victorias. El dependiente de una tienda de peces, la leucemia... Al menos puedes imaginarte apretándole la garganta con las manos al dependiente de la tienda de peces o viéndolo entrar en la cámara de gas. No estoy diciendo que envidie a los Fine. Nunca querría ver a nadie entrar en este horrible club. Pero ellos tuvieron once años, yo tuve sólo tres.

Tres años. Mil días y pico.

Tengo que entregar la columna mañana. Escribiré sobre esa época en que mi hija creía que el diablo vivía en nuestro garaje. ¿Ocurrió de verdad? ¿Qué importancia tiene? No tengo

que ser preciso sobre mi propia vida. ¿Quién va a quejarse si me equivoco?

Cuando tenía once años, en la clase de sociales nos pedían que presentáramos trabajos sobre las diez ciudades más grandes de Estados Unidos. Baltimore era la número seis, pero lo que me llamó la atención fue la pronunciada caída entre la quinta y la sexta. Entre Detroit, con casi dos millones de habitantes, y Baltimore, que ni siquiera llegaba a un millón. Nueva York, la primera de la lista, tenía casi ocho millones. Chicago, Los Ángeles, Filadelfia... eso eran ciudades. Baltimore era una aldea. Los otros niños querían que les tocara Baltimore, tal vez por orgullo local, tal vez porque creían que sería más fácil. Pero yo sólo quería Nueva York. La maestra me puso en el equipo de San Luis, que en ese momento estaba en décimo lugar. ¿Acaso parezco una chica de San Luis? Me puse furiosa. La estúpida San Luis, que no tiene nada salvo el río Misisipí y fábricas de zapatos. San Luis era poca cosa y yo sabía que estaba destinada para algo grande.

Te lo comento, Maddie, sólo para que recuerdes que Baltimore es un sitio pequeño, aún más dentro de sus tribus. En mi zona de la ciudad todos habían oído hablar de Ferdie Platt, de su buen ojo para las mujeres, de su afición al Ballantine's. Nunca intentó conquistarme, pero fue porque yo ya estaba con alguien, con una persona importante, y Ferdie no era ningún tonto. Además, escogía mujeres a las que no tuviera que llevar a ningún sitio, que no le hicieran gastar dinero. Ferdie Platt era estricto con los gastos, como seguramente ya has averiguado. ¿Y qué clase de mujer no espera que su hombre la invite a lugares bonitos, que gaste dinero en ella? Las mujeres que no pueden dejarse ver en público, las mujeres casadas y las mujeres blancas. Contigo ganó el primero y el segundo premio, Maddie Schwartz.

Pero Ferdie acostumbraba a pasarse por el club, mi club, el Flamingo. La gente suponía que aceptaba sobornos. Era compinche del señor Gordon y de otros de su calaña. Me atreví a preguntárselo una sola vez, cuando estaba bebiendo junto a la barra. Tal vez coqueteé con él. No lo sé. Habría sido peligroso que nosotros dos tuviéramos un lío, eso seguro. Pero yo acabé muerta, así que quizá debería haberme lanzado, aunque sólo fuera una vez.

Le canté las cuarenta, insolente:

—Que bebas gratis en este sitio no significa que no debas dejar propina.

—Sí que dejo propina.

—No la suficiente.

Mira, era un hombre atractivo. Si hubiera sabido que podía darme el lujo de escoger hombres estrictamente por placer, le habría tenido en cuenta. Apuesto a que eso nunca se te ocurrió, ¿verdad, Maddie Schwartz? Elegir a los hombres con los que te acuestas basándote en tu propio placer es lo que hace que una mujer sea verdaderamente rica.

Me incliné sobre la barra, lo que me elevó los pechos, que ya estaban bastante expuestos en ese atuendo diminuto que hasta a mí me obligaban a ponerme. Él prácticamente ni me miró.

—Intentaré tratarte mejor. No sabía que mi visita semanal era motivo de queja.

—¿Por qué vienes? Esto no está en tu recorrido.

—¿Por qué crees, señorita Sherwood?

Entonces, con un descaro absoluto, porque ser descarada siempre me había dado resultado, dije:

—Porque recibes sobornos.

Su reacción fue extraña. No se enfureció. No se apresuró a negarlo. Se limitó a palparse los bolsillos meticulosamente y respondió:

—Creo que si recibiera sobornos dejaría propinas mucho más grandes.

—Así que no dices que no —señalé.

—No dijo que sí, no dijo que no —cantó él.

Pero no supe si era la letra de una canción de verdad o se la estaba inventando.

—¿Es una canción de verdad? Lo parece. Incluso con tu voz desafinada. —En realidad, tenía buena voz, pero no hacía falta que se lo dijera.

—Vaya con los jóvenes de hoy en día —respondió.

—Tú tienes cinco años más que yo, como mucho.

—También tengo todos los álbumes que grabó Ella Fitzgerald. She Didn't Say Yes, «*Ella Fitzgerald Sings the Jerome Kern Song Book*», *lanzado en 1963. Tengo un bonito tocadiscos.*

Hizo una pausa y contuve el aliento. Iba a invitarme a su casa, lo que era una locura, algo peligroso. Pero también valiente. Lo que era de admirar. A esas alturas, los hombres del Flamingo no se me acercaban. El señor Gordon se encargaba de que fuera así. Era un hombre lo bastante loco como para correr ese riesgo, bueno, tal vez sí sintiera algo por mí, después de todo.

—Tal vez puedas comprarte el disco en Korvette's o en Harmony Hut. Te lo prestaría, pero la verdad es que no me gusta prestar mis discos. Soy muy puntilloso con su mantenimiento —dijo.

Ya estaba otra vez igual, con las palabras difíciles. Yo estaba bastante segura de que esa frase quería decir llegar a tiempo a los sitios, pero no pensaba preguntárselo y permitirle que se burlara de mí.

—No pasa nada —dije—. No me gusta esa música de viejos. Me gustan las Supremes.

—Claro —dijo él.

Esa noche me dejó un billete de cinco dólares. Nunca lo volví a ver. La razón es que morí dos semanas más tarde. Si hubiera deseado a Ferdie Platt, lo habría tenido. Para que lo sepas, Maddie Schwartz. Podría haberlo tenido.

ABRIL DE 1966

Ese año la primavera no acababa de llegar, como si temiera no ser bien recibida. Pero incluso en los días más frescos Maddie salía a fumar a la escalera de incendios. Hacía dos años atrás que lo había dejado, sin ningún esfuerzo, cuando salió el informe de salud pública, y de hecho nunca había sido una verdadera adicta. Para ella fumar era una actividad secundaria, algo que hacía con una taza de café, o cuando tenía que esperar a Milton en un lugar público y se sentía incómoda.

Sin embargo, últimamente se había descubierto con unas ganas enormes de fumar. Le calmaba los nervios, le permitía pensar. La libertad le daba vértigo, la paralizaba. Se utilizaba la frase «como un niño en una tienda de caramelos» para expresar ese momento de búsqueda enloquecida de gratificaciones, pero Maddie tenía el presentimiento de que la mayoría de niños, una vez se hubiera abalanzado sobre el caramelo que más le gustaba, no sabría qué hacer a continuación. ¿Debería centrarse en la cantidad o en la calidad? ¿Comerlo en el acto o almacenar todo lo posible para más tarde? Había un programa de televisión relativamente nuevo, llamado *Supermarket Sweep*, en el que las mujeres respondían preguntas sobre cuánto costaban las cosas, mientras los maridos «compraban», con el objetivo de que escogieran los artículos más caros. Aunque todavía estuviera con Milton, Maddie no podía imaginarse jugando a eso, y no sólo porque Milton, por principios, se negaría a comprar colas de langosta. Milton no sabía lo que costaba nada en el supermercado. Para el caso, ella misma hacía años que había dejado de fijarse en los precios. Se sentía

orgullosa de haber llegado a una etapa de la vida —«una etapa de la vida»; esa frase, de repente, le pareció nueva— en la que no tenía que recortar cupones ni comprar las ofertas. Esa clase de actitud ahorrativa había sido esencial en los primeros años del matrimonio. Pero era más divertido tener dinero que no tenerlo.

Examinó los anuncios bajo el título «Ofertas de empleo para mujeres». Enfermeras, cajeras, camareras, secretarias, oficinistas. Ninguno parecía apropiado. Pero, un momento... había un puesto, un empleo de administrativa en el *Star*. ¿Bob Bauer, que había sido tan agradable, la ayudaría? Ella lo había ayudado, ¿no? Él había publicado un gran artículo en primera plana sobre el hombre que había matado a Tessie Fine. Al final toda aquella historia había terminado siendo extrañamente anticlimática, clara y concisa. Una niña entra en una tienda, golpea los pies contra el suelo y un hombre, sencillamente, se vuelve loco. Ferdie le había contado a Maddie que los investigadores no se lo creían, que uno no enloquece de repente, le golpea en la cabeza a una persona y luego tiene el ánimo suficiente como para arrastrar a la víctima al sótano para terminar el trabajo partiéndole el cuello. Lo que creían era que aquel hombre tenía... ¿Qué palabra había utilizado Ferdie? «Tendencias.»

Maddie sonrió al recordarlo. A Ferdie le gustaban las palabras altisonantes, a pesar de que no siempre las utilizaba con precisión. Pero en este caso se acercaba bastante, aunque sonaba demasiado suave para algo tan espantoso. La policía no creía que Stephen Corwin hubiera matado a nadie antes, pero sospechaban que había tocado a otros niños. Probablemente había tenido más suerte con sus víctimas anteriores, al fin y al cabo trabajaba en un sitio que era muy tentador para un crío, donde podía hacer cosas que los niños no considerarían demasiado extrañas. Como acercar una manita a sus pantalones

pidiendo que lo tocaran sólo una o dos veces. Lo más seguro era que Tessie Fine, una niña serena y segura de sí misma, se hubiera defendido cuando él intentó algo con ella. Pero hasta el momento la policía no había podido encontrar a ningún otro niño que hubiera estado en el sótano de la tienda, y las pruebas con que contaban no les permitían pedir la pena de muerte.

—Tampoco es que puedas ir a la tele y decir: «Esta pregunta es para las madres del noroeste de Baltimore: ¿pensáis que este pervertido ha tocado a vuestros hijos en alguna ocasión?» Hemos mandado a mujeres a hacer preguntas a las escuelas, a entrevistar a enfermeras de los servicios de emergencias. Pero si ese tipo sólo se limitó a tocar, o si fue lo bastante listo como para asegurarse de que fueran ellos quienes lo tocaban a él, sin llegar siquiera a rozarles un pelo, no vamos a encontrar nada.

Maddie se fijó en que Ferdie usaba la primera persona del plural. Él se moría por ser un investigador de Homicidios. Se había ganado a algunos de ellos tratándolos como si fueran dioses del Olimpo, y ellos confiaron en él.

Ella y Ferdie estaban fumando en la cama cuando él compartió esa última confidencia sobre Tessie Fine. Ahora que lo pensaba, quizá él era el responsable de que el tabaco hubiera vuelto a su vida. En su matrimonio con Milton, Maddie no había tardado en dejar atrás la etapa de hablar y cotillear después del sexo. Pero con Ferdie hacer una pausa para fumar era el modo de retenerlo allí un poco más. No quería que pasara toda la noche en su casa —y menos mal, porque él jamás lo hacía—, pero sí deseaba que se quedara un poco más de lo que él parecía querer estar. Por eso le hacía preguntas, sonsacándole información sobre su trabajo. De esa forma averiguó algunas cosas sobre su infancia. «El menor de siete hijos, jugaba al básquet en el Politécnico.» Pero él enseguida cerró casi todas las vías de investigación sobre su vida personal.

Maddie se dio cuenta de que él quería ser un enigma. Desaparecería de su vida con la misma rapidez e inmediatez con que había aparecido. A veces ella se sentía como si estuvieran recreando uno de esos ejercicios de matemáticas de los deberes de Seth: «Un tren sale de Baltimore en dirección oeste a las 18 h, desplazándose a 160 kilómetros por hora, mientras que otro tren sale de Chicago en dirección este a las 20 h, hora de Chicago, desplazándose a 193 kilómetros por hora. Si hay una distancia de 1.159 kilómetros entre ambas ciudades, ¿a qué hora se cruzarán?»

¿Y qué ocurre si esos trenes se detienen un momento? ¿Quién se daría cuenta, quién lo sabría? ¿Los trenes habrán cambiado en algo cuando reanuden el viaje?

Ferdie deseaba ascender. Quería ser investigador, y no en narcóticos, no un agente infiltrado. En el departamento siempre había habido segregación racial, pero corría el rumor de que las cosas estaban a punto de cambiar. Surgirían nuevas oportunidades.

—Tienes talento. Estoy segura de que lo lograrás —le dijo ella.

Él se echó a reír.

—No tiene que ver sólo con el talento. Van a incorporar a gente, para mejorar las estadísticas. No basta con tener talento. Hay que tener suerte.

De modo que Ferdie estaba entrando en la estación de tren de Baltimore a la máxima velocidad posible, fuera ésa la que fuese. Mientras que Maddie deambulaba por ahí sin saber qué hacer con su vida. En ese momento ni siquiera era capaz de decidir si comprar o no un poco de tela para confeccionarse algunos vestidos de verano con esos maravillosos estampados de Marimekko que había visto en una *boutique*. Eran muy modernos para Baltimore, aunque Jackie Kennedy había aparecido vestida con prendas de esa casa en algunas

fotografías de la primera época de la presidencia de su marido. Pero los nuevos estampados eran más audaces, más grandes. Maddie los había visto en un sitio llamado la Store Ltd., en Cross Keys, el nuevo barrio cerrado de la zona norte, una especie de aldea en el interior de Baltimore. Cross Keys le gustaba. Tal vez se iría a vivir allí cuando Milton y ella llegaran a un acuerdo.

La tela no era el único artículo de la Store Ltd. que Maddie codiciaba. El propietario hacía unas joyas asombrosas. Eran muy simples: ingeniosas siluetas curvas en tono plateado, formas sorprendentes, con muy pocas o ninguna piedra preciosa. Pero también eran muy caras. Ése era el futuro: pulcro y aerodinámico. Mientras miraba las joyas, Maddie pensó en cortarse el pelo al máximo, pero pensó que a Ferdie no le gustaría. Ah, bueno, ya habría tiempo de cortarse el pelo. Y él no podría oponerse a que se perforara las orejas, ¿verdad?

Sentada en la escalera de incendios, se palpó los lóbulos, estirados y delgados después de años de pesados pendientes de clip, algunos probablemente valiosos. Había dejado la mayor parte de sus joyas en casa; un gesto con el que pretendía hacer alarde de su buena fe. Pero tal vez eso mismo había inducido a error a Milton y Seth, tal vez ellos estaban enfadados con ella porque creían que se cansaría pronto de ese experimento extravagante y volvería con ellos. Nunca había tenido la intención de dejar a Seth, por supuesto; siempre había imaginado que él querría sumarse a su nueva vida. De todos modos, tras el intento de vender el anillo de bodas, no pensaba molestarse en tratar de averiguar cuánto podía sacar por esas antiguallas. Pero sí quería hacerse perforar las orejas. Cogió las páginas amarillas y encontró un joyero de Pikesville que lo haría por el precio de unos pendientes de catorce quilates que ella debía llevar puestos hasta que las orejas cicatrizaran.

De Pikesville fue directa a la Store, para admirar las

creaciones de Betty Cooke que no podía permitirse comprar. La vendedora, que la reconoció de su visita anterior, sacó nuevos rollos de tela de Marimekko.

—No debería, realmente no debería —dijo Maddie.

Había un tejido azul de flores con tonalidades negras que combinaba a la perfección con sus colores. Y pronto llegaría la primavera. Compró cinco metros y medio de tela y luego encontró un patrón para un vestido sencillo sin espalda, tan sencillo que probablemente se lo podría haber cosido ella misma, si dispusiera de una máquina. Pero eso también se había quedado en casa de Milton. Le molestaba mucho tener que pedírsela. No quería nada de él, excepto dinero.

Compró una manzana en la pequeña frutería que estaba enfrente de la Store y dio un paseo por los senderos sinuosos de Cross Keys, observando los edificios de pisos y las casas. Finalmente llegó a la zona de las pistas de tenis. ¿Qué habría ocurrido si Milton no se hubiera aficionado al tenis y no hubiese invitado a Wally Weiss a su casa? Lo más probable era que Maddie no se habría marchado de casa, al menos no en el momento en que lo hizo. Y si no se hubiera ido, aquel día su madre no la habría sermoneado y ella no habría encontrado el cuerpo de Tessie Fine. Sabía que concluir que el cuerpo de Tessie jamás habría aparecido suponía una falacia lógica, pero sin duda no lo habrían encontrado ese día en concreto, pues la búsqueda todavía no se había extendido hasta esa zona. Maddie había hecho algo importante; Maddie era importante. Aunque nadie lo supiera.

Y quien había sido importante una vez, aunque nadie lo supiera, le cogía el gusto. Maddie quería ser valiosa. Quería que el mundo fuera diferente porque ella había nacido. No bastaba con ser la madre de Seth. Aunque él terminara siendo el primer presidente judío de Estados Unidos o un médico que encontrase la cura contra el cáncer, ninguno de sus logros

estaría relacionado con ese intenso anhelo que ella sentía. Necesitaba hacer algo por ella misma, más allá de Ferdie y el dormitorio con vistas a la catedral.

Ojalá pudiera hablar con el hombre que lo había hecho. Le habría gustado comprenderlo de una manera que no creía que fuera importante para la policía. A ellos les daba igual la razón por la que había matado, sólo querían ponerlo entre rejas y que no hiciera daño a otro niño. Pero, si Maddie fuera la madre de Tessie Fine, querría saber más. Quedaban muchas cosas pendientes.

Tal vez pudiera hablar con el hombre que lo había hecho. No hablar, pero al menos mantener correspondencia. Le escribiría una carta, le animaría a que se confiara a ella, le revelaría el vínculo que compartían: el cuerpo de Tessie Fine.

De camino a su piso, se bajó del autobús dos paradas antes y entró en una papelería de Charles Street.

Salió a la escalera de incendios con la caja de papel, a pesar de la pálida luz y la fría brisa. Era un papel vitela sencillo, color crema, sin sus monogramas. Además, ¿qué iniciales utilizaría? Hizo varios borradores en un cuaderno, luego escribió la versión definitiva en la página en blanco que tenía delante, cubriéndola con los rasgos finos y claros de su caligrafía.

Estimado señor Corwin:

Mi nombre es Madeline Schwartz y soy la mujer que encontró el cuerpo de Tessie Fine. De modo que, para bien o para mal, siento que usted y yo compartimos algo. Usted fue la última persona en verla con vida, yo fui la primera en verla muerta…

Fue andando hasta la oficina central de correos para asegurarse de que se enviara lo antes posible.

Ni se le pasó por la cabeza que él podría no responderle,

porque los hombres casi siempre hacían lo que Maddie quería. Casi.

EL SOSPECHOSO

En la primera carta viene una foto de ella. Parece una mujer agradable. Quiere conocer mi versión de los hechos. Está interesada en mí. «En mí.»

En realidad, yo no confesé, ¿sabéis? Me limité a dejar de hablar cuando me arrestaron. ¿Qué iba a decir? Estaba la arena del acuario, la certeza de que había entrado en la tienda... ¿Qué podía decir? Declaré que no pensaba seguir hablando, que no diría nada más y, cuando finalmente me permitieron hacer una llamada, no la desperdicié con un abogado. Llamé a mamá sabiendo que ella se encargaría de las gestiones, que se ocuparía de todo. Me dijo que era un estúpido, pero estoy acostumbrado. La mañana del día en que todo ocurrió me había dicho que era un estúpido. Me lo decía casi todos los días.

Pero no habla en serio. En realidad, el problema es que mamá se frustra muy fácilmente. Es una mujer muy nerviosa. Tiene que tomar pastillas. Ha tenido una vida muy difícil; mi padre se marchó y tuvo que criar sola a un niño como yo. Sin talento para casi nada. Ojalá pudiera deciros que me encantaba mi trabajo en la tienda, que yo era uno de esos amantes de los peces y las serpientes, porque me da la impresión de que eso diría un tipo listo. Lo cierto es que yo necesitaba un trabajo. Y el dueño de la tienda necesitaba una persona que pudiera trabajar los sábados, porque esos días el negocio iba bien. «Los judíos no son los únicos que compran peces y serpientes. No puedo mantener la tienda abierta si no abro los sábados. Y además todo el mundo va a darse cuenta de que tú no eres

judío», dijo.

No sé lo que significa no tener aspecto de judío. Soy pelirrojo y tengo los ojos azules y la piel muy pálida, aunque sin pecas. Si se os preguntara, probablemente diríais que desciendo de irlandeses, pero para ser exactos nuestro apellido es de origen español, aunque no somos españoles, evidentemente. Mamá dice que en realidad no es que haya tantos irlandeses pelirrojos, sino que entre los nativos irlandeses suele haber más pelirrojos que entre los de otras nacionalidades. Mamá es lista. Por eso se frustra conmigo. No la culpo.

Aunque no es que yo sea lento o subnormal, simplemente no soy tan listo como mamá. Lo que pasa es que ella es muy lista. Podría haber logrado lo que se propusiera si hubiera sido un hombre. En cambio, se casó con un hombre que no era lo bastante bueno, era un holgazán que se fugó cuando yo era pequeño. En cualquier caso, creo que ésa es otra de las razones por las que le contesté a la señora que me escribió. Quería demostrar que yo no era ningún subnormal. Y sólo era una señora que me había escrito. No se me ocurrió que pudiera mostrarle mi carta a nadie.

Además, lo cierto es que no le conté nada. De hecho, le dije que no podía hablar ni con ella ni con nadie, que mi abogado había sido muy claro al respecto. Sí, que la niña hubiera estado en la tienda no me beneficiaba, pero no probaba que yo lo hubiera hecho. Cerré a las cinco. Pudo haber pasado cualquier cosa después de que me marché. La puerta trasera estaba forzada.

Lo único que le conté a la señora es que vi a la niña y que ella fue maleducada conmigo. Yo tenía un mal día. Esa mañana me había peleado con mamá. Por una estupidez. Nuestras peleas siempre son estúpidas. Creo que aquel día estaba enfadada conmigo porque yo sólo había dejado dos huevos.

Dijo que no se podía hacer huevos revueltos sólo con dos, entonces me ofrecí a hacérselos fritos y ella respondió que no los quería ni fritos ni escalfados, los quería revueltos y si sólo había dos no se esponjarían lo suficiente. De pronto, nos pusimos a gritarnos como locos. Así es como nos peleamos. Como gato y perro, como Tom y Jerry, nos gritamos y ella me soltó que ese día yo no podría coger el coche para ir al trabajo, que tendría que ir andando bajo la lluvia.

De camino a la tienda, sabía que ella se sentiría mal cuando yo regresara. Me pediría disculpas, me traería una toalla para el pelo, me secaría los zapatos para que no quedaran deformados después de esa larga caminata. Me prepararía té y cenaríamos juntos, cada uno con su bandeja. Nos peleábamos mucho, pero siempre nos reconciliábamos. Pero, hasta que eso ocurría, yo siempre me sentía abatido, como si el mundo estuviera mal. Por eso le grité a la niña y le dije que saliera de la tienda. Ella debió de regresar más tarde. Tal vez se coló, con ganas de hacer alguna travesura, y alguien la siguió. Yo creo que fue eso lo que sucedió y eso es lo que le dije a la señora que me escribió. De acuerdo, sí, también le conté lo del ejército, las cosas que me hicieron allí.

Como ya he dicho, no soy tan listo como mamá. Esa señora me utilizó. Una señora guapa metió su foto en el sobre, me aseguró que teníamos algo en común, que yo era la última persona que había visto a Tessie Fine con vida y ella era la primera persona que la había visto muerta, y que eso nos unía. Tampoco es que yo fuera tan tonto como para caer en esa trampa. Le escribí: «No, la última persona que vio a Tessie Fine con vida fue la persona que la mató y yo no fui.» Pero, de todas maneras, dije demasiado, y no de forma confidencial, como mi abogado y mi madre no dejaron de gritarme cuando la carta salió a la luz.

Pero después el abogado se serenó y dijo: «Tal vez esto sea

una oportunidad, después de todo. Tal vez pueda aprovecharse.» Mamá estaba furiosa al principio. «No quiero que nadie diga que mi Stephen está loco», gritó. Pero el abogado le hizo cambiar de opinión muy rápido.

MAYO DE 1966

Maddie se vistió cuidadosamente para su visita a las oficinas del *Star*. Su instinto le indicaba que en esa ocasión debía presentarse como era antes. Con guantes y sombrero, aun cuando el calor había llegado por fin. Qué extraña se veía de esa manera, qué distinta a la persona en la que sabía que se había convertido. Pero esas faldas y vestidos más cortos, esos colores intensos que había empezado a adoptar, no le darían un aspecto serio. Y lo que quería transmitir era seriedad y determinación.

Le resultó fácil bajar andando la colina hasta el edificio del periódico, que no estaba a más de un kilómetro y medio de su piso. Qué sencillo sería hacer ese trayecto de lunes a viernes, si conseguía el empleo, cuán reconfortante volver a su casa, subiendo por la colina, cansada después de un largo día de trabajo. Se preguntó si en el periódico la gente socializaba, si la invitarían a tomar algo.

También se preguntó cómo se sentiría Ferdie si ella dejaba de estar a su entera disposición. ¿Le importaría? ¿O se sentiría aliviado? Tal vez le serviría de pretexto para poner fin a la relación de un modo digno, suponiendo que él quisiera eso.

Pero apenas cruzó el umbral del edificio sintió que su seguridad disminuía. Tuvo que acercarse a un escritorio enorme, donde había una mujer sentada delante de una centralita telefónica, en una posición elevada, como un juez.

—¿A quién viene a ver? —inquirió con actitud autoritaria.

—¿Al señor Bauer? —respondió Maddie, furiosa de que su voz se hubiera vuelto más aguda hacia el final, como si no

tuviera derecho a estar en ese lugar sagrado preguntando por ese hombre famoso que había estado en su piso y le había suplicado que le revelara su historia.

—¿Está esperándola él?

—No.

—¿Cómo se llama?

Ella le susurró su nombre, como si temiera que alguien pudiera oírla; luego, siguiendo las instrucciones de la operadora de la centralita, esperó en un banco de madera. Después de muchos murmullos y suspiros, la mujer dijo: «Quinta planta.»

—¿Qué?

—Quinta planta, quinta planta. La sección dominical, en la quinta planta.

Su primera impresión de una redacción fue que era un lugar muy sucio. Sucio y ruidoso. Muchísimos periódicos, amontonados en cualquier sitio. Gente gritando, el estruendo de las máquinas de escribir, una campanilla que sonaba en algún sitio. Y hombres por todas partes. Pero, como se recordó a sí misma, allí también trabajaban mujeres. Había leído sus firmas, había visto sus artículos. Las mujeres también podían ser periodistas.

Bauer se sentaba en un escritorio en el rincón de la sala donde trabajaba el equipo de la sección dominical. Las ventanas daban al sur, hacia el agua, y la vista podría haber sido imponente si los cristales no estuvieran tan sucios. En esa mugre, alguien había escrito: «El *Star*, uno de los periódicos del mundo.» Maddie tardó un momento en pillar el chiste. El *Beacon*, el otro matutino, que era más sobrio y disponía de corresponsales en el extranjero y de un nutrido equipo en Washington, se anunciaba como «Uno de los mejores periódicos del mundo».

—Qué sorpresa verla por aquí —dijo él inclinándose hacia

delante en la silla.

Ya desde el principio le pareció diferente, y Maddie se dijo que el hombre al que había conocido estaba representando un papel. Fingiendo interés en ella, fingiendo empatía, fingiendo lo que hiciera falta para conseguir lo que quería. Ahora él ya no necesitaba nada de ella... O eso creía.

—Quiero trabajar aquí.

Él sonrió.

—No soy el director, señorita Schwartz. No me encargo de contratar gente. Y si lo hiciera, no creo que una mujer sin experiencia me interesara.

—Pero puede ayudarme.

—Tal vez. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Éste es un lugar serio, para gente seria. Uno no cruza el umbral y empieza a trabajar.

—Yo lo ayudé a conseguir... —Se debatió sobre si usar o no la palabra, preguntándose si sonaría ridícula en sus labios—. Lo ayudé a conseguir una primicia.

Otra sonrisa. Pero no la intimidó. No se sintió ridícula. Sabía lo que tenía en el bolso.

—Usted me desvió del tema. Tuvo suerte de que diera resultado.

—Le ofrecí algo mejor de lo que había venido a buscar. Yo no lo consideraría desviar el tema.

—¿Y ahora se le ha ocurrido que quiere trabajar en el periódico? ¿Qué podría aportar a este oficio?

Ella sacó un fajo de papeles atados con un hilo.

—Aquí tengo estas cartas. De Stephen Corwin. Le escribí acerca del homicidio de Tessie Fine y él me contestó. Dos veces.

Los ruidos de la redacción no cesaron; Maddie se dijo que en ese sitio nunca había silencio. Pero se produjo un desplazamiento. De pronto había más gente escuchándolos, o

intentándolo. Tal vez Bauer también lo notó, porque dijo:

—Vayamos a dar un paseo.

Ella supuso que él se refería a salir del edificio, pero él la llevó hacia el pasillo y luego la hizo bajar por una escalera.

—¿Puedo verlas?

—Le enseñaré la primera —respondió ella.

Bauer leía muy rápido.

—¿Y qué? No admite nada. No hace más que repetir esa historia disparatada de que la niña entró y se marchó. Eso no se lo cree nadie.

—Yo tampoco —repuso Maddie—. Pero hay un detalle que sugiere que tenía un cómplice.

Bauer enarcó las cejas.

—He oído hablar de leer entre líneas, pero usted prácticamente se ha colado entre ellas y se ha construido una casa. Lo que dice es mucho suponer. Vale, él se ha inventado la historia de que lo hizo otra persona. ¿Cree que de eso se desprende que hubo un cómplice?

—De eso no —contestó Maddie—. Vuelva al principio de la carta, la parte en la que cuenta cómo se peleó con su madre ese día.

—Toda esa tontería de los huevos. Ni siquiera yo podría hacerlo sonar interesante.

—No, la parte que dice que fue al trabajo andando.

—Bien. ¿Y?

—El cuerpo de Tessie Fine apareció a más de tres kilómetros de la tienda. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿De quién era el coche que usó? Fui a la biblioteca y leí todos los artículos que había sobre él.

Qué decidida se había sentido cuando se presentó en Enoch Pratt, la biblioteca pública de la ciudad, que en realidad quedaba a pocos pasos de su piso, y pidió esas largas varillas de madera con las que se sujetaban los periódicos. Casi nunca iba

a la Pratt. Era como un castillo comparado con la atmósfera moderna y anodina de la Randallstown, de donde sacaba esas novelas populares.

—Puede que escondiera el cadáver durante la noche y lo sacara al día siguiente.

—Es posible. O tal vez se diera cuenta de que cometió un desliz cuando me contó esa parte, que da a entender que había un cómplice o alguien que tiene conocimiento de los hechos. Por eso me mandó la segunda carta, sobre su paso por Fort Detrick.

—¿Qué quiere decir?

—Stephen Corwin fue llamado a filas hace cinco años. Declaró que era objetor de conciencia por ser adventista del séptimo día. Lo mandaron a Fort Detrick, donde formó parte de un experimento denominado Operación Bata Blanca.

—Eso es ridículo —dijo Bauer—. El ejército no lleva a cabo pruebas que convierten a los hombres en asesinos de niñas.

—A mí también me parece ridículo —admitió Maddie—. Como si él estuviera aferrándose a un clavo ardiendo. Pero a la vez es la mar de interesante, ¿no? Nadie ha publicado nada sobre eso. Me gustaría escribir un artículo sobre nuestra correspondencia.

—¿Y eso no la expondría a todas las cosas que temía cuando fui a visitarla? ¿No revelaría aspectos de su vida personal? ¿No avergonzaría a su hijo?

—No si firmo con mi nombre. Si figuro como la autora.

Él necesitó unos segundos para entender lo que ella estaba pidiéndole.

—Una firma. Usted quiere una firma. Quiere que la contratemos y que su primer artículo sea una primicia en la portada. Pero las cosas no funcionan así, Lois Lane. ¿Qué piensa a hacer? ¿Involucrarse en todos los homicidios importantes? ¿Disfrazarse de borrachín e ir a buscar al asesino

del Tres en Raya que está aterrorizando a los drogadictos de Baltimore? ¿Quizá se le ocurra algo sobre el asesinato de Kennedy que la comisión Warren no publicó en sus conclusiones? Eso no es periodismo. Eso la convierte más bien en una reportera encubierta, una Nellie Bly de segunda fila.

Había caído otra máscara. Ella lo había ofendido. Y entonces Maddie, cuyo instinto para detectar lo que necesitaban los hombres era infalible, supo de inmediato cómo encauzar la situación.

—¿Estaría tan mal que yo escribiera esto, con su ayuda, y que lo consideráramos una prueba? No tengo ningún problema con empezar desde abajo e ir ascendiendo poco a poco. No estoy pidiendo un trato preferencial.

—Oh, Maddie, trabajar en un periódico arruina a las mujeres. Debería ver a la arpía que se ocupa de los temas laborales.

—Me gustaría creer que, haga lo que haga, siempre seré una mujer en primer lugar.

—Estoy seguro de ello —dijo él—. Mire, esto sería más fácil si me diera las cartas para que yo se las enseñe a los jefes...

Ella volvió a guardar en el bolso la que tenía en la mano.

—En realidad, no tengo la segunda aquí. He venido primero aquí. He acudido primero a usted. Pero hay dos periódicos más en esta ciudad, el *Beacon* y el *Light*. Tal vez debería visitarlos a ellos, a ver qué me ofrecen.

Dos días más tarde —dos días de estar sentada al lado de Bauer, a veces mecanografiando, a veces hablando, permitiendo que él reescribiera su texto, pero también, en determinados momentos, insistiendo en dar su propio estilo a las palabras que se iban formando en el papel que asomaba por su gruñona máquina de escribir—, el artículo de Maddie

apareció en la portada: un asesino se desahoga. La firma era de Bauer, pero su nombre aparecía en cursiva: *Basado en su correspondencia con Madeline Schwartz, presente en el grupo de búsqueda que halló el cuerpo de Tessie Fine*.

Las cartas se entretejieron en un artículo más amplio, complementadas por la investigación de Bauer. Un portavoz del ejército declaró categóricamente que los «tratamientos» a los que había sido sometido Stephen Corwin no podían provocar una psicosis en ningún caso. Su madre aseguró que Stephen era una persona infeliz y que siempre había supuesto una decepción para ella, que todo lo que contaba era mentira, incluso la historia de los huevos. Stephen tenía amigos sórdidos, hombres que ella no aprobaba.

Finalmente, su abogado intentó citar a declarar a Maddie, pero se le explicó que sus notas estaban protegidas por el secreto profesional periodístico consagrado por ley en el estado de Maryland, puesto que era una empleada del *Star*. Y si bien el abogado del periódico dio a entender que su contrato era anterior a su correspondencia con Corwin —en realidad el contrato se había redactado deprisa y corriendo apenas llegó la citación—, en ningún momento lo expresó con esas palabras y el inexperto defensor público abandonó esa estrategia de defensa, decidiendo centrarse en que Corwin no estaba capacitado para comparecer ante un tribunal.

El artículo causó sensación y dominó las noticias varios días. En parte la historia era la propia Maddie —una mujer atractiva y a punto de divorciarse consigue que un asesino de niños revele la existencia de un cómplice—, pero ella nunca perdió de vista que ella había sido la creadora de la historia y que, con ayuda de Bauer, la había escrito. Después de todo, aunque tuvo el buen tino de no mencionárselo a Bauer ni a ninguna otra persona del *Star*, en otra época había deseado escribir poesía y ficción, y también había trabajado en el

periódico del instituto. Que era donde había conocido a Allan Durst, lo que, indirectamente, casi le había arruinado la vida. Ahora escribir tal vez la ayudaría indirectamente a reinventarse la vida.

La recompensa que obtuvo Maddie por la primicia fue un empleo como ayudante del hombre que escribía la columna «Denuncias ciudadanas» del *Star*, Don Heath, quien se mostró profundamente escéptico.

—Jamás he tenido ayudante, no sé por qué de pronto se les ocurre que necesito uno —se inquietó Heath—. Supongo que puede abrir las cartas. Cuando le coja el tranquillo, le dejaré ocuparse de las denuncias más sencillas, las que no llegan a publicarse en el periódico.

Teniendo en cuenta lo poco interesantes que eran las denuncias que sí se publicaban, Maddie se preguntó cuán estúpidas llegarían a ser las otras. Pero no importaba. Tenía una mesa. Había conseguido un empleo. Mientras abría los sobres que llegaban cada día, un despliegue interminable de quejas insignificantes, se imaginaba a sí misma en el futuro, explicándole a un joven, que posiblemente la idolatraba, cómo había empezado todo. Tal vez a Seth, tal vez a una sala llena de universitarias. «Se dice que un viaje de mil kilómetros empieza con un solo paso. Bueno, mi viaje de ni siquiera cincuenta pasos, desde el escritorio de "Denuncias ciudadanas" hasta la verdadera redacción, empezó con mil cortes hechos con hojas de papel.»

Por las noches, Ferdie le frotaba crema en las manos y se preocupaba por el daño que les estaba haciendo a sus hermosas uñas. Con una confianza en sí misma que le pareció distinta de su antigua confianza en sí misma, Maddie dijo:

—No voy a pasarme toda la vida abriendo cartas.

EL SEÑOR DENUNCIAS CIUDADANAS

Nunca he pedido un ayudante y me asusta que de pronto me anuncien que me hace falta uno. Me pusieron a cargo de la sección «Denuncias ciudadanas» hace cuatro años, cuando empecé a cometer esos... llamémosles errores. Nada fatal ni difamatorio. Un día me confundí y escribí que un banquero local que estaba a punto de recibir un premio había asistido a la Universidad Crown de Long Island. No, jamás había oído hablar de aquel establecimiento, pero me sonó así. Los jóvenes de hoy en día siempre hablan entre dientes y balbuciendo. Vale, en realidad era la Universidad Brown de Rhode Island. Lo detectaron antes de que saliera publicado. ¿Los correctores no están para eso, para encontrar esa clase de errores? Me mandaron a un otorrinolaringólogo, pero mi audición estaba bien. Les conté que ese día había tomado un par de copas. Tampoco es que los otros periodistas no beban. Éste es un periódico vespertino; la edición se cerraba a las dos de la tarde. Entregabas tu artículo, dejabas que el editor hiciera los ajustes pertinentes, luchabas por una buena causa y luego te ibas a comer. A mí me gusta ir al Connolly's, que prácticamente está cruzando la calle. Hacen un bocadillo de pescado bastante decente. Regresé e hice la entrevista. Podría ocurrirle a cualquiera. Prometí que no volvería a beber. No les dije que en realidad no había bebido ese día.

Me creyeron. Pero me quitaron la columna y se la dieron al judas de Bauer. Oh, sí, es un hombre de lo más agradable, con sus bonitos artículos sobre su bonita familia. Yo me sacaría los ojos antes de escribir esa basura sentimental. Me asignaron la

columna «Denuncias ciudadanas» y me pusieron un buen editor y, cada tanto, me olían el aliento subrepticiamente (o eso creían ellos).

Ojalá hubiera algo que oler. Preferiría tener ginebra o vodka en los labios. Pero supongo que cuando el cerebro empieza a funcionar mal, no huele a podrido.

El médico afirma que no hay ninguna señal de demencia. Se olvida —ja, ja, el médico al que le he pedido que diagnostique mi demencia se olvida de cosas— de que ya he pasado por ello, lo he visto de cerca. Se llevó a mi madre. Y no me vengáis con que estas cosas no son hereditarias. Ella empezó del mismo modo que yo. Un lapsus allí, un lapsus allá. El médico dice que olvidarse de cosas no es la cuestión principal. Me pregunta si reconozco a las personas, si alguna vez me olvido de palabras básicas. Hasta ahora, todo bien. Pero, si es así, ¿por qué me han puesto una ayudante? Me dijeron que la enseñe. Que tiene entusiasmo. Joven no es, pero tiene entusiasmo. A mí no me engañan. Tiene casi cuarenta años. ¿Quién empieza a trabajar en un periódico a esa edad? Me pregunto si no será una enfermera o alguien a quien han contratado para que me espíe. No es paranoia si van a por ti de verdad. El sindicato lo pone difícil para que me despidan, pero no puede protegerme si cometo una equivocación importante o si realmente estoy enfermo. Puedes beber hasta matarte en un rincón de la redacción; Ned Brown está haciendo precisamente eso ahora mismo. Y no pasa nada. Pero si un día me presento sin pantalones, a la calle. Por suerte, es difícil cometer una equivocación importante en «Denuncias ciudadanas». Hasta un mono podría escribir esa columna. Siempre que no se ponga senil.

Durante la primera semana de la ayudante, no se me ocurre qué hacer con ella. Mi mesa está en una esquina de la oficina, el mejor sitio para que se olviden de mí. Han conseguido

hacerle un hueco, lo que me irrita. Estoy acostumbrado a estar solo, a hablar por teléfono sin que nadie me oiga. Le hago preparar café, lo que le lleva, bueno, unos diez minutos en total cada día. Finalmente, le paso la correspondencia y le mando que la revise. Le digo: «Así tendré mucho más tiempo para desarrollar mi prosa inmortal.» Se ríe. Es de esa clase de mujeres que se ríen de los chistes de los hombres, incluso cuando no son graciosos.

El verdadero chiste es que tengo la columna más estúpida del periódico, pero también la más popular. No os creeríais la cantidad de correspondencia que genera, y, vale, lo confieso, yo no llegaba a leerla toda. Leía hasta que tenía las suficientes reclamaciones como para llenar el espacio. Para cuatro columnas a la semana, necesito al menos doce denuncias buenas. Y tienen que ser quejas de consumidores, cosas sobre las que yo pueda hacer algo. Yo no tengo un consultorio sentimental, pero nadie lo diría si echase un vistazo a las cartas que recibo.

No creo que nadie viva lo bastante como para imaginarse de manera precisa cómo será su próxima década. Llegas a los treinta y crees que sabes cómo serán los cuarenta, pero no es cierto; luego llegas a los cincuenta y, vaya, qué bien se ven los cuarenta. Ahora tengo cincuenta y ocho y no voy a fingir que tengo la menor pista sobre cómo será mi séptima década, aparte de decepcionante. Hasta ahora cada década ha sido mucho peor de lo que esperaba, ¿por qué la siguiente va a ser distinta?

Voy a confesar otra cosa: tengo un sistema para seleccionar la correspondencia. Prefiero las mecanografiadas a las manuscritas; entre las que están escritas a mano, prefiero la letra masculina a la femenina; sólo letra cursiva; no incluyo ninguna escrita por alguien que esté en la cárcel. No me importa que tengan pruebas fotográficas de que los policías los

incriminaron falsamente. Yo estoy aquí para que los semáforos funcionen bien y para averiguar por qué no puedes devolver un par de guantes de piel de oveja en el Hutzler's si aún tiene la etiqueta. (La tienda, finalmente, accedió a la devolución a cambio de un vale. Supongo que los del Hutzler's pensaban que los guantes habían sido robados, y sí, eso es lo más probable. Pero el señor Denuncias Ciudadanas no está para emitir juicios morales.)

Así que le endilgo la correspondencia a la hormiguita entusiasta. Lo hace bien, quizá demasiado bien. Esta tía aprende rápido. Se da cuenta de lo que hace falta para que la reclamación sea interesante, aprende a reconocer las tonterías. Habla por teléfono antes de enseñarme las cartas, para asegurarse de que pueden responderse. Crea una nueva categoría: problemas fáciles que no merecen una mención en la columna, pero que pueden resolverse con una sencilla llamada telefónica. A mí, al principio, no me gusta, pero luego me digo que por qué no. Yo sigo siendo el que supervisa, el que escribe la columna, que es popular gracias a mi estilo. Mi estilo y que es una de las dos únicas secciones del periódico que pretenden ayudar a la gente. La otra son las noticias necrológicas. Nunca me oiríais hablar así en la redacción, pero la gente tiene razón cuando dice que los periódicos prefieren las malas noticias a las buenas. Las malas noticias venden ejemplares. No existe ninguna *Gaceta del Valle Feliz*.

Esta tía destila ambición por todos los poros. Me dan ganas de preguntarle de dónde ha salido. «¿No tienes marido, con lo bonita que eres? ¿Pretende acostarse contigo Bob Bauer? No serías la primera, por lo que he oído. El señor Hombre de Familia. El Agradable Profesional. No hay tipos agradables en este oficio, pero ya lo aprenderás por tu cuenta.»

Le pido que me traiga el almuerzo.

JUNIO DE 1966

—Bueno, primicia... Vamos a dejar que pruebes las ruedecitas de aprendizaje.

Calvin Weeks, el secretario de redacción de la sección de noticias locales, se inclinó sobre Maddie con una ominosa hoja de papel de calcar en las manos. Aunque apenas hacía dos semanas de su llegada, Maddie ya conocía la leyenda de Calvin Weeks y sus «judías negras», que por lo general metía en los casilleros de la correspondencia de los reporteros al finalizar su turno de trabajo. Mecanografiaba esas misivas en papel carbón, conservaba los originales y les entregaba a los periodistas los sucios duplicados. Tal vez los llamaban judías negras por las manchas que dejaban, pero en realidad no lo sabía nadie. Ya hacía casi veinte años que Calvin Weeks era secretario de redacción y diecinueve que distribuía judías negras.

—Hay una razón por la que Weeks lleva tanto tiempo en ese puesto —le había explicado Bob Bauer a Maddie—. Habrás oído hablar del principio de incompetencia de Peter. Éste es el corolario de Cal, la versión periodística del juramento hipocrático. Primero, hacer el menor daño posible. Por eso está en el turno de tres a once. Si se genera una noticia importante más tarde, el redactor nocturno se encarga de ella. Si la noticia tiene lugar durante el día, los jefazos están presentes. Weeks, en el mejor de los casos, es como un agente de tráfico, dirige el desplazamiento de los textos en la redacción.

Eran las tres y media de la tarde. Faltaban noventa minutos para que terminara el turno de Maddie. Eso habría bastado como excusa para no meter el cuello en la horca que le estaba

tendiendo Cal.

—Salgo a las cinco.

—Estoy seguro de que a Don no le importará que te tome prestada. —Heath asintió con el gesto de un amo entregando a su siervo. ¿Tenía el poder de hacer algo así? ¿Quién era su verdadero jefe? Maddie, probablemente, tendría que deducirlo por su cuenta—. Hay una fiestecita esta tarde —continuó Cal —. Por lo general, sólo mandaríamos a un fotógrafo. Pero teniendo en cuenta lo alterados que están los negros hoy en día, al jefazo le pareció que era una buena oportunidad para mostrar un poco de buena voluntad y demostrarles que no sólo nos interesa escribir sobre disturbios y atracos.

Le pasó la hoja de papel, la judía negra, y le recitó el contenido mientras ella lo leía por encima.

—Violet Wilson Whyte festeja hoy su vigésimonoveno aniversario en la policía. ¿No es impresionante? De todos los agentes de policía negros, el primero fue una mujer. Y van a hacerle una fiesta en la jefatura. Ve allí, consigue algunas declaraciones, cómo empezó, lo honrada que se siente, verdura, verdura, y escribe un texto de unas cuatrocientas palabras. Lo pondremos mañana en las páginas interiores.

«Verdura, verdura» era otro tic de Cal, su versión de «etcétera, etcétera, etcétera». Y tampoco nadie tenía la menor idea de dónde había salido. A Maddie le recordaba a un actor que había visto en una representación de *El rey y yo* en Painters Mill, un tipo bastante mediocre que, aun así, estaba encantadísimo de haberse conocido y se pavoneaba por el escenario de aquel polvoriento teatro montado en una tienda de campaña. En una de las escenas había bajado al pasillo y pasado junto al asiento de Maddie con su capa ondeando, aunque Maddie no creía que los miembros de la realeza siamesa llevaran capas. El dobladillo de la capa, que se agitaba impulsada por remolinos de calor estival, le golpeó en el borde

del ojo. No le dolió, pero el contacto inesperado la sobresaltó y ella lanzó un gritito. El actor miró hacia atrás y sonrió como si le hubiera concedido un don, luego continuó avanzando a toda velocidad hacia el escenario, donde pasó a destruir las frases de Oscar Hammerstein con una actuación que parecía copiada de Marlon Brando en *Un tranvía llamado Deseo*.

—Salgo a las cinco —probó una vez más.

—Entonces será mejor que te des prisa.

Maddie entendió lo que ocurría, o al menos se lo pareció. El comunicado de prensa había llegado tarde, pero algún jefazo había exigido que se sacara en el periódico y le había cargado con el mochuelo de mandar a alguien a Cal. Llevaban un año muy complicado en toda la extensión del país y habían estallado disturbios en varias ciudades. Baltimore se había librado por el momento. Si Cal le estaba ofreciendo a Maddie esa «gran oportunidad», sólo era porque había dado por hecho que su timidez le impediría reclamar horas extra, o que debido a sus ganas de firmar una noticia renunciaría a recibir una paga adicional.

Y tenía razón en las dos cosas.

Maddie fue andando hasta la jefatura de Policía y presentó su identificación del *Star*.

—Esto no es un carnet de prensa —le dijeron.

—Lo sé —dijo, aunque no lo sabía—. Pero trabajo allí. Me han mandado a mí porque el señor Diller está ocupado.

Sin embargo, Diller, el reportero de sucesos, se encontraba en la sala. ¿Por qué no podía escribir el artículo él? Pero Maddie, otra vez gracias a Bob Bauer, sabía por qué. Diller no podía escribir nada. Dictaba la información por teléfono y el redactor le daba forma y la convertía en un artículo publicable. Era un trabajo de principiante y la mayoría de los hombres intentaba dejar de cubrir los asuntos policiales lo antes posible, impacientes por escribir palabras que aparecieran bajo sus

firmas. Pero Diller no tenía ningún deseo de pasar página. Lo de dictar datos sobre una negra, siempre que estuviera muerta, podía hacerlo incluso dormido. Pero ante una historia que no fuera un crimen no tenía la menor idea de por dónde empezar.

Maddie cogió emocionada su nueva libreta de reportera e intentó escribir todos los cumplidos banales y trillados del jefe de policía. Nunca había aprendido taquigrafía y no sabía cómo se suponía que podría reproducir frases textuales sin esa técnica, pero hizo lo que pudo sobre la marcha, creando sus propias abreviaciones. La sala estaba abarrotada, pero daba la impresión de que la atracción principal era la tarta, no Violet Wilson Whyte. Cuando el jefe de policía insistió en que la invitada de honor pronunciara unas palabras, la mujer hizo algunos comentarios breves en voz baja, pero con una seguridad y autoridad notables.

—Gracias. Estoy contenta de seguir aquí, veintinueve años más tarde. Pero mi trabajo no ha terminado. Todavía. —Hizo un énfasis especial en esa última palabra.

—¡Por veintinueve años más! —gritó alguien desde el fondo de la sala.

Qué inane, pensó Maddie. Grosero, incluso. Sonaba sarcástico, como si el hombre que había hablado estuviera burlándose de la señora Whyte. Se preguntó si Ferdie se encontraba allí. Sin duda se habría llamado a los agentes negros para que asistieran a este festejo en particular, pero lo cierto es que no había mucha gente y la mayoría era blanca.

Decidió preguntarle a Diller. No lo de Ferdie, sino lo de la ausencia de negros.

—Es puro teatro para la prensa —le explicó él—. ¿Cuándo se ha visto que se celebre el vigésimonoveno aniversario de alguien? Esto lo organizaron en el último momento. Es un ardid publicitario para recordarle a la gente que se hacen otras cosas con los negros aparte de romperles la crisma.

—Entonces, ¿por qué lo estamos cubriendo?

Él le lanzó una mirada de extrañeza.

—Un momento. ¿Usted es del *Star*?

—Sí, claro, soy Maddie...

Pero él ya se había alejado para asegurarse su ración de tarta, un trozo de la esquina del tamaño de un ladrillo. Estaba con un grupo de hombres. Reporteros como él, probablemente. ¿Cómo se llama a un grupo de reporteros? «Manada» sería apropiado, pensó Maddie. Una bandada de cuervos, una manada de reporteros.

Se acercó a la huésped de honor con la libreta en la mano y se presentó como periodista. Estaba haciendo el trabajo de una periodista, ¿o no?

La señora Whyte protestó.

—Ya he hablado de mi vida en muchas ocasiones. Si usted ha revisado los archivos antes de venir, lo que, por supuesto, estoy segura de que habrá hecho, seguramente ya lo sabe todo sobre mí.

Una reprimenda velada y, además, merecida. Maddie debería haber buscado recortes de prensa en la biblioteca. Se sonrojó profundamente, pero ni por asomo pensaba volver a la redacción sin una historia. La estaban poniendo a prueba, y Maddie siempre se había lucido en las pruebas.

—¿Cómo se siente al ser la primera?

—No es muy distinto de ser la segunda o la tercera o la milésima.

—Pero en el departamento sigue habiendo pocos negros. Y no se les asignan los mismos puestos que a sus colegas blancos.

Eso se lo había contado Ferdie, por supuesto. Los negros podían patrullar a pie o trabajar en narcóticos, pero no mucho más. No disponían de coche ni de radio. Maddie había decidido no preguntarle a Ferdie de dónde sacaba el coche policial con el que la visitaba de madrugada.

La señora Whyte, evidentemente sorprendida por la información que manejaba Maddie, se ablandó un poco.

—Bueno, siempre se me ha dado muy bien hacer mucho con poco. Cuando era joven, patrullaba a pie Pennsylvania Avenue. Tengo la sensación de que hice más por los niños de ese barrio como policía que como maestra. No estoy criticando a los maestros. Yo lo he sido y mi marido ha trabajado siempre en el sistema educativo. Pero ya había bastantes mujeres que se dedicaban a enseñar. Los niños las veían todos los días. Cuando yo caminaba por la calle de uniforme, estaba enseñándoles que se podía ser otra cosa. No podemos imaginar lo que no podemos ver.

Maddie garabateaba furiosamente. Estaba tan fascinada por el profundo orgullo que Whyte sentía por su trabajo que casi olvidó las preguntas básicas: su edad, el nombre de su marido. Luego le preguntó un poco sobre su lugar de origen, cómo se habían tomado sus padres la vocación de su hija, qué hacía para relajarse al final del día.

Esta última pregunta divirtió a Whyte.

—Miro un poco la televisión. Leo el periódico. He intentado hacer punto, pero sólo conseguí hacer bufandas y además me quedaron bastante deformadas. Mi hermana me dijo que no cojo con fuerza las agujas.

Maddie regresó al periódico a las cuatro y media. Mecanografiaba con rapidez, aunque escribía muy lento, y trabajó mucho el texto. De todas maneras, se lo pasó muy bien; igual que cuando escribía una columna en el instituto y de pronto le surgía alguna ocurrencia ingeniosa o pensaba en apodos para los chicos populares. Ya eran casi las ocho cuando entregó las cuatrocientas palabras requeridas. Era demasiado tímida como para gritar «¡a corrección!», como hacían los otros periodistas, así que le llevó las páginas a Cal ella misma.

—Demasiado largo —dijo él sin ni siquiera leer el texto y,

de inmediato, tachó el último párrafo con una X roja.

—Pero ésa es la mejor parte —protestó Maddie—. Era una cita sobre la manera en que creía estar inspirando a los niños con los que se cruzaba cada día: «No podemos imaginar lo que no podemos ver.»

—Se supone que no tienes que dejar lo mejor para el final.

Desde que había empezado a trabajar en el *Star*, leía el periódico con una atención y concentración de las que carecía la Maddie de antes. Ahora era capaz de notar que algunos artículos fluían, mientras que otros eran estilo *Dragnet*: sólo nos interesan los hechos, señora.

—Pero éste es un artículo de fondo, ¿verdad? En los artículos de fondo puede haber... —Hizo una pausa, insegura tanto del término como de su derecho a usarlo—. En los artículos de fondo puede haber sorpresas, ¿no?

—Se suponía que tenías que escribir cuatrocientas palabras sobre una negra que no participa en disturbios ni roba.

—Pero es una mujer interesante —insistió Maddie—. Creo que se le puede sacar más.

—Ya hemos publicado bastante sobre ella. Alégrate de que quede algo sobre lo que escribir... Podríamos haberlo resuelto con una imagen y un pie de foto. Pero si lo haces bien, tal vez te encargue más historias.

«Si lo haces bien.» Maddie no se engañaba. Cal intentaría utilizarla para nuevos encargos de última hora de la tarde, contando con que su ambición y su decoro la obligarían a aceptarlos. Contando con que ella sería demasiado sumisa para exigir lo que se le debía.

—Son más de los ocho. He trabajado tres horas de más. ¿Cómo se computa en el pago de la semana?

—Con el compensatorio —respondió él, como restándole importancia—. Ya se lo diré a Don. Puedes irte una hora antes tres días.

—¿Compensatorio?

—Tiempo compensatorio. Es lo que hacemos si todas las partes están de acuerdo. En rigor, tendrías que tomarte el tiempo libre esta semana, para que no superes las cuarenta horas, pero nadie se preocupa por esos tecnicismos.

Maddie estaba bastante segura de que los de recursos humanos no se preocupaban por esos tecnicismos.

—Las horas extra se pagan a un dólar y medio. Entonces, ¿no me corresponderían cuatro horas y media? De lo contrario, lo del tiempo compensatorio me parece injusto.

Los ojos de Cal se enfriaron y la escasa amabilidad que había logrado fingir se le esfumó de la cara. Con esos incisivos, exageradamente afilados, su piel demasiado blanca y sus ojos demasiado rojos parecía un vampiro o un gato albino. En realidad, era un hombre que carecía de autoridad. Maddie se daba cuenta de ello. Y de lo mucho que ese hecho lo irritaba.

—Muy bien. Entonces te has ganado cuatro horas y media; puedes tomártelas por mutuo acuerdo —dijo él—. ¿Qué vas a hacer? ¿Alargar la hora del almuerzo? ¿Ir de compras?

—Por ahora, me las guardo. Nunca se sabe cuándo podría necesitar tiempo. ¿Le explicará la situación a Don? ¿Que usted me ha pedido que me encargara de esta tarea y que me corresponde tiempo compensatorio?

—Que sólo podrás utilizar por mutuo acuerdo —repitió Cal —. No puedes simplemente anunciar que te irás más temprano. Tienes que consultarlo con Don.

—Por supuesto.

Ella se alejó, consciente de que no había respondido a las indiscretas preguntas de Cal sobre qué pensaba hacer en esas horas libres. No tenía la menor intención de contarle que planeaba encontrar otra forma de meterse en el periódico: una verdadera historia.

Al día siguiente, cuando salió el *Star*, vio que habían

reducido su artículo a cinco párrafos. No había rastro del nombre de Maddie y todo lo que ella había considerado intenso y bien escrito en su texto, incluidas las citas, había desaparecido. No le importó. Lo recortó y lo guardó en un sobre de papel manila que tenía en su escritorio y que, después de pensar un momento, tituló «Morgenstern, Madeline». Cuando por fin la dejaran firmar, tal vez utilizara ese nombre.

Abrió las cartas que le habían quedado sin revisar cuando Cal la mandó a la comisaría. Dos de ellas tenían potencial y las dejó a un lado para pasárselas a Heath. En una había algo de lo que ella podía ocuparse: un transeúnte había notado que las luces de la fuente del parque Druid Hill no funcionaban. Pensaba llamar al Departamento de Obras Públicas al día siguiente para informarlo. No valía la pena dedicarle espacio en la columna. A esas alturas ya había aprendido a discriminarlas y se sintió orgullosa de su iniciativa. Bob Bauer ya le había advertido de que a Heath le preocupaba que ella quisiera quitarle el puesto.

Pero Maddie apuntaba mucho más alto, tan alto que todavía no alcanzaba a distinguir exactamente lo que quería. Se dedicó a mimar y a consentir a Heath acompañando su taza de café de las tardes con galletitas Entenmann's o un trozo de bizcocho marmolado de Sara Lee. No tardó en congraciarse con él. Cuatro horas y media, que podía utilizar como deseara. Pero ¿cómo deseaba utilizarlas? ¿Qué se podía hacer en cuatro horas y media?

La respuesta se la proporcionaría un electricista en un bote de remos.

LADY LEY

Yo no quería esa fiesta. ¿A quién le hacen una fiesta cuando cumple veintinueve años en el trabajo? No pienso retirarme hasta que llegue a capitana, como les he dicho a mis superiores en numerosas ocasiones. En numerosas ocasiones.

Pero me di cuenta rápidamente de lo que estaba pasando, de por qué el departamento quería celebrar mi existencia, de por qué había fotógrafos, incluso una reportera, aunque me pareció muy novata a pesar de su edad. «Necesitará más confianza en sí misma para hacer este trabajo», pensé. Me han entrevistado bastantes veces y para artículos más extensos. No hacía falta que me fotografiaran con un cuchillo de tarta en la mano.

A mí nunca me faltó confianza en mí misma. Mi padre me enseñó a no temer a la muerte y por eso puedo hacer este trabajo. No temer a la muerte no es lo mismo que ser temerario. Significa que no me preocupa adónde iré a parar, las consecuencias de morir. No he tenido una vida intachable, pero soy una mujer cristiana que reza al Señor y le ruega que me ayude a superar las malas épocas, que me perdone cuando me desvío, que me tienda la mano y me guíe por el buen camino.

Con frecuencia no me gustan cosas que la gente piensa que deberían gustarme. No me gustan las fiestas. No me gusta que me hagan fotos. No me gusta la atención de los demás. En realidad tampoco me gustó aparecer en ese programa de televisión, *Decir la verdad*, pero al menos la que decía la verdad era yo. De todas maneras, había algo indigno en ello. Todo el sentido del programa se basa en la idea de que una es un poco

rara, incluso estrafalaria. Yo no soy estrafalaria. Soy una mujer que ha ido a la universidad y que se ha preocupado por los niños, tanto los míos —tengo cuatro, dos que he parido y dos que he adoptado— como los de los barrios en los que he patrullado. En algunos aspectos he sido más trabajadora social que agente de policía. En cualquier caso, creo que he logrado más cosas que los trabajadores sociales. Cuando una trabajadora social irrumpe en una casa, es una enemiga, una entrometida. Cuando aparecía yo —por lo general debido a denuncias de embriaguez o comportamiento agresivo—, las madres, secretamente, agradecían mi presencia. Sabían que yo las entendía, que me preocupaba. Pero yo ponía a los niños en primer lugar, siempre.

Me llamaban Lady Ley. Y me gustaba, sobre todo la primera parte. Me siento orgullosa de mis modales, de mi educación. En los cincuenta, cuando supervisaba a varias jóvenes, siempre les recalcaba la importancia de los buenos modales, de tener un aspecto refinado. El trabajo no tenía por qué volvernos rudas o masculinas. A veces tenía que actuar como una institutriz severa, por así decirlo. Pillaba a los chavales colándose en el cine, haciendo novillos. Les decía que podía llevarlos a su casa o al reformatorio Cheltenham, que escogieran ellos mismos. Siempre elegían su casa.

Supongo que piensan que debería empezar a plantearme la jubilación. Este otoño cumpliré sesenta y nueve años. Tal vez esta fiesta fuera una indirecta. Pero yo no hago caso de las indirectas, no me preocupa que me miren raro o me critiquen en voz baja, lo hagan o no para que no les oiga. Si alguien tiene algo que decirme, que me lo diga a la cara. No estoy preparada para marcharme. No he planeado mi funeral. Ni siquiera cuando tuve delante el cañón de una pistola, como me ocurrió con aquel hombre que fingía ser un mensajero de Dios, pero en realidad era un proxeneta; ni siquiera entonces pensé en hacer

planes para mi entierro. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? Pienso seguir viviendo bastante tiempo. Mi legado será mucho más que haber sido, simplemente, la primera.

Eso era lo que intentaba explicarle a esa reportera tan insegura a pesar de haber superado la treintena. (Es muy fácil saber la edad que tienen los blancos. Los años se les notan en la piel con la misma precisión con que los aros revelan la edad de los árboles.) Ah, bueno, yo también empecé en este oficio a los cuarenta. Supongo que nunca es tarde para empezar una carrera. Puede que emprenda una tercera cuando me vaya de aquí. Creo que sería una buena predicadora. Pero prefiero hacer, no convencer a otros para que hagan. Tal vez pueda montar una empresa, o alguna institución benéfica, teniendo en cuenta la experiencia que he adquirido organizando las cestas de Navidad cada año. Aunque no utilizaría el nombre de Lady Ley. Eso sería poco digno. El nombre se jubilará conmigo.

Al día siguiente, mi foto aparece publicada en las páginas interiores de la edición vespertina, con apenas unos párrafos de texto, y en algunos puntos la chica me cita mal. Pero uno de los agentes de patrulla del noroeste, Ferdinand Platt, me para en el pasillo y me hace algunas preguntas de lo más frívolas. ¿Qué me ha parecido el artículo? ¿He quedado contenta? Le contesté la verdad, que no estaba muy interesada en los artículos sobre mí, que había habido muchos a lo largo de los años. Vaya, si mi nombre ya había aparecido impreso mucho antes de que me convirtiera en policía, debido a mi trabajo en las sucursales de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza de todo el país. En mi opinión, el alcohol es uno de los grandes flagelos de nuestra época. Las drogas también, por supuesto, pero el alcohol es legal. Cuando voy conduciendo por la Interestatal 495 y paso por la planta cervecera Carling, huelo a algo más que a lúpulo quemado. Huelo el hedor de familias rotas y destruidas. Yo he comparecido ante la comisión Kefauver para

dar testimonio de los peligros de los narcóticos, pero el alcohol es todavía peor, atendiendo al precio que nos hace pagar. Sí, entiendo la paradoja de la prohibición. Ya era una mujer adulta en ese entonces. Vi lo que ocurrió. Pero no estoy segura de que legalizarlo fuera la solución.

Ese joven Ferdinand probablemente cree que salir en el periódico es fabuloso. Es un hombre apuesto, un poco demasiado apuesto para su bien. Según ciertos rumores, se lleva bastante bien con ciertos personajes de nuestra comunidad, en especial con un hombre nefasto al que le gusta ocultarse detrás de hombres buenos. Shell Gordon es una vergüenza. Es el propietario de ese antro de Pennsylvania Avenue, un local de segunda categoría donde obligan a las chicas a ponerse esos vestidos espantosos. Ferdie Platt suele aparecer por allí, según los rumores que me han llegado, y conoce a las personas que lo frecuentan. Un vicio menor, comparado con los otros pecados de este departamento.

Además, hasta podría ser la marca de un buen policía. A los Shell Gordon de este mundo, por criminales que sean, les interesa mucho mantener el orden. El caos y el crimen son su territorio, se sienten los únicos con derecho a ejercerlo y organizarlo, y no toleran a los que van por libre. Sé que en los primeros días de la investigación hubo gente en ese club que intentó ayudar a la policía a deducir lo que había pasado con Cleo Sherwood. Sus padres son buena gente. No sé por qué la chica terminó siendo así. Por lo que sé, empezó a desmelenarse en la adolescencia. Hay chicas que, sencillamente, son demasiado bonitas para su propio bien y no saben qué hacer con su belleza. Yo jamás he sido una mujer bonita, pero no creo que sea un acto de vanidad decir que soy bastante atractiva. Bien plantada, con buena piel. El señor Whyte jamás se ha quejado.

Es una pena que nunca llegara a conocer a Cleo. Estoy

segura de que podría haberla ayudado a encontrar el buen camino.

De modo que has conocido a Lady Ley, Maddie Schwartz. Yo la conocí de niña; en el barrio la conocían todos. Fue ella quien me consoló cuando tu futuro marido me hizo llorar. Milton hacía llorar a muchos niños, ¿lo sabías? Era un gordito triste, siempre sentado en la tienda de comestibles de su familia, la de la esquina, estudiando, con sus libros. Yo sólo tenía seis años, estaba en primer grado, y este chico, todo un universitario, decidió hostigarme porque había oído a otro niño usando mi apodo, Cleo. Mi verdadero nombre es Eunetta. ¿Acaso puedes reprocharme que prefiriera Cleo?

El apodo me lo habían puesto otros niños, como suele ocurrir con los apodos. Supongo que habrá quien se unja a sí mismo, pero eso es un poco triste, ¿no? Estábamos estudiando a los antiguos egipcios y había un dibujo de Cleopatra de perfil. Un chaval, pensando que así se burlaba de mí, dijo: «Señorita Henderson, ella se parece a Cleo, siempre con la nariz hacia arriba.» Mi nariz es —era— hermosa. Recta, delicada, perfectamente formada. Era como pasearse con un diamante de diez quilates, sólo que nadie podía quitármelo. Por eso la gente procuraba que me sintiera mal e intentaba hacer pasar mi belleza por fealdad: el mundo al revés. Pero sus burlas no me afectaban, porque no podían disimular su envidia. Yo tenía los ojos claros, una boca bonita, pómulos rasgados. Pero, en realidad, era la nariz lo que lo armonizaba todo, lo que me hacía hermosa. En ninguna etapa de mi vida he sido poco agraciada, por muy vanidoso que pueda sonar. Tal vez debería haberlo sido. Los hombres empezaron a rondarme demasiado pronto, cuando tenía catorce, quince años, y a los veintiuno estaba harta de rechazarlos. Así fue como terminé con

dos bebés y ningún marido.

En poco tiempo pasaron a llamarme Cleo, simplemente; ya nadie recordaba el nombre de Eunetta y nadie se daba cuenta de que me habían librado de lo único feo que tenía. No volví a pensar en ello hasta el día en que Milton oyó a mi primo usar mi nombre en la tienda de sus padres: «¿Qué vas a comprarte con tus monedas, Cleo?» El tío Box había venido de visita. No era nuestro tío y no sé por qué lo llamaban Box y tampoco sé qué fue de él. En esa época lo único que sabíamos era que venía y luego se marchaba, y cuando venía era como una fiesta, una fiesta sin motivo, la mejor clase de fiesta. A los niños nos daba dinero mientras mi padre fruncía el ceño. Mi padre odiaba las fiestas, la diversión, cualquier cosa que denotara que estábamos disfrutando de nuestro paso por este mundo.

—Probablemente unos caramelos Now and Laters —le contesté al primo Walker.

—¿Cleo? ¿Qué clase de nombre es ése? —me preguntó Milton cuando le entregué el dinero.

—Es una abreviatura de Cleopatra. Dicen que me parezco a ella —le expliqué.

Él se echó a reír.

—Como si una estúpida niña de color pudiera asemejarse a Cleopatra. Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida. Ella era de la realeza. Tú no eres más que una negrata pobre.

«Negrata.» Ésa fue la palabra que utilizó, sin ninguna duda. «Negrata», ni siquiera «negra». Los otros niños se rieron de mí, como si el desprecio de Milton no los incluyera. Me sentí sola, ridiculizada. Me eché a llorar y salí corriendo de la tienda, olvidando los caramelos y el dinero.

—¿Por qué lloras, niñita? ¿Estás perdida? ¿Hay problemas en casa?

Levanté la cara y me cubrí con el brazo el puente de la nariz, mi hermosa y recta nariz, avergonzada de mis lágrimas. Mis

compañeros de clase me harían pagar por esas lágrimas. Querrían volver a verlas. Tratarían de quebrarme, como había hecho ese gordo horrible de Milton Schwartz. Levanté la mirada, arriba, bien arriba, y me encontré con la cara de Lady Ley. Todos conocían a la señorita Whyte. Era policía, pero buena persona. No quería encerrar a la gente cuando no era necesario, pero Dios te librara de pasearte por la calle con una botella en una bolsa de papel cuando la señorita Whyte estaba de ronda.

Le conté lo que me había ocurrido, tartamudeando, en un torrente de palabras llenas de furia y humillación, pero ella captó hasta el último detalle.

—Hay personas, académicos, que creen que Cleopatra era nubia —me contó—. Ahora volvamos a la tienda y recuperemos tu dinero.

Me acompañó al establecimiento. Conseguí los caramelos y también el dinero, lo que me dejó helada. ¿Así era la justicia, así era la ley? ¿Milton me debía caramelos gratis porque había tratado de quitarme algo? Cuando alguien intentaba herirte, ¿te debía más de lo que te merecías? ¿Quién te debe, Maddie Schwartz, y a quién le debes tú?

En cualquier caso, me prometí a mí misma, a los seis años de edad, que nadie, jamás, volvería a quitarme mi dignidad. Pero las promesas que nos hacemos cuando somos pequeños son difíciles de cumplir, como tú misma has aprendido, Maddie Schwartz. Aun así, durante veinte años conservé mi dignidad. No lloré por ningún hombre, ni siquiera por los dos que me dejaron con dos niños pequeños y sin anillo de boda. Mantuve la frente bien alta, incluso cuando tenía que usar ropa de la colecta de la iglesia. Yo era Cleopatra, reina nubia de incógnito.

Y más tarde conocí a un hombre, el rey que siempre había deseado, y eso acabó conmigo.

Habían pasado cinco, casi seis meses. El agua del lago empezaba a calentarse y a moverse. Unas criaturas diminutas

mordisqueaban lo que quedaba de mi ropa. Al mediodía, los rayos del sol perforaban la oscuridad, pero no me alcanzaban. De alguna manera, esa cosa que se había convertido en mí, ese despojo desconsiderado e inquieto que había reemplazado mi hermoso cuerpo, se movió, bloqueando o desconectando un cable. Una noche, un hombre que se dirigía a una cita en el pabellón de los reptiles notó que las luces de la fuente estaban apagadas. Yo, al menos, llegué a la conclusión de que debía de haber ocurrido así, de que por eso aquel hombre se encontraba allí en ese momento. Era una persona con una vida secreta, con el corazón latiéndole con fuerza, con todos los sentidos en alerta. En el barrio todos sabían qué clase de hombres merodeaban cerca del pabellón de los reptiles de noche. Los iguales se juntan. Un hombre con una vida oculta era capaz de detectar qué se escondía tras una situación en apariencia normal y corriente, de presentir que esas luces apagadas delataban algo más importante. Algo aún más apagado. Escribió una carta a la sección «Denuncias ciudadanas», donde se preguntaba por qué se permitía que ese ejemplo de belleza urbana siguiera a oscuras. Así que él me envió a ti y tú mandaste un hombre a la fuente y lo hiciste remar por el lago, que era como ese río que hay antes del infierno en los mitos que nos enseñaban en el colegio.

Ojalá os pudráis todos en el infierno.

¿Cómo era esa poesía que nos enseñaron en el colegio? «Por la falta de un clavo se perdió una herradura...» Bueno, pues por la falta de una bombilla estaban a punto de descubrirme y se perdería un reino, por decirlo de alguna manera. Se arruinarían vidas, se derrocaría a un rey, se romperían corazones.

Y todo por tu culpa, Maddie Schwartz. Yo gocé de la dignidad del silencio. Yo era toda una dama, en vida y una vez muerta.

SEGUNDA PARTE

JUNIO DE 1966

Cuando Maddie salió del ascensor, con una caja de cartón de la cafetería en la mano, percibió de inmediato lo que sólo podía describirse como una ausencia en la redacción, un lugar que ya le era familiar y querido. Le habían quitado una capa de sonido. Los teletipos seguían repiqueteando y cantando y los teléfonos sonaban, pero las conversaciones estaban amortiguadas. No había gritos ni risas. Sólo los murmullos imprescindibles, el mínimo de palabras necesarias para que el periódico avanzara a toda máquina hacia la última edición, la que, en la jerga de la redacción, se conocía como «la estrella de ocho puntas».

La redactora jefa de crónicas, una mujer pechugona y de cara colorada llamada Honor Livingston, estaba esperando en el cubículo de la sección «Denuncias ciudadanas» acompañada del director del periódico, el señor Marshall. Era como encontrarse a Dios merodeando en tu casillero de correspondencia. Con las manos temblorosas, Maddie dejó sobre el escritorio la caja de cartón donde llevaba un bocadillo y un café. Había pasado algo terrible, ésa era la única explicación. ¿Seth? ¿Milton?

—Madeline Schwartz... —empezó a decir el señor Marshall.

—Sí —dijo ella, aunque él no le había hecho una pregunta.

Era inquietante que el director supiera su nombre. ¿Se habría metido en algún problema? ¿Qué podría haber hecho? ¿Se le habría escapado alguna errata en su artículo sobre la señora Whyte? ¿Sería muy grave? Todavía estaba en período de prueba, la podían despedir sin más preámbulos. Tal vez Cal la

había acusado de algo espantoso por haber insistido en que le pagaran las horas extra.

—Hay dos investigadores de la policía en mi oficina esperando para hablar con usted.

Maddie sintió que se le doblaban las rodillas y apoyó las manos abiertas en el escritorio para no caerse. «Seth», gritó una parte de su mente, al mismo tiempo que la otra susurraba «Ferdie». Pero nadie sabía lo de Ferdie. Se había metido en un lío. Había pasado algo terrible.

—No tenemos mucho tiempo —prosiguió Marshall, con voz baja y hablando rápido—. Por suerte usted estaba comiendo cuando llegaron. —Maddie no pasó por alto la inexactitud de ese comentario: había ido a buscar comida, que ni siquiera era para ella. La mayoría de los días se traía su propia comida de casa—. La policía está aquí porque, según nos ha dicho el señor Heath, usted llamó al Departamento de Obras Públicas por el asunto de las luces del parque de Druid Hill.

—Sí, a veces hago eso. Me ocupo de los problemas menos importantes. ¿He hecho algo mal?

—Un trabajador ha encontrado allí un cuerpo, el de una mujer negra. Quieren saber por qué los ha llamado y qué puede contarles sobre la persona que efectuó la denuncia por las luces.

—Recibimos una carta.

Maddie trató de recuperar hasta el último detalle. Era manuscrita, con letra de hombre. ¿Había algún nombre? Ella creía que sí, pero también recordaba que en su momento le había parecido falso. No era John Smith, pero algo parecido. No había comprobado si era real: la carta no se publicaría en el periódico, así que no había necesidad de verificar el remitente. (Desde que Heath había publicado una carta firmada por «Dolores Delano» le habían pedido a Maddie que lo vigilara.)

—Y usted la tiró a la papelera —dijo Marshall.

Maddie estaba a punto de negarlo, de explicarle que tenía un archivo con las respuestas de las que se encargaba ella misma y que lo conservaba hasta que se resolvía el asunto en cuestión. Pero los ojos hundidos y marrones del director se clavaron en los suyos y ella entendió, como entendía a menudo, lo que el hombre quería oír.

—No conservamos las reclamaciones que no se publican en el periódico —respondió lenta y deliberadamente—. No tendría sentido hacerlo.

—Bien —asintió Marshall—. El asesor legal del periódico está en mi despacho. Por qué no me acompaña hasta allí y les explica a los investigadores que no guardamos... que no conservamos... las reclamaciones que no se publican en el periódico.

Oír sus propias palabras en boca del señor Marshall le supo a gloria. Debía de haber elegido las apropiadas. Verídicas, pero engañosas. Habría tirado la carta sobre la fuente al finalizar esa semana. Pero, por el momento, permanecía en su archivo.

Los agentes que la esperaban eran investigadores de Homicidios, hombres cuyo aspecto no era muy diferente al de los reporteros de la sección de noticias locales. A pesar de tener poco más de cuarenta años, el trabajo y la mala vida habían hecho estragos en sus cuerpos envejecidos. Les decepcionó enterarse de que la política del periódico era deshacerse de las cartas no publicadas y presionaron a Maddie para que recordara el máximo de detalles posible. Ella les contestó que no recordaba el nombre del remitente, sólo que era un hombre que decía haber pasado cerca de la fuente a altas horas de la noche. Ya nadie se acordaba de cuánto tiempo llevaban apagadas las luces, pero el Departamento de Obras Públicas dudaba de que hiciera mucho tiempo. Le habían dicho que sólo podían haber transcurrido unos pocos días sin que nadie se diera cuenta de que la fuente estaba a oscuras.

—¿Ya se sabe quién es el muerto? —preguntó Marshall a los investigadores—. ¿La causa de la muerte? ¿Cómo acabó allí eso?

«Eso.»

—El cuerpo está en bastante mal estado. —Maddie tuvo la sensación de que los investigadores la observaban para ver si ese dato la alteraba—. Una mujer negra. Nosotros... bueno, no podemos decir nada más por el momento.

«Vosotros no nos estáis contando todo lo que sabéis, de modo que nosotros tampoco os contaremos todo lo que sabemos.» Qué infantiles podían ser los hombres adultos, de una manera en que las mujeres no lo eran nunca, al menos eso le decía la experiencia a Maddie. Hoscos, gruñones, incluso jugando según las reglas de la cancha del barrio, obsesionados por la justicia y por dar la talla. Por supuesto que a las mujeres también les importaba dar la talla, pero aprendían temprano que la vida en absoluto consistía en una sucesión de intercambios justos. Una niña descubría prácticamente en la cuna que las cosas jamás serían justas.

Como para demostrar el último punto, el señor Marshall le dijo que podía marcharse, como si no tuviera importancia su presencia en esa reunión. Ella era un instrumento, igual que una máquina de escribir o los auriculares de su teléfono. Transmitía información, pero no podía explicarte cómo lo hacía. Maddie abrió los sobres del día mientras sentía que le hervía la sangre. ¿Cuántos crímenes acechaban entre esas denuncias menores de los ciudadanos?

Sin embargo, una hora más tarde, cuando los investigadores ya se habían marchado, ellos volvieron a llamarla y le solicitaron que trajera cualquier documento que ella «considerara relevante».

El director tenía un despacho suntuoso, pero ella había estado demasiado abrumada para notarlo en su primera visita.

Un escritorio inmenso, probablemente de caoba; una silla de cuero, una lámpara con pantalla verde. Los invitados se sentaban en unos sillones orejeros tapizados. Todo ofrecía un fuerte contraste con la suciedad y el caos de la redacción.

—Quiero que quede claro lo que acaba de ocurrir —dijo Marshall, inclinado hacia delante y con las manos entrelazadas —. Somos buenos ciudadanos. Cooperamos con la policía cuando es necesario. Pero queremos saber qué es lo que tenemos antes de compartirlo. En cuanto la policía viera sus archivos, probablemente nosotros jamás volveríamos a verlos. Podrían confiscarlos como pruebas.

—No creo que haya mucho de importancia —dijo ella, entregándole la carpeta de papel manila donde guardaba «sus» reclamaciones, las cartas que aceptaba y resolvía, la invisible señora Denuncias Ciudadanas. ¿O volvía a ser una «señorita»? Ninguno de esos dos títulos honoríficos le parecía adecuado. La señora era la señora de Milton Schwartz, esa mujer que había dirigido su casa con un aplomo implacable. «Señorita» era una chica de diecisiete años.

—¿Por qué no saca la carta y nos la lee en voz alta? —sugirió él—. Después de todo, ya tiene sus huellas digitales. No podemos mantener impoluta la prueba, pero podemos tratar de no contaminarla más.

Ella localizó la carta con facilidad. Le había grapado el sobre, aunque la única información que éste proporcionaba era el matasellos, que demostraba que había sido enviada en Baltimore la semana anterior. El texto iba al grano. El nombre, Bob Jones, le sonó todavía más falso que antes.

—No verificamos la identidad de la gente si no vamos a publicar la carta en la columna —explicó.

Se dio cuenta de que no habían invitado a Heath a la reunión, lo que la hizo sentir orgullosa, aunque no supo por qué.

—Es poca cosa —dijo Marshall—. Confieso que tenía la esperanza de que nos brindara alguna pista, algo con lo que arrancar.

—Una mujer negra muerta en una fuente —señaló Harper, el redactor jefe de noticias locales—. Yo ni siquiera lo pondría en primera página de la sección. Según le han contado a Diller, lo más probable es que sea una mujer que desapareció a principios de año, una camarera del Flamingo, el antro de Shell Gordon. El *Afro* ha cubierto mucho la noticia, pero a mí no me parece que sea nada importante.

El abogado del periódico estaba mirando a Maddie.

—Usted es la mujer que le tendió una trampa a Stephen Corwin.

Ella se sonrojó.

—Yo no diría que le tendí una trampa. Simplemente, le pedí que me escribiera.

Marshall cogió el hilo.

—Y ahora hace una simple llamada al Departamento de Obras Públicas y aparece un cuerpo.

Maddie se sintió como si la acusaran de algo. ¿De intromisión? ¿De deshonestidad? Ninguna de esas caracterizaciones era enteramente errada, pero ¿no deberían elogiarla por su iniciativa, por ser una empleada prometedora que había demostrado poseer instinto? Decidió no decir nada. Se produjo un silencio elocuente. Algo iba a pasar. La premiarían o la marginarían. Como mínimo, le dirían a Heath que ella no era su secretaria personal.

En cambio, le hicieron salir por segunda vez en el día.

—Gracias por su ayuda, Madeline.

Aún no se había alejado diez pasos cuando oyó unas estruendosas carcajadas que salían del despacho del director. No creyó que estuvieran mofándose de ella, pero tampoco le hizo sentirse mejor constatar lo rápido que habían pasado a

reírse en confianza. Abatida, se dirigió al servicio de mujeres para salpicarse agua fría en la cara, con la esperanza de suavizar el rubor de sus mejillas.

El servicio de mujeres era uno de los pocos lugares tranquilos y relativamente limpios de toda la planta. Incluso tenía una pequeña antesala con un asiento doble de piel sintética, aunque la única que acostumbraba a descansar allí era Edna Sperry, la reportera de temas laborales. Se acomodaba en el asiento con su texto, un café y tabaco, y salía en el último momento para entregar el artículo, maldiciendo anticipadamente las correcciones que sin duda iban a hacerle a su prosa.

—Señora Sperry... —se arriesgó a decir Maddie después de lavarse las manos y salpicarse la cara con agua.

—¿Sí?

—Soy Madeline Schwartz. Trabajo en la columna «Denuncias ciudadanas». Pero me gustaría ser reportera. Sé que he empezado tarde... Apenas he cumplido los treinta y cinco. —Después de todo, treinta y siete eran sólo dos años más que treinta y cinco, mientras que «casi cuarenta» sonaba a muerte —. ¿Puedo preguntarle...?

La otra mujer, que era mayor que Maddie, la miró de arriba abajo, dejó caer la ceniza del cigarrillo en el cenicero lleno hasta el borde que tenía a un costado y emitió un sonido parecido a una risa.

Maddie se negó a sentirse intimidada.

—¿Puedo preguntarle cómo se convirtió en periodista?

En ese momento Edna se echó a reír sin ningún disimulo.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—En cuanto empiezas con «puedo preguntarle», pierdes cualquier ventaja que puedas tener —dijo.

—No sabía que necesitaba una «ventaja».

Edna no era distinta de las viejas arpías a las que había

tenido que seducir en la sinagoga y la Hadassah en otra época, cuando era una novia joven que empezaba a participar en los comités.

—Necesitas transmitir autoridad, confianza en ti misma. ¿Sabes cómo empecé en este oficio? —Maddie supuso que era una pregunta retórica y no respondió—. Bueno, deberías. Si quieres ser una reportera, el primer paso es prepararte para cada entrevista, averiguar todo lo posible sobre el asunto.

Maddie estaba desconcertada, pero intentó que no se le notara.

—No pensaba en usted como en un asunto. Más bien como una colega.

—Ése fue tu primer error —repuso Edna.

Fue un instante, ese segundo que determina el éxito o el fracaso, en el que el futuro de una persona depende de que reaccione de la manera adecuada. Maddie tenía experiencia con momentos así. Igual que aquella vez, cuando aún no había cumplido los dieciocho años, en que se había quedado de pie, con expresión inmutable, en una entrada para coches del noroeste de Baltimore, viendo cómo los de la empresa de mudanzas acarreaban sus muebles, desterrando sus sueños a la parte trasera de un camión con la misma seguridad con que cargaban un sofá de seda amarilla. Igual que cuando, un mes más tarde, conoció a Milton en un baile y se dio cuenta de que él era un hombre de mundo y a la vez un ingenuo, alguien a quien ella podría engañar.

—Gracias por su tiempo —respondió con dulzura. Mientras tanto, pensaba: «No, mi primer error fue pretender que me ayude una mujer. Con los hombres me va mejor. Siempre me va mejor con los hombres.»

Esa noche, Ferdie también se rió de ella.

—Porque es una negra, Maddie. Por eso a nadie le pareció importante que hubiera desaparecido.

—Ya lo sé —dijo—. No soy tan ingenua.

Pero estaba dolida. Había pensado que la rabia que había sentido ante la insensibilidad de los hombres del *Star* era una especie de tributo a su amante. Y que si nunca podrían dejarse ver en público, no era por la raza. Tenía más que ver con su situación matrimonial. Y tal vez también con la de él, aunque ella seguía sin tener claro cuál era esa situación.

—En otra época la muerte de una mujer negra ni siquiera habría aparecido en los periódicos locales —dijo Ferdie—. No les reprocho a tus jefes que no se hayan interesado en el caso hasta haber encontrado a Cleo Sherwood. Una chica como ésa... circulaba bastante. La única razón por la que el *Afro* le concedió tanta importancia es que la madre estaba muy alterada... y también porque Cleo trabajaba en el local de Shell Gordon. Ese tipo está metido en toda clase de cosas.

—¿La conocías?

Otra vez esa risa.

—No todos nos conocemos entre nosotros, Maddie. Es una gran ciudad.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, se dio cuenta de que Ferdie no había respondido su pregunta. Y a esas alturas le parecía demasiado... típico de una esposa seguir insistiendo. ¿Qué más le daba a quién conocía o había conocido Ferdie?

Sin embargo, no podía olvidarse de ese asunto. Había demasiados elementos relacionados con el descubrimiento de Cleo Sherwood similares a la muerte de Tessie Fine, aunque como reflejados en un espejo. No había habido grupos de búsqueda, nadie le había prestado atención. No había causa oficial de la muerte, todavía. No se habían efectuado arrestos rápidos, no se había producido ningún escándalo público.

Lo único que esas dos muertes tenían en común era Maddie.

Una coincidencia, pero cuando la coincidencia es una misma, cuesta mucho restarle trascendencia a ese hecho. Con Tessie se haría justicia, aunque Corwin nunca revelara la identidad de su cómplice. Pero ¿qué ocurriría con Cleo? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué había ido allí? ¿Estaba viva cuando llegó a la fuente?

—¿Dónde has dicho que trabajaba Cleo Sherwood?

Ésa parecía una buena pregunta, una pregunta inofensiva.

—En el club Flamingo. Maddie, no lo hagas —respondió Ferdie.

—¿Que no haga qué?

—No te involucres en esto.

—¿Cómo podría involucrarme?

Hasta ella podía captar la falsedad de su propia voz.

—Veamos, ¿cómo haría Madeline Schwartz para implicarse en un caso de asesinato? Bueno, podría sumarse a un grupo de búsqueda. Podría concederle una entrevista a un periodista...

—¡Yo no hice eso!

—Podría escribirle una carta a un pervertido que va a acabar condenado a muerte y, a continuación, hacer todo lo posible para colar un artículo sobre eso en el periódico. Hay algo raro entre tú y ese periódico, Maddie. Pareces una polilla atraída por la luz, si quieres saber mi opinión.

—Trabajo allí ahora. Es mi trabajo. Estoy tratando de progresar. ¿En qué me diferencia eso de ti?

Ferdie se quedó callado un buen rato después de ese comentario; arropados por el silencio, la pregunta de Maddie adoptó más capas y significados de los que ella hubiera querido. Estaban en la cama. Siempre estaban en la cama. Algunas veces se levantaban, bebían cerveza, comían, pero parecía que nunca se vestían del todo. Una o dos veces habían tratado de quedarse en el sofá viendo un programa de televisión, pero había resultado antinatural estar allí sentados,

uno al lado del otro, con la ropa puesta. Ferdie trasladó el televisor al dormitorio y lo puso sobre el escritorio, donde a veces veían la película de medianoche en el canal 11. El dormitorio era todo su mundo.

—Creo que tú... —empezó a decir Ferdie, pero se detuvo.

Maddie estaba excitada y aterrorizada. Había pocas cosas tan provocativas como que un amante te dijera quién eres.

—Adelante.

—No tengo las palabras exactas. Creo que tú te sentías, no lo sé, como escondida del mundo. O atrapada entre dos mundos. Ya no eres la señora Schwartz. Pero tampoco has dejado de serlo. Te gustó que tu nombre apareciera en el periódico. Quieres que aparezca de nuevo. No en el artículo, sino encima del artículo.

—Una firma.

Eso era exactamente lo que quería. Cuando le dio a Bob Bauer la historia de Corwin, su historia, su nombre aparecía impreso en la parte superior del artículo, en letra cursiva: *Basado en su correspondencia con Madeline Schwartz, presente en el grupo de búsqueda que halló el cuerpo de Tessie Fine*. Pero ahora ella sabía que eso no contaba como firma. En cierto sentido, ni siquiera era su nombre. Pero, por otra parte, ¿qué mujer poseía realmente su propio nombre? El apellido de «soltera» de Maddie era el de casada de su madre.

¿Acaso había escogido a Ferdie porque el matrimonio estaba literalmente prohibido para ellos, porque era ilegal en Maryland? Pero ¿acaso podía afirmar que ella lo había escogido a él? Estaban viviendo en una burbuja, en esa habitación, escondiéndose, aunque no sabía de qué. No le tenía miedo a Milton. De hecho, le gustaba fantasear con que Milton descubriera que ella tenía un amante, especialmente éste. Ferdie no tenía que correr detrás de pelotas de tenis lanzadas por Wally Weiss para mantenerse en forma.

Pero Seth nunca debería enterarse. Un adolescente no podía lidiar con los romances de su madre, y tampoco podía pretenderse que lo hiciera. ¿Qué ocurriría cuando por fin estuviera divorciada, cuando se reincorporara al mundo real, fuera cual fuese el mundo real en ese momento? ¿Volvería a casarse? ¿Querría volver a casarse? Podía ser, probablemente. Pero, por ahora, lo único que quería era esto, fuera lo que fuese. Esto y la redacción. Había otras mujeres allí, mujeres que escribían sobre el puerto, sobre el mundo, sobre Washington.

Edna. Sintió que le ardían las mejillas al recordar la facilidad con que esa mujer se la había quitado de encima.

Esa noche, en la cama con Ferdie, no le contó ninguna de esas cosas. No le dijo nada de su conversación con Edna, que la avergonzaba. Ni que planeaba cultivar sus relaciones con los hombres para que le ayudaran a cumplir sus ambiciones; a pesar de que él se pondría celoso y eso la haría sentirse halagada, de eso estaba segura. Si Ferdie fuera su meta, habría deseado esos celos, los habría exigido. Como con Milton.

Sólo que Ferdie no era, no podía ser, su meta. Aunque el matrimonio mixto fuera legal... Pero no lo era, al menos en Maryland. Eso no era culpa suya, y tampoco podría cambiarlo ni que quisiera.

Volvieron a hacer el amor. Más o menos a las tres de la mañana ella notó que él se marchaba a hurtadillas. Él le acarició el pelo y la besó una vez más.

«Tal vez debería volver a mi antiguo peinado», pensó ella. Más corto, más cardado. Edna llevaba el pelo así. Pensándolo bien, la mayoría de las mujeres del periódico se peinaban así.

No, no, se recordó Maddie a sí misma. Iba a cultivar las relaciones con los hombres.

LA ARPÍA

Apago el cigarrillo en el cenicero metálico de pie que han instalado en el servicio de mujeres. La mayoría de las colillas son mías. Las otras empleadas se resignaron hace tiempo a que este lavabo, uno de los dos que hay en la planta, es mi guarida privada. Es pequeño y miserable y utilitario. Como yo, dirían algunos; aunque nunca a la cara.

Una vez en mi escritorio, empiezo a llamar por teléfono en busca de información para un artículo que pienso entregar en unas horas. Los jefes detestan la manera en que me organizo el día, pero soy demasiado buena en lo mío como para que me hagan cambiar. De todas maneras, se quejan. «Es un periódico vespertino, Edna. ¿Y si luego pasa algo durante la noche o a la mañana? ¿Y si tenemos que ir detrás de lo que publiquen los periódicos matutinos?» Como si alguna vez alguien me hubiera robado una primicia en esta ciudad. Yo llego cuando se me antoja, compruebo hasta qué punto se ha masacrado mi texto del día, le suelto un par de gritos a Cal y luego me lanzo a escribir el texto de mañana. Entrego entre las ocho y las nueve y Cal tiene que buscar un espacio para mis historias. Me gusta trabajar con Cal. Le doy un poco de miedo, como tiene que ser, pero eso no le impide corregir mi texto.

Hoy me lo ha tocado tanto que el artículo debería aparecer junto a una fe de erratas donde constara la frase: «Debido a un error de corrección.» Aborrecen admitirlo, pero yo los obligo. Más tarde hablaré con Cal y lo asustaré lo bastante como para que no vuelva a intentarlo durante varios meses. Es como un perro, y encima un perro tonto al que se debe volver a entrenar

una y otra vez. Francamente, deberían permitirme que le pegue con un periódico enrollado cuando se porta mal. Hay bastantes a mano y creo que mis lecciones se le grabarían mejor.

Mi escritorio parece una fortaleza, uno de esos castillos para niños hechos con ladrillos falsos, grandes y ligeros, sólo que mis ladrillos son mis archivos, almacenados en cajas de cartón. Mi intención no era amurallarme y aislarme del resto de la redacción; al menos, no al principio. Simplemente quería tener los archivos a mano; me había quedado sin espacio en los cajones. Sé dónde está todo, puedo encontrar cualquier cosa que necesite en menos de diez minutos, mucho más rápido que si fuera a buscar recortes a la biblioteca como los demás. Pero nadie sería capaz de localizar un archivo específico en mi pequeña madriguera. Tal vez eso sea deliberado.

Tengo una sección muy especializada, que prácticamente inventé yo en el *Star*. Me llaman la periodista de «sindicales», lo que significa que sigo las actividades de los diversos sindicatos de la ciudad. Es bastante habitual que en las noticias importantes relacionadas con el puerto o la metalúrgica Beth Steel yo aparezca inevitablemente como coautora o colaboradora. Policías, bomberos y maestros. En Baltimore todo está relacionado con la actividad sindical. El único sindicato sobre el que jamás he redactado un artículo es el de periodistas, que tal vez vaya a la huelga a finales de año. Si va, no me sumaré a mis colegas en los piquetes. Sostendré que eso me daría una imagen de parcialidad. Nunca cruzaría un piquete —eso sería imprudente y daría pie a rencores una vez que la huelga se resolviera, y las huelgas siempre acaban resolviéndose—, pero tampoco pienso sumarme a uno.

La verdad es que odio los sindicatos, y cuando me incorporé al *Star* negocié que me asignaran un puesto fuera de convenio, de modo que no soy miembro del gremio y no pago cuotas. Participar en una manifestación es como un juego de niños; las

huelgas son maniobras pensadas para que los trabajadores se distraigan y se olviden de que no tienen a nadie de su lado. Ni los de recursos humanos ni los jefes del sindicato.

Algunos colegas argumentan que no pertenecer al sindicato es precisamente lo que me vuelve parcial, pero yo creo que me hace más objetiva. Mis artículos, mis relaciones con los líderes sindicales de Baltimore, hablan por sí mismos. La cuestión es que los distintos jefes de los sindicatos prefieren hablar conmigo porque jamás hago la vista gorda con ellos. Muchas veces mis preguntas —directas, escépticas, incluso acusatorias — los ayudan a detectar los defectos de sus estrategias.

Llevo once años como periodista de sindicales, diecinueve en el *Star* y veinticuatro como periodista gráfica, veintiocho si contáis los años que trabajé en el periódico escolar del Northwestern. (Yo los cuento.) Si a ello añadimos los dos años que pasé colaborando en el periódico de mi ciudad natal, Aspen, en Colorado, mientras iba al instituto, llegamos a las tres décadas de trabajo periodístico. Nunca fui la única mujer en la redacción, pero al principio éramos muy pocas, y todavía menos las que querían dedicarse a las áreas difíciles, masculinas.

Ayudó, por supuesto, el hecho de que soy más fea que Picio. Es verdad, conozco a algunas personas que dirían que soy injusta conmigo misma, pero yo era bajita y flaca de adolescente y alcancé la mayoría de edad en una época en que se adoraban los cuerpos de ánfora. Y tengo una nariz que, si bien no es antiestética, es demasiado grande para mi cara. Otras mujeres con mi misma suerte podrían haber seguido los pasos de Diana Vreeland, o emulado a Martha Graham, pero a mí no me venía en gana. En mis primeros dos trabajos, en Lexington, Kentucky, y luego en Atlanta, no les prestaba la más mínima atención a los hombres, porque estaba totalmente segura de que no tardaría en marcharme de allí. ¿Qué sentido

tenía iniciar un romance en un sitio donde jamás querría quedarme?

Pero, a pesar de lo que algunos de mis colegas dicen a mis espaldas, yo soy una mujer y tengo mis necesidades, y cuando aterricé en Baltimore empecé a considerar a los hombres disponibles. Colegas, policías, fiscales adjuntos, dirigentes sindicales. Ésa era la clase de hombres con los que se cruzaba una periodista. Y no me gustaba ninguno. Conocí a un joven amable, un profesor auxiliar que daba clases de inglés en el instituto; estaba tomando café en el Pete's Diner y lo puse en el punto de mira. Él, que era tímido e inexperto, se sintió tan agradecido por mi interés romántico que ni se le pasó por la cabeza que no estaba obligado a proponerme matrimonio.

Ahora tenemos dos hijos, ya adolescentes, y si los primeros años fueron un infierno —sí que lo fueron—, la buena noticia es que ya no recuerdo los detalles de cómo sobrevivimos a ello. Lo hicimos y eso es lo único que importa.

Y ahora de pronto se presenta esta ama de casa que se ha creído que puede entrar en el *Star* y convertirse en reportera, así de fácil. Claro que muchos de los empleados han recorrido caminos similares, ascendiendo desde puestos administrativos, incluso de la centralita, pero empezaron jóvenes y con humildad. Ésta... no se desvive por aprender, de eso estoy segura. Lo que quiere son los «accesorios» de la vida de una periodista: una firma, sentarse en el escritorio de un hombre y balancear sus piernas bonitas mientras le gorronea un cigarrillo. Una de las razones por las que casi nunca fumo en mi escritorio es porque podría provocar un incendio. Además, con esta estrategia de administrarme los cigarrillos —como un premio por cada artículo entregado, por cada llamada telefónica realizada—, me vuelvo eficiente. Yo lo llamo mis tres t: texto, taza, tabaco. Corrijo las páginas en el lavabo de señoras y casi todas las mujeres que trabajan aquí han

aprendido que no les conviene molestarme.

Todos saben que esa chica consiguió el trabajo de asistente de Heath sólo porque es bonita. Pero ese puesto es un callejón sin salida. Debería haber tratado de entrar en la sección dominical: escribir sobre novias y compromisos le habría salido de forma natural. Tampoco es que se publiquen muchas bodas judías en este periódico, pero siempre hay algún Meyerhoffy, cada tanto, algún Herschel.

Es habitual que me tomen por judía, pero soy de familia escocesa; fuerte, resistente y dura como el mármol que se extrae de una cantera. Y, una vez más, hay gente que cree que eso significa que los sindicatos deberían caerme bien, y, una vez más, es exactamente lo contrario. Los sindicatos trabajan para los mediocres y son una bendición para los incompetentes. Si eres muy bueno en lo tuyo, los sindicatos te impiden progresar.

Me pregunto qué pensarían mis colegas si supieran que Agnew se ha puesto en contacto conmigo, el mismo que va a postularse para gobernador este año, lo que, por cierto, no va a resultarle fácil a un republicano. Me ofreció el puesto de secretaria de prensa, diciendo que tal vez con eso me hiciera un hueco en su gobierno. Yo contraataqué diciendo que quería formar parte del gabinete, preferiblemente en el Departamento de Comercio. Luego me acerqué al diputado Sickles, que tiene más probabilidades de ganar la nominación demócrata, y le comenté que Agnew quería ficharme. En noviembre, tengo todas las de ganar. Mis pactos con ambos bandos son prueba de mi imparcialidad, ¿no?

Ya estoy harta de trabajar en periódicos. Hay demasiadas chicas bonitas taconeando por las redacciones con sus zapatos elegantes, pensando que es una profesión divertida y excitante. Incluso están dispuestas a salir con periodistas. Yo he cometido muchos errores en mi vida, pero no ése.

JUNIO DE 1966

Después de su desastrosa conversación con Edna —y Maddie no era ninguna estúpida, sabía que había estado muy torpe—, realizó un balance rápido y discreto de lo que tenía, lo que quería y lo que necesitaba. Modificó sutilmente su aspecto: adoptó un vestuario más moderado, descartando las prendas demasiado modernas, y se recogió el pelo en un moño. (Aunque no dejó de planchárselo para no disgustar a Ferdie.) Enumeró lo que consideraba sus «éxitos» hasta el momento: haberse topado con el cadáver de Tessie cerca de la arboleda, haberle pasado unos datos mínimos a Bauer para distraerlo y evitar que se fijara en ella, y haber llamado al Departamento de Obras Públicas para informar sobre la fuente. Eran coincidencias, cierto, pero ¿cuál era el elemento en común? Maddie.

Decidió no darle tanta importancia a la suerte y le preguntó a Bauer si estaría dispuesto a comer con ella para darle consejos sobre su carrera.

Él la miró perplejo, entornando los ojos.

—¿Dónde?

—Aquí, en el periódico.

—No, me refiero adónde quieres ir a comer.

—¿Qué tal el New Orleans Diner?

Estaba a unas calles de distancia y era donde los oficinistas y las secretarias compraban comida para llevar, aunque Maddie casi siempre metía su almuerzo en una bolsa de papel para ahorrar dinero. Algunos periodistas también comían allí, pero no muchos. La mayoría prefería la marisquería del muelle o, si

eran de alto rango, se regalaba comidas de dos horas y tres martinis en lugares oscuros y discretos después del cierre. Luego regresaban a la redacción bamboleándose entre olas de ginebra, pero ya no importaba tanto, porque ya habían entregado el trabajo del día. Tenían toda la tarde y parte de la noche para recuperarse. A Maddie le habría encantado comer en uno de estos sitios, pero Bauer podría pensar que tenía alguna otra cosa en mente si lo proponía.

Además, quería pagar ella.

Mientras comían —un bocadillo de atún y ensalada y una Tab para ella; un bocadillo untado con jamón del diablo y café para él—, Maddie dijo:

—Ya sé que no soy reportera. Pero creo que podría llegar a serlo, y de las buenas, si me lo permitieran. Y no me refiero a esas tonterías que trata de pasarme Cal.

—Si te lo permitieran —repitió Bauer—. Nadie te va a permitir nada. Tienes que ganártelo.

—¿Y si encuentro una historia, una buena historia, y la investigo fuera de mi horario?

—Lo más probable es que estuvieras entrometiéndote en el terreno de otro. No va a colar.

—Pero si nadie está prestando atención a esa historia no me estoy entrometiendo en el terreno de nadie, ¿verdad?

—Hablas como un niño al que hubieran atrapado con las manos en la masa y tratara de librarse con un tecnicismo.

Pero su tozudez lo divertía y ella se daba cuenta. Estaba un poco colado por ella. Eso no era un problema. Maddie estaba acostumbrada. Los hombres siempre se colaban por ella. El truco consistía en mantener esa delicada emoción, impedir que se convirtiera en algo serio, algo que conllevara sentimientos lastimados y orgullo herido.

—¿De modo que crees que hay una historia importante que se va a pasar por alto si tú no la investigas? —preguntó Bauer.

—La chica... la mujer... del lago.

Él negó con la cabeza.

—Allí no hay ninguna historia.

—¿Por qué no?

—Tenía alrededor de veinte años, no se ocupaba de sus hijos, siempre estaba de juerga. Ni siquiera se había casado con los padres de sus hijos. Tiene una cita con un tipo raro. Él la lleva a algún sitio elegante para impresionarla. La mata. ¿Y qué?

—¿Sabes?, si mañana me encontraran muerta en mi piso, tal vez alguien diría lo mismo de mí —repuso Maddie, sin creerlo realmente, aunque pensando que era un buen argumento—. Soy una mujer que acaba de dejar a su marido. Mi propio hijo no quiere vivir conmigo. Por eso no quería hablar contigo aquel día, porque habrías tenido que contar esa parte y eso habría avergonzado mucho a Seth, mi hijo.

Bob Bauer golpeó la botella de kétchup sin obtener ningún resultado. Maddie estaba a punto de cogerla, pero la camarera intervino de una manera rápida e informal. Daba la impresión de que conocía bien a Bauer y le había hecho una broma sobre lo que él había pedido. «Jamón del diablo; ¡eres un diablillo!»

—¿Por qué te esfuerzas tanto en conseguir trabajo como reportera, Maddie? La mayoría de las mujeres que hay en este oficio o bien entran jóvenes o bien se casan con alguien que ya está dentro. Y si quieres mi opinión, la mayoría son unas arpías.

—El mundo está cambiando —señaló ella.

—No para bien, me temo.

—¿Y qué me dices de Margaret Bourke-White?

Hasta la propia Maddie se daba cuenta de que divagaba. ¿Por qué estaba mencionando a una fotógrafa? ¿Dónde estaban las periodistas famosas?

—Es la excepción que confirma la regla. Siempre hay

excepciones. ¿Tú te crees excepcional?

Ella le dio el mordisco más pequeño posible a su recargado bocadillo y lo masticó más minuciosamente de lo necesario.

—Da la casualidad de que sí. Y Martha Gellhorn. Me refería a Martha Gellhorn.

—Entonces tal vez sí puedas convertir esta historia en algo interesante. Te diré una cosa: mañana, en la pausa para comer, vayamos a la sección de sucesos. Te presentaré a John Diller; él puede darte algunas nociones básicas. Cómo conseguir un informe policial, para empezar.

—Lo conocí brevemente en la jefatura el otro día, pero creo que nunca lo he visto en la redacción.

—Y lo más probable es que nunca lo veas. Diller les pasa la información por teléfono a los redactores. Sin un redactor al otro lado de la línea no podría escribir un mensaje a su madre ni una lista de la compra. Los otros periodistas lo llaman, a sus espaldas, agente Diller o Perro Policía. Vamos a decirle que esto es algo así como... un entrenamiento. Así no se pondrá nervioso pensando que una chica de la que nunca ha oído hablar está empezando a hacer llamadas en su terreno acotado. Como te decía, él es más poli que periodista. Tiene sangre azul. Sabe todo lo que pasa dentro del departamento.

«No todo», pensó Maddie mientras notaba que la sangre le subía a las mejillas.

LA CAMARERA

Están hablando de Cleo. El señor B y la mujer que lo acompaña. He de contenerme para no inclinarme y decir «Yo la conocía», pero la gente se queda desconcertada cuando le recuerdan que la camarera no es sordomuda. Así te garantizas que te fastidiarán con la propina, te lo aseguro.

Me sorprendo cuando la mujer que acompaña al señor B paga la cuenta, y aún me sorprende más que deje una buena propina. No es que las mujeres dejen poca propina, pero ésta no tiene pinta de saber lo que es trabajar duro, y eso marca la diferencia en las propinas. Los abogados son los peores: unos tacaños. Pero las amas de casa, que no han trabajado en su vida, suelen ser igual de agarradas.

Tal vez ella esté tratando de impresionar al señor B. Ya hace casi diez años que le atiendo; recuerdo cuando era más joven y más delgado. Él dice que hace régimen, pero luego pide bocadillo de jamón con salsa diablo. Lo conozco lo bastante bien como para darle una palmadita juguetona si trata de comerse las patatas fritas del comensal de enfrente.

Esta mujer no ha pedido patatas fritas, por supuesto.

¿Por qué ha pagado la comida del señor B? Eso no está permitido. Una vez me dijo que él ha de pagar siempre; aunque yo no conozca a su acompañante, debo asegurarme de darle la cuenta a él. Pero a esta mujer le permite que pague. Qué raro. Es evidente que no tiene un interés romántico en ella; en caso contrario, ella jamás habría pagado. Además, él está casado. Él dice que «felizmente», aunque no creo que la palabra «felizmente» pueda aplicarse a ninguna parcela de su vida,

salvo, quizá, el periódico. Le gusta su trabajo. Nunca tiene prisa por volver a su casa. Lo sé porque a veces viene justo antes de la hora de cerrar y, mientras yo cuento las propinas, se bebe lentamente una taza de café y me habla del lugar donde se crió, un pueblo muy parecido al mío, en Virginia Occidental.

No es asunto mío. El mío es llevar a la mesa la comida caliente lo más rápido posible.

Sirvo mesas desde los trece años. Una chica de trece años con unas piernas tan largas que pasaba por una de dieciséis. Mi familia se instaló en Baltimore durante la guerra, atraída por el dinero que en teoría iban a generar Glenn Martin y su planta aeronáutica. Pero eso no salió bien; a mis padres nada les salía bien. Bebían, se divorciaban y volvían a juntarse, lo que era peor que la bebida o el divorcio. Así que a mis trece años no me quedó otro remedio que escapar y por eso entré a trabajar en un antro llamado Stacey's. Luego pasé al Werner's y ahora estoy en el New Orleans Diner. El NOD, como lo llamamos nosotros, es largo y estrecho. Este local ha acabado con muchas camareras. He visto pasar a muchas chicas jóvenes por este sitio, y todas se largan porque no son eficientes. Trotan demasiado, no saben deslizarse. Yo, en cambio, sé cómo cubrir la máxima superficie con el mínimo número de pasos.

Tampoco es que fuera mucho más lista que ellas de jovencita. Cobrar en metálico al final del día no es lo mejor para una adolescente que vive sola. Fueron un par de años oscuros en los que a punto estuve de convertirme en mi madre. Pero básicamente a eso se reduce la vida de casi todas las mujeres, ¿no? A esperar en qué momento pasarán a convertirse en su madre. Por supuesto que todas dicen que no quieren parecerse a sus madres, pero eso es una estupidez. Para la mayoría eso no significa más que crecer, asumir responsabilidades y actuar como se supone que deben hacer los adultos. Cuando oigo las conversaciones de las chicas que

vienen a tomar café —siempre quejándose de las opiniones de sus madres, de sus normas—, suelo ponerme del lado de las madres. Sobre todo ahora que los jóvenes han empezado a comportarse de esa manera tan extraña, a vestirse con ropa tan estrafalaria y a escuchar música cada vez más rara.

De todas formas, también puedo comprenderlas. Recuerdo cuando yo era joven y adoraba a Elvis. Ojalá hubiera tenido en casa una madre que me encarrilara un poco, en lugar de un espectro en albornoz y con una botella de ginebra en la mano que se colaba en mi cuarto cuando yo no estaba para robarme el dinero de las propinas.

Como sea, un día me desperté embarazada y se acabó lo que se daba. El tipo se casó conmigo, pero eso fue lo único que hizo; no tardé en quedarme totalmente sola, con diecinueve años y un bebé.

Ahora ese bebé, Sammy, ya tiene catorce años y es un alumno sobresaliente. Yo no bebo y nuestra casa está limpia como los chorros del oro, sea lo que sea que quiera decir eso. ¿Cómo se limpian los chorros del oro? Cada día, cuando vuelvo a casa, descanso una hora con los pies levantados sobre la otomana y un vaso de Pepsi. Gracias a eso, mis piernas levantan más de un silbido y no tengo ni una variz. Hay que trotar menos y deslizarse más. Elevarse. Ésos son los secretos que compartiría con las jóvenes si me preguntaran. Pero jamás preguntan nada. Creen tener todas las respuestas, incluso las que consiguen sobrevivir en el New Orleans Diner.

También os digo que es un nombre que causa mucha confusión. Algunos suponen que se sirve comida de Nueva Orleans, sea la que sea, pero en realidad se llama así porque antes estaba en Orleans Street. Cuando se trasladó a Lombard Street, el propietario decidió llamarlo New Orleans Street Diner para mantener la clientela, pero metió la pata con los menús: se olvidó de poner la palabra «Street» y fue demasiado tacaño

para reimprimirlos. Es griego, se maneja bien con el dinero y la cocina, pero es un tonto para todo lo demás.

La mujer que está comiendo con el señor B le hace un montón de preguntas. Pero no como si intentara conocerlo mejor. No como si fuera una cita. Ni siquiera me hace falta oír lo que dicen para darme cuenta de ello. Esta mujer parece un perro acechando una ardilla; le tiembla todo el cuerpo. Cada vez que veo a un perro así me pregunto: «¿Qué quieres de la ardilla? Tú estás bien alimentado y ella no tiene buen sabor.» Sea lo que sea que esta mujer quiere del señor B, no puede ser tan importante como ella cree. Nada lo es. He aprendido esa lección muchas veces. Nada de lo que quieres importa tanto como tú crees.

Le sirvo al señor B su tercer o cuarto café y escucho el nombre. Cleo Sherwood. Esa chica trabajó en la cocina del Werner's, aunque no por mucho tiempo. Quería ser camarera, pero los jefes no estaban por la labor. Hay que ser blanca para servir mesas; es lo que quieren los clientes, le decían. Cleo se consideraba demasiado bonita para quedarse encerrada en la cocina, y estaba en lo cierto. Ahora está muerta. Lo leí el otro día en el *Star*. Es la primera persona muerta que conozco, más allá de, ya sabéis, la gente que se supone que debe morir, como los abuelos y otros así. Fue raro leer en el periódico que Cleo estaba muerta. Y nada menos que en el lago. ¿Cómo acaba en una fuente una chica? Tuvo que ser por algún problema con un hombre. Siempre que una mujer muere joven, ha tenido algún problema con un hombre.

Pensar en Cleo me hace ser consciente de la brevedad de la vida, de que debemos aprovechar el tiempo. Por la tarde, después de contar mis propinas y comprobar que he tenido un día particularmente bueno, casi sin darme cuenta me encuentro caminando en dirección opuesta a la parada del bus, hacia el centro de la ciudad, donde están todos los grandes almacenes.

El Hutzler's es demasiado; jamás podría imaginarme comprando en el Hutzler's. Tiene diez plantas y hay tantas cosas para comprar que ocupa parte de otro edificio. Pero el Hochschild Kohn no impresiona tanto. Cruzo las puertas giratorias y avanzo a paso vivo hacia el mostrador de perfumes, porque es lo primero que veo.

A mí los perfumes no me sirven para nada. Huelo a beicon y patatas fritas prácticamente a todas horas, por mucho que me lave el pelo. Aunque tampoco tengo a nadie cerca para notarlo. Cuando Sammy empezó la escuela, decidí olvidarme de los hombres. Tendré treinta y cinco cuando él entre en la universidad. No seré tan vieja como para no divertirme un poco. La mujer de la comida olía bien. Me gustaría oler así.

—¿Puedo mostrarle algo? —pregunta una vendedora con un vestido precioso, un peinado encantador y unas manos tan bonitas que me dan ganas de esconder las mías en los bolsillos.

En cambio, le pido una muestra de Joy, pero sólo porque recuerdo esos anuncios que aseguran que es el perfume más caro del mundo. De mala gana, la vendedora me entrega un papel perfumado, ni siquiera me rocía un poco la muñeca. Lo huelo. No, no es el aroma de la mujer que acompañaba al señor B. En mi intento de adivinarlo, señalo un frasco con una paloma en la parte superior. L'Air du Temps. No me atrevo a decir el nombre. Aunque supiera francés, mi acento sonaría ridículo. Hasta hace dos años ni siquiera sabía que tenía acento, pero un día Sammy trajo a un amigo a casa y los oí hablando en la cocina. «¿Por qué tu mamá habla así?», le dijo. «¿Así cómo?», preguntó Sammy, mi niño bueno, mi niño querido. «Como si fuera una de los *Rústicos en Dinerolandia*.» Eso es injusto, porque yo no hablo como ellos, para nada. Los acentos de Baltimore han acabado con mi musiquita de Virginia Occidental. Mi acento es más o menos como el de Sammy, un buen resultado de un cruce desastroso. A la gente le

gusta mi voz. Les gusto yo. A mis clientes habituales se les ilumina la cara cuando me acerco a tomar sus pedidos. Me quieren y me aprecian. Y no pienso pronunciar L'Air du Temps delante de una vendedora cualquiera para que se burle de mí.

—La colonia es más barata, pero el frasco no es tan magnífico.

—Yo no compraría un perfume por el frasco —le aseguro. Quiero que se entere de que no soy ninguna paleta.

Pero el precio... vaya tela. ¿Quién podría pagar tanto sólo para oler bien? ¿No podrían rociarse un poco de extracto de vainilla detrás de las orejas y ya está?

Sin embargo, lo huelo y sé con seguridad que ésa es la fragancia que llevaba la mujer que comió con el señor B. Y también sé que jamás podría permitírmelo, por muchos kilómetros que me deslice en el New Orleans Diner, por muchas veces que algún cliente nuevo mire el menú y repita el mismo chiste: «¿Cómo? ¿No hay gumbo?» Siempre me río como si lo oyera por primera vez: «No, señó.» Yo soy igual de bonita que aquella mujer, o podría serlo. Soy más bonita que la chica de los perfumes, con esa nariz respingona que casi toca el techo. Tengo buenas piernas, mi piel tiene buen color. Tengo un hijo maravilloso; nos va bien. Pero jamás tendré un frasco de perfume con una paloma en la parte superior, y probablemente ese frasco no sea más que uno de los muchos que tiene esa mujer en su cómoda, encima de una de esas repisas con espejo donde las mujeres elegantes guardan sus perfumes.

—Me temo que no es mi estilo —digo—. Demasiado... frutal.

Ella sonríe como si me hubiera pillado.

Vuelvo a casa, dejo los pies levantados una hora, bebo Pepsi y veo *Bowling for Dollars*. Este programa siempre me pone contenta. No sé por qué. A veces veo a señoras que conozco del

barrio. Me quito las medias y me unto las piernas con mantequilla de cacao. Son bonitas. Trotar menos, deslizarse más. Podría haber sido una buena camarera de *drive-in*, de las que van en patines, pero en Maryland esa clase de sitios no se ven mucho. Creo que es típico de California, o de algún lugar donde hace buen tiempo la mayor parte del año.

Entra Sammy, que a sus catorce años ya me pasa más de diez centímetros, y me besa en la mejilla sin que yo se lo pida. El último Día de la Madre me regaló un perfume de lirios de Rite Aid. ¿Y sabéis qué? Es mejor que el Joy o que el del frasco con la paloma arriba. L'Air du Temps. ¿Y eso qué quiere decir? ¿Algo del aire? Se lo preguntaré a Sammy luego. Saca las mejores notas en el Instituto Hamilton, incluso en francés. Ese chico va a comerse el mundo. Él es lo único que necesito, lo mejor que he hecho en mi vida.

Leo el *Star* mientras ponen los anuncios. Cleo Sherwood ya no es noticia y ha desaparecido del periódico. Una vez me aseguró que sería famosa y supongo que lo es, en cierta forma. O lo fue, por un día.

Debería haberme acercado y haberle dicho a esa señora: «Yo conocía a Cleo Sherwood. Pregúnteme lo que quiera.» ¿A que se habría quedado de piedra? Pero no conviene que los clientes sepan que los oyes; ellos creen que sus conversaciones son privadas. Yo he servido a amantes secretos, a parejas en medio de una separación, a hombres que claramente estaban haciendo cosas que no debían hacer. Les llevo la comida, coqueteo con los habituales y, salvo eso, finjo que soy sorda y prácticamente ciega.

Cruzo el linóleo irregular del suelo del New Orleans Diner como una patinadora. Soy la mejor en lo mío; siempre deslizándome, sin trotar.

JUNIO DE 1966

Bauer dejó a Maddie en la sala de prensa de la jefatura de Policía como un padre descuidado haría con su hija el primer día de parvulario. La llevó hasta la puerta, pero ella tuvo que entrar sola y hacerse oír.

El caos y el desorden que reinaban en la redacción del *Star* no habían preparado a Maddie para el deprimente rincón de la jefatura destinado a los de prensa. Y eran todos hombres, aunque John Diller insistía en que había una reportera de polis, Phyllis Basquette, que trabajaba para el *Light*, el otro periódico vespertino.

—¿Dónde está? —preguntó Maddie con escepticismo.

—Dando vueltas en coche por la autopista: tratando de que los kilómetros recorridos se correspondan con la cuenta de gastos que le han asignado —respondió Diller.

Maddie supuso que era mentira, pero asintió con la cabeza. Si esa mujer realmente existía, era comprensible que quisiera evitar esta sala. La sala, en realidad todo el edificio, era uno de los sitios más masculinos en los que Maddie había entrado nunca, y no en un sentido positivo, como, por ejemplo, el bar del Haussner's. (O como imaginaba que era el bar del Haussner's, donde las mujeres seguían teniendo el acceso prohibido, lo que era una regla extraña para un restaurante popular donde no se aceptaban reservas. Por otra parte, la cola de fuera daba la vuelta a la esquina, de modo que la restricción no perjudicaba al negocio.) Es cierto, había algunas mujeres policía y secretarias, además de la legendaria Phyllis Basquette, pero olía a hombres: a su sudor, su tabaco, a Brylcreem y

loción de afeitado. Una loción barata y de mala calidad.

Diller le hizo una visita guiada, después de explicarle cómo obtener un informe. Ella leyó lo poco que había sobre la desaparición de Cleo Sherwood, a la que nadie había prestado atención durante semanas. Un barman, Thomas Ludlow, había declarado que en la madrugada del 1 de enero había salido con un hombre. Era alto, delgado, de unos treinta años, y llevaba una chaqueta de cuero negro y un jersey de cuello alto. Cleo no se lo había presentado y era la primera vez que el barman lo veía. Ella llevaba una blusa verde, pantalones con estampado de leopardo, un abrigo rojo estilo Car Coat y guantes de conducir rojos de cuero. Maddie apuntó todos esos datos en su libreta, aunque sólo fuera por hacer algo.

—¿Qué es una mujer número uno? —le preguntó a Diller.

—Una mujer de color. Las blancas son número dos, las de color número uno.

Diller la llevó por todas las divisiones del departamento mientras le presentaba a los sargentos. Ellos se animaban cuando Maddie entraba en sus despachos, pero su expresión se abatía tan pronto como Diller les contaba que era una colega del periódico. Sus habituales ventajas con los hombres no parecían dar resultado en este lugar. Y cuando trató de conversar sobre Cleo Sherwood con el capitán de Homicidios, éste se mostró taciturno, casi brusco.

—Aún no es un homicidio, oficialmente —dijo—. Estamos esperando el dictamen del forense.

Mientras tanto, Diller, un hombre pequeño y pulcro, mantenía una actitud imposible de descifrar. Maddie suponía que él disfrutaba de su incomodidad, y que buscaba hacerle una novatada para que ella se marchara y lo dejase en paz. Pero lo cierto es que, una vez terminada la visita, él mismo le sugirió:

—¿Quiere ir a la morgue y ver si han hecho algún progreso

en el caso de Sherwood?

Maddie no estaba segura de querer ir, pero precisamente esa falta de convicción le hizo darse cuenta de que debía contestar que sí.

—¿Sigue allí el cuerpo?

—No creo que se lo hayan entregado a la familia todavía. Pero, aunque ya no esté, ir hasta allí no será una pérdida de tiempo. Si quiere escribir sobre temas policiales, tiene que conocer a esos tíos.

Oh, genial: más tíos.

La morgue estaba a tiro de piedra del *Star* y un poco más lejos de la jefatura. Por el camino, Diller le habló sobre el Asesino del Tres en Raya, que se cebaba con los borrachos de los muelles, y le señaló un callejón donde habían encontrado a una de las víctimas. También se dedicó a detallar alegremente las heridas que el periódico dejaba entrever detrás de ese apodo para que los lectores sacaran sus propias conclusiones sobre lo que les había pasado a los cuerpos.

—Por lo general, jamás le contaría esas historias a una dama, pero usted es una reportera.

La zona portuaria conocida como Inner Harbor era un lugar mugriento. La fábrica de especias McCormick, ubicada en el lado occidental, cargaba el aire de canela, lo que ofrecía un extraño contraste con el paisaje. Pocas veces Maddie se había aventurado por los muelles, aunque los había cruzado en sus excursiones al fuerte McHenry cuando Seth era pequeño. Trató de imaginarse a esos hombres tristes y enfermos a los que habían echado de los bares y luego habían encontrado la muerte en descampados y callejones. Pero hasta ellos habían sido tratados con más respeto que Cleo Sherwood. El asesino había recibido un sobrenombre, detrás del cual se escondía una persona, y se había establecido una relación entre las muertes.

—¿Qué otra cosa aparte de un homicidio puede ser la

muerte de Cleo Sherwood? ¿Cómo va a parar un cuerpo a una fuente en pleno enero? —preguntó Maddie.

—Buenas preguntas —repuso Diller, pero no intentó contestarlas.

La oficina del forense era un lugar muy iluminado y aséptico. En cuanto Diller y Maddie entraron, los hombres reunidos alrededor de una camilla abrieron el estrecho círculo y le permitieron ver el cadáver. Era un hombre corpulento, con la piel casi morada. El cuerpo estaba colocado de tal manera que Maddie se quedó mirándole directamente la entrepierna.

—Le presento a Marjorie Schwartz —le dijo Diller al forense.

—Madeline —lo corrigió ella. Estuvo a punto de tenderle la mano, pero se dijo que no era aséptico—. Quería hablar con usted sobre Cleo Sherwood.

—Ah, sí, la Dama del Lago —dijo el forense.

Maddie tomó nota mentalmente. El apodo le gustaba. Tal vez si lo utilizaba conseguiría imprimir un tono más humano a la historia de Cleo Sherwood, de la misma manera que el «Asesino del Tres en Raya» otorgaba algo de dignidad a sus víctimas.

El forense la llevó hacia las cámaras y empezó a abrirlas al azar, como si no supiera dónde estaba el cadáver de Cleo Sherwood. Maddie vio el cuerpo de un hombre con heridas de arma blanca, varios muertos normales y corrientes, hasta que, finalmente, apareció el cadáver de la chica. Se le revolvió el estómago, pero se mantuvo impertérrita.

—La... cara. —Casi no era una cara y su color no era ni blanco ni marrón, sino más bien un gris sucio—. ¿Ha tenido que ver esto su madre?

—La identificó la hermana.

«¿Cómo?», quiso replicar Maddie, pero en cambio preguntó:

—¿A qué se debe esto?

—Agua, cinco meses de congelación... No es una situación óptima. Hemos logrado establecer que no se ahogó y tampoco hay señales de traumatismos en el esqueleto.

—No, lo que quiero decir es: ¿cómo puede deberse a otra cosa que no sea un homicidio? ¿Cómo es posible que un cuerpo termine en una fuente?

—Ése no es nuestro trabajo —respondió el forense—. Nosotros buscamos la causa de la muerte. Hasta el momento, no hemos conseguido encontrarla.

—¿Cuáles son las posibilidades?

—Congelación, hipotermia. Tal vez se quedó atrapada en la fuente... El 1 de enero, el último día que se la vio, no hizo nada de frío.

—¿Cree que nadó hasta la fuente, totalmente vestida? Estaba totalmente vestida, ¿verdad? ¿Y se metió en la fuente?

Él cogió el informe y leyó:

—«La occisa llevaba pantalones con estampado de leopardo, un abrigo rojo de lana y una blusa verde.» —Luego levantó la mirada—. Le asombraría saber las cosas que hace la gente borracha. Y bajo el efecto de las drogas, todavía son más delirantes.

—¿Se refiere al LSD?

Maddie había leído cosas espantosas sobre esa droga en la revista *Time*.

—¿En Baltimore? ¿Ella? Más bien heroína.

—¿Cleo Sherwood era adicta a la heroína?

—Yo no he dicho eso. No podemos saberlo.

Los hombres la estaban observando, midiéndola, esperando que se quebrara. Maddie se volvió hacia Diller.

—Ya casi es mediodía. ¿Quiere ir a comer? Me muero de hambre.

Él la llevó a una taberna al otro lado de la calle. «En una época fue propiedad del padre de Babe Ruth», le dijo. A Maddie

se le revolvió el estómago cuando vio algunos platos del menú —un pudín espeso de despojos de cerdo llamado *scrapple*, bocadillos bien cargados de diferentes tipos de embutido—, pero estaba decidida a comer con apetito, o al menos a dar la impresión de que comía con apetito. Estaba acostumbrada a representar el papel de mujer pizpireta que se permite comer alimentos grasos que engordan. Pidió un club sándwich con patatas fritas sabiendo que se limitaría a mordisquear el bocadillo, luego lo apartaría a un lado del plato y lo partiría en pedacitos cada vez más pequeños. Cuando Diller pidió una cerveza, ella lo imitó.

Lo tenía por un hombre poco observador, pero él se dio cuenta de la poca comida que se llevaba a la boca.

—¿Se encuentra mal?

—Estoy tratando de comer menos. Hay mujeres que sólo comen requesón. Yo como exactamente lo que quiero, pero en poca cantidad.

Comieron, o mejor dicho, comió él, en silencio.

—¿Ha hablado con la familia?

La pregunta pareció desconcertarlo.

—¿La familia de quién?

—De Cleo Sherwood. La Dama del Lago. —Saboreó la frase, apropiándosela.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—¿Por qué no? ¿No es algo normal cuando alguien muere?

Él terminó lo que quedaba de la hamburguesa y se limpió la boca con una servilleta. No era un hombre tosco. Sus modales eran tan refinados como los de Maddie, incluso mejores. Llevaba una camisa blanca como la nieve, una chaqueta de rayas impecable e iba perfectamente afeitado.

—Es una mujer de color.

—¿Y?

Diller pareció tomarse en serio la pregunta, aunque sólo

fuera porque era nueva para él.

—Que una persona de color muera no es relevante. Quiero decir, pasa constantemente. Es lo contrario de una noticia. Como cuando un perro muerde a un hombre. Además, ya ha oído al forense. Lo más probable es que fueran las drogas. Estaba colocada y decidió llegar nadando a la fuente.

—Pero fue una muerte que se hizo pública. Y muy misteriosa.

—Por eso se le prestó un poco de atención cuando la encontraron. Pero el *Afro* ya exploró la mayoría de las vías de investigación que podríamos haber seguido nosotros. No es más que una chica que tuvo una cita desafortunada. Eso no es ninguna noticia. Salía con un montón de hombres, por lo que he oído.

—¿Qué significa un montón?

—No lo sé. Yo... —Estaba esforzándose para no perder las formas—. Sólo repito lo que he oído. Algunas mujeres, chicas de vida alegre, lo hacen para pagarse el alquiler. Y ella trabajaba en ese club, el Flamingo. Es una especie de club Playboy para los que no pueden pagar el de verdad. Chicas semidesnudas que sirven tragos aguados, bandas de segunda categoría. El dueño de ese sitio es un proxeneta y todos lo saben.

Maddie pensó en lo que había visto, en la degradación del cuerpo que una vez había sido Cleo Sherwood. La naturaleza era cruel. Cuatro años antes, al morir Marilyn Monroe, la gente decía que la edad la estaba estropeando, que su belleza se estaba marchitando, que ella quería dejar un cadáver bello. Nadie deja un cadáver bello. Incluso en una muerte sin traumatismo sólo el talento del embalsamador puede hacer presentable un cuerpo al cabo de unas horas de haber muerto. Cada día Maddie era un poco menos hermosa que el día anterior. Cada momento que vivía también era un momento

que moría.

Monroe tenía treinta y seis años cuando murió. A Maddie le faltaban pocas semanas para cumplir treinta y siete cuando decidió vivir.

—¿Y si fuera yo a hablar con los padres?

Él se encogió de hombros.

—Un poco macabro, especialmente si no consigue una historia publicable, pero supongo que está en su derecho, siempre que mantenga contento al señor Denuncias Ciudadanas. Pero si está buscando algo que le sirva para una crónica, ¿por qué no hace una visita a la médium?

—¿Qué médium?

—La médium. La espiritista o la parapsicóloga, como quiera llamarla. Los padres fueron a verla para tratar de averiguar dónde estaba su hija. Podría utilizar ese dato para hacer una nota sobre ella, una especie de perfil. Esa mujer afirmó que veía verde y amarillo, pero no había nada amarillo en la fuente y lo único verde eran las algas, y además la noche de su desaparición no había algas. Y el barman ya había contado a la policía que llevaba una blusa verde, así que eso no era nuevo. Apuesto que, si hoy le pidiera que lo explicara, diría que la cara miraba al sol, lo que no es cierto, o que había narcisos en el lago, pero en enero no había. —Se echó a reír y su risa creció hasta que casi no pudo seguir hablando; por lo visto se encontraba muy gracioso—. No hace falta que la llame antes de ir porque, porque... —continuó sin dejar de golpearse las rodillas— porque seguro que ella ya la estará esperando.

EL REPORTERO DE SUCESOS

Sé lo que dicen mis colegas a mis espaldas. Me llaman Perro Policía. Dicen que me he convertido en un nativo, que soy más poli que periodista. Que soy incapaz de escribir por culpa de la bebida y que por eso sigo cubriendo las noticias policiales después de treinta años. Nadie un poco ambicioso que quiera hacer carrera en el periodismo se queda en la sección de sucesos. Fijaos en esta guapa moza: se cree que va a triunfar escribiendo sobre una negra muerta. No lo entiende. Incluso en el *Star*, que no va de periódico exquisito como el *Beacon*, con sus corresponsales extranjeros y su plantilla de ocho hombres en la capital, la sección de sucesos se considera una estación de paso, un lugar que uno deja atrás cuanto antes.

No es habitual encontrar un reportero de sucesos de cincuenta y dos años. Delante mío, los otros periodistas de la sección me llaman «decano». Fingen admirarme. Sin embargo, por detrás, intentan robarme mis fuentes, convencidos de que pueden gestionarlas mejor. Pero yo conservo esas fuentes porque no pienso irme a ninguna parte. Estos jóvenes, a la que te descuidas, te hacen la cama. Yo trato de cuidar la relación con mis hombres. Acudo a los bautizos de sus hijos, cada tanto aparezco en la tradicional comida de la fraternidad policial, invito a copas en el bar que frecuentan los policías.

En la jefatura estoy feliz. Cada vez que debo presentarme en la redacción se me cae el alma a los pies, salvo que sea para recoger la paga o solicitar el reintegro de gastos. Ésas son las dos únicas buenas razones para ir al *Star*.

Mi padre era periodista en Filadelfia, un columnista, una

leyenda. Johnny Diller. Él era Jonathan, yo soy John, un error en el certificado de nacimiento que permaneció, de modo que no soy ningún júnior y no permito que nadie me llame Johnny. Por supuesto que quería hacer lo mismo que mi viejo. Parecía divertido. La gente se comportaba como si él fuera especial, porque su nombre aparecía en la portada del periódico con regularidad. Terminé en el *Star* porque estudié en Hopkins, donde dirigí el boletín informativo *News-Letter*. Siempre imaginé que algún día regresaría a mi ciudad, desandando ese camino de casi doscientos kilómetros, tal vez como columnista o periodista político.

Sólo había un problema: no sabía escribir. Quiero decir, claro que puedo acumular frases en el orden correcto, pero he perdido todo el talento que pude tener. No sé cómo explicarlo. Por la forma en que se organizan las cosas en los periódicos, al principio no escribes. Te presentas en la escena del crimen, buscas un teléfono público, le dictas los datos al redactor. En un periódico vespertino no tienes tiempo de volver al despacho y escribir el texto. Sabes dónde están ubicados todos los teléfonos públicos de la ciudad: ésa es tu oficina.

Mi primer asesinato ocurrió el tercer día de trabajo. Escribí con mucho esfuerzo todo el artículo en la libreta, pensando que se lo dictaría tal cual al tipo de redacción y le ahorraría trabajo. Él me puso a parir. No le estaba ahorrando tiempo, sino que estaba haciéndoselo perder, porque lo que había escrito no servía para nada. «Lo que necesito es esto y el orden en que lo necesito es éste», me gritó. Y cuando yo trataba de añadir algún detalle de color o algo que me parecía interesante, él decía: «Contesta sólo las preguntas que te hago, hijo.»

Entonces pensé: «Ahora verán.» Empecé a escribir una novela por las noches. Me volqué por completo en la historia de un niño nacido en un buen barrio de Filadelfia que, atraído por los bajos fondos, se hace amigo de un chaval del

extrarradio. Un clásico, como *Ángeles con caras sucias*, donde uno se hace cura y el otro delincuente, sólo que no tan descarnado. En mi libro los chavales crecían, uno se convertía en periodista y el otro en policía, y acababan enfrentados, porque el periodista se empeñaba en publicar un artículo que frustraba una investigación de homicidio muy importante y permitía así que el asesino se librara de la cárcel. Entonces el policía hacía lo que consideraba su deber, asesinaba al asesino, y lo arrestaban.

Yo creía que era genial.

Una noche me senté delante de la máquina de escribir y me puse a revisar lo que había escrito hasta el momento. Con dos páginas al día, había acumulado trescientas páginas en medio año, casi una novela entera. Mientras leía lo que había escrito, me llamaron la atención dos cosas.

Una era que el periodista de mi historia me caía muy mal. Quien despertaba todas mis simpatías era el policía, a pesar de que el periodista funcionaba como mi *alter ego*.

La otra era que yo no podía escribir. Ni aunque me fuera la vida en ello.

No me malinterpretéis. No estaba mal. Simplemente no estaba bien. Os juro que hubo una época en la que sabía escribir. Llené cuadernos con poesías y cuentos, gané concursos en el instituto y en la universidad. Pero el *Star*, aquel redactor, había destruido algo innato en mí y nunca volvería a recuperarlo. Me sentía como un dios despojado de sus poderes, obligado a vagar por la tierra en ese estado de desposesión como castigo. Pero ¿castigo por qué? Mientras me limitara a dictar mis artículos al redactor, mi capacidad para escribir seguiría menguando sin cesar. La estrecha visión del *Star* de lo que constituía una historia publicable estaba destruyendo mi propia historia.

Pero ¿y si al ascender pasaba a otra sección, y aun así

seguía sin poder escribir? ¿Qué pasaría entonces?

En ese momento... Todavía me veo sentado al escritorio de la sala de estar —mi (entonces) joven esposa hace un rato que se ha acostado, estoy en mangas de camisa—, y es como ver a un hombre soñando que vuela y que de pronto despierta y se encuentra en una cornisa. Me quedé paralizado. No podría haber tecleado una letra de la máquina de escribir ni con una pistola en la sien. Sufrí el bloqueo del escritor. Todavía lo padezco. No puedo escribir frases, sólo palabras. Apunto los datos en una libreta, pero eso no cuenta como escritura, eso es taquigrafía. En realidad sé taquigrafía y por eso mis notas son tan buenas, tan fiables, y nadie cuestiona mis citas. Jamás me han acusado de equivocarme ni siquiera en una palabra. Cuando todos los periódicos cubren la misma noticia y hay alguna discrepancia en una cita o un dato, el único que lo ha apuntado bien soy yo. No me han hecho una sola corrección en los casi treinta años que llevo en este oficio. ¿Sabéis lo raro que es eso?

Después de comer le pido a la señora, Maddie-Marjorie, que pague la mitad que le corresponde. Parece un poco sorprendida, pero me da su parte, como tiene que ser. Esto no es una cita. Guardo la cuenta, vuelvo a la oficina, paso los gastos —incluyendo el de la comida que acabo de tener, pero escribiendo «Sargento Patrick Mahoney» en el reverso del resguardo—, y salgo con un buen puñado de billetes. Después del trabajo me presento en el bar favorito de los policías, donde uso el dinero de los gastos para invitar a todos a una copa, y pido la cuenta para poder pasar ese gasto más adelante. Todo legítimo. Si invitar a una cerveza a un poli no es parte de mi trabajo, entonces no sé qué es.

Veo al agente del caso de Tessie Fine, el que llegó primero a la escena del crimen, un joven polaco con la reputación de ser demasiado bueno para su propio bien. Nunca bebe más de una

cerveza y es bastante santurrón, habla demasiado sobre su esposa y no de la manera en que lo harían la mayoría de los tíos, con quejas o chistes amables. No, la esposa de este tipo es una santa, un ángel. Parafraseando a Shakespeare, el hombre protesta demasiado, en mi opinión.

—¿Sabías que esa buena mujer, la que encontró el cuerpo de Tessie Fine y se convirtió en la amiga por correspondencia del asesino, ahora está trabajando en el periódico? —¿Lo veis? Si doy un poco, puede que me den un poco a mí.

Él frunce el ceño.

—No estoy seguro de que sea una buena mujer.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero cotillear.

Lo que, por supuesto, es lo primero que uno dice justo antes de cotillear. Además a éste, en especial, le gusta mucho cotillear, aunque él no lo llama así. Los hombres nunca usan esa palabra.

Cebo la bomba.

—Esa señora ha decidido investigar el caso de Cleo Sherwood. La camarera del Flamingo, la promiscua.

—¿Y eso a quién le interesa?

—A nadie, así que no se pierde nada si le dejamos que lo intente.

—Sí que le gustan los oscuritos, ¿no? —dice él.

Me inclino hacia él y deslizo mi paquete de tabaco por la barra en su dirección. Lo conozco. No va a tomarse otra cerveza, pero tal vez se quede más tiempo haciendo durar la que ya ha pedido mientras fuma.

—No te pillo.

—¿Conoces a ese agente que se llama Ferdie Platt? Del distrito noroeste, más negro que la tinta. Ella también lo conoce. —Pronuncia con énfasis la palabra «conoce», para asegurarse de que capto su insinuación.

—¿Ah, sí?

—He estado investigándolo. Es muy amiguito de Shell Gordon, el dueño del Flamingo. No creo que su intención sea escribir una historia sobre Cleo Sherwood. Creo que está tratando de conseguir información para Platt. Creo que él le contó cosas sobre el caso de Tessie Fine y por eso Bob Bauer se enteró de lo que se enteró. Si ella está interesada en esta historia, me apuesto lo que sea a que ha sido idea de Ferdie Platt.

—¿Y por qué haría él algo así?

—Ni idea —dice tras exhalar el humo del cigarrillo—. Pero lo vi entrar y salir de casa de ella, que por supuesto no está en el noroeste, eso sí lo sé.

—¿Y tú qué hacías allí?

El polaco se termina la cerveza sin hacer ningún comentario. Eso es lo que tiene este tipo. Tiene alma de rata; es un chivato que no ha crecido. Siempre está mirando el marcador.

—Tengo que irme —dice—. Mi mujer no duerme bien hasta que llego a casa.

Me deja intrigado con lo que me ha contado. Así que esta pequeña ama de casa ha conseguido su gran oportunidad porque tiene un novio policía y encima de color. Me pregunto si él tuvo la idea de que ella escribiera todas esas cartas al asesino de Tessie Fine, si le dijo lo que tenía que escribir, si los de Homicidios estaban manipulándola a ella a través de él. Pero los policías que conozco estaban sinceramente disgustados cuando la historia salió a la luz y el *Star* señaló las discrepancias entre lo que Corwin les había confesado a ellos y lo que le había contado a ella, lo del coche y el cómplice. Tres meses más tarde, él sigue insistiendo en que todo era mentira, que se lo inventó para fastidiarla a ella, pero es evidente que hubo un cómplice y eso los está volviendo locos. Si cogieran a

ese cómplice podrían usar a uno contra el otro y conseguir una pena de muerte para alguno de los dos.

Pero yo no soy un chivato. No voy a ir corriendo al periódico a contar que la chica nueva se acuesta con un policía. No parece que ella vaya a terminar cubriendo la sección de sucesos, y mucho menos en el *Star*.

¿Qué pensaste cuando viste el cuerpo? ¿Me volví más real para ti? ¿O menos? Apuesto a que era un amasijo monstruoso, como salido de una película de terror. La criatura de la laguna del parque. Ni siquiera me atrevo a considerarlo mío. ¿Acaso hay alguien —tú, la gente de la morgue, los investigadores— que pueda seguir viendo a una persona en esa cosa? No le reprocho a la gente que no se interese. Tampoco a mí me interesa. No siento nada por ese montón de carne y huesos que se aferra tenazmente a sus secretos. Te reconozco el mérito de que te hayas atrevido a mirarlo.

Sé que suena tonto, pero... supongo que estaba desnuda. ¿Qué pasó con mi ropa? Evidentemente debía de estar en muy mal estado y no pudieron dejármela puesta. Pero ¿se considera una prueba? ¿La examinaron y luego la guardaron en algún sitio? ¿O la lavaron y la tiraron a la basura? Cada prenda contaba una historia, si a alguien le hubiera interesado conocerla. Había un mundo de historias en la ropa que escogí esa noche.

Como no hacía frío, elegí unos pantalones con estampado de leopardo, un abrigo ligero de color rojo y una blusa verde esmeralda cien por cien seda. La combinación no me gustaba porque era demasiado navideña, pero me estaba esperando un hombre y me decía que no me entretuviera. Estábamos perdiendo tiempo. Me puse un pañuelo en el pelo, que me había alisado justo el día antes. Nada de joyas.

Todas esas prendas de ropa me las había regalado mi hombre, pero eso no cuenta toda la historia. Cualquier hombre puede comprarle un vestido a una mujer, un abrigo, un pañuelo. Mi hombre era más astuto. Tenía paciencia, sabía aguardar y luego abalanzarse sobre las oportunidades que se le presentaban. De la

misma manera que se abalanzó sobre mí nada más verme. En algunos casos había que hacer arreglos, pero los hacía él mismo. Así de bien conocía mi cuerpo. Y verlo inclinado sobre una máquina de coser, adaptando esas prendas a mi figura... Digamos que, cuando pienso en eso, sé que me amaba, y yo lo amaba porque me amaba. Era un rey y yo podría haber sido su reina, mejor que la que le impusieron, esa que todos decían que él debía mantener a su lado si quería ensanchar su reino. Yo había leído un montón de libros sobre Enrique VIII y sus esposas. Mi favorita era Ana Bolena. En cierto sentido, intenté jugar a lo mismo que ella, aunque las reglas del juego eran un poco distintas en 1965 que en 1500 o cuando fuera.

Y el juego abarcaba mucho más de lo que yo creía. Más que yo, más que él, más que todos nosotros.

JUNIO DE 1966

Maddie llamó al timbre de casa de la parapsicóloga y le abrió la puerta una mujer en bata rosa. «Madame Claire tiene un resfriado», pensó Maddie, orgullosa de sí misma por la alusión literaria, y luego irritada por no recordar el nombre de la vidente de *La tierra baldía*.

La mujer de la bata rosa hablaba con voz ronca, casi de rana, pero no moqueaba lo más mínimo. Y si lo hiciera, en todo caso, probablemente sería una alergia y no un catarro, puesto que era un agradable día de junio.

Maddie había esperado a terminar su jornada de trabajo para coger el autobús y acercarse al «estudio» de Madame Claire, un piso en la planta baja de una imponente casa solariega de Reservoir Hill. Para su gran sorpresa y vergüenza, la habían regañado por haberse tomado esas dos horas para ir a la morgue, aunque ella ya había terminado sus tareas y contaba con esas cuatro horas y media de tiempo compensatorio. Empezaba a darse cuenta de que una cosa era que le dieran permiso para trabajar en una historia y otra era tenerlo realmente. Le debía al periódico ocho horas diarias. Era competente en lo que hacía, eficaz e ingeniosa. Podía cubrir ocho horas de trabajo en seis, pero el tiempo que ahorraba no le pertenecía. Al igual que el minero de la canción *Sixteen Tons*, le debía, si no el alma, su tiempo a la empresa.

Cuando era ama de casa, su rapidez y eficiencia le proporcionaban algunas ventajas. Ella era su propia jefa, aunque dejaba que Milton creyera que decidía algunas cosas. Era extraño tener que obedecer a hombres que no eran su

marido. Le despertaban sentimientos de rencor y rebeldía, de un modo que le recordaba a Seth. «Ya he cumplido con mi trabajo. ¿A quién le importa si dedico un rato de mi hora de la comida a investigar el caso de Cleo Sherwood?», quiso quejarse. De todas maneras, sabía que era mejor no protestar.

Y ahora había ido en autobús a una parte de la ciudad a la que no hacía mucho no se habría atrevido a ir en coche. Si volvía a su casa en taxi, ¿le permitirían pasar el importe como gasto de trabajo? Lo dudaba. Además, en ese barrio no había taxis.

Al menos los días se estaban alargando y todavía habría luz cuando dejara a Madame Claire, cuyo piso, casualmente, se encontraba cerca de la sinagoga de Milton. Ésta no seguiría mucho tiempo más allí; la congregación Chizuk Amuno había anunciado que el año siguiente el templo se trasladaría a las afueras. Después de todo, sus fieles vivían allí. «Donde están los judíos.» Mientras viajaba en el autobús, Maddie convirtió esa frase en una canción con la melodía de *Where the Boys Are*: «Donde están los judíos, / nadie me espera.»

Hacía poco menos de un año, Maddie evitaba pisar el centro de Baltimore, adonde sólo iba para asistir a algún concierto de la sinfónica o para cenar en Tío Pepe o en el Prime Rib. Lo consideraba un lugar sucio y peligroso. No se equivocaba. Sin embargo, desde que trabajaba en las oficinas del *Star*, próximas a los animados bares del puerto y a tiro de piedra de los grandes almacenes de Howard Street, se había enamorado. No tanto de la ciudad, sino de la posibilidad de un nuevo comienzo, a una edad en la que ella había dado por hecho que su vida, a grandes rasgos, estaba acabada.

Cuando era pequeña, solía hacer cuentas: había nacido en 1928, así que tendría veintidós años a mediados de siglo, setenta y dos a los albores del siglo xxi. Había supuesto que no cambiaría, que la edad adulta era estática. Su yo más joven no

se equivocaba: cuando cumplió los veinticinco, la vida de Maddie ya estaba decidida. La casa que compraron aquel año, la segunda de Pikesville, bien podría haber sido un mausoleo. Elegante, equipado, pero un mausoleo al fin y al cabo. Seth era el único ser vivo real en esa casa y estaba a punto de marcharse. Ella imaginaba su partida como un cuento de hadas, o como un episodio de *La dimensión desconocida*. (En realidad el programa no le gustaba, pero era uno de los favoritos de Milton, por lo que siempre lo veían.) Luego el paisaje de sus vidas estaría marchito, muerto. El vacío quedaría al descubierto.

¿Acaso Madame Claire —oh, claro, se hacía llamar Claire por «clarividente», qué listilla— intuyó algo de eso cuando Maddie se presentó ante su puerta? Maddie no creía en los poderes psíquicos, pero había algo en la aterradora mirada de aquella mujer que le dio a entender que podía leerle la mente si lo deseaba.

—¿Tiene cita?

—Supuse que usted sabría que vendría —respondió Maddie y se arrepintió de inmediato. ¿Por qué había repetido el chiste de Diller? No creía que le sirviera para caerle en gracia a aquella mujer.

—Mi don no siempre está activo —replicó Madame Claire —. De esa manera puedo tomarme un respiro cuando lo necesito. Este don puede ser agotador. —Hizo una pausa elocuente—. Cuando lo utilizo, espero que me paguen por ello.

Maddie pensó en su bolso, en los escasos billetes que llevaba encima, en su vana esperanza de volver a casa en taxi.

—No he venido como clienta. Soy del *Star*. Quiero hacerle unas preguntas sobre la sesión que llevó a cabo durante la desaparición de Cleo Sherwood.

—Las preguntas, inevitablemente, activan el don.

—¿Tres dólares bastarían?

—A ver los billetes.

Se los quitó a Maddie y literalmente los olfateó. Debieron de parecerle aceptables, porque hizo pasar a Maddie a lo que en otra época había sido el salón principal de la casa. Las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas con un tejido rojo brillante que pretendía ser satén, pero Maddie se dio cuenta rápidamente de que sólo era una imitación de mala calidad. Había una bola de cristal y un mazo de cartas normales y corrientes. Madame Claire no prestó atención a ninguno de esos objetos y le pidió a Maddie que se sentara enfrente de ella y pusiera las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba. A continuación le puso sus manos encima, con los dedos tocando las muñecas de Maddie. Si hubiera querido, podría haberle tomado el pulso, que estaba bastante acelerado. Pero no lo hizo. No hizo nada.

—¿De modo que los padres de Cleo Sherwood vinieron a su consulta? —preguntó Maddie rompiendo el incómodo silencio.

—La madre; el padre no. El padre cree que mi don es diabólico. —Frunció el ceño—. Es un hombre muy ignorante.

—¿Qué vio usted?

—Cogí entre las manos un objeto que la madre consideraba que tenía un significado muy especial para Cleo.

—¿Un objeto? —Eso sí era una novedad.

—Una estola de *armiño*. —Su voz acarició la palabra, la estiró—. Una prenda muy elegante.

—¿Cómo es posible que Cleo tuviera una estola de piel?

La parapsicóloga puso cara desdeñosa. Por supuesto. ¿Qué habría hecho una chica joven y soltera para tener una estola de piel?

—He leído lo que usted declaró al *Afro*. No parece haber sido... —Maddie tenía que andarse con cuidado—. No encajaba con el sitio en que la encontraron. Tal vez el verde, por el parque o la blusa. Pero el amarillo no. ¿Estaría relacionado con

algo anterior, algo que había sucedido esa misma noche, ese color amarillo que usted vio?

Madame Claire asintió.

—Sí. Yo estaba viendo algo de antes. Creo que quizá estuvo en un cuarto amarillo. Lo último que vio era amarillo.

—¿Quiere decir que... la mataron en otra parte?

Maddie volvió a pensar en lo acontecido en la morgue, en las situaciones hipotéticas que había planteado el forense. «Un cuerpo muerto es pesado. Sería imposible que un hombre, por fuerte que fuera, pudiera levantarlo y llevarlo hasta la fuente.»

—Lo último que vio era amarillo —repitió Madame Claire.

Maddie no podía creer que hubiera perdido el tiempo y gastado dinero a cambio de tan poco. El detalle de la estola era nuevo, pero no bastaba para un artículo.

—¿Ve algo más?

La mujer cerró los ojos y los tuvo así tanto rato que Maddie empezó a preguntarse si no se habría quedado dormida. Luego los abrió de golpe con una expresión claramente ensayada.

—Un secreto.

—¿Cleo Sherwood tenía un secreto?

—No, creo que el secreto es suyo.

Maddie tuvo que hacer gala de su fuerza de voluntad para no apartar las manos de las rugosas palmas de Madame Claire.

—Todos tenemos secretos —dijo.

—Es cierto. Pero el suyo la angustia. Es como si tuviera una piedra diminuta en el zapato, pero siguiese caminando. Lo único que tiene que hacer es detenerse y quitársela, se sentirá mejor. Pero no quiere. Me pregunto por qué. No es un gran secreto; sin embargo, usted no quiere que se entere nadie.

¿Se refería a Ferdie? Él fue lo primero que se le pasó por la cabeza. «No seas tonta. Esta mujer es un fraude. Todo esto es una chorrada», se regañó.

—Tal vez el secreto no sea mío como para poder contarlo. O

no solamente mío.

—No, esto ocurrió hace mucho tiempo. Pero también veo un color amarillo en su aura, aunque está esfumándose, desapareciendo, como si las luces estuvieran apagándose muy lentamente. ¿Es una farola? No sé. Ya no está.

Maddie se llevó las manos al regazo, interrumpiendo el contacto con Madame Claire, por si acaso.

—¿Se siente culpable por lo que ha hecho?

—¿Por qué tendría que sentirme culpable?

—Lo que le dijo a la madre de Cleo Sherwood hizo que esa mujer tuviera esperanzas. Pero es casi seguro que a esas alturas Cleo ya estaba muerta. Usted no podía darle ninguna respuesta verdadera.

—Yo no pedí que se me concediera este don y tampoco obligo a nadie a que venga a consultarme. No la obligué a usted a hacerlo. Y no prometo respuestas. La gente me pregunta lo que veo y yo se lo digo. No es mi culpa si el otro mundo se presenta de forma confusa, si las visiones no vienen con explicaciones.

—¿Puede contarme algo de mi futuro? Hasta ahora lo único que ha hecho es ahondar en mi pasado.

Madame Claire inhaló profundo y mantuvo la respiración: la miraba fijamente a los ojos mientras sus pupilas se dilataban. Maddie se sintió como una cobra ante una encantadora de serpientes. Por fin, Madame Claire exhaló.

—Peligro. Veo peligro.

—¿Estoy en peligro? —preguntó con una voz estridente, pensando en que tendría que volver andando a casa.

—No, el peligro lo representa usted. Va a hacer mucho daño a una persona, va a causarle toda clase de problemas.

«Oh», pensó, sin poder evitar sentirse desilusionada. Otra vez el pasado: Milton. Ella le había hecho daño. A Seth también. A veces se preguntaba si debería haberle contado todo

a Milton, si sacar a la luz su fraude habría hecho que él aceptara mejor su marcha.

De todas maneras... ese color amarillo que se estaba desvaneciendo. El eclipse. Aquel condenado eclipse.

De camino a casa, a la luz del crepúsculo de junio, se sentía como un personaje de la mitología griega, tal vez Orfeo, internándose en el infierno para rescatar a Eurídice. Andaba con la espalda recta y el bolso cruzado sobre el pecho, como ahora se aconsejaba a las mujeres. Trataba de no avanzar demasiado rápido, en parte porque sus tacones no estaban hechos para andar a paso ligero, pero también porque quería dar la impresión de que no tenía miedo. En cualquier caso, era tan evidente que no vivía en esa zona que los hombres con los que se cruzaba parecían apartarse, le dejaban espacio. ¿Acaso ellos también veían peligro?

Esa noche dejó la ventana medio abierta. Sabía que era peligroso, pero corría una brisa fresca y agradable de finales de primavera. Seguramente procedía de los jardines de la catedral. Había pocos aromas naturales en esa parte de Baltimore, como si las estaciones evitaran el centro de la ciudad. Se metió en la cama completamente desnuda. Más o menos a las dos de la madrugada la despertaron unos pasos amortiguados en la escalera de incendios y luego oyó que alguien abría más la ventana. El cuerpo de un hombre se abalanzó sobre ella y la poseyó.

—Ya hemos hablado de esto, Maddie —dijo Ferdie más tarde—. No dejes abierta esa ventana. Podría entrar alguien, aparte de mí.

—Tal vez la dejé abierta para otra persona.

Una pausa. La habitación estaba a oscuras; ella no podía ver su expresión.

—No seas así.

—¿Así cómo?

—Bueno, como una estríper o una de esas que va con cualquiera.

—¿Como Cleo Sherwood?

—¿Sigues con ese tema?

—Voy a escribir sobre ella. Hay una mujer muerta. Tal vez consiga que la gente se dé cuenta de que no puede quedarse indiferente ante un suceso así.

Él suspiró.

—Lo dudo.

—¿La conocías?

—No, por todos los diablos. El Flamingo no estaba en mi ronda.

—¿Crees que tenía un novio? ¿Un novio secreto?

—Más de uno, sin duda.

Él le dio un golpe suave en la cadera; era la señal para que se diera la vuelta y se pusiera a cuatro patas. Ella le había contado que sólo había probado la postura del misionero, que Milton no quería saber nada de las otras.

Eso era cierto, aunque también mentira. Ella y Milton lo hacían sólo de una forma, pero, a pesar de lo que el propio Milton seguía creyendo, él no había sido su único amante, y su primer amante había sido un hombre audaz que, ay, podía convencerla de hacer casi cualquier cosa. *Un sofá de seda verde. El borde amarillo de la luna durante un eclipse*. Ah, pero ése era el truco de Madame Claire, ¿verdad? Fueran los que fuesen los colores que ella veía, el cliente completaba la historia.

LA MÉDIUM

A la gente que no posee el don le cuesta entenderlo. Aunque tal vez eso también sea necesario, porque si vierais lo que yo veo, la forma en que lo veo... Bueno, en otra época quemaban a las mujeres como yo, y quizá les hacían un favor.

Sé que la mujer que hoy ha venido a verme no me cree y decido asustarla un poco. No es digna de mi don, no quiere usarlo para el bien. Le digo que tiene un secreto, ¿y quién no? De todas formas, sí le he visto un aura amarilla, aunque me cueste reconocerlo. Pero ignoro si estaba relacionada con ella o era una estela que seguía en la atmósfera desde que la madre de Cleo Sherwood me visitó y me pidió que acariciara esa estola de piel. En aquel momento, yo estaba convencida de que la chica seguía con vida. Y tal vez lo estuviera, ¿quién sabe? Existe la posibilidad de que el cuerpo esté dentro del lago desde finales de febrero. Pero si seguía con vida, ¿dónde se encontraba? ¿Por qué no pude salvarla? ¿Sería el verde el color de las paredes del sitio donde la tenían encerrada? ¿Sería el amarillo una bombilla solitaria en el zulo del sótano de alguien?

Con ocho años me di cuenta de que era clarividente. Tuve un sueño. Soñé que mi tía, una adolescente en aquella época, viajaba en coche con un hombre al que apenas conocía. Él conducía demasiado rápido. Ella le suplicaba que aminorase la velocidad. El coche perdía el control. Mi tía quedaba malherida y el hombre moría. A la mañana siguiente me desperté y había pasado exactamente eso. Mi tía estaba en el hospital con una pierna rota y el hombre que conducía estaba muerto. Le conté

el sueño a mi madre. Al principio, ella trató de convencerme de lo contrario. «No, cariño, debes de habernos oído hablando durante la noche», decía. O: «Probablemente lo soñaste la noche siguiente, pero no recuerdas bien en qué orden sucedieron las cosas, porque el día después del accidente fue una verdadera locura, con tanta gente yendo y viniendo, y con el miedo añadido de que tu tía muriera.»

Ahora creo que mamá estaba asustada por mí. Sabía que ese don tendría un precio, y así fue. No puedo controlarlo, no puedo invocarlo. La gente creería que soy un fraude si admitiera esto último, de modo que no lo menciono. La cuestión es que todos los que vienen a verme reciben un buen consejo: todos obtienen algo a cambio de su dinero. Pero no todos tienen una experiencia paranormal verdadera. Esto no está en mis manos.

Lo de la madre de Cleo Sherwood fue de verdad. Había verde y amarillo por todas partes. Pensé que podía ser el sol; se me ocurrió que estaba en un sitio donde no podía girar la cabeza y estaba obligada a mirar hacia el sol. Tal vez era un techo o una habitación. Pero durante sus últimos minutos de vida, de conciencia, estuvo rodeada de amarillo, de eso estoy segura.

Nada más irse la señora —no necesito mis poderes para darme cuenta de que ha quedado insatisfecha—, apago la luz y decido parar de trabajar, aunque acostumbro a tener más clientes por la noche. La mayoría, sobre todo los más creyentes, prefiere visitarme cuando ya ha oscurecido. Pero estoy agotada. Hasta la más mínima vibración me exige mucho.

Tengo cuarenta y siete años. He estado casada tres veces y cada una de ellas ha sido un desastre, pero nunca hablo de eso porque también les haría dudar de mis habilidades. ¿Cómo es posible que una vidente escoja maridos tan desastrosos? Escuchando el corazón. El corazón no sabe nada, no ve nada,

pero monta unos jaleos enormes, unos berrinches tremendos, para obtener lo que desea. Nadie entiende lo que hago, quién soy, cómo funcionan mis poderes. No es una máquina que puede enchufarse o encenderse. El don es sensible. Le va mejor el clima seco que el húmedo, el frío que el calor.

La madre de Cleo vino a verme un día frío, radiante y seco. Cuando sopla un viento suave y cortante percibo más cosas de lo habitual. Me pude asomar al interior del alma de la señora Sherwood: créeme, nunca he visto tristeza más grande en mi vida. Ella adoraba a su hija, deseaba tanto que yo le diera esperanzas, oír que estaba viva... Tal vez por eso pensé que era posible. No creo que quiera a su marido o a sus otros hijos tanto como a esta chica, que por otro lado le ha causado tantos problemas. Hay madres así. Cuando acaricié aquella estola, casi sentí que cobraba vida, como si rascara el lomo de un gato. Y surgió un aroma, dulce y rancio, una especie de perfume. Olía a... anhelo. Esa chica había deseado algo con todas sus fuerzas.

Vi amarillo; un amarillo fuerte, deslumbrante. Vi a una mujer de cara al sol que tal vez haya volado demasiado cerca del astro, como en la leyenda. No debemos volar. No debemos ver las cosas que yo veo. Soy una buena mujer, acudo a la iglesia, y hay domingos en los que —esto nunca se lo confesaría al predicador— le ruego a Dios que me deje ver menos. Pero Dios responde: «Suzanne —mi verdadero nombre es Suzanne—, yo no les otorgo el don a las personas que no pueden soportarlo.»

Esa mujer, la que vino a hacer preguntas sobre Cleo Sherwood, no estaba metida en nada bueno. Olí anhelo también en ella, pero uno carente de dulzura. Era como el motor de un coche, acelerando, acelerando, acelerando, haciendo ruido, lanzando chispas al mundo. Quiere llegar a alguna parte. El problema es que no sabe adónde quiere ir. Eso la vuelve peligrosa.

Disfruto de la cena, chuleta de cerdo con judías; me permito un poco de vino dulce, que me relaja. Me preparo para ir a la cama, para dormir, lo que me da pavor. Mis sueños son una carga, porque a veces se cumplen, pero nunca sé cuáles se harán realidad y cuáles no. ¿Alguna vez habéis estado atrapados en un sueño terrible y luego, al despertar, habéis experimentado un gran alivio porque no está ocurriendo? A mí esa liberación me está vedada hasta que hago mis comprobaciones y me aseguro de que esos sueños no se han vuelto realidad. Sí, mi clarividencia es un don, pero yo no lo pedí y desearía poder devolverlo. Llévatelo, Dios, no me sienta bien. Hazme una mujer normal, una que pueda vivir con un hombre y apoyar la cabeza en la almohada por las noches sin temor a lo que pueda visitarla mientras sueña, a lo que todavía pueda estar acechándola después del alba, cuando los sueños y las pesadillas han terminado para todos los demás.

Verde y amarillo, ¿eh? Recibes lo que das, Maddie Schwartz. ¿Sabes qué era verde y amarillo? El tapizado de los asientos del palco de teatro en el que me senté dos semanas antes de morir.

Mi hombre me había dado la sorpresa de llevarme a Nueva York, porque tenía entradas para un musical: El hombre de La Mancha. *No eran asientos muy buenos y nosotros éramos los únicos negros del público, por lo que vi. Y la música... Bueno, en mi opinión era un poco tonta, música de viejos, pero me di cuenta de que a él lo conmovía. Vi cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas, aunque no durante la canción que todos conocen, la que pasan por la radio. (Claro, eso si escuchas la radio para viejos.) Se puso a llorar sin ningún reparo al final, cuando la mujer cantaba que el hombre que yacía muerto en la cama no era el que ella conocía, que el hombre que ella conocía y amaba seguía vivo en alguna parte. En ese momento, pensé que él sería mío, que decidiría ser el héroe, no el hombre de la cama. Pero no, lloraba porque conocía sus límites, sabía lo que terminaría escogiendo. Era débil*.

Lo observé mientras él miraba el espectáculo sobre el espectáculo dentro del espectáculo. Me recordó a ese chiste sobre el infinito que nos contábamos de pequeños: estoy pintando un cuadro de mí pintando un cuadro de mí pintando un cuadro. Se hace más y más y más pequeño hasta que ya no ves nada.

Entonces tomé una decisión por mi cuenta: yo seré la que sobreviva. No el viejo en la cama del escenario, ni las furibundas y bellas esposas de Enrique VIII, Ana Bolena y Catalina Howard, ni tampoco la última, la enfermera, ésa de la que en realidad nadie habla, y que murió poco después que él. Yo sería María Bolena, la hermana de Ana, que los engañó a todos y tuvo una vida larga y

buena. Elegiría eso.

Era demasiado tarde. La decisión de seguir con vida me había sido arrebatada y yo ni siquiera lo sabía.

A las tres de la mañana del 1 de enero abrí el armario y cogí la ropa para la cita, tomándome el tiempo necesario para asegurarme de que ninguna prenda de Latetia se mezclara con las mías. Nos prestábamos la ropa mutuamente, pero la mía era mucho más bonita. No era la primera vez que tenía una cita a esas horas de la madrugada, y yo siempre estaba sola durante las fiestas, funciona así. Lo consideraba como un segundo turno. Mi hombre era generoso, pero yo siempre necesitaba más, y como estaba detrás de la barra nunca recibía las propinas que me merecía. ¿Y quién tenía la culpa de eso? Todos sabían que yo tenía citas a esas horas. Salvo él. Espero que nunca llegara a sus oídos, pero seguro que los que querían predisponerlo en mi contra se ocuparon de que se enterara.

Metí esa estola de piel en el fondo del armario, dentro de una bolsa de tintorería, como si el invierno hubiera acabado. Para mí había terminado. Todo estaba terminado para mí. No vivía en el barrio más bonito, mi piso no tenía nada de especial, pese a las vistas del parque y el lago. Supongo que los edificios de Druid Hill debieron de ser imponentes en otra época, cuando sus habitantes eran blancos, pero desde entonces ha llovido mucho. Ésa era la historia del barrio, la historia del mundo. Los blancos siempre se marchan justo a tiempo. Saben por instinto cuándo se va a estropear la cañería, cuándo empezarán a pelarse y chisporrotear los cables de la instalación eléctrica. Fíjate en ti, Madeline Schwartz, en qué momento escapaste de tu matrimonio. Probablemente pensaste que te habías librado por los pelos.

Metí la estola de piel en el fondo del armario y me marché a mi cita con el alma en vilo. Pero tenía que ir. El final ya había sido escrito, ya no estaba en mis manos.

Seis semanas después, cuando mamá convenció al casero de que le abriera la puerta, encontró la estola de piel y recordó que yo le

tenía mucho cariño. Se la llevó a la parapsicóloga, que hundió la cara en el forro de seda rosa pálido y acarició la piel blanca. Era conejo, pero ella declaró que era armiño, lo que dice mucho de la mujer que afirmaba haberme visto en mis últimas horas de vida. Verde y amarillo, claro que sí. Es cierto, yo llevaba una blusa verde, pero lo que realmente era verde eran los celos, y no había nada amarillo, a menos que contaras la cobardía del hombre que había decretado que yo tenía que morir pero que no se había dignado a hacer el trabajo sucio.

JUNIO DE 1966

—¿Que has hecho qué?

Judith Weinstein estaba a punto de sorber una cucharada de sopa de pollo con *krepla* cuando Maddie le contó que había ido a ver a Madame Claire. Tan cuidadosa con sus modales como con su aspecto, Judith consiguió detener el movimiento de la cuchara sin derramar ni una gota, pero se quedó satisfactoriamente asombrada por las recientes aventuras de Maddie.

—He ido a la morgue, a ver el cuerpo de Cleo Sherwood. Después fui a visitar a la parapsicóloga que su madre había consultado.

—¿Aquella chica negra muerta? ¿La que trabajaba en el club de Shell Gordon?

—Trabajaba en el Flamingo. ¿Te refieres a ese sitio? ¿Quién es Shell Gordon?

Judith resopló, aunque sonó más bien como un estornudo de gato, discreto y contenido.

—Stewart «Peanut Shell» Gordon. Su apodo es Cáscara de Cacahuete. Y sólo es un pececillo que intenta ser un pez gordo, como Willie Adams, a quien idolatra y aborrece por igual.

—Jamás he oído hablar de ninguna de esas personas.

—Te lo he dicho muchas veces, deberías venir conmigo al club Stonewall. Es interesante. Aunque la mayor parte de estas cosas las sé por mi tío Donald. Shell Gordon quiere ser un traficante de influencias, como Adams. Ha invertido un montón de dinero en la calle para el día de las elecciones.

—¿Dinero en la calle?

Judith se llevó a la boca una cucharada de sopa, una elección extraña para un día tan cálido. Las sopas de la Suburban House eran buenas, pero Maddie había decidido darse un festín completo: una rosquilla con salmón y queso crema, acompañada de una Tab. Había caminado mucho esa semana. Además, a Ferdie le gustaba como estaba.

—Es la manera de conseguir que la gente salga a la calle y vote.

—Pero es ilegal pagarle a la gente para que vote.

Judith sonrió, contenta por la oportunidad de ser la que sabía cosas en esa nueva y frágil amistad.

—No es que pagues a la gente para que vote, exactamente. Pagas a la gente para que vaya a votar.

—No estoy segura de entender la diferencia.

—Al final, puede que no la haya.

A Maddie no le apetecía escuchar una lección de política. Había recurrido a Judith porque necesitaba una confidente, alguien que escuchara sus anécdotas del trabajo. Suponía que Ferdie se aburriría o se escandalizaría con sus aventuras: ir a la morgue, aventurarse en un vecindario negro. Y a su madre jamás podría contarle en qué andaba metida, desde luego. De modo que había buscado a una amiga... y se había dado cuenta de que no tenía ninguna. Había intentado llamar a Eleanor Rosengren, a quien no veía desde aquella fatídica cena —en realidad, no era una hipérbole; esa cena le había cambiado la vida— con Wallace Wright. Pero Eleanor se había mostrado distante, rara. En Pikesville se habían trazado nuevos límites y Maddie se estaba dando cuenta de que sus viejos amigos se habían posicionado al lado de Milton, igual que quienes deciden vivir a las afueras de la ciudad en lugar de en el centro. Maddie no sólo había abandonado a Milton, sino a todo el vecindario. Se tomaban su nueva forma de vida como una crítica hacia todos ellos.

De modo que recurrió a Judith, esa mujer joven y entusiasta que siempre respondía cuando la llamaba. Y le reconfortó lo contenta que se puso Judith cuando le propuso quedar para cenar. Incluso sugirió ir a ver una película al cine Pikes más tarde, y se ofreció a llevar a Maddie a su casa en el coche de su padre.

Maddie había supuesto que la conversación que tendría lugar durante la cena versaría sobre sus hazañas en el trabajo, que Judith no tendría ninguna historia que contar. Para su sorpresa —y, sinceramente, para su irritación—, resultó que Judith también tenía una confidencia que hacerme.

—¿Te acuerdas de aquellos policías del día en que...?

Todavía le resultaba difícil hablar de Tessie Fine, la suela plateada del zapato, el pelo rojo, el abrigo verde.

—Por supuesto.

—El mío me ha llamado.

Maddie se fijó en la palabra «mío». ¿De modo que el otro policía había sido el suyo? Había querido acompañarla hasta la puerta de su casa, pero seguramente sólo había sido un gesto de caballerosidad, ¿no? En cualquier caso, ni la había llamado ni había intentado volver a ponerse en contacto con ella de ninguna manera, lo que hizo que sintiera una pequeña punzada de celos, como si ella y Judith fueran dos chicas que habían salido una noche con dos chicos, y Judith hubiera triunfado con el suyo y en cambio ella no. Qué tontería. Jamás saldría con un policía. Oh, un momento, ya estaba saliendo con un policía. No, saliendo no. No era ésa la palabra para describir lo que hacían ella y Ferdie. Se sonrojó, pero Judith no pareció notarlo.

—¿Qué quería?

Judith no se ofendió por la pregunta, aunque había rozado la mala educación.

—Me invitó a salir. Yo sabía que mi madre se

escandalizaría, pero fue mi padre el que se subió por las paredes. No sé si le molestaba más que fuera poli o irlandés. En cualquier caso, mi padre dijo que jamás permitiría que una hija suya saliera con «un hombre como ése».

—Qué pena —respondió Maddie, aunque no lo decía en serio—. Era mono. —Eso tampoco lo decía en serio. No recordaba nada de aquel hombre, excepto su parloteo aburrido.

—Quiere que nos encontremos con él esta noche —continuó Judith—. En el cine. Si te parece bien.

Maddie se sintió estúpida, un poco usada, aunque era ella la que había llamado a Judith. Incluso sintió que su lealtad se inclinaba hacia los padres de Judith, de quienes probablemente estaba más cerca en edad. Si Seth quisiera tener una cita con una *shiksa*, con la hija de un policía, Maddie no lo aprobaría. Pero se cuidaría muy mucho de mostrar su desaprobación. Su madre se había comportado de la misma manera frente a su relación con Allan en el instituto. Fingiendo no preocuparse, invitando a los padres de él a la cena de Pésaj.

Se preguntó cómo habría actuado su madre si se hubiera enterado de su primer amor verdadero. De alguna manera, había logrado ocultárselo a todo el mundo. Tal vez allí residía su verdadero talento, en los amores secretos. Pero estaban en 1966. Ser una cortesana no era ninguna profesión.

«Una cortesana.» Le pareció oír a su primer amor riéndose de ella a través de los años. «Los eufemismos son para los cobardes, Maddie.» Él se había reído mucho de ella, pensándolo bien. Se había mofado de que ambicionara escribir, le había dicho que no sería más que otra mamá de barrio residencial.

—Claro, me parece bien —le aseguró a Judith.

—Y también pensé —continuó Judith—, si no te importa... te daremos el dinero del taxi para que vuelvas a tu casa. Verás, si mis padres creen que he de llevarte al centro y luego volver a casa, tendré una hora más para...

Ahora fue Judith la que se sonrojó. A esas alturas Maddie se habría muerto de envidia, si no fuera porque sabía que durante esa hora robada lo que harían Judith y su cita no podría compararse con lo que ella y Ferdie llevarían a cabo en el mismo espacio de tiempo. Pero, ¡ah, qué maravilloso sería estar en una sala de cine haciendo manitas con alguien, con quien fuera! ¿Acaso siempre había que elegir entre una cosa o la otra, entre la pasión o la respetabilidad?

La película era *Castillos en la arena*. Después de escenificar un encuentro casual en el vestíbulo, el trío se sentó en la última fila, pero luego Maddie insistió en pasarse a un asiento más cercano a la pantalla, aduciendo que había olvidado las gafas. (No usaba gafas.) Judith y su policía, Paul algo, protestaron un poco. Él vestía de paisano. No era especialmente atractivo, al menos para Maddie. Pero la mera idea de ese amor prohibido (esa lujuria) que tenía lugar once filas atrás le despertó la libido. O tal vez fuera Richard Burton, atractivo a pesar de tener la piel picada de viruela. Se dio cuenta de que estaba bastante excitada.

Y entonces notó que el hombre sentado a su lado le había puesto una mano en la rodilla.

Se la quitó de encima, echándole una mirada de reojo. No parecía un depravado. No se acariciaba y tenía los ojos clavados en la película. Ella debería haber llamado a gritos al acomodador... Sin embargo... el hombre tenía un perfil bastante agradable. Una bonita nariz romana, cabello tupido, pestañas largas detrás de las gafas. No vio ninguna sucia gabardina, ningún pantalón con la cremallera abierta...

De pronto Maddie gritó.

No es que tuviera miedo. Aunque sí estaba aterrorizada, pero no por culpa de ese hombre. Lo que la horrorizaba era precisamente la falta de temor: la abrumaba el pensamiento, por fugaz que fuera, de que podía salir de la sala con ese

hombre y hacerle cosas, o permitirle que le hiciera cosas a ella. Estaba convirtiéndose en una depravada, no había otra palabra para describirlo. Por eso se había casado tan pronto. Porque su primer amor había despertado esa terrible lujuria en ella y sabía que debía contenerla, dominarla. Ahora volvía a estar fuera e iba suelta por el mundo.

Obviamente, en cuanto empezó a gritar, Paul y Judith acudieron a su rescate y el hombre de la nariz romana se esfumó. No volvieron a hablar de pagarle un taxi a Maddie, teniendo en cuenta lo mal que lo había pasado. La acompañaron a su casa. Maddie casi se sintió culpable por haberlos privado de un rato de intimidad. Aunque, como sólo habían estado en el cine cuarenta y cinco minutos, al final aún les quedaba una hora para estar solos.

Judith le pasó el informe al día siguiente, hablando por teléfono en susurros desde la joyería de su hermano.

—Quiso aparcar en Cylburn Avenue —dijo ella—. Cerca de... ¿No es algo extraño?

—No —respondió Maddie, que pensó: «Sí, pero no tan extraño como lo que yo quería hacer anoche, así que, ¿quién soy yo para juzgar?»

Después de colgar se dijo que estaba volviéndose una libertina. ¿Dónde había oído esa palabra por primera vez? De boca de su primer amante, por supuesto. ¿Seguiría vivo? Se había marchado a otra ciudad hacía ya un tiempo y ella le había perdido el rastro. Pero, dados los contactos de su familia en Baltimore, Maddie suponía que en caso de que muriese se publicaría su necrológica en los periódicos. Y sin duda saldría la de su mujer, si ésta se muriese. Pero él no era un viejo todavía, debía de estar a punto de cumplir sesenta. No había ningún motivo para pensar que había fallecido.

Se vio a sí misma, con casi dieciocho, pero no todavía, de pie en la acera, contemplando cómo unos operarios de

mudanzas acarreaban muebles hacia un camión.

—¿Adónde van? —le preguntó al menos intimidatorio de los hombres.

—A Nueva York —contestó él con un gruñido.

—Yo lo conozco. A ellos —comentó ella—. Yo estaba... Yo fui a la escuela con su hijo.

El hombre de la mudanza no parecía interesado. Durante varios meses, el mayor temor de la vida de Maddie había sido que alguien descubriera su secreto, lo que ella había hecho. Pero ahora se daba cuenta de que era mucho peor que nadie lo supiera. Había guardado demasiado bien el secreto de los dos. Todas las promesas, las palabras susurradas, los juramentos hechos a cambio de despojarla de algo que ella jamás podría reclamar... No había habido testigos. Sólo él sabía lo que le había prometido; le había pintado un panorama con palabras mucho mejor de lo que jamás podrían hacerlo sus pinceles: huirían juntos y vivirían en el Village como verdaderos «libertinos», sin preocuparse por nada que no fuera el arte y el amor. Ella no podía probar que hubiera ocurrido nada de eso. El acontecimiento más significativo de su corta vida estaba siendo cargado en aquel camión, transportado a Nueva York, justamente, pero seguro que no al Village, jamás al Village. Imaginó que iban a vivir en el Upper East Side, en el tipo de casa y familia que él decía despreciar.

Los trabajadores metieron un sofá de seda verde en el camión. Maddie había perdido la virginidad sobre ese sofá el verano de sus diecisiete años. «¿Puedes quedarte un poco más? Esta noche habrá un eclipse. Eso prácticamente ocurre una vez en la vida. Y sé que tus padres nunca se preocupan cuando estás aquí conmigo», le había dicho él.

No, jamás lo hacían. Incluso con diecisiete años, Maddie entendía lo irónico que era aquello.

Dos meses más tarde, en otoño, conoció a Milton. Él estaba

convencido de que ella era virgen, por supuesto, y ella no encontró ninguna razón para desmentírselo. Lo era y no lo era. Era otra persona, una Maddie distinta. De hecho, se sentía más inocente, más joven, por haber sido profanada y engañada por un hombre mayor que no tenía reparos en utilizar las palabras para convencerla de que entregara lo que la gente sostenía que era su mayor don, ese bien singular que podía ofrecerle a un hombre, la única dote que todavía importaba.

¿Cleo Sherwood tenía novio? Todos decían que no, pero los amigos ocasionales no iban por ahí regalando estolas de armiño a las chicas. *Cherchez l'homme*. Maddie encontraría al amante de Cleo, ese hombre casado, y le exigiría respuestas. De esa manera compensaría su falta de valor a los diecisiete años, el hecho de que nunca fuera capaz de presentarse delante de la esposa de su amante.

La esposa ya la conocía, por supuesto, pero sólo como la compañera de escuela de su hijo, la chica con la que él había salido, a quien había invitado al baile de graduación y a la que luego había abandonado. La chica cuyo retrato su marido estaba pintando en su estudio. El cuadro era rígido; no reflejaba la vitalidad y el encanto de la modelo. Faltaban todas las cualidades que él decía ver en ella cuando dejaba los pinceles y volvía a hacerle el amor, una y otra vez, durante aquel verano de sus diecisiete años.

EL HOMBRE DEL CINE

Juro que jamás he hecho nada parecido en mi vida. No fue algo premeditado. Vale, sentarme al lado de ella sí que fue algo planeado. Pero puedo ocupar el asiento que me dé la gana, después de todo. La sala no está llena y no me gusta estar tan cerca de la pantalla. Acabo con dolor en la nuca y los ojos. Pero la veo entrar con esos dos, casi como si fuera la acompañante de la pareja, y luego veo que los deja en la fila de atrás y se sienta más adelante. La sigo, me siento al otro lado del pasillo central y me traslado al lado de ella después de los dibujos animados, justo cuando está a punto de empezar la película principal.

Yo soy... No quiero contaros a qué me dedico. Soy respetable, creedme. Soy un buen hombre, el sostén de la familia. Sí, estoy casado, pero mi esposa me trata con frialdad. Siempre ha sido fría conmigo. Creo que no le gusto. A veces se lo pregunto: «¿Yo te gusto?», y ella responde: «Te amo», como si eso fuera mejor, como si fuera suficiente. Pero no lo es. También necesito gustarle, que se ría de mis chistes, que parezca menos perjudicada por mi existencia. Cuando vuelvo del trabajo al final del día me da la impresión de que mi esposa considera que mi mera presencia en casa es una imposición. Es una casa bonita, que pago yo. Me recuerda al viejo mito de Cupido y Psique, sólo que ella ni siquiera se molesta en tratar de mirarme inadvertidamente mientras duermo. No le importunaría estar casada con un monstruo, siempre que él trajera un salario a casa.

Por eso, a veces, le digo que tengo que quedarme a trabajar

hasta tarde y voy al cine o me meto en algún sitio a tomar una copa. Pero tenéis que creerme: nunca, jamás, había hecho nada parecido a lo que hago esta noche. Y eso que hago, ¿es para tanto? Le toco una pierna y la rodilla, ésta por fuera de la ropa. Lleva una falda corta y por eso palpo la rodilla. No tengo planeado tocarla, claro que no, pero en ese momento pasa algo con su respiración. Se vuelve más lenta, casi como una invitación. Percibo sensualidad, aunque la escena en la pantalla no es especialmente romántica. Ella huele muy bien, no a perfume, sino a algo más orgánico, una especie de esencia propia, mejor que cualquier perfume o champú o jabón. Es como pasar delante de un arbusto en flor en un patio vecino, justo al otro lado de la cerca, pero en el que quizá hay algunos brotes tratando de escapar. Primero, lo único que deseas es olerlo. Te inclinas, inhalas. Es imposible no tocarlo, frotar con el dedo un pétalo sedoso y aterciopelado, liberar polen en el aire. Luego, si el vecino no viene, traspasas un límite, te atreves a arrancarlo y llevártelo. ¿Acaso no lo hacen todos?

Yo no llego tan lejos. Le toco la rodilla. Un roce amable, de refilón, posiblemente accidental. Espero. Por un momento, se diría que está planteándose tocarme a su vez. Noto cómo piensa, cómo sopesa las alternativas. Me coge la mano y me la pone sobre mis piernas, pero con suavidad, incluso dulcemente.

Y entonces se pone a gritar como una loca.

Por suerte, conozco el barrio, conozco esa sala. Huyo a la carrera por la salida de emergencia, cerca de la pantalla, que da a un callejón. Una vez fuera, me cuido mucho de seguir corriendo. Estarán buscando a alguien que parezca huir. Saco un cigarrillo —me tiemblan las manos, aunque sólo un poco—, lo enciendo y me apoyo contra la parte trasera del restaurante chino de al lado, inhalando más grasa que nicotina. Veo salir a un hombre y a dos mujeres detrás de él; observo cómo miran a un lado y al otro del callejón. Los miro directamente, fumando

de la manera más despreocupada posible.

Caminan hacia la calle, ahora sin ninguna prisa, no tanto buscando al agresor sino tratando de consolar a la mujer. La pareja la rodea, le cogen los brazos, como si fuera una inválida. Me dan ganas de gritarles: «¡Eh, que sólo le he tocado la rodilla!»

Vuelvo a casa. Mi esposa está sentada a la mesa de la cocina, ocupada con el Jumble. Es un juego de niños, pero a ella le lleva casi veinte minutos terminarlo.

—Qué tal el trabajo —dice sin levantar la mirada, ni siquiera levantando el tono. No es una pregunta. Sólo algo que se supone que tienes que decir cuando tu marido vuelve a casa. Tiene menos afecto en la voz que la sirvienta robótica de *Los supersónicos*.

—Bien.

Sigue garabateando con el lápiz. Juega al Jumble con un lápiz. Yo hago el crucigrama doble de *The New York Times* con tinta.

—Sheila, ¿yo te gusto?

Ella suspira.

—Otra vez con lo mismo. ¿Qué eres? ¿La gira de *El violinista sobre el tejado*? ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Te amo.

—Te he preguntado si te gustaba.

—El amor es mejor.

¿Sí? ¿Lo es? Hace cuatro años conocí a una mujer en un baile. No hablaba mucho, por lo que parecía misteriosa y seductora. Era tan esquiva con su cuerpo, sus besos y sus demostraciones de afecto como con sus palabras. Proyecté mucho en esos silencios, esas resistencias. La procesión va por dentro, etcétera, etcétera. Nos casamos menos de tres meses después.

Sin embargo, aunque sea cierto que la procesión va por dentro, por fuera no hay nada, nada que te lleve a ninguna

parte. Finalmente, lo único que ocurre es que quedas atrapado en ese vacío.

JUNIO DE 1966

Cuando giró por la calle donde vivían los padres de Cleo Sherwood, Maddie se dio cuenta de que era una manzana que conocía. Esa vía de salida de Auchentoroly Terrace no sólo estaba cerca de la sinagoga y de la antigua tienda de comestibles de la familia Schwartz, sino que también formaba parte del recorrido que el matrimonio Schwartz acostumbraba a hacer para llegar a los restaurantes del centro y al cine. A Milton le gustaba desviarse un poco para conducir por esa calle. Su futuro ex marido tenía esa extraña costumbre, esa necesidad, que, para sus adentros, Maddie llamaba el Paseo de los Recuerdos de Milton. Se pasaba la vida revisando su pasado, mostrándole una y otra vez a Seth los sitios que habían sido importantes para él. La casa, la tienda de comestibles, el patio de la escuela. No era una cuestión de nostalgia. Milton quería recordar a Seth, y probablemente también a Maddie, que su juventud había sido una época de dificultades y privaciones, que era un hombre hecho a sí mismo.

«¿Es pobre esta gente?», preguntaba Seth con siete u ocho años. Era verano, hacía calor, la gente descansaba en el porche de sus casas, los niños corrían por la calle, tal vez incluso saltaban delante del chorro de una boca de incendios abierta. «Sí, pero no más pobre que lo que era mi familia», contestaba Milton.

Ese atardecer de junio, en cambio, no hacía mucho calor. Al menos no en la calle. Pero en la escalera que subía al piso de los Sherwood, en la segunda planta, el aire era pesado y rancio, y olía tanto a grasa que Maddie se sintió sucia apenas puso un

pie en ella.

O tal vez esa sensación grasienta en la piel se debía a la vergüenza que sentía por haberse presentado sin avisar en casa de los padres de una mujer muerta y por las preguntas que quería hacerles.

Aunque si hubiera querido llamarlos tampoco habría podido. En la guía no figuraba ningún teléfono a nombre de la familia Sherwood. Pero Maddie estaba aprendiendo a no pedir permiso. Un permiso podía negarse, mientras que, si una actuaba como si tuviera derecho a estar en ese sitio, su misma apariencia de seguridad podía dar sus frutos. ¿Acaso no le había hecho Bauer a ella eso mismo hacía poco? Aunque sentía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se comportara con la ingenuidad de aquella Maddie Schwartz.

Golpeó la puerta, con energía y determinación.

—Hola. Soy Madeline Schwartz, del *Star*, y he venido a hacerles algunas preguntas sobre Cleo Sherwood.

Una mujer más joven —¿la hermana de Cleo?— abrió la puerta. Y cuando se volvió para mirar a alguien que estaba en el interior, Maddie, simplemente, entró. Tampoco ahora pensaba esperar a que le dieran permiso. Había un hombre leyendo el periódico, probablemente el padre de Cleo, sentado en una mecedora cerca de las ventanas que daban a la calle. Maddie vio que se trataba del *Star*. Su periódico. Él no levantó la mirada ni hizo ademán de saludarla.

A sus pies había dos niños, dos varones, que jugaban sobre la alfombra con unos camiones de juguete. Debían de ser los hijos de Cleo, aunque casi no parecían hermanos. El mayor, que tendría unos cuatro o cinco años, era grandote; no gordo, pero sí robusto y de aspecto fuerte, con una inmensa capacidad de concentración. Empujaba su grúa amarilla por la moqueta, absorto en su propio juego. El más pequeño presentaba un notable parecido con la Cleo de la única fotografía que había

visto Maddie en los recortes del *Afro*. Tenía los mismos ojos claros, rasgos delicados y una expresión reservada y soñadora.

La señora Sherwood salió de la cocina con paso lento y limpiándose las manos con un trapo. Sin embargo, no le tendió la mano a Maddie.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—No, no hay ninguna noticia —respondió Maddie—. Pero quiero escribir sobre Cleo, con la esperanza de que mi artículo haga salir algo a la luz; quizá sirva para refrescarle la memoria a alguien y nos ayude a encontrar al asesino. No tiene que haber sido fácil —continuó mientras miraba de reojo a los niños antes de volver la vista hacia la mujer—. Lo que ocurrió en el lago aquella noche pudo llamar la atención de alguien que, al leer el artículo, podría recordar algún detalle que no le pareció importante en aquel momento.

Ése no era su verdadero objetivo, pero sabía que no le convenía empezar directamente con las preguntas más difíciles.

—En el *Afro* ya escribieron bastante sobre Eunetta —repuso la señora Sherwood—. Y en ese momento no le importó a nadie, así que ¿por qué iba a importarle a nadie ahora?

—Yo creo que le importa a mucha gente —dijo Maddie. Le desagradaba mentir, pero tampoco era una mentira tan grande. Si descubrían al asesino, en especial si lo encontraban gracias a su empeño, entonces la gente se interesaría, de eso estaba segura—. Sólo que... ¿hay algo que yo debería saber? Hubo un detalle que me impresionó mucho, un dato que me comentó la parapsicóloga, Madame Claire, ¿sabe?

—Sí, ella. No nos sirvió de mucho.

—¿No significaban nada para usted los colores amarillo y verde?

—No, señora.

Era raro que una mujer claramente mayor que ella la llamara señora. Pero eso significaba que de alguna manera

Maddie había convencido a los Sherwood de su autoridad. ¿Sería por el periódico? ¿O por ser blanca?

—Me llamó la atención que usted le llevara una estola de piel. ¿Es así?

—Sí, señora.

—¿Quién le dio esa estola a... Eunetta?

No se le había pasado por alto que la madre había utilizado el verdadero nombre de su hija y tampoco la reprimenda implícita.

—No lo sé, estoy segura.

—Pero ¿era suya?

—Sí, señora.

—¿Y cómo es que la tenía usted?

—¿Cómo, señora?

—Ella no vivía aquí, ¿verdad? Cuando desapareció, compartía piso con otra chica.

—Sí, señora. Tenía una compañera de piso. Una chica que se llamaba Latetia. Se largó de la ciudad sin pagar su parte de la renta, más o menos una semana antes de que Eunetta... —Echó una mirada a los niños sobre la alfombra, que parecían no prestarles la más mínima atención—. Bueno, en diciembre, Latetia le dijo a Eunetta que se mudaría a Florida con un caballero que había conocido justo antes de Navidad. Un par de semanas después, mandó un telegrama anunciando que iba a casarse. Eso está muy bien, pero debería haber pagado su parte de la renta del mes de enero. Y no había nadie para recibir el telegrama, aunque supongo que ella no podía saberlo. El casero supuso que Eunetta era tan irresponsable como Latetia. —Se detuvo, como si pensara que eso lo explicaba todo.

—Sigo sin saber por qué la estola estaba en su poder.

—Era sólo cuestión de tiempo que él cambiara la cerradura y tirara sus pertenencias a la calle. De modo que me presenté allí y recogí algunas cosas, las más bonitas. La estola olía a

humo y gardenias, así que supuse que se la habría puesto poco tiempo antes. Por eso se la llevé a Madame Claire. Porque pensé que Eunetta la había usado tal vez una o dos semanas... antes.

—¿Y quién se la regaló?

—¿Cómo podría saberlo?

No le señaló a la señora Sherwood que no le había respondido la pregunta.

—¿Puedo verla?

El padre agitó el periódico y carraspeó, de una manera teatral y nada sutil, pero la señora Sherwood le indicó a Maddie que la siguiera al fondo del piso. La hizo pasar a lo que en otra época había sido una despensa y que ahora se había convertido en un armario abarrotado, lleno de ropa y cajas y juguetes infantiles. Pero al parecer la señora Sherwood sabía dónde estaba cada cosa pese al desorden, porque no tardó en encontrar la estola, que estaba colgada de una percha y envuelta en plástico. No era la forma adecuada de guardar una prenda de piel y Maddie lo sabía, pero enseguida se dio cuenta de que no era piel de buena calidad. No pidió permiso para sacarla del plástico; se limitó a hacerlo y buscó la etiqueta: «Pieles Fine.» Era de la familia de Tessie. Qué pequeño era Baltimore. Inspeccionó cuidadosamente la estola, memorizando todos los detalles.

—¿La compró su hija?

—No la robó —replicó de inmediato con frialdad—. Eunetta era una buena chica.

—No, quiero decir si fue un regalo.

—Ganaba bastante dinero, teniendo en cuenta lo que nos daba para que cuidáramos a los críos mientras trataba de... situarse.

—Entiendo. ¿Era contable? Eso fue lo que publicaron en el *Afro*, ¿no?

—No... precisamente. Era cajera y ayudaba en la barra del club Flamingo, en Pennsylvania Avenue. En esta familia no bebemos, pero no hay nada malo en atender a las personas que beben. Es legal, después de todo.

Maddie continuó inspeccionando la estola. No, no era una piel cara, pero era bastante bonita. El forro rosado de nailon parecía seda. Y estaba bien confeccionada.

—¿Entonces esto se lo compró ella?

—No sabría decirle.

En realidad, no quería.

—¿Tiene más ropa de Eunetta?

—Se suponía que yo no podía... El casero...

—No se lo contaré a nadie, señora Sherwood. Es sólo que tengo mucha... curiosidad. Quiero imaginarla, conocerla. Si pudiera ver su ropa...

En realidad, lo único que quería era prolongar la conversación.

Después de una ligera vacilación, la señora Sherwood empezó a sacar prenda tras prenda, claramente orgullosa del vestuario de su hija. Cada una de las piezas estaba amortajada en una bolsa de plástico de tintorería, pero a Maddie sólo le llevó un instante deducir qué otra cosa tenían en común: eran todas un poco anticuadas. No eran de esa temporada, ni siquiera de la anterior. El vestido de lentejuelas era demasiado largo para estar de moda. El traje tipo Chanel podría tener diez años por lo menos y el estiloso vestido de lana negra con la etiqueta de Wanamaker's era idéntico al que se había puesto Maddie para el funeral de su suegro. Había estado muy de moda... dos años antes.

No había ni una sola prenda amarilla o verde, notó Maddie. Vaya con Madame Claire.

Volvieron a la sala. Maddie seguía pensando en esas prendas de ropa. Wanamaker's. Aquellos grandes almacenes de

Filadelfia jamás habían tenido una sucursal en Baltimore. ¿Cómo había terminado Cleo con un vestidito negro de Wanamaker's de esa calidad? Y según la etiqueta era una talla 14, pero, casi con seguridad, Cleo no podía tener más que una 10.

—Señora Sherwood... ¿Eunetta tenía novio? Sé que esa noche salió con alguien nuevo, un hombre que la policía jamás logró encontrar y que al parecer no conoce nadie. Pero ¿estaba viéndose con alguien más? ¿Alguien que pudiera haberle regalado esa estola, esos vestidos?

Para su asombro, la pregunta desencadenó un río de lágrimas en la señora Sherwood, que se cubrió la cara con las manos.

—Era una buena chica y no me importa lo que diga o piense la gente; era joven e insensata, pero era buena y no empezó nada.

—Sí que era insensata —intervino el padre—. En eso estoy de acuerdo. Insensata y consentida, pero eso es culpa tuya, Merva. Siempre la excusabas, nunca le hiciste asumir sus responsabilidades.

—¿Está diciendo que...? —Maddie se detuvo, aturdida por el dolor de una grúa de metal que el mayor de los críos le había arrojado a las espinillas, desgarrándole las medias y haciéndola sangrar.

—¡No haga llorar a mi abuela! ¡No hable de mi madre! Fuera. ¡Váyase fuera, fuera, fuera!

El otro niñito ni siquiera levantó la cabeza; siguió empujando su camioneta roja por la moqueta como si no pasara nada.

—Pero ¿qué haces, hombrecito? ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

La abuela estaba pasmada, pero el señor Sherwood, aunque tenía una expresión severa —parecía tenerla siempre, era

imposible imaginarlo sonriendo—, asintió, como si el chaval hubiera obedecido sus órdenes.

Maddie salió cojeando por la puerta principal y bajó las escaleras de la misma manera, sin detenerse hasta que estuvo a varias calles de distancia. Recuperó el aliento sentada en el banco de una parada de autobuses, donde se examinó las medias arruinadas. Y sabía que las espinillas tardaban una eternidad en cicatrizarse. Esas heridas seguirían abriéndose, pegándosele a las medias, que luego se mancharían cada vez que se las quitara. Tenía las piernas bronceadas porque en esos días suaves de principio de verano había adoptado la costumbre de tomar el sol en los parques de la ciudad, pero jamás podría presentarse en la redacción con las piernas desnudas.

De todas maneras, decidió que la herida y las medias desgarradas valían la pena. Su corazonada era correcta. Cleo había tenido un amante, alguien que podía permitirse hacerle esos regalos... pero que no podía permitirse que el mundo conociera su identidad. Si el hombre que la había ido a buscar en Nochevieja era una persona a la que nadie había visto antes ni había vuelto a ver desde entonces, ¿quién le había dado esa ropa a Cleo?

Si la estola se la hubiera dado esa persona, ¿acaso Cleo no se la habría puesto aquella noche, por cálida que fuera?

HOMBRECITO

Esa mujer hizo llorar a mi mami. A mi abuelita, quiero decir. Yo la llamo de las dos maneras porque ahora es ambas cosas para mí. Cuando nos vinimos a vivir aquí, tenía una mamá y una abuela. Después mamá se mudó a otra casa, pero venía a menudo, casi cada semana. Me dijo que tenía un trabajo en el que debía quedarse a dormir, que estaba trabajando para que un día pudiéramos tener una casa nueva aquí en Baltimore, una casa con un papá —no mi papá, sino un papá nuevo—, y quizá espacio suficiente para que yo no tuviera que seguir compartiendo el dormitorio con Theodore. En casa de la abuela dormimos los dos en una habitación con la tía Alice, Theodore y yo en la misma cama, y él se mueve mucho dormido y de vez en cuando se cae. Vale, sí, puede que algunas veces sea yo el que lo empuja, pero eso es porque se pasa la noche dando patadas y agitando los brazos mientras duerme y yo necesito espacio. Eso era lo que mamá decía cuando vivía aquí. «¡NECESITO ESPACIO!» Luego cogía un libro y el abrigo y se iba corriendo, y yo tenía miedo de que no volviera.

Hasta que un día ocurrió. Al principio, la abuela decía que estaba en otra ciudad. «¿En Detroit?», preguntaba yo. Porque allí es donde se fue a vivir mi padre. Mi padre está en Detroit y el padre de Theodore murió en una guerra, aunque yo no sé dónde está esa guerra, creo que ya no hay más guerras. Pero mi padre está vivo, podría mandarme a buscar, aunque no lo hace. Probablemente es por Theodore. «Ningún hombre quiere los hijos de otro hombre.» Eso fue lo que el abuelo le dijo a mamá antes de que ella se marchara adonde sea que se marchó, creo

que era San Luis, podría ser San Luis, a veces hablaba de San Luis.

Antes de que se fuera, estaba aquí, en Baltimore, y venía a vernos todas las semanas. Nos traía regalos. La abuela le decía que el dinero que se gastaba en regalos podría ahorrarlo, guardarlo para que pudiéramos estar juntos lo más pronto posible. Mamá se reía y decía: «No es tu dinero, ¿verdad?» Usaba ropa cada vez más bonita. Teníamos la madre más bonita del mundo, siempre había sido así, pero cuando se mudó empezó a usar ropa elegante con mucha piel. Piel en las mangas, piel en el sombrero y luego, un día, toda una capa de piel. Decía que trabajaba en una tienda de ropa y que le dejaban ponérsela si no la manchaba. Yo no sé por qué tenía que quedarse a dormir allí, tal vez era la encargada de seguridad. En cualquier caso, por eso se disgustó cuando Theodore trató de tocar la capa, que ella llamó estola (que en inglés se pronuncia igual que la palabra «robada») y entonces yo le pregunté: «¿Robada a quién?» El abuelo se rió, pero no era una risa agradable. «Cuidado con el hombrecito. El hombrecito es listo», dijo. «¿Y yo qué soy?», preguntó Teddy. «Bonito», dijo nuestra madre. ¿Quién quiere ser bonito? Bonitas son las niñas.

Luego, unos días después de Navidad, vino mamá y nos trajo los mejores regalos, camiones Tonka —una grúa amarilla para mí, una camioneta roja para Teddy—, aunque la Navidad ya había pasado. A la abuela le dio un sobre y la chaqueta con piel en los puños. «¿Por qué me das esto?», le preguntó la abuela. «Vi cómo la mirabas», respondió ella. La abuela dijo: «No tengo dónde ponérmela, ya lo sabes.» Mamá dijo: «Bueno, siempre hay funerales», y la abuela le dijo que no hablara así, que traía mala suerte.

Ésa fue la última vez que la vimos. «¿Cuándo va a volver mamá?», preguntaba yo. Al principio, la abuela y el abuelo

respondían «pronto», pero yo me daba cuenta de que no lo sabían. La abuela empezó a llorar mucho, cuando creía que no la oíamos. La tía Alice también lloraba, pero sólo por las noches. Luego, hace un par de semanas, vino un hombre y en casa todos lloraron, pero era una manera de llorar que yo nunca había visto, era más como si gritaran. Era casi como ver una película de miedo, como esas que a veces veo a escondidas con la tía Alice; hay una sobre un hombre que secuestra mujeres y las convierte en estatuas, y cuando pasan las cosas malas, cuando das un respingo, es una sensación buena y a la vez extraña, ¿verdad? Me parecía que era así, que lo malo ya había pasado y ahora todo mejoraría.

Pero la verdad es que mamá no va a volver nunca y las cosas no mejorarán.

Ya es verano. Ayer la abuela casi volvió a reír, por algo que Teddy hizo o dijo. Teddy es igualito a mi mamá, pero en niño. La tía Alice lo vestía como una niña cuando era un bebé, como una especie de broma, y la gente decía cosas como «¿Qué va a hacer un chico con esos ojos?» «Mirar las cosas», contestaba yo, y todos se partían de risa, y yo no sabía bien si su reacción me gustaba o me molestaba. Después de irse mamá, quise seguir diciendo y haciendo cosas graciosas para que la gente se riera. Pero ahora la risa de todos es diferente. Antes me resultaba muy fácil hacer reír a la gente, pero ahora casi nunca se ríen, por mucho que me esfuerce, y si se ríen, normalmente de Teddy, a veces terminan llorando.

Por eso, cuando veo que esa mujer blanca, con su libreta y su voz de maestra, hace llorar a mi abuelita, me levanto y la golpeo con la grúa, la última cosa que me regaló mi mamá. La golpeo lo más fuerte que puedo, en las piernas. Todos empiezan a gritar y sé que me he metido en un lío y la abuela dice que tendré que pagar las medias de la señora, que se rasgaron con el golpe. Pero yo sé que no es verdad. En el fondo hasta la

abuela se puso contenta de que yo la obligara a marcharse.

Yo hago que la gente se marche. Eso es lo que hago. Hice que mi mamá se fuera y se ha marchado para siempre. Antes me preocupaba que volviera y que sólo se llevara a Teddy porque él es bonito como ella y le toca estar en un lugar donde haya abrigos de piel por todos lados. No creo que yo encajara en una casa elegante. Además, yo tengo padre y Teddy no. Lo llamaron y le preguntaron si quería que me mudara a Detroit, pero él está muy ocupado. Además, dijo, yo echaría de menos a Teddy, y tal vez sea cierto. Aunque a veces casi puedo recordar cómo era cuando sólo estábamos mamá y yo. Creo que puedo.

E incluso cuando llegó Teddy yo era especial, había cosas que eran sólo para nosotros. Ella me pedía que le subiera la cremallera del vestido cuando tenía que salir. Fue ella la que empezó a llamarme Hombrecito. «Échame una mano, Hombrecito, tú eres el único hombre al que necesito en mi vida.» «¿Y Teddy?» «Es un amor, pero tú eres mi primer hijo, cariño, y nada puede cambiar eso. Cuento contigo, Hombrecito. Tú eres el que va a pilotar el barco de esta familia.»

Supongo que eso significa que debo entrar en la armada, porque no conozco a nadie que tenga un barco. Aunque nadar sí que sé. Me enseñó mi mamá. A ella no le gustaba mojarse el pelo, pero nadaba muy bien, era fuerte y rápida y me llevaba a la piscina grande de Droodle Hill, cerca del zoológico, y se mojaba el pelo, sólo por mí. Sólo por mí.

Te lo tienes bien merecido, Maddie Schwartz. Ojalá mi Hombrecito te hubiera golpeado más fuerte. Ojalá te hubiera machacado la cabeza con esa grúa.

Pero eso no te frenó, ¿verdad? No te bastó con hacer llorar a mi madre y provocar a mi dulce y tierno Lionel para que te atacara. No te bastó con tocar esa estola de piel, como había hecho Madame Claire. Tenías que saber de dónde había salido, quién me la había dado. Tenías que hurgar, hurgar, hurgar, insistir, insistir, insistir, sin preguntarte en ningún momento qué estabas agitando.

¿Acaso yo era real para ti? ¿Alguna vez lo fui? No te reprocho que no me vieras en el cadáver de la morgue, en ese monstruo sin rostro. Pero viste mis fotografías, tocaste mi ropa, invadiste la casa de mis padres. Seguro que habrías tratado de recorrer las habitaciones en las que había vivido con Latetia si no hubieran estado ocupadas por nuevos inquilinos.

A ti no te importaba mi vida, sólo mi muerte. No son lo mismo, ¿sabes?

JULIO DE 1966

—Ten —dijo Bob Bauer antes de tirar un sobre encima del escritorio de Maddie.

—¿Ahora te encargas de repartir los cheques del sueldo? —le preguntó ella. Le gustaba ser descarada con Bob Bauer, perfeccionar el truco de no coquetear con él y, al mismo tiempo, de no *no* coquetear con él.

—El jefe me dio dos entradas para el partido de los Orioles de mañana por la noche. Por mis artículos sobre Corwin. Yo no puedo ir y se me ocurrió que...

No terminó la frase. Ni por un momento Maddie creyó que Bauer fuera a admitir que ella había canjeado lo que estaba resultando ser una de las mejores noticias del año por un puesto poco más que administrativo. Bob Bauer había publicado artículo tras artículo sobre el asesino y su terco silencio, su aún desconocido cómplice y los experimentos igualmente misteriosos de Fort Detrick, el sitio adonde habían destinado a Corwin después de que se negara a presentarse a filas por motivos religiosos, declarándose objetor de conciencia y adventista del Séptimo Día, y donde luego le habían inyectado LSD. Bauer había llegado a entrevistar a la madre de Corwin, quien, con profunda tristeza, había afirmado que su hijo no había sido el mismo después de su paso por el ejército.

Maddie se sentía como Jack, el de las habichuelas mágicas, sólo que las habichuelas que había recibido a cambio de la vaca de su familia eran de lo más normales y corrientes. Un par de entradas de béisbol no era algo que la impresionara especialmente, aun siendo de las buenas, cuatro filas detrás de

la caseta de los Orioles. Pero las aceptó pensando en invitar a Seth, a quien le encantaría el plan, y hasta era posible que se asombrara de que su madre hubiera conseguido unos asientos tan buenos. Seth coleccionaba tarjetas de béisbol y hablaba de Brooks Robinson como si fuera un profeta del Antiguo Testamento.

—Tengo un plan —respondió Seth esa noche cuando ella lo llamó—. No puedo ir.

—¿No puedes cambiarlo? —insistió Maddie—. Ésta es una gran oportunidad, ¿no te parece? El equipo está jugando bien esta temporada, ¿verdad?

Estaba bastante segura de que los Orioles estaban haciendo un buen papel ese año. No seguía las noticias deportivas, pero en el *Star* existía la tradición de publicar una historieta en la primera página que resumía el partido de la noche anterior. Ese verano, los Orioles de las viñetas se mostraban jubilosos y festivos casi siempre.

—Pero nos vimos anoche —repuso Seth.

Era cierto. Otra desganada cena en el Suburban House. Él había masticado con la boca abierta. Maddie solamente había bebido café; no había nada que le apeteciera en aquel menú familiar. Había empezado a leer *The New York Times* en la biblioteca del *Star*, donde había copiado varias recetas firmadas por un hombre, Craig Claiborne. Un artículo reciente sobre cocinar con sobras le había llamado especialmente la atención. Jamás se le había ocurrido que podía freír un pollo por anticipado y luego comerlo frío adrede. Pensaba que el pollo frío era un alimento para cuando no había otra cosa, algo para comer delante de la nevera, como siempre hacía Milton durante esas incursiones nocturnas que habían provocado que su barriga aumentara y que acudiera al club de tenis de Cross Keys, lo que había llevado a Wally Weiss a la vida de Maddie y a ella a donde estaba ahora. Precisamente la semana anterior le

había preparado pollo frío con tomates asados a Ferdie, presentándoselo como una comida de verdad, y él había quedado impresionado con el plato. Ella no le contó que era una receta del periódico. Presintió que él encontraría ridículo que hubiera usado una receta para hacer pollo frito.

—¿Hay alguna regla que diga que no podemos vernos dos noches seguidas en una semana? —preguntó Maddie.

—Tengo un plan —dijo Seth.

—¿Una cita?

—Mamá —dijo con una voz tan contenida y desdeñosa que Maddie no se atrevió a insistir y le dejó colgar.

Y esa noche, más tarde, cuando Ferdie pasó por su casa, tras quedar saciados de bocadillos de carne y cerveza y sexo —en el mismo artículo sobre las sobras se recomendaba asar un bistec extra y dejarlo para sándwiches, aunque Maddie no podía permitirse comprar bistecs muy a menudo con su salario—, le preguntó a Ferdie:

—¿Te gusta el béisbol?

Menos de veinticuatro horas más tarde, interpretaron la farsa de dos extraños que charlaban amablemente después de haberse encontrado sentados uno al lado del otro en el Memorial Stadium. En realidad, la que charlaba era Maddie. Resultó que a Ferdie le encantaban el béisbol y los Orioles. Sus ojos casi nunca se apartaban del campo de juego. Aplaudía y gritaba con vehemencia. En un determinado momento, cuando una jugada en particular lo llenó de alegría —Maddie había estado distraída, así que no estaba segura de lo que había ocurrido—, él se puso de pie de un salto de una manera tan repentina que la gente de alrededor se inquietó. La mayoría de los aficionados de los Orioles tendían a mostrarse corteses y discretos.

Maddie se dio cuenta de que Ferdie era el único negro de esa sección de las tribunas. Aunque, claro, eran asientos muy buenos. Recorrió el estadio con la mirada buscando las gradas más accesibles, las más altas. Pero casi todos los aficionados eran blancos. Por lo visto era posible que hubiera más negros en el campo que en los asientos del estadio. ¿A los negros no les gustaba el béisbol?

Estuvo a punto de tocar a Ferdie en ese momento, pero se dio cuenta a tiempo de que no podía. Ella tenía una entrada, él tenía una entrada. Que hubieran terminado sentados juntos era pura casualidad. «¿Le gusta el béisbol?» Charlaban como lo harían dos desconocidos en un estadio, de una manera cortés y distante. «Sí, de joven jugué en el parque Patterson, por lo general de jardinero, aunque a veces de lanzador. En el Politécnico jugaba de jardinero central.» En ciertos aspectos, estaba aprendiendo más sobre él allí que en la cama.

Uno de los Orioles, el número seis, hizo un giro, le dio a la pelota con el bate y la mandó hacia atrás, en arco, en dirección a ellos, pero aterrizó unas filas más adelante. Ferdie siguió la trayectoria con la mirada como si fuera un adolescente, con un anhelo palpable. Vio cómo el afortunado que la había atrapado con la mano desnuda se la daba a un niño que estaba detrás de él y asintió, complacido por esa manifestación de generosidad.

Esa noche el sexo fue mejor que nunca, lo que sorprendió a Maddie. No sabía que podía seguir mejorando. Pero Ferdie parecía lleno de júbilo: por el triunfo de los Orioles, por la manera traviesa e insolente en que habían jugado, y siguió afanándose con Maddie de una manera tan entusiasta que en un determinado momento a ella le inquietó que sus gritos se oyeran desde la calle, por encima del sonido del ventilador que tenía en la ventana.

—No me gusta ese ventilador —dijo Ferdie.

—¿Porque hace mucho ruido? —Ella agradecía el golpeteo

de esas viejas aspas.

—Porque tienes que dejar la ventana abierta cuando lo usas. Es peligroso, Maddie.

—Tú escogiste este barrio para mí.

—Lo sé. Pero... pensé en mí, en realidad. Necesitaba un lugar donde pudiera ir y venir sin problemas. Me pareció que este sitio era bastante seguro. Era invierno cuando te conocí; las cosas, las ventanas, estaban bien cerradas y la única razón por la que me interesó la escalera de incendios fue que yo podría subir y bajar por ella antes de que te instalaran el teléfono. Pero ahora... me preocupa. Recuerda cómo nos conocimos.

Maddie miró la violeta africana, enorme y aterciopelada.

—Pero a mí me va bien. Puedo ir a pie al *Star*. Ahorro en autobús. Y cuando cojo autobuses o taxis para alguna tarea en especial, me devuelven los gastos.

—Se dice que has ido a ver a los padres de Cleo Sherwood.

Eso la sorprendió.

—¿Se dice dónde?

Ferdie suspiró.

—Si vas a esa clase de barrios acabarás malherida. Hay disturbios en todas partes. También podría pasar en Baltimore.

—Los negros son los que terminan malheridos. ¿Has visto las noticias de Cleveland?

Habían asesinado a dos negros y habían arrestado a varios blancos.

—Que mataran a Cleo Sherwood no es noticia, Maddie. No era más que una chica que salió con el hombre equivocado.

—Tenía un novio. Tal vez él se pusiera celoso, tal vez...

—El barman del Flamingo describió al hombre con el que ella se marchó.

—Un hombre que no era su novio.

Se sintió orgullosa por expresarlo como la afirmación de un

hecho, por sonar como si supiera cosas, aunque en realidad no tenía idea de si eso era cierto.

—El barman del Flamingo no es el novio de nadie —repuso Ferdie.

—Lo que quise decir es que...

No continuó. Ferdie sabía lo que ella quería decir. Estaba siendo obtuso a propósito.

Él le puso una mano en el estómago, señal de que no quería seguir hablando. A ella le daba vergüenza su vientre. En las revistas de moda aparecían chicas en bikini de caderas huesudas y brazos y piernas esqueléticos. Maddie siempre se había sentido muy orgullosa de su delgadez, pero se veía bovina en comparación con esas chicas tan jóvenes. Se sentía pasada de moda, una mujer de otra época. Quería ser moderna y reluciente, un cohete construido para llegar a las estrellas.

—Ojalá...

Ferdie no terminó la frase inmediatamente y en ese momento resplandeciente y tenso Maddie se sintió asustada y excitada a la vez. ¿Qué quería Ferdie, en realidad?

—Ojalá —repitió Ferdie— hubiera sido yo quien atrapara esa pelota. Yo también se la habría dado a algún chaval. Pero ojalá hubiera podido ser el que la atrapara. ¿No habría sido especial?

EL NÚMERO SEIS

Final de la tercera. Estoy delante de López y la carrera de ventaja está en la segunda. López a veces se pone bastante agresivo.

Ya ha golpeado a seis bateadores esta temporada y no fue porque intentara empujarlos para que se apartaran. A veces pierde el control.

Pelota uno.

Pelota dos. Me cae cerca. Siento cómo mis compañeros se tensan en la caseta.

Strike uno. Miro.

Strike dos. Golpea el bate y va a parar a tribuna.

Ésta es mi tercera temporada con los Orioles, aunque en el sesenta y cuatro no llegué a jugar. Un turno en el bate, un ponche, ocho veces en la formación en total. El año pasado jugué ciento dieciséis partidos y alcancé 231. No es ninguna maravilla, pero mejor que Etchebarren, y mis aptitudes defensivas son irreprochables. También fui golpeado por un lanzamiento en cuatro ocasiones. No me importa ser golpeado, pero no es así como quiero llegar a una base.

El siguiente lanzamiento va a ser en curva, va a ser perfecto. Golpeo, conecto, empieza la carrera, llego a primera base. Ganamos 2 a 1.

Los hinchas de los Orioles son casi demasiado educados, suelen murmurar y no gritan; pero, por otra parte, no abuchean mucho, por lo que es un empate. De todas maneras, incluso en el relativo silencio del Memorial Stadium, te das cuenta de que los aficionados saben que este verano es especial. Estamos

haciendo magia. Aquí estamos, casi en el Juego de Estrellas, vamos ganando 54-25 y yo tengo una tasa de bateo de casi 300. No voy a entrar en el equipo del Juego de Estrellas. Evidentemente, entrará Frank, probablemente, también Brooks. Pero un día lo lograré, estoy seguro. El Juego de Estrellas, tal vez un Guante de Oro o dos. Tengo veintidós años, gano ocho mil dólares al año y me despierto cada día con una sonrisa.

Esto es lo que he deseado siempre, toda mi vida, desde que tenía ocho años.

Willie Mays era mi héroe, pero cuando vi una oportunidad de entrar en las grandes ligas, pensé: «Tengo que hallar mi propio estilo, no puedo hacer la misma atrapada que él.» No quería que dijeran que estaba copiando a Willie. Pero sí puedo jugar corto, perseguir lanzamientos en el hueco. Si yo no atrapo un lanzamiento, seguro que es un cuadrangular.

Después del partido me quedo sentado en el coche, un Dodge Dart del sesenta y cinco que compré a buen precio cuando llegaron los modelos del sesenta y seis, y los chavales me rodean pidiéndome autógrafos. Hasta que no quede ni un solo chaval esperando una firma, no me voy. Los aficionados son nuestros verdaderos jefes, después de todo. Si no vienen, nos quedamos sin trabajo. Estoy dispuesto a firmar tarjetas, pelotas, pedacitos de papel, lo que sea. Y si alguno me pregunta si debería intentar convertirse en jugador, le contesto que sí, que los sueños se hacen realidad. Yo soy la prueba.

Hoy viene un tío, un poco mayor que yo. No me pide que firme nada.

—Me llamo Ferdie Platt y quiero estrecharle la mano, señor Blair. Usted sí que vive la vida.

Me llama «señor», aunque al menos es seis o siete años mayor que yo.

Pero tiene razón. Ésta es la vida y yo la vivo.

JULIO DE 1966

El Flamingo resultó un poco decepcionante para Maddie, no por su falta de esplendor —en ningún momento había esperado que el segundo mejor club de Pennsylvania Avenue fuera gran cosa—, sino por su anodina vulgaridad, su total ausencia de peligro. Por supuesto que no eran más que las seis de la tarde, una hora demasiado temprana para que nadie mostrara su decadencia, pero el establecimiento no parecía muy diferente del club de campo de Woodholme en una noche temática.

Se sentó a la barra y pidió un vermut. El barman era blanco, un hombre fornido de pelo oscuro y ojos hundidos. ¿Sería el barman que le había descrito a la policía el hombre con el que Cleo Sherwood había salido? Maddie no había esperado encontrarse a un hombre blanco en un club cuyo propietario era negro y al que acudían principalmente negros. Suponía que un blanco sería menos hostil con ella, pero el barman se inclinó hacia atrás con los brazos cruzados y no hizo ningún ademán de prepararle la copa.

—Preferimos que las clientas vengan acompañadas por hombres. Y ni siquiera entonces les permitimos que se sienten a la barra. El propietario considera que eso nos daría... —Hizo una pausa, buscando las palabras apropiadas—. Mala reputación.

—No soy una clienta —respondió Maddie.

—Bien, ya veo que aprende rápido. ¿Por qué no se junta con las señoras del salón de té del Hutzler's? Parece más de su estilo. O, si realmente quiere una copa, podría ir al hotel Emerson.

—Soy reportera.

¿Era una mirada de diversión lo que apareció en los ojos adormilados de aquel hombre? En cualquier caso, le sirvió una copa y a continuación fue a un extremo de la barra para seguir haciendo los preparativos para la noche. Ella bebió un sorbo, le sorprendió encontrarlo equiparable a los vermuts que había bebido en otros bares, y entonces se dio cuenta de lo estúpido que era sorprenderse por ello. No había una gran variedad de vermuts. De vinos, sí, de *whiskies*, sí, pero, según la experiencia de Maddie, el vermut podía ser dulce o seco. Éste era dulce.

Entró una chica; llevaba pantalones y una blusa holgada; miró a Maddie con un gesto de curiosidad y luego al barman.

—¿Cuál es su historia? —le preguntó a Maddie.

—No tengo ninguna.

—Todos tienen una historia.

—No es cierto. Le sorprenderían las «no historias» que oigo cada noche. ¿Cuál es la suya?

—Ya se lo he dicho. Soy periodista.

—¿De qué periodicucho?

—El *Star*.

—No lo leo nunca.

—¿Qué periódico le gusta a usted?

—El *Beacon*.

—¿Por qué?

—Es el más grueso y tengo un periquito.

Maddie bebió otro sorbo. Poco tiempo atrás, esa hostilidad, esos comentarios tramposos, la habrían puesto nerviosa. Habría empezado a parlotear como un loro o incluso a coquetear. Ahora la actitud del camarero no hizo más que convencerla de que, finalmente, había llegado al sitio adecuado. El último lugar en el que habían visto a Cleo Sherwood, de donde había salido con un extraño al que nadie había reconocido. Según, justamente, el hombre que tenía delante.

—Estoy trabajando en un artículo sobre Cleo Sherwood.

—Esa historia no tiene nada de interesante.

—¿Cómo puede decir semejante cosa? Una mujer joven muere en circunstancias extrañas. Claro que es una historia interesante.

—Lo que quiero decir es que aquí no hay ninguna historia interesante. Fuera lo que fuese lo que le ocurriera a Cleo no tiene nada que ver con el Flamingo.

La joven que había observado a Maddie poco antes con expresión suspicaz regresó de la habitación del fondo, ya ataviada con la ropa del club, medias de red y un maillot con plumas rosas en el escote y el trasero. «Uf, qué triste, qué deprimente», pensó Maddie. ¿Quién podía encontrar glamuroso ese disfraz? Pensó en Cleo y en la ropa sorprendentemente buena que tenía. Una ropa que alguien le había regalado, de eso estaba segura. Si encontraba al hombre que le había dado la ropa encontraría... bueno, algo.

—¿Conocías a Cleo? —le preguntó a la chica.

Como era de esperar, la chica miró al barman en busca de orientación. Él la miró a los ojos, nada más.

—¿Cómo quiere que la conociera? —respondió, al tiempo que ponía unas copas sobre una bandeja—. Yo ocupé su lugar. Cuando ella trabajaba aquí yo no estaba.

Ese hombre podía transmitir mucho con una mirada, eso había que reconocérselo.

—Entiendo. —Maddie se volvió hacia el barman—. Pero usted sí que la conocía. Trabajó con ella. Describió al hombre con el que ella se marchó aquella noche, aquella madrugada de Año Nuevo. Describió al hombre y la forma en que ella iba vestida.

—Sí.

—Cuéntemelo.

—Está todo en el informe policial y supongo que ya lo ha

leído. ¿Cree que voy a decirle algo distinto a usted? No voy a decir nada distinto.

Ella abrió su delgada libreta de taquigrafía y echó un vistazo a sus notas. «Cleo no presentó a su pareja, que llegó al bar cerca de las cuatro de la mañana. Se había puesto una blusa verde, pantalones con estampado de leopardo y un abrigo rojo. Llevaba zapatos de tacón, un gran bolso verde y guantes de conducir de cuero rojo. El hombre era un negro alto de piel oscura; iba vestido con un abrigo de cuero negro y un suéter de cuello de cisne, tendría unos treinta años y llevaba el pelo muy corto. Era delgadísimo y muy oscuro.»

Esto último aparecía dos veces en el informe policial. ¿Quién lo consideraba significativo, el barman o la policía? «Me dio la impresión de que le molestó que él entrara. Le soltó: "Te dije que esperaras fuera." Tal vez no quería que la vieran con él, pero no sé por qué. Yo no lo conocía de nada. Jamás lo había visto y no lo he vuelto a ver desde entonces.»

—Háble me de ella. Me refiero a Cleo. ¿Cómo era?

Su expresión se suavizó un poco. Decir que no era un hombre apuesto sería demasiado generoso. Tenía mala piel, una nariz protuberante y el pelo, aunque abundante, le empezaba a clarear. Pero tenía esos modales de barman que alientan las confidencias, y no sólo entre los parroquianos. Parecía factible que Cleo hubiera charlado con él. Hasta era probable que él supiera más de ella que su propia madre.

—Era simpática —dijo—. Lista. Tenía mucha personalidad, estaba llena de vida. Se merecía algo mejor en este mundo. Como la mayoría.

—El hombre con el que salió aquella noche...

—Yo no lo conocía. No hay nada más que decir.

—Pero tiene que haberlo. Quiero saber quién era ella. Quiero saber con qué soñaba, qué quería.

—Fuera lo que fuera, murió con ella.

Entró un hombre delgado y de aspecto salvaje, un negro. Así como la camarera había podido interpretar la mirada del barman, éste pareció saber inmediatamente lo que cruzó por la cabeza del recién llegado.

—Dice que es reportera, señor Gordon. No quise echarla a patadas.

De modo que éste era Shell Gordon.

—¿Qué hace una reportera en mi club? Aquí no hay nada de lo que informar.

Le había dirigido la pregunta al barman, pero éste no contestó y Maddie se sintió audaz.

—Soy del *Star*. Estoy trabajando en un artículo sobre Cleo Sherwood: será una historia de vida, un artículo de interés humano.

—Deje en paz a esa chica —respondió él—. ¿No ha causado bastante daño ya?

A Maddie no se le pasó por alto el significado de sus palabras. ¿Qué daño había causado Cleo? Estaba muerta, después de todo. ¿Les había causado dolor a sus padres? Evidentemente. ¿Había abandonado a sus niños? Sí. Pero nadie había sufrido tanto daño como ella.

—¿Cuánto les paga a sus chicas?

—Usted es demasiado vieja para trabajar aquí —respondió el señor Gordon—. Entre otras cosas.

—Lo pregunto porque Cleo Sherwood vestía ropa muy cara. Me sorprende que pudiera comprarla con lo que ganaba aquí detrás de la barra. Vestidos de noche, prendas de piel.

Había una sola prenda de piel, por lo que sabía, pero «prendas de piel» sonaba mejor, más contundente.

Gordon se acercó a la barra y cogió el vaso de vermut de Maddie.

—La casa invita. Siempre que se marche ahora mismo. Si se queda, no podrá pagarlo. No tiene suficiente dinero para quedarse aquí.

Ella sabía que él era un hombre poderoso. Pero como mujer blanca, daba por hecho que podía ganarle, incluso en su propio terreno. Él no se atrevería a hacerle daño.

—¿Y si no me marcho?

Gordon se volvió hacia el barman.

—Spike, por favor, acompáñala a la salida. Ahora mismo.

Por primera vez, el barman, que aparentemente se llamaba Spike, pareció perturbado. Probablemente había escoltado a muchos hombres e incluso a algunas mujeres hacia la salida. Pero no sabía cómo acercarse a Maddie, cómo tocarla. Tal vez esperaban que ella se acobardara y se marchara por su cuenta. Si era así, ella se sentiría orgullosa de ponerlos en evidencia. Shell Gordon había vuelto a poner el vermut sobre la barra. Ella lo levantó y le dio un sorbo.

Spike suspiró, levantó la puerta abatible de la barra y cruzó al otro lado. Era alto y fuerte. No le costaría nada hacerla bajar del taburete por la fuerza. Pero parecía reticente a ponerle las manos encima. A Maddie le recordó un perro de dibujos animados, tal vez el que había visto en *Donadio* con Seth. Aquel perro se llamaba *Fang*, o algo parecido. Tenía una voz áspera, como la del barman.

—Señorita...

—Señora.

Sonaba más imponente ser una mujer casada. Además, en rigor lo era.

—Le han pedido que se marche.

—No creo que tenga derecho a negarse a atender a alguien.

—Claro que lo tengo —repuso Shell Gordon.

—Entonces llame a la policía —dijo Maddie.

—¿Cree que no voy a llamarla?

—Creo que sí. Me encantaría saber cuál es el motivo de la denuncia.

—No atendemos a mujeres no acompañadas en el Flamingo. No es esa clase de sitio.

Maddie se rió, lo que pareció enfurecer a Shell Gordon más que cualquier otra cosa que ella hubiera dicho.

—El Flamingo es un club de categoría —continuó él mientras se le arrebolaba el rostro, que no era mucho más oscuro que el de Maddie—. Es un lugar para caballeros... y damas. Algunos de los mejores cómicos del país han actuado en el Flamingo. Es mi club y yo pongo las reglas. Si quiere venir a ver alguno de nuestros excelentes espectáculos musicales, vuelva con algún caballero. Si es que conoce a alguno.

Maddie evaluó la situación. Podía emprender una «sentada» de protesta, pero ¿con qué objetivo?

—No tengo ningún inconveniente en marcharme, si el señor... ¿Cuál era su apellido, señor? Está dispuesto a acompañarme hasta el coche. Este barrio no es muy seguro hoy en día.

—Acompáñala, Spike.

Una vez fuera, en Pennsylvania Avenue, donde el cielo todavía estaba claro y el clima era caluroso y húmedo, Maddie volvió a mentir:

—Está a algunas calles de aquí. Lo siento.

Él gruñó. Ella dejó pasar toda una manzana en silencio y luego dijo:

—¿Le caía bien?

—¿Qué?

—Cleo. ¿Le caía bien?

—Claro. Le caía bien a todo el mundo.

—Salvo al hombre que la mató, evidentemente.

Silencio.

—¿No me contaría alguna cosa sobre ella? Lo que sea. Un

detalle que no salga en los informes. —Hizo una pausa—. Y que no pueda averiguar yendo a la morgue.

Otro silencio prolongado, tanto que ella perdió la esperanza de que él volviera a hablar. Pero entonces:

—Era como un poema.

—¿Qué?

Ya no esperaba ninguna respuesta, mucho menos una que fuera tierna y provocativa al mismo tiempo.

—En la escuela nos hicieron aprender un poema de memoria. Nunca lo entendí. Pero era sobre una mujer cuya mirada se extendía por todas partes.

—«Mi última duquesa.»

—Podría ser.

—«Ella miraba y su mirada se extendía por todas partes.»

Él se encogió de hombros.

—Tenía una cita la noche que desapareció. Eso está fuera de discusión. Usted se lo dijo a la policía. Describió muy detalladamente tanto al hombre como a ella. Pero había otro hombre, ¿verdad? Un hombre al que usted veía más a menudo, aunque no esa noche.

—Mire, lo ha entendido todo mal.

—Me gustaría que me lo explicara.

—Está buscando debajo de las piedras, pero no hay nada. El otro hombre con el que ella salía no tuvo nada que ver con esto.

—¿Cómo está tan seguro? —Dedujo que aún podía andar dos o tres manzanas más antes de verse obligada a confesar que no tenía coche. Tal vez podía fingir que era la dueña de alguno aparcado en la calle, hacer como que buscaba las llaves—. Mire, cuando yo era joven, mucho más joven, tenía un secreto. Había un hombre, un hombre casado. Podría haberme arruinado la vida. Estuvo a punto de hacerlo, pero tuve suerte. Si no hay novio casado en su historia, entonces no hay nada

que decir. Pero Cleo tenía novio, ¿verdad? Y a todos parece aterrorizarles que la gente se entere de ello. ¿Por qué?

—Déjela en paz. Por favor.

—Cuénteme una cosa de ella que no sepa nadie. Sólo una.

Él pensó un momento.

—Ella no querría que usted le causara problemas a él. Le tenía cariño.

—¿Estaba enamorada de él?

—He dicho lo que he dicho. Usted piensa demasiado en las palabras. No son más que... palabras.

Maddie podría haber dicho que le tenía cariño a Milton, todavía. No era lo mismo que el amor. Apenas estaban en el mismo universo.

—Tengo la sensación de que usted sabe más de lo que me dice.

—Eso pasa con todos.

—¿Quiere decir que todos saben más de lo que dicen o que todos saben más que yo?

—Las dos cosas. No tiene coche, ¿verdad?

—No.

Al ver descubierto su engaño sintió que se mareaba.

—Le buscaré un taxi y le pagaré la carrera si promete no volver nunca más.

—No voy a prometer nada.

—Lo suponía. Le pagaré la carrera, de todas maneras.

No tardó en encontrar un taxi. Cuando ella ya estaba en el asiento trasero, él se inclinó y dijo:

—Va a hacer daño a alguien si no para esto. Tal vez incluso a usted misma.

Madame Claire le había dicho prácticamente lo mismo. Pero Madame Claire era una embustera, se dijo Maddie.

EL BARMAN

Sé detectar los problemas. Podría decirse que es como me gano la vida, mi verdadero trabajo, y lo de preparar cócteles no es más que para mantener las manos ocupadas. Yo estoy aquí para asegurarme de que si los problemas entran por la puerta vuelvan a salir de inmediato. El señor Gordon no tiene muy buena reputación, pero a mí me trata bien y yo hago todo lo que puedo para serle leal.

Pero cualquiera se habría dado cuenta de que esa mujer iba a traer problemas. Hasta la boba que sirve las mesas lo dedujo. Y al señor Gordon no se le escapa una. Cualquiera que trate de engañarlo está buscándose problemas.

Antes trabajaba para un tipo que se llama Maguire, que hacía negocios en el puerto. Era perista y sus operaciones no eran demasiado importantes, pero quiso ampliar el negocio y decidió montar una empresa de venta al detalle para mover dinero de manera legal. Pidió un préstamo para comprar un gran almacén en Southwest, donde pensaba vender material de derribo, y se metió en una situación inmanejable. Llegó a un punto en que ni siquiera vendiendo todo le alcanzaba para pagar lo que debía. Pero el señor Gordon es un hombre de negocios y siempre pone el ojo en el todopoderoso dólar. Se sentaron a hablar y discutieron lo que se podía hacer; el señor Gordon se mostró tan amable como cualquier director de banco, aunque estaba claro que las penalizaciones serían considerablemente más elevadas si los pagos no se cumplían de manera satisfactoria. Se quedó con el almacén y todo lo que había en él y redujo la deuda a una cifra que Maguire podía

cubrir. Durante la reunión, Gordon le preguntó a Maguire si estaba dispuesto a que yo me quedara con él, como una especie de pagaré, hasta que la deuda estuviera saldada. Yo creo que al señor Gordon le parecía divertido comprar a un hombre blanco. O tal vez lo que quería transmitir era que me mataría si mi jefe no pagaba a tiempo.

Mi jefe, sin pensárselo dos veces, respondió: «Claro, quédese con Tommy.» El señor Gordon dijo: «Tommy es nombre de chaval. Voy a llamarte Spike; te pareces a un perro que conocí, un spaniel que se llamaba Spike.» Vuelvo a pensar que le parecía divertido apoderarse de mí, cambiarme el nombre, compararme con un perro. Todos fingimos que aquello sería una situación temporal, pero yo sabía que, si hacía bien mi trabajo, el señor Gordon querría quedarse conmigo.

Y si no lo hacía bien... Bueno, no tenía ganas de averiguar lo que podría ocurrir si alguna vez decepcionaba al señor Gordon.

En aquel entonces la mayor parte de las ganancias de Shell Gordon procedían de las apuestas y las putas, pero ahora se ha metido en el tráfico de drogas. Y es que, sencillamente, es tal el dinero que puede ganarse con eso que quién no sucumbiría a la tentación. Aun así, le encanta el Flamingo y quiere convertirlo en un antro de clase. Es como si estuviera en guerra consigo mismo. Desea ser legal, pero hay demasiado dinero en juego. Y necesita ese dinero sucio para ser legal. Tal vez crea que algún día podrá dejar atrás todos esos asuntos, pero eso nunca va a ocurrir. Tiene demasiados secretos. Si eres listo, no hablas de ellos; jamás.

En el Flamingo, detrás de la barra, preparo las copas, pero mi trabajo principal consiste en controlar a las chicas, ayudarlas a encontrar ese punto óptimo entre acoger y servir. Para el señor Gordon es importante que el Flamingo sea respetable. Tiene muchos otros sitios donde explotar a chicas y,

a decir verdad, así es como terminan muchas de las del Flamingo, pero él no piensa tolerar nada de eso dentro del club. Sabe que la gente dice que es una triste imitación del Phoenix, pero, por otra parte, casi todo lo que hay en Pennsylvania Avenue es una triste imitación de lo que había antes. Las tiendas, las casas, hasta la gente anda más encorvada y está más sucia. Si las chicas quieren salir con los clientes, no hay problema, pero tienen que hacerlo en su tiempo libre y con su propia ropa. Aquí no regentamos un burdel. Éste es un lugar respetable donde actúan los mejores cómicos de segunda categoría —los de primera categoría van al Phoenix; no tiene ningún sentido engañarse—, donde los caballeros y las damas deberían sentirse como en su casa.

Ezequiel «EZ» Taylor es el cliente favorito de Gordon. Está encantado con ese tío. Es un hombre corpulento, tímido, que no habla mucho. Viene por la música. Casi nunca bebe. Pide un oporto para acompañar a los otros, pero siempre lo deja en la copa toda la noche y luego paga la cuenta. Es así de educado. Quiere que los que lo acompañan se sientan bien, cómodos. Eso es lo que Gordon ve en él, ese toma y daca con los demás. Eso y su cabeza para los números, que es casi tan buena como la del propio Gordon.

Una vez se lo pregunté.

—¿Qué hay con las tintorerías, señor Taylor? No creo que sirvan para hacerse rico.

Él me contestó:

—Piénsalo, Spike. ¿Quién compra ropa que hay que lavar en seco?

—Los ricos —dije—. Pero...

Me dio vergüenza terminar la frase. Él sonrió. Es que él era así. Quería que la gente se sintiera cómoda siempre.

—Ibas a decir: «Los negros no tienen dinero.»

—Quiero decir, algunos sí. Como usted, evidentemente,

señor Taylor. Y el señor Gordon.

—Hay bastantes más. Más de los que crees, y la cantidad no deja de crecer. La cuestión es que lo único que necesitas son personas con aspiraciones. Digamos, por ejemplo, que tenemos una dama que da clases en la escuela y ahorra para comprarse un abrigo bueno, uno de piel. ¿Dónde va a llevarlo cuando llegue el momento de lavarlo y guardarlo? ¿Crees que quiere trasladarse a la zona norte y encontrar un sitio allí? No, quiere llevarlo a un lugar de su propio barrio. Y por eso la tintorería EZ Kleeners tiene...

—«Cinco cómodas sucursales en el área metropolitana de Baltimore. ¡Así de fácil!»

Era uno de esos anuncios que todos conocían en Baltimore, igual que «¡Mami, llama a Mudanzas Hampden!» o «Más salchichas Park, mami... ¡por favor!» Ray Parks le había proporcionado a Willie Adams un billete para la respetabilidad; Shell Gordon piensa que EZ Taylor puede hacer lo mismo por él.

—A la gente le gusta gastarse su dinero en su barrio, si puede. ¿Y sabes otra cosa, Spike? En tu nombre está tu destino. Yo nací Taylor. O sea, sastre. ¿Lo entiendes? Empecé en Hamburgers, haciendo arreglos. Pero la cuestión es que un hombre se hace arreglar un traje una vez. En cambio tiene que mandarlo a lavar muchas veces. Eso era lo único que yo tenía, una idea, pero era todo lo que necesitaba. Ofrecer lo que todos necesitan, todo el tiempo. Abrí la primera EZ Kleeners a seis calles de aquí justo después de la guerra. ¿Cuál es tu idea, Spike? Tal vez esté en tu nombre. Quizá deberías montar una tienda de cuchillos o una empresa de seguridad.

Sonreí, porque Spike no es mi nombre. Me llamo Thomas Ludlow y no se me ocurre cuál puede ser mi destino. Me veo a mí mismo como un caballero, buscando damas que salvar, pero mi nombre sugiere a una persona que no levanta cabeza. ¿Ludlow? Suena a «*laid low*», es decir, «retraído», «abatido».

De todas formas, ¿quién era yo para discutir con EZ Taylor? Él es rico. Yo soy un chaval de Remington que trabajaba para un criminal de poca monta que se metió en deudas de juego con Shell Gordon y luego me vendió. En cualquier caso, EZ me caía bien. Como a todos. Es el tío más amable, más agradable que te puedas encontrar. No se merece que una periodista se ponga a hurgar en su vida. Él no hizo nada, de eso estoy totalmente seguro. Tiene derecho a ir por la vida despreocupadamente, ignorando lo que pasa bajo la superficie. Ésa es una de las mayores ventajas de ser rico. Puedes ir por la vida sin prestar atención a nada.

Incluso cuando empezó a colarse por Cleo, seguía cayéndome bien. Muchos hombres se quedaban embelesados con Cleo. Yo soy uno de ellos. Aunque jamás hubo nada entre nosotros. Para interesarse en un hombre, Cleo exigía una de estas dos cosas: que fuera atractivo o que tuviera una cartera bien provista. Yo no tengo nada de eso. Nunca alcanzaré la primera y las cosas no pintan muy bien para la segunda.

Pero me dio igual. Luego vi que ella se enamoraba del señor Taylor, lo que no me esperaba. Quiero decir que se enamoró de verdad, no es que se quedara prendada de él sólo por los regalos. Ella no me contaba nada, pero se la veía radiante. Él la llevaba a sitios donde nunca había estado. A restaurantes, incluso a viajes fuera de la ciudad. Yo no dejaba de pensar: «Esto es puro teatro, ella no puede amar a un hombre tan viejo, por mucho dinero que tenga.» Pero en poco tiempo a los dos se los veía tan exultantes y felices que hasta Gordon se dio cuenta. Y no se alegró.

—Esto tiene que parar —me dijo.

Me mostré de acuerdo. No soy Cupido. No decido quién ama a quién. Pero pusimos a Cleo detrás de la barra, conmigo, y no la dejábamos circular por el club cuando estaba el señor Taylor.

Gordon, además, tuvo una breve conversación con EZ. Y éste dijo que sí, que sí, que sí, que lo entendía, que tenía que ser un hombre felizmente casado para ayudar a Gordon a cumplir sus sueños. A continuación Gordon tuvo una charla con Cleo y ella le prometió que rompería la relación, con delicadeza. Pero lo único que Gordon consiguió fue que se escondieran todavía más, lo que hizo que la situación fuera aún más excitante. Empezaron a hacerlo a espaldas de todos, no sólo de la señora Taylor. A Cleo le brillaban los ojos como esmeraldas. Era una competición y ella estaba segura de que ganaría. No podría haberte dicho cuál era el premio aunque se lo preguntaras. Lo sé. Yo se lo pregunté. Lo único que quería era ganar. Hablaba de ir a ver a la señora Taylor y contárselo todo.

Entonces llegó el día en que el señor Gordon me pidió que hiciera algo terrible. Le contesté que no podía. Él me dijo que si no lo hacía se lo pediría a algún otro, a alguien a quien no le importara cómo se hiciera. Cleo debía desaparecer. No importaba cómo, no importaba cuándo, pero tenía que ser yo. Y si yo no estaba dispuesto a hacerlo, entonces tal vez yo no era de fiar. Tal vez yo también debía desaparecer. Era una locura lo que pedía. Ni siquiera era bueno para los negocios. Pero no tenía nada que ver con los negocios, punto.

¿Es necesario que sea más explícito?

Después de dejar a la reportera en el taxi, no tengo ganas de volver al trabajo. Me duele el corazón, me siento solo, como me ocurre cada noche desde el 31 de diciembre. Recuerdo haberle preguntado sobre su ropa. «¿Cómo se llama esa clase de abrigo abierto por delante? ¿Para qué sirven los guantes con agujeros?» Porque sabía que después tendría que poder hacer una descripción muy detallada.

La echo de menos. La echo de menos todos los días. Puede que yo la eche de menos más que nadie en el mundo. No me importaba que no me quisiera.

En cuanto a lo otro... Bueno, trato de no pensar en lo otro.

Oh, Tommy. Yo era la única que te llamaba así, ¿recuerdas? No Spike. Spike jamás. Tommy. Spike es nombre de perro y tú no eras la mascota de nadie. Ni siquiera la mía. Te subestimé, Tommy. Pero todo el mundo lo hizo.

Pero mírame, encima pidiéndote disculpas. Puede que tu vida no sea gran cosa, pero sigue siendo tuya, sigues teniéndola. No te culpo, pero no pienso sentir pena por ti.

Tommy.

JULIO DE 1966

—Son... alucinantes —dijo Judith examinando las telas sobre el mostrador de la Store.

—He recuperado la máquina de coser de mi antigua casa —explicó Maddie—. Podría confeccionarte un vestido de verano sin ningún problema. Ese patrón de Butterick que usé para el vestido que llevo hoy creo que te iría bien, con un pequeño arreglo.

Judith era más ancha de caderas que Maddie y más estrecha en el busto, pero no por mucho, y el patrón era bastante flexible.

—No suelo llevar vestidos estampados —respondió Judith —. Déjame pensarlo.

Maddie se sintió rechazada. No, en realidad sintió que debería sentirse rechazada, pero luego pensó que sus gustos eran más modernos que los de su joven amiga. A pesar de su juventud, Judith era una mujer conservadora en muchos aspectos. Seguía llevando el pelo cardado, con las puntas hacia arriba, mientras que Maddie había adoptado la costumbre de recogérselo en un moño para ir a la oficina y, literalmente, se soltaba el pelo cuando no estaba trabajando. Y era cierto: Judith no solía ponerse muchos estampados. Le gustaba llevar vestidos sobrios y que hicieran juego con los zapatos y el bolso; todos los complementos debían tener el mismo color. Ese día iba de amarillo: zapatos amarillos, un vestido holgado amarillo y un cárdigan de lino color amarillo pastel, que llevaba ajustado en los hombros con un broche de cuello con cadena de mariposa.

—Qué bonito —dijo Maddie tocando con un dedo la punta dorada de la mariposa, cuyos verdes ojos resplandecían.

—Es del Korvette's —explicó Judith—. Sólo me ha costado 2,98 dólares.

Maddie abrió los ojos, como si ese dato la asombrara. El broche era bonito, a su manera, y no parecía del Korvette's. Pero allí, entre aquellos diseños de Betty Cooke, la mariposa de oro falso con sus ojos de vidrio verde era casi una afrenta. Decidió comprarse un rollo de tela para ella y, mientras tanto, miró las joyas de reojo y con expresión anhelante. «Ay, cómo me gustaría poder comprar estas cosas tan preciosas.» Pero era muy poco habitual que un hombre entendiera lo hermosos que eran esos objetos. Los hombres tenían ideas muy tradicionales de lo que deseaban las mujeres. El misterioso novio de Cleo Sherwood, al que Maddie aún no había logrado identificar, le compraba ropa, no joyas. Ese detalle seguía llamándole la atención. Una estola de piel, en sí, no era tan sorprendente. Pero las otras prendas... un traje de Chanel. (Bueno, una imitación, pero excelente.) Ese vestido tan llamativo, como los que llevaban las Supremes. Aquel otro vestidito negro del Wanamaker's, que era perfecto. No parecían los típicos regalos que un hombre le haría a su amante, si así podía describirse a Cleo Sherwood.

Tampoco importaba. Maddie había perdido tanto tiempo investigando a Cleo Sherwood que a nadie le interesaba lo que había descubierto. Primero había propuesto un artículo sobre la parapsicóloga y luego otro sobre los angustiados padres, pero la única respuesta que había obtenido era no, ahora no.

—Puede que dentro de un año —le había dicho Cal—. Para el aniversario.

—¿El aniversario?

¿Cómo era posible que se invocara una palabra tan bonita para esta circunstancia?

—Ya sabes, cuando se cumpla un año del día en que desapareció, o, mejor aún, un año del día en que la encontraron. Verdura, verdura, verdura.

Junio de 1967, tal vez enero, si tenía suerte. Le parecía una eternidad.

Mientras comían en el Village Roost, le contó a Judith sus penas del trabajo. Las dos mujeres se relacionaban de un modo peculiar. Conversaban, como es habitual que lo hagan las mujeres, pero era como si pronunciaran monólogos no conectados entre sí, reducidos a fragmentos socialmente aceptables. Maddie hablaba de su trabajo. Judith insinuó, no por primera vez, lo mucho que deseaba disponer de algún sitio privado en el que pudiera «encontrarse» con su novio.

—¿Paul no tiene casa?

—No es Paul —dijo Judith—. Es uno nuevo. Su padre ha fallecido, así que vive en la casa familiar con su madre y tiene una hermana mucho más joven. Es imposible tener intimidad en ese sitio.

—¿Tienes un nuevo novio?

Judith se sonrojó. Maddie se dio cuenta de que era posible que una mujer se sonrojara de orgullo.

—¡Supongo que tengo dos! No sé cómo me he metido en esta situación, Maddie. Este tío, Patrick Monaghan, me echó los tejos después de esa cita doble del autocine de hace dos semanas. Normalmente yo no soñaría con ir a un autocine si no fuera una cita doble, porque, bueno, ya sabes.

Maddie lo sabía, aunque jamás había asistido a un autocine sin Seth en el asiento trasero. Cuando tenía siete años, a Seth le emocionaba mucho la aventura de ir al cine en pijama y ver la película a través del parabrisas. Los autocines eran un sitio extraño. Casi todo lo relacionado con la experiencia de ver la película en sí era peor de lo esperable: el sonido, la película, la calidad de la proyección, las bebidas, que había que ir a buscar

muy lejos. Sin embargo, para un niño la novedad estaba por encima de todo. ¿Cómo era posible que aquel niñito que se excitaba con tanta facilidad por el mundo que lo rodeaba hubiera terminado siendo hosco y monosilábico? ¿Se comportaría de la misma manera con Milton? Le habría gustado poder preguntárselo.

—Paul conocía a Patrick del instituto y yo lo había visto en las reuniones en el Club Demócrata Stonewall. Lo emparejamos con una chica que conozco. Juro que yo no lo planeé.

«O sea que lo planeaste», pensó Maddie.

—En resumidas cuentas, me llamó al día siguiente y lo cierto es que tiene algo. Pero... ¡Un Monaghan! Mis padres se morirían. Y no es mucho más respetable que un policía. Trabaja en el Consejo Estatal de Control de Bebidas Alcohólicas. Pero, bueno, es mono. Un tío fuerte y callado. Creo que podría enamorarme de él.

—Suena... prematuro encontrarse con él en un sitio privado.

—¡Hemos de tener cuidado! Quiero decir, sigo viendo a Paul, y si la otra chica se enterara de que Patrick va por mí se vendría abajo. Estamos pensando en los demás.

«Estáis pensando en los demás al mismo tiempo que los engañáis», se dijo Maddie. Pero ¿realmente era engañarlos? La otra chica no podía reclamarle nada a ese tal Patrick; Judith jamás había ido en serio con Paul. No podía. Como le había explicado a Maddie varias veces, tenía que casarse con un judío. Pero, por otra parte... tampoco podía ir en serio con Patrick por el mismo motivo.

—Amores secretos —musitó—. El mundo está lleno de amores secretos. —Se dio cuenta de lo cerca que había estado de revelar sus propios secretos y se apresuró en añadir—: Pienso en Cleo Sherwood, por supuesto. Estoy segura de que tenía un novio o... un mecenas. Pero nadie quiere decirme nada. Fui al Flamingo y me trataron como si fuera una leprosa.

—¿El club de Shell Gordon? —preguntó Judith.

—Sí, ordenó que me echaran. —Un poco melodramático, pero, en esencia, cierto.

—Bueno, si Shell Gordon está preocupado, probablemente tenga algo que ver con Ezekiel Taylor.

Maddie debería haberse sentido emocionada al oír ese nombre, cualquier nombre. Sin embargo, le resultó decepcionante que el dato que estaba buscando surgiera de manera tan despreocupada de los labios de aquella joven y darse cuenta de que podía haberlo conseguido mucho antes si se le hubiera ocurrido hacerle más preguntas a Judith tan pronto se trajo a colación a Shell Gordon.

—¿Dónde he oído ese nombre?

—Tú seguramente en ningún sitio. —Tal vez fuera fruto de su imaginación, pero Maddie tuvo la impresión de que Judith subrayaba ese «tú», como si la ignorancia de Maddie fuera específicamente suya y cualquiera lo hubiera sabido—. Pero sí habrás oído hablar de EZ Kleeners. «¡Haya lo que haya que lavar, EZ lo hace así de fácil!»

—Es una tintorería, ¿verdad?

Bolsas de plástico. Toda la ropa estaba en bolsas de plástico. Había examinado las etiquetas, pero tal vez lo que importaba eran los resguardos de la tintorería, el papel en las perchas.

—Sí. También es el hombre que apoya Shell Gordon para que derrote a Verna Welcome en la cuarta circunscripción.

—¿Y Taylor era el novio de Cleo Sherwood?

—Ni idea. Lo único que he dicho es que, si Shell Gordon estaba protegiendo a alguien, Taylor sería la persona más probable. Esos dos son como uña y carne, y no es sólo una expresión. En EZ Kleeners no sólo lavan ropa, o al menos eso se dice.

—¿Quién lo dice?

Sonrió y se encogió de hombros.

—La gente. Los amigos de mi tío. También dicen que Shell Gordon es el soltero de oro de Baltimore, por si sirve de algo.

Maddie le dio unas vueltas a la frase, hasta que finalmente la entendió.

—De modo que Ezekiel Taylor es candidato a senador. Evidentemente, un hombre que se postula a un cargo como ése no puede tener novia.

—Oh, sí que puede, Maddie. Pero tiene que mantenerla oculta. Yo no sé nada, en realidad, pero si EZ Taylor estaba saliendo con esta mujer que tanto te obsesiona, lo único que tenía que hacer era ser discreto. Las mujeres no van a votar a un hombre que humille a su esposa, especialmente las mujeres negras, sobre todo cuando la titular actual del cargo es mujer y también se presenta. Pero Taylor se ciñe a las reglas del juego, aparece en público con su esposa, no agita las olas. —Sonrió al ver la expresión maravillada de Maddie—. Ya te lo dije, el Club Demócrata Stonewall es un buen lugar para conocer gente. Y para enterarse de los últimos cotilleos. Ahora sé mucho sobre cómo funciona el ayuntamiento. Y estoy haciendo contactos. Uno de los senadores estatales que conoce mi hermano piensa que puede conseguirme empleo en una agencia federal, una de las buenas. Pero necesitaría encontrar la manera de ir y venir, está en Ford Meade... Probablemente ya he hablado demasiado.

—Todos insisten en que el novio no tiene importancia porque Cleo salió con otro hombre aquella Nochevieja, uno al que nadie conoce —dijo Maddie, casi para sí misma—. Pero ¿y si era todo parte de un plan? ¿Y si alguien envió a ese hombre a matar a Cleo?

—¿Y si Cleo murió cuando estaba con Taylor y tuvieron que inventarse una historia para ocultar lo que había ocurrido? Como suele decirse, no dejes que te atrapen con una chica muerta... o con un chico vivo.

—¿Quién lo dice?

Judith se limitó a reírse.

—En cualquier caso, ¿vas a pensarlo?

—¿Voy a pensar qué cosa?

—Dejarme usar tu piso cuando no estés.

—Estoy siempre, Judith. Salvo los miércoles, cuando ceno con Seth.

—Incluso ese ratito sería suficiente.

Era cierto y Maddie lo sabía. Sería suficiente. Hasta podría ser demasiado.

—Judith, por favor, ve con cuidado.

—Siempre voy con cuidado.

—Con el corazón. Eso es lo que jamás nos dicen. Se pasan todo el tiempo asegurándose de que... nos protejamos el cuerpo. Pero los cuerpos son resistentes, pueden soportar mucho dolor. En cambio, el corazón... Si el primer hombre al que dejes entrar en tu corazón no es una buena persona, jamás volverás a ser la misma.

Judith se ruborizó, pero esta vez de una manera más tradicional, con el rojo subido de una vergüenza intensa.

—Sinceramente, Maddie, lo único que haremos es... bueno, no vamos a hacer eso.

—Podrías encontrarte con él en el cine, como hiciste con Paul.

—Pero yo quiero hablar con este hombre —insistió Judith, casi como si la sorprendiera su propio deseo—. Si sólo se tratara de darnos el lote, bueno, sí, claro, podríamos ir al cine. Pero quiero conocerlo. Es muy callado. Aquella noche en el autocine me di cuenta de cómo me miraba. Él también quiere conocerme. Pero ni siquiera puedo charlar con él por teléfono sin que mis padres empiecen a sospechar.

Maddie no solía sentir envidia por otras mujeres, pero en ese momento experimentó una punzada. Ferdie también era de los fuertes y callados. Llevaba seis meses viéndolo y casi no

sabía nada de él.

—¿Cómo encuentro al tal Ezekiel Taylor?

—Maddie, en serio, deberías conocer a mi hermano, que está metido en política.

—Judith, yo no... Estoy feliz así. No necesito que me busquen novio.

—Mi hermano tampoco está buscando novia. Pero sabe cosas, Maddie. Puede ayudarte a situarte en el camino correcto. No dejo de decírtelo...

—Ya sé, ya sé. Debería ir a las reuniones en el Club Demócrata Stonewall.

EL EMPRENDEDOR

Apenas entro en el bar del Lord Baltimore me doy cuenta de cuál de las morenas es mi morena, la que mi hermanita me pidió que viniera a ver. La mujer tiembla como un perro de caza mientras come un pretzel tras otro. Judith me ha asegurado que no es un encuentro social. Por Dios, así lo espero. Judith parece ser la única de la familia que más o menos se hace una idea de cómo soy, aunque jamás hablamos al respecto, por supuesto. Le dice a la gente que estoy casado con mi trabajo, que soy demasiado ambicioso como para tener relaciones amorosas, mucho menos un matrimonio y una familia. Eso no es del todo falso. Es más cierto que la mayoría de las cosas que podrían decirse sobre mí. Yo no tendría tiempo para dedicarle a una familia, incluso si quisiera formar una.

Pero, por el amor de Dios, si fuera a escoger una novia, mi madre se moriría de alegría si fuera alguien como esta Madeline Morgenstern Schwartz, aunque al enterarse de que es divorciada se echaría para atrás. Mi madre es muy dura con las otras mujeres. ¿Podéis reprochárselo? Mi padre... Bueno, digamos que hemos sido afortunados de que la única *shanda* pública de la familia Weinstein fuera la quiebra de la tienda Weinstein. Tampoco es que yo sepa algo. No quiero saber nada. Ésa es la especialidad de la familia Weinstein: no hacer preguntas, no mirar debajo de las piedras.

Ella le da sorbos a un Martini, con expresión recatada. El «modo coqueteo» se le activa de forma automática y yo me doy cuenta de inmediato; para ella es tan natural como respirar. Las mujeres con las que interactúo por mi trabajo son coquetas o

avasalladoras. A veces me pregunto en cuál de esos bandos terminará Judith. Sospecho que, una vez que atrape a un tío, será como nuestra madre, tratará de controlarlo todo, que obviamente es la manera de actuar de los que no controlan nada. No creo que Judith se haya dado cuenta de todas las cosas que yo he deducido respecto de mis padres. Era muy pequeña, una bebé en realidad, cuando todo aquello sucedió. Sigue siéndolo, en cierta forma; sigue viviendo en casa. Cree que quiere marcharse, pero no sé por qué. Estoy tratando de conseguirle un puesto de secretaria en la NSA a través de un conocido de un conocido. Detesto pedir favores, no me gusta estar en la lista de deudores de nadie. Pero por Judith sí lo haría, aunque si ella piensa que le van a permitir que se mude a Howard County es que no conoce a nuestra madre. Lo único que la sacará de esa casa es un matrimonio. Y mejor que el tipo sea judío. Judith se muere por tener un romance con un *shegetz*. Cree que no me doy cuenta, pero sí. Pelirrojos. Siempre está rodeada de pelirrojos. Mejor que se saque esa adicción del organismo o va a terminar desheredada, aunque tampoco es que haya nada que heredar.

—¿Qué necesita saber?

—¿Por qué Shell Gordon quiere que Ezekiel Taylor obtenga la nominación demócrata para el Senado?

Me encanta cómo desenfunda el arma de entrada. Los periodistas experimentados hablan mucho, juegan contigo, te hacen perder el tiempo. Esta mujer no tiene la menor idea de lo que hace, pero al menos eso significa que no estaré aquí mucho rato.

—Ve una oportunidad, pura y simplemente. Willie Adams tiene problemas con Verna Welcome, cree que no le es leal. Jerry Pollock, que en otra época controlaba la cuarta circunscripción, piensa que puede recuperar el escaño. Con tantos aspirantes y dos escaños senatoriales en juego, podría

pasar cualquier cosa. De todas maneras, lamento desilusionarla, pero Shell no tenía ningún motivo para deshacerse de Cleo Sherwood. Ella hacía feliz a Ezekiel y el romance le daba a Shell todavía más poder sobre él.

No le cuento que me he enterado de que Shell está tratando de encontrarle nuevas chicas a EZ, pero que éste no quiere saber nada al respecto, al menos por ahora. Tal vez esté esperando el resultado de las elecciones, ver si va a tener que aplicar un nuevo nivel de discreción. Tampoco tiene muchas posibilidades de ganar y tal vez lo prefiera. Pero Shell no va a darse por vencido con Taylor. Es como una de esas esposas insistentes que obligan a su marido a ser ambicioso.

La chica frunce el ceño. El gesto la favorece.

—Pero si ella hubiera hecho pública la relación, si hubiera provocado un escándalo, habría sido perjudicial para todos.

—Las chicas de esa clase jamás provocan escándalos. Ella sabía dónde se metía. Además, la noche que desapareció estaba con otro hombre. Ese hecho ya se ha establecido.

—¿Sí?

Me cuesta mucho no extender la mano y palmearle esa cabecita tozuda.

—A todos les encantan las teorías conspirativas. Seguro que usted piensa que la Comisión Warren se equivocó cuando dictaminó que Lee Harvey Oswald había actuado solo.

—No... No. Jamás se me había ocurrido cuestionar eso.

—La vida es muy sencilla, señorita.

—Señora —me corrigió.

—En la mayoría de casos, las cosas son lo que parecen. Tal vez eso no sirva para hacer buenas películas o artículos de primera página, pero así funciona el mundo. Sí, vale, a esta chica la encontraron en la fuente y salía con EZ Taylor. Los hombres exitosos, los hombres ricos, siempre tienen alguna mujer oculta. Tampoco es para tanto.

—Pero él no podría presentarse para un cargo político si la gente se enterara.

—Nadie iba a enterarse. Pasa todo el tiempo, querida. —Je. «Querida» no le gustó más que «señorita». Ten cuidado con lo que deseas, cariño—. Todo el tiempo, en todos los niveles. Los hombres son hombres. Los mismos presidentes tienen líos... Fíjese en Warren Harding. Franklin Delano Roosevelt, probablemente. Lyndon B. Johnson, casi seguro. Pero se sobreentiende que si uno es discreto y guarda las apariencias, nadie habla de ello. Y, por otra parte, Taylor tiene pocas posibilidades. Shell no ha construido la coalición que necesita para meter su propio candidato. Puede que lo consiga dentro de dos o cuatro años, pero este año no.

Ella parece escarmentada, pero no derrotada. Por la forma en que aprieta la mandíbula, presiento que va a seguir adelante. No es problema mío. Le he explicado cómo funcionan las cosas, tal cual le prometí a mi hermanita. Política de Maryland, primer curso. Todo tiene que ver con el dinero y la organización. La verdadera competición tiene lugar en las primarias del partido demócrata, especialmente en la ciudad de Baltimore, y en ella el ganador se queda con todo; no hay una segunda votación. La mañana del 14 de septiembre se sabrá quiénes son los ganadores, aunque seguiremos simulando que la contienda se dirime en noviembre.

Intento pagar las copas, pero ella coge la cuenta y dice que la pasará como gastos. Que una reportera gráfica no puede aceptar que sus fuentes la inviten a nada. Me pregunto dónde habrá oído semejante cosa. Yo invito a periodistas todo el tiempo, les mando botellas de whisky para Navidad y jamones para Pascua.

Nos separamos en la esquina de Charles y Mulberry. Está a punto de anochecer, pero ella dice que vive muy cerca.

—¿Usted vive por aquí? —me pregunta.

—Oh, cogeré el autobús en Charles Street —le digo sin responder a su pregunta.

Una vez que estoy solo, doy un rodeo, aunque tampoco me sigue nadie. Me dirijo al Leon's, un sitio discreto de Park Avenue, a menos de diez calles de donde vive ella, aunque en realidad es un universo totalmente diferente.

Una vez allí, me doy cuenta de que lo único que quiero es tomar una copa. No tengo energía para compañía. Me quito un peso de encima apenas traspaso la puerta del Leon's. A veces es un alivio tomar una copa en un sitio en el que puedo ser yo mismo. Donde, finalmente, puedo ser yo. No Donald Weinstein, el que lo soluciona todo, el buen tipo, el esforzado jefe de personal de un hombre que puede ser alcalde dentro de ocho años. Antes era un don nadie, un soldado raso, pero ahora soy un emprendedor, el que manda, el que hace pactos, el que consigue que las cosas se hagan. En realidad, sabré que he triunfado de verdad cuando me pongan un apodo, como Harry «Zapatos Blancos» McGuirk o incluso Stewart «Cáscara de Cacahuete» Gordon, al que veo con un vaso de cerveza en un rincón. No me importa cuál pueda ser mi apodo, siempre que no sea *fagalah*.

Mi vida, mis preferencias sexuales, son conocidas por bastante gente, pero nadie las menciona. Imagino que esas personas —mi jefe, mi hermana— piensan que me hacen un favor ignorando lo evidente, haciendo chistes sobre los «solteros de Baltimore». Tengo dos amigos, Ron y Bill, que comparten una casita en un vecindario alejado de la zona noroeste, y todo el mundo parece creer que son dos hombres solteros que salen todo el tiempo en busca de mujeres. Ron conduce un llamativo coche deportivo y los dos son apuestos. El año pasado fui a visitarlos en Halloween y el niño de enfrente vino a la puerta a pedir dulces vestido de mujer. Todos nos echamos a reír y le dimos caramelos extra al chaval. Un día

él recordará aquello y conectará la línea de puntos: una casa llena de hombres en la fiesta de Halloween. Vaya, si hasta es posible que un día sea uno de los nuestros. ¿Quién sabe? Yo entré en la adolescencia sin reconocérmelo y no fue hasta después de cumplir los veinte cuando me atreví a actuar de acuerdo con mis deseos. Y he de tener mucho cuidado, mientras que los Ezekiel Taylor de este mundo sólo tienen que intentar no avergonzar a sus esposas.

Uno de mis primeros mentores me dijo una vez que el secreto de que te vaya bien en el trabajo es llevar un bloc de notas y tener siempre el ceño fruncido; todos supondrán que estás haciendo algo importante. Pero yo siento como si mi propia vida fuera también así: recorro las calles de Baltimore siempre con un bloc invisible, el ceño fruncido en un gesto de concentración, y nadie se da cuenta de lo que realmente tengo entre manos. «Está casado con su trabajo», dice mi madre, con orgullo y exasperación a partes iguales.

Es cierto. ¿Qué alternativa tengo?

JULIO DE 1966

Le había preocupado la posibilidad de que el hermano de Judith insistiera en acompañarla hasta su casa, incluso que se le insinuara. Apenas llegó a una calle al oeste de Charles, paró un taxi.

Los hombres no iban a ayudarla, después de todo. Había llegado a esa conclusión. Los hombres se guardaban los secretos entre sí. Los hombres ponían a los hombres primero. No tenía sentido que a Cleo Sherwood la hubiera matado un desconocido con jersey de cuello alto a quien nadie había vuelto a ver. Sí, claro, podría haber sucedido. A las mujeres les pasaban cosas malas todo el tiempo. Pero Maddie estaba segura de que la conexión era Ezekiel Taylor. Y eso no le importaba a nadie porque Cleo no le importaba a nadie. Bueno, a Maddie sí. Le importaba lo bastante como para cuestionar la coartada del señor Taylor. Y había una sola manera de hacerlo, gracias a una sola persona.

El taxi la llevó a una de esas manzanas cerca del parque que todavía conservaba su elegancia. Y, en el acto, se percató de que no estaba tan lejos del lago, de la fuente. Sus abuelos maternos habían vivido en esa calle en otra época; Park School había tenido su primer edificio no lejos de allí. Todavía era relativamente temprano. Apostaba a que el señor Taylor no era de los que se daban prisa por volver a casa. Los hombres casados que se entretenían con mujeres jóvenes no se daban prisa por volver a su casa; eso Maddie lo sabía. Sabía más de lo que le habría gustado sobre los hombres casados. Era hora de que ese conocimiento le sirviera de algo. Así como se había

basado en sus recuerdos del sitio adonde iba a besuquearse con los chicos para encontrar el cuerpo de Tessie Fine, recurriría a su propia experiencia para orientarse en la investigación de la vida de una joven que había cometido un error similar. Maddie jamás se había encarado con la esposa de su amante. Pero sí estaba decidida a hablar cara a cara con la mujer que estaba casada con el amante de Cleo Sherwood.

La casa de los Taylor era una gran dama entre rufianes. La mayoría de las demás casas grandes estaban subdivididas; en todo el barrio había señales reveladoras de que aquella zona estaba perdiendo cualquier atisbo de respeto por sí misma que hubiera tenido en el pasado. Los diminutos jardines estaban descuidados, y en los bien recortados setos que protegían el hogar de los Taylor alguien había tirado el envoltorio de una chocolatina. Los negros de posición económica más acomodada estaban empezando a abandonar el vecindario, tal y como habían hecho los judíos de la generación de Milton. Estas hermosas casas unifamiliares —no eran adosadas; en esta zona no había nada así; estas viviendas eran demasiado anchas, tenían una arquitectura demasiado distinguida— habían representado mucho en otra época. Sueños y aspiraciones. Pero llegaría el día en que todas terminarían reducidas a un montón de pisos improvisados. Era sorprendente que la de los Taylor permaneciera intacta.

Una vez se apeó del taxi, se quedó varios minutos en la acera, sintiéndose fuera de lugar, pero sin darle importancia. Estaba harta de preocuparse por lo que los otros pensaban de ella, y todavía más harta de sentir esa frustración constante que le provocaban. En primer lugar, Shell Gordon y los que trabajaban para él. Pero también los policías, los reporteros e incluso Donald, el hermano de Judith. Todos le decían que mirara para otro lado, que no prestara atención a un sistema antiquísimo según el cual los hombres prosperaban y las

mujeres molestas desaparecían.

No pensaba tolerarlo. Clavó la mandíbula, enderezó los hombros, avanzó a paso ligero hacia esa preciosa casa con vidrieras de colores y llamó al timbre.

LA ESPOSA

Al atisbar en la galería a esa mujer blanca de ademanes tan atrevidos, deseo por primera vez haberle hecho caso a Ezekiel cuando me sugirió que tuviéramos criados. Claro que tenemos personal de servicio —una chica joven (no demasiado joven), que viene una vez a la semana y se ocupa de las tareas de limpieza más pesadas—, pero hace unos años a Ezekiel se le metió en la cabeza que debíamos tener servicio que se quedara a dormir. Al menos, así fue cómo me lo planteó.

Un día bajé y me lo encontré sentado a la mesa de la cocina con una pareja joven, marido y mujer (o al menos eso dijeron, o eso fue lo que yo pensé, aunque también podrían haber sido hermanos, supongo). Venían del campo y acababan de bajarse del autobús. Hasta olían a granja; probablemente se habían ocupado de sus tareas esa misma mañana, antes de marcharse. Estaban huyendo de algo, estoy segura.

Pero Ezekiel, que siempre se interesaba por los jóvenes, porque, según sus propias palabras, no habíamos sido bendecidos con hijos propios, los había visto en aquella horrible cafetería cerca de la estación de autobuses y los había traído a nuestra casa. Al menos había tenido la sensatez de no permitirles que dejaran huellas sobre las alfombras, de hacerlos pasar por la puerta trasera directamente a la cocina.

—Él es Douglas Frederick —dijo—, y ella, Claudia Frederick. Vienen del condado de Dorchester. —Nótese que no me explicó por qué tenían el mismo apellido. De modo que podrían haber sido marido y mujer o hermano y hermana—. Se han metido en un lío, aunque no es culpa de ellos, y les pareció

que lo mejor era marcharse de Cambridge.

—Mmm —fue lo único que dije, pero yo sabía lo que estaba pasando en Cambridge en el verano de 1963.

—Asuntos de familia —añadió el hombre.

Era listo, lo noté de inmediato, pero no tanto como se pensaba; jamás sería lo bastante listo como para engañar a Ezekiel Taylor. Había confundido la amabilidad de mi marido con la debilidad, mientras que la verdad era que Ezekiel podía permitirse ser amable porque no tenía ninguna debilidad. Bueno, una sola. Lo lleva en la sangre y no puede evitarlo. Si llevas algo en la sangre, ¿qué puedes hacer?

La chica no dijo nada. Daba la impresión de que estaba acostumbrada a que los hombres hablaran por ella, alrededor de ella y acerca de ella. Tenía ojos claros. No azules, ni verdes, ni color avellana. Claros, simplemente. Si tuviera que ponerle un color, diría que amarillos, el amarillo más tenue posible, el color de la orina cuando gozas de buena salud.

Ezekiel tomó las riendas de la conversación. Algunos hombres, cuando están tratando de colarte algo, hablan rápido. Mi Ezekiel no. Habló despacio, dejó que las palabras se deslizaran serpenteando como un arroyo, como si no tuvieran ningún sitio en particular al que llegar. Pero un arroyo se mueve, un arroyo tiene un propósito. Un arroyo está lleno de vida y de planes, muchos de los cuales entran en conflicto. Es un microcosmos, un mundo. En un arroyo hay vida y hay muerte. Ésta es también la naturaleza de la vida.

—Y me topé con estos dos estudiando el menú como dos conejillos; parecían abrumados, contando el dinero y viendo que no les alcanzaba para comprar un desayuno decente y compartirlo entre los dos. Él le estaba dando a ella unos pedacitos de su plato. Y pensé: nos vendría bien tener una pareja en la casa, para ayudarnos.

«¿Una pareja de qué?», pensaba yo.

—Un hombre que se ocupe del mantenimiento y una chica que duerma en casa y que cocine y limpie.

—Yo cocino bien, Ezekiel —dije—. A ti te gusta cómo cocino.

—Me encanta cómo cocinas, cariño. Todavía quiero que mis desayunos vengan de tus manos y de las de nadie más, Pero ¿no estarías más libre si no tuvieras que ocuparte de preparar la cena cada noche?

¿Más libre para hacer qué? ¿Y él estaría más libre para hacer qué?

Mi marido me lee la mente, siempre lo ha hecho.

—Más tiempo para las actividades de tu iglesia y para lo que quieras hacer. Lo único que quiero es brindarte la mejor vida posible, Hazel. Permítemelo.

La chica tenía la vista clavada en su regazo, donde sus manos se retorcían como dos animalillos nerviosos, recién nacidos, ciegos, desesperados. Eran manos duras, estaban secas y agrietadas, pero no eran manos trabajadoras. Reconozco la diferencia. Yo también viví en el campo, en otra época, pero ha pasado tanto tiempo desde entonces que la gente tiende a olvidarse, incluso Ezekiel. Se olvida de que yo fui joven y atractiva y delgada, que tenía una mirada tímida y llevaba un vestido hecho en casa de lo más ridículo, y que él jamás deseó a nadie como me deseaba a mí. De modo que me tuvo. Ezekiel Taylor tiende a conseguir lo que desea.

Pero esta vez no lo conseguiría. Eso fue lo que decidí aquel día. Bajo mi techo no. Tenía que poner un límite. Así que rechacé a Douglas y Claudia. Esto fue hace tres años y no había vuelto a pensar en ellos hasta que vi a esa mujer blanca en los escalones delanteros de la casa y deseé tener a alguien que pudiera abrir la puerta en mi lugar y le dijera: «Márchese, la señora Taylor está descansando.»

«Puedo no abrir la puerta. Nadie puede obligarme a abrir

mi propia puerta», pienso. Pero si puedo verla a través de la cortina de encaje, ella también puede verme a mí. «Tal vez vende cosméticos», pienso. Como una niña, creo en mi propia expresión de deseos tan pronto éste se me ocurre, y para cuando abro la puerta me sorprende que esta mujer no tenga un estuche en la mano. Din don, llama Avon. Pero ya no quedan muchas mujeres de Avon trabajando en Reservoir Hill.

—Me llamo Madeline Schwartz —dice radiante como una moneda nueva.

Tiene más de treinta y cinco años, es un poco mayor de lo que parecía a través del cristal grabado. Yo estoy en la cincuentena, pero aparento mucho menos. Podrían echarme cuarenta fácilmente. Pero nunca ha sido cuestión de ser o no ser joven. Como ya he dicho, él lo lleva en la sangre.

—¿Sí?

No me presento. Si estás en el umbral de mi casa, supongo que sabes quién soy y qué hago allí.

—¿Está el señor Taylor en casa?

—No.

Yo sé cómo decir con una sola palabra todo lo que hace falta. Y ella es lo bastante lista como para percibir lo que no se ha dicho: «Y si estuviera en casa no lo llamaría para que saliera a la puerta. En esta casa no se hacen negocios. Si realmente necesitas hablar con Ezekiel Taylor, deberías saberlo. Aquí no se lleva a cabo transacción alguna, nunca, ni siquiera las que no son económicas. Bajo mi techo, no. ¿Crees que dejaría venir a Shell Gordon a mi casa? Jamás. Ezekiel va a verlo a él.»

—Me llamo Madeline Schwartz —repite—. Trabajo en el *Star*. Me gustaría hablar con usted sobre la noche en que desapareció Cleo Sherwood.

—¿Quién? —digo.

—La joven cuyo cadáver encontraron en el lago.

—¿Por qué?

—Ella trabajaba en el Flamingo, un lugar que frecuenta su marido.

—Cientos de personas frecuentan el Flamingo, señorita.

Esta mujer no se ha definido como «señorita», Pero ¿qué mujer casada que se precie se presentaría en mi casa y preguntaría por mi marido?

—Aun así, pensé que...

—Mi marido nunca hace negocios aquí. Es nuestra casa. Creemos en...

Titubeo y ella suelta:

—¿Una separación estricta entre la Iglesia y el Estado?

Capto la referencia. Soy una mujer culta. Después de todo, estaba estudiando para ser maestra en Coppin cuando conocí a Ezekiel. Pero lo dice de una manera que me molesta, casi como si fuera una broma. La iglesia no tiene nada de gracioso. Sin la iglesia, no sé quién sería yo, cómo viviría el día a día. La iglesia, no Jesús. Por supuesto que amo a Jesús, él le da sentido a mi vida, pero la iglesia, con sus horarios y sus rituales, es lo que le da forma. Tal vez a algunos les parezca extraño, pero yo veo mis días como árboles, como en las películas de Tarzán. Cada mañana, me levanto, cojo una liana y espero que sea lo bastante larga y mis brazos lo bastante poderosos como para llevarme al siguiente. Voy a la iglesia, cambio el paño del altar, pasan las estaciones, pasan los años. Cristo nace, Cristo muere, Cristo se eleva. Una vez y otra vez y otra.

—Éste es mi hogar —digo, sin que se me escape el hecho de que he pasado de «nuestro» a «mi».

Pero es cierto. Yo ejerzo un dominio absoluto en esta casa. Aquí las cosas son como deben ser. Este sitio está bajo mi control. Cleo Sherwood y los de su calaña jamás han traspasado mi umbral. Un pensamiento me cruza la mente: ¿y si hubiera permitido que Claudia y su «marido» se instalaran en casa? ¿Y si hubiera habido un bebé aquí, después de todo? Tal vez ella

me lo habría dado, me habría permitido quedármelo. Un niño podría haberlo cambiado todo. EZ quería niños.

—He venido a hablar con usted. En concreto, sobre lo que usted y su marido hicieron en Nochevieja. ¿Él estuvo aquí con usted? ¿Toda la noche?

Le cierro la puerta en las narices, pero de forma lenta y majestuosa. Quiero que eche un vistazo al mundo que tengo detrás, a las hermosas habitaciones, las antigüedades de calidad, algunas de ellas francesas. Dios no me concedió hijos, de modo que he convertido nuestro hogar —nuestro hogar, Ezekiel, el tuyo y el mío, el lugar al que finalmente regresas, cada noche o temprano por las mañanas— en un lugar bendito, un lugar hermoso. Mantengo una buena casa, preparo una buena mesa, hago buenos platos. Escucho la radio, estoy al día de las noticias. He hecho todo lo que un hombre puede pedirle a una mujer, excepto darle hijos. Él ha perdonado los defectos de mi cuerpo, de modo que yo perdono los suyos.

Esa insolente se queda junto a la puerta un minuto o más, vuelve a llamar al timbre, como si la primera conversación que hemos tenido hubiera sido un ensayo con vestuario. No lo era. Hemos acabado.

No es mi culpa que Cleo Sherwood fuera una joven irresponsable que no supo mantenerse con vida. No es mi culpa. Ezekiel ni siquiera sabe que yo conocía su existencia. Y si yo no sé que estaba viva —¿y acaso fingir que alguien no existe no es lo mismo que no saber que está viva?—, ¿cómo podría saber algo sobre la manera en que murió?

Tal vez debería haber permitido que se quedaran. Me refiero a Douglas y a Claudia. Tal vez todo habría sido de otra forma. Ella podría haber sido como una hija para mí. Era una campesina, pobre y tosca, pero yo también lo fui, en una época. Miradme ahora. Poseo ropa hermosa y perlas, una casa llena de satén, brocado y terciopelo. Tal vez si hubiera aceptado que

esas cosas sucedieran bajo mi techo, podría haberlos mantenido a todos a salvo.

Pero no pude. Sencillamente, no pude. Una dama tiene sus límites. Eso es parte de lo que hace que una sea una dama, conocer los propios límites y respetarlos. Más allá de lo que Cleo Sherwood fuera para mi marido, no era una dama ni podría haberlo sido jamás. Jamás sería su esposa y no me importa lo que ella comentaba por ahí. Estaba engañada.

Y ahora está muerta.

Fuiste hasta la puerta de su casa, llamaste al timbre. Estoy impresionada, Madeline Schwartz, aunque me cueste reconocerlo. Hiciste eso que yo tanto deseaba hacer, eso que juré que haría. Ay, yo me llenaba la boca de palabras, eso seguro.

¿Te das cuenta de que por eso estoy muerta, Madeline Schwartz? Porque dije *que iba a hacer eso mismo, nada más. Dije que iba a encararme con ella. Me habían hecho promesas y yo estaba dispuesta a exigir que se cumplieran. ¿Lo habría hecho? No lo sé, pero hubo otros que se aseguraron de que jamás tuviera la oportunidad de llevar a cabo mis furiosas fanfarronadas*.

Ay, Maddie Schwartz, ¿tienes idea de lo que has hecho?

TERCERA PARTE

AGOSTO DE 1966

—Cleo Sherwood salía con Ezekiel Taylor. Estoy segura.

Bob Bauer, que tenía la boca llena, no se dio prisa para hablar. Acababa de darle un mordisco a lo que parecía un sándwich Reuben y estaba decidido a disfrutarlo. Tenía muy buenos modales en la mesa, Maddie ya lo había notado. No era esa clase de personas dispuestas a masticar más deprisa sólo porque alguien espera una respuesta.

—¿Y qué? —dijo por fin, limpiándose un inexistente resto de ensalada de col de la comisura de los labios.

—Salía con un hombre casado, un político...

—Un candidato, y tampoco de los importantes. Que reconozcan tu nombre no lo es todo. Que seas capaz de quitar manchas de las prendas de seda no significa que vayas a ser senador.

—He oído que está haciendo planes a largo plazo. —Pidió un café y, tras un breve debate interno, una ración de patatas fritas—. No espera ganar esta vez, pero por algo hay que empezar.

Bob Bauer sonrió como si ella hubiera pretendido ser graciosa.

—Tú oyes cosas, ¿eh? ¿En el baño de damas del *Star*? ¿En la peluquería?

—Da la casualidad de que voy a la cuarta circunscripción para que me alisen el pelo. —Era cierto, aunque la maga de la cocina que Ferdie le había recomendado era muda como una esfinge y no hacía comentarios sobre nada, ni siquiera sobre el tiempo—. Así que, en efecto, oigo cosas. Aunque en este caso

mi fuente es un asesor parlamentario.

—¿Y tu fuente trabaja para otro candidato? ¿O tiene motivos para apoyar a otro candidato? Si es un asesor, lo más probable es que esté a favor del *statu quo*.

—No... Quiero decir, no lo creo. Además, no fue él quien me contó que tenía una aventura. Eso lo deduje por mi cuenta, después de entrevistar a su madre y a otras personas.

—De modo que él tenía un lío. Bueno, no puedes escribir un artículo sobre eso.

—Ella trabajaba en el club de Shell Gordon y éste apoya a Taylor para la cuarta circunscripción.

—Maddie, ¿te has fijado en el número de artículos que ha publicado el *Star* sobre las candidaturas al Senado de la cuarta circunscripción? —Curvó el dedo índice y el pulgar y los juntó —. Ninguno. Cero. Así que Ezekiel Taylor tenía una novia que terminó muerta. ¿Qué interés periodístico tiene eso?

—¿Y si la mataron justamente porque era la novia de Taylor?

—¿La policía lo considera sospechoso?

Después de pedirle permiso a John Diller, Maddie les había preguntado a los investigadores de Homicidios asignados al caso si Taylor o Gordon habían sido considerados sospechosos en el caso del asesinato de Cleo Sherwood. «Esto es totalmente extraoficial. He averiguado que ella tenía una aventura con el señor Taylor, lo que iba en perjuicio de las ambiciones políticas de éste», les había dicho, sintiéndose importante. Los investigadores, que parecían tomarse a broma todo lo relacionado con ella, se encogieron de hombros y le respondieron que el caso era digno de Perry Mason. Le recordaron que oficialmente la muerte de Cleo Sherwood no era un homicidio. Y luego el más joven le propuso ir a tomar algo, pero ella se hizo la loca.

—La policía sigue creyendo al barman —respondió Maddie

—. Pero, en mi opinión, su declaración huele a chamusquina. Recuerda demasiados detalles. ¿Por qué le prestó tanta atención al hombre que vino a buscarla, a la ropa que llevaba, a la que ella llevaba? Los hombres no se fijan en la ropa de esa manera. Y mucho menos un hombre que se llama Spike.

—De todas maneras, tu único argumento es que sospechas que un negro prominente tenía una aventura, nada más. No puedes escribir eso y el periódico no lo va a publicar. Eso es difamación, Maddie. Además, no le interesa a nadie. Se vería como si el periódico estuviera difundiendo cotilleos proporcionados por cualquier rival de la campaña electoral.

—Él le daba ropa —dijo Maddie.

—Vaya, detengan las rotativas.

—Ropa que les robaba a sus clientes —insistió—. Al menos, estoy bastante segura de que la sacaba de sus tintorerías. Verás, uno de los vestidos tenía una etiqueta del Wanamaker's y no era de esta temporada...

—¿Quieres cubrir las noticias de sucesos o las de moda? En serio, no dejas de sacar conclusiones precipitadas que no puedes fundamentar. Viste algunas prendas. Tal vez no fueron a buscarlas. ¿Has leído la letra pequeña? «Los artículos que se dejan durante más de noventa días pasan a ser propiedad de... etcétera, etcétera.» Incluso si tuvieras razón, ¿cuál sería el titular, Maddie? ¿«Ezekiel Taylor, candidato por la cuarta circunscripción para el Senado, se quedó con algunas prendas de una de sus cinco sucursales de EZ Kleeners»? Detengan las rotativas. Mira, es genial que te esfuerces tanto, pero te has metido en un callejón sin salida. Ha muerto una chica. Ni siquiera sabemos cómo. Si la hubieran encontrado en un coche o en una cama, te daría igual. Lo único interesante de este caso es dónde descubrieron el cuerpo. Déjalo ya. Agosto es un mes lento. Mantén los ojos y oídos abiertos, ofrécete para ayudar en la sección de noticias metropolitanas. Seguro que encuentras

alguna historia que realmente te sirva para un artículo.

Descorazonada, Maddie emprendió el camino de regreso a la oficina. Agosto era un mes lento. En la ciudad y en la redacción. Era como si el mundo hubiera modificado su ritmo para adaptarlo a esos días largos y bochornosos. Los Orioles, en su búsqueda del triunfo, generaban algunos murmullos de interés, así como las inminentes primarias, que decidirían la mayoría de las candidaturas en Baltimore e incluso en el estado, dado el dominio del partido demócrata. George Mahoney, el candidato demócrata a la alcaldía, a pesar de sus escasas posibilidades de ganar, caminaba tanto haciendo su campaña que les enseñaba las gastadas suelas de sus zapatos a los periodistas. En agosto eso era una historia digna de un artículo: las suelas de los zapatos de un político. ¿Cómo había sido tan ingenua como para creer que podía escribir sobre Cleo Sherwood y Ezekiel Taylor?

Hasta la correspondencia destinada al señor Denuncias Ciudadanas había disminuido. Las pocas quejas que llegaban eran aún más insignificantes de lo acostumbrado. Incidencias con semáforos, alguien que quería que Charles Street volviera a ser de doble sentido. En ocasiones llegaba por error una misiva en la que alguien pedía consejo sobre sus problemas amorosos. Cuando esto ocurría, se reenviaban al despacho del consultorio sentimental «Querida Abby», en Chicago, pero Maddie sentía un poco de pena por esos remitentes confundidos. Había que estar muy angustiado por esos asuntos del corazón como para recurrir por error al señor Denuncias Ciudadanas.

«A los hombres el amor les da igual», gruñó para sus adentros mientras caminaba. Los hombres pensaban que el amor no tenía importancia, que no era noticia. Tal vez tenían razón. Que un hombre engañara a una mujer era la historia más antigua del mundo.

Y de pronto, sobre el ardiente asfalto de agosto, Maddie

sintió un escalofrío como no había experimentado jamás. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que buscar una parada de autobús, sentarse en el banco y recuperar el aliento. De golpe había retrocedido en el tiempo dieciocho años. ¿Qué la había llevado hasta allí? ¿Por qué había pensado en ello justo en ese momento?

Aún no había cumplido los veinte, estaba casada con Milton, la fase de la luna de miel ya había quedado atrás, tenían problemas de dinero, pero la vida en sí era agradable, salvo por el hecho de que no se quedaba embarazada. Le decían que era normal, que se preocupaba demasiado, pero Maddie tenía un temor concreto y le aterrorizaba la idea de contárselo a su médico. ¿Y si jamás concebía? Si no lograba ser madre, ¿qué sería? Lo había apostado todo —su vida, de la que ni siquiera habían transcurrido dos décadas— en esta jugada, en ser la esposa y la compañera de Milton. Un ama de casa, pero nadie quería ser el ama de una casa de sólo dos personas. Observaba cómo los cochecitos de bebé se multiplicaban en su modesto barrio. En cuanto el bebé naciera, ella y Milton dejarían el piso y se mudarían a una casa, donde la vida, por fin, comenzaría. Debía tener un bebé, o más de uno.

Y mientras la atormentaban estos temores y ansiedades, una amiga le comentó que en una galería local exponían el retrato de una joven debutante cuyo parecido con Maddie era asombroso. Fue a verlo y, en efecto, allí estaba el retrato que el padre de Allan Durst había pintado un verano de hacía poco más de tres años, cuando ella tenía diecisiete. La visión del cuadro le dolió en lo más hondo. Para empezar, tuvo que admitir que su creador rozaba la más absoluta mediocridad. Las pinceladas eran como mucho competentes, pero carecían de toda chispa e ingenio, se dijo ahora que el enamoramiento no la cegaba.

Y le dolió darse cuenta de que la chica del cuadro había

dejado de existir en cuanto la pintura estuvo terminada y que ya nadie podría recuperarla. La chica que Milton jamás podría tener, que nadie podría tener. El premio con el que el señor Durst había insistido en quedarse.

Maddie le preguntó al dueño de la galería cómo había ido a parar a sus manos ese cuadro. Debió de darle la impresión de que ponía en duda su procedencia, como si fuera evidente que se trataba de un retrato que había desaparecido de la casa de sus padres tiempo atrás. «Si pudiera ponerme en contacto con el propietario, estoy segura de que lo resolveríamos.» Había supuesto que la esposa de Allan lo había obligado a deshacerse de los trofeos de su estudio. Pero había sido el propio Allan, cuya dirección era de Nueva York, del Upper East Side, como siempre había sospechado.

Dos semanas más tarde se fue a Nueva York en autobús, diciéndole a Milton que se había apuntado a una excursión de la B'nai B'rith para ver *Carrusel* y que se alojaría en un hotel del centro, donde compartiría habitación con Eleanor Rosengren. Una mentira construida sobre otra mentira que a su vez estaba construida sobre otra... y todo el edificio se derrumbaría si a Milton se le ocurría comentarle algo a Eleanor o a su marido. Pero a esas alturas Maddie ya sabía que no lo haría. Su vida cotidiana, sencillamente, no le interesaba. Él también deseaba ansiosamente un hijo y se tomaba como algo personal que Maddie no se quedara embarazada.

Maddie llegó a la dirección que le habían dado de Allan. Era abril, pero estaba nevando. Llevaba encima un libro, como si ese objeto le pudiera brindar una excusa adecuada para permanecer de pie en una esquina nevada de Nueva York. Hasta que salió Allan, sin sombrero. Ahora sí que aparentaba su edad, cuarenta y cuatro años. En realidad, siempre había aparentado su edad, sólo que ella, con diecisiete, no se daba cuenta. Pero era atractivo. En eso no se había equivocado.

Se puso en el camino de él, dispuesta a exclamar qué pequeño era el mundo. Pero en cuanto lo miró a los ojos, no pudo fingir. Se echó a llorar y no de una manera bonita. Sin decir palabra, él la cogió del codo y la llevó a su piso. Le preparó un cóctel fuerte y un almuerzo tardío con lo que encontró en la nevera, y se puso a charlar de asuntos sin importancia. Ella intentó explicarle lo del cuadro, trató de recuperar su orgullo afirmando que la había contactado el dueño de la galería, inquieto ante la posibilidad de que él no tuviera derecho de venderlo. La paciencia con que Allan apoyó ese subterfugio la hizo sentirse peor, en cierta forma. Él le explicó que su esposa estaba en México porque decía que no podía pintar en Nueva York en los meses fríos. Su hijo, Allan, estaba en la universidad, por supuesto. En Yale.

¿Por supuesto? Ah, sí, él también había ido a Yale. Lo había mencionado varias veces.

—Mi hijo sigue siendo un niño —musitó—. Tú, sin embargo, a pesar de que tienes la misma edad, eres toda una mujer.

La miró, pero no comentó la alianza de oro de su mano.

—Tú me hiciste mujer.

—No, querida, ya eras mujer antes de que yo te conociera. Y quería que disfrutaras, al menos una vez en la vida, de lo que sería usar ese cuerpo como había que usarlo. Una mujer como tú debería ser la amante de un rey. Durante un verano, fui capaz de proporcionarte esa experiencia.

—¿De modo que tú eras un rey?

Él se echó a reír.

—Sé que soy un canalla, Maddie. Soy una persona terrible. Todo el tiempo trataba de decírtelo. Tú eras hermosa, me deseabas, yo estaba indefenso. Estoy seguro de que fue algún tipo de lucha freudiana con Allan, el deseo de desplazarlo, de reafirmarme como patriarca. Pero no pienso pedir disculpas

por nada de eso. Y, en el fondo de tu corazón, sabes que deberías agradecérmelo. Admítelo: lo que sea que tengas ahora, no es lo mismo.

—Es mejor —dijo ella.

—No mientas.

—No estoy mintiendo. —Era verdad.

—Mira, no estoy diciendo que mi técnica amatoria sea inigualable. Pero lo que hacíamos era extremadamente sensual, nos abandonábamos. No puedes tener lo mismo en un matrimonio.

Ella quería demostrarle que se equivocaba. Y paradójicamente, la única manera de hacerlo era acostándose con él. Profanaron su lecho matrimonial, con un cuadro de su esposa como testigo. (Una pieza que, ahora se daba cuenta, era única y genial. Si hubiera tenido dinero la habría comprado.) El sexo fue divertido, ágil, pero Allan le pareció pálido y delgado comparado con la reconfortante corpulencia de Milton. Lo había vencido.

La noche siguiente, menos de una hora después de bajarse del autobús, le hizo el amor a Milton con una pasión y una seguridad que lo dejó tan encantado que le sugirió que hiciera más de esos viajes.

Nueve meses y dos semanas después, nació Seth, un niño enorme, de casi cuatro kilos y medio. Nunca dudó de que fuera de Milton. Fue idéntico a su padre desde el primer momento.

Dieciséis años más tarde, sentada en un banco en el centro de Baltimore, seguía sin tener motivos para dudar de la paternidad de Seth. Hacer el amor con Allan Durst padre no había sido un error en aquel momento. Había roto el hechizo y por eso había logrado por fin quedarse embarazada de Milton. Dada la facilidad con que se había quedado encinta ese verano con diecisiete años, había supuesto que también le sería fácil a los veinte. Pero Seth sería el primero y último embarazo que

llevaría a término.

Sólo ahora, veinte años más tarde, caía en la cuenta de lo cerca que había estado del desastre, de lo fácilmente que aquel romance, e incluso aquel acoplamiento aislado en Nueva York, podría haber destruido su vida. ¿Por qué había corrido semejante riesgo? Al menos, Allan se equivocaba. Su sensualidad no había sido algo fugaz, un don que él le había conferido durante una breve temporada. Siempre la había sentido y seguía sintiéndola. Si alguna vez volviera a casarse, cuando pudiera permitirse elegir por su cuenta, conocería esa clase de pasión dentro de un matrimonio. Tenía que ser posible.

Intentaba no pensar nunca en el fantasma de un niño que había dejado en la consulta del sótano de un médico que Allan padre le había buscado ese verano de sus diecisiete años, en cómo se le encogía el corazón cuando alguien decía que era una pena que Seth hubiera terminado siendo hijo único. Tal vez Milton le habría perdonado que hubiera estado con otro hombre antes de casarse, pero jamás podría aceptar lo que ocurrió en aquella consulta a los diecisiete años. De todos modos, ya la habían castigado por sus pecados, ¿no? Un solo hijo, cuando ella quería una casa llena de niños, al menos tres, al menos una niña. Podría haber sido una muy buena madre para una niña.

Hasta las chicas buenas cometen errores cuando están enamoradas. Pero no merecen morir por ellos. Maddie se había escapado con vida. Cleo Sherwood no.

AGOSTO DE 1966

Al día siguiente llamó para decir que estaba enferma. Su período de prueba ya había terminado, de modo que tenía derecho al absentismo. No sabía lo que ocurriría si se descubría que en realidad no estaba enferma, pero no temía que la pillaran. No habría nadie del *Star* merodeando por Auchentoroly Terrace mientras ella esperaba a que el señor Sherwood se marchara al trabajo. «Esperando que se despeje la costa», pensó, apostándose en su punto de observación antes de las ocho de la mañana. Su cabeza recordó el origen de esa frase, al saltar al poema de Longfellow sobre Paul Revere que había memorizado de niña. Luego pensó en la armoniosa voz de Edward R. Murrow —«Esto es Londres»—, en aquellas transmisiones que la habían llevado al club de radio, en su decisión de incorporarse al periódico escolar; tantos momentos aparentemente insignificantes que, sin embargo, habían forjado esta vida, su vida verdadera, por fin. «Ve a buscar a Tessie Fine», le había dicho su madre. Había obedecido y ahora estaba aquí, sentada en una parada de autobús de un barrio negro, y tan llamativa como... no se le ocurría el símil apropiado. En cualquier caso, llamaba la atención.

Se quedó allí, sentada en el banco del autobús, en Auchentoroly Terrace del lado del parque, con el sol calentándole los hombros, recordando maravillada que unos sesenta años atrás su madre había asistido a una escuela en esa misma calle y que la familia de Milton había vivido en esa zona hasta 1964, cuando su padre había fallecido. Lo único seguro era el paso del tiempo.

Poco después de las ocho y media, el señor Sherwood salió de casa. Maddie tuvo un momento de pánico. ¿Y si se acercaba a la parada de autobús? Debería haber previsto esa posibilidad.

Por suerte, se encaminó hacia el oeste. Llevaba una especie de uniforme, un mono verde. ¿Trabajaría en una gasolinera? ¿Sería conserje? Cayó en la cuenta de que no tenía la menor idea de a qué se dedicaba.

Aunque el señor Sherwood ya se había ido, seguía sin atreverse a llamar a la puerta del piso. Estarían los niños, aquellos chavales y, posiblemente, los hermanos de Cleo. «Eunetta. No la llames Cleo», se recordó a sí misma.

Faltaba poco para que el verano llegara a su fin. Ya habían pasado casi ocho meses desde que dejara a Milton, pero ambos habían hecho pocos progresos con el divorcio. Al encontrar trabajo, Maddie había supuesto que él pensaría que ya no necesitaba su dinero y aceptaría que el fin de su matrimonio era definitivo. Pero lo cierto es que seguía necesitándolo. No podía vivir así siempre, a salto de mata. ¿Cuánto tiempo se prolongaría esta situación? ¿Se alargaría como ese día de verano, cuando esperó a que el señor Sherwood se marchara del piso?

«Un matrimonio puede alargarse eternamente, pero es muy poco común que una madre con hijos pequeños no salga de su casa tarde o temprano, aunque sea para no volverse loca. Los niños pequeños beben mucha leche, comen mucho», pensó.

Tenía razón. Poco antes del mediodía, la señora Sherwood salió de su casa y se fue hacia el sur. Maddie le concedió una manzana de ventaja y luego empezó a seguirla. La vio entrar en la tienda de comestibles y se quedó fuera. Cuando salió con una pesada bolsa en la mano, Maddie la estaba esperando.

—¿Quiere que la ayude? —le preguntó.

Sabía que la respuesta sería negativa, pero le pareció un ofrecimiento amable.

—No hace falta —le respondió la señora Sherwood mientras se cambiaba la bolsa de brazo y bajaba la mirada a la acera.

Maddie se puso a su lado.

—¿Eunetta le confiaba sus secretos?

—No entiendo bien a qué se refiere —repuso, con los ojos todavía bajos, como si estuviera jugando a la rayuela. «La grieta pisaré y la espalda a mi madre romperé.»

—¿Le contó que estaba enamorada? ¿Le habló de él?

—¿De cuál de ellos? Mi hija se enamoraba a menudo, señora. Esos dos chavales, mis nietos... Eso también fue por amor.

«También.»

—De modo que se había vuelto a enamorar. ¿Hablaba de él?

—Conmigo no.

—Pero usted debía de saberlo. Que estaba con Ezekiel Taylor. Las madres siempre lo saben.

Maddie no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Su madre nunca se enteró de lo de Allan padre. Si lo hubiera sabido... Bueno, su familia habría encontrado el equivalente judío de un convento y la habrían encerrado en él.

—No soy estúpida, señorita Schwartz. Sé lo que todas esas prendas de ropa tenían en común.

Maddie no lo sabía. ¿Eso la volvía estúpida?

—¿Se las dio él?

—Todas le quedaban perfectas, aunque las tallas que figuraban en las etiquetas no se correspondían. Le quedaban como un guante.

Maddie pensó en la silueta de la mujer que había visto detrás de la cortina de encaje. Implorándole —ordenándole— que se marchara. Alta. No gorda, pero más ancha que el cuerpo espigado de Cleo. Se preguntó si Taylor había llegado al extremo de hurtar algunas de las prendas de su esposa y

mandarlas a arreglar para que le quedaran bien a Cleo.

—¿Lo de ellos iba en serio?

—Él está casado. ¿Podía ser serio?

—¿Qué cree usted?

—Mi hija está muerta. Eso es serio. No hay nada más serio que eso.

Se las había arreglado para ir unos pasos por detrás, de modo de no pareciera que estaba caminando con Maddie. «La señora Sherwood no quiere que la vean conmigo», pensó Maddie, asombrada. ¿Temía que su marido se enterara? ¿O le daba vergüenza andar con Maddie? ¿Estaba llorando? «La grieta pisaré y el corazón a mi madre romperé.» Le quedaba una manzana para conseguir que esa mujer se abriera, que confiara en ella, que la dejara entrar. No al piso; sabía que sus puertas le estaban cerradas para siempre. Pero quería que la dejara entrar en la vida de su familia, que le permitiera conocer la historia de Cleo.

—Háblame de la última vez que vio a Eunetta. Por favor. Yo también soy madre. Lo entiendo.

La señora Sherwood suspiró y apoyó la bolsa en la cadera.

—Les trajo juguetes a los niños, lo que no tenía sentido. Aún no había pasado una semana desde Navidad y allí estaba, con dos camiones nuevos. Los mimaba demasiado. Les traía cosas, cuando lo único que ellos querían era estar con ella. Mi marido dice que yo la malcriaba, pero no es cierto. Ardía en deseos de hacer algo, de llegar a algo. Lo único que hice fue procurar no interponerme en su camino.

—¿Es posible que ella supiera que se había metido en un lío? ¿Que supiera que alguien la quería muerta?

La señora Sherwood se tropezó en el borde de dos losas del pavimento. «La grieta pisaré.»

—No. Decía que tal vez se iría de viaje, pero que me avisaría antes. Pasó un tiempo sin tener noticias de ella y... al

principio no me preocupé. Ella era bastante descuidada en ese sentido. Luego empecé a pensar que me había dado una chaqueta suya que a mí siempre me había gustado. —Hizo una pausa—. «Es imposible que me quede bien, tú tienes los brazos demasiado largos», le dije. Pero sí que me quedaba bien. De modo que la había mandado arreglar para mí. Dijo que era un regalo de Navidad retrasado.

—Señora Sherwood… ¿por qué alguien querría matar a Eunetta?

—No tiene que haber un porqué, ¿o sí? O, si lo había, debía de haber empezado mucho tiempo antes, antes de que cualquiera de nosotros pudiera saber o advertir hacia dónde apuntaban las cosas. No era una mala chica. Pero decía lo que pensaba. Cuando eres muy bonita, pero mucho, empiezas a pensar que puedes salirte con la tuya. Pero supongo que usted también lo sabía.

¿Lo sabía? Había algo irónico en la rapidez con que la señora Sherwood le había concedido a Maddie el poder de la belleza para enseguida darle a entender que era cosa del pasado.

—¿Llegó a encontrarse con él alguna vez? Me refiero a Ezekiel Taylor.

—No. No había ningún motivo para hacerlo. Tampoco iba a convertirme en su suegra, más allá de lo que Eunetta creyera. —Resopló—. Eso sí que habría sido extraño, tener un yerno mayor que yo.

De modo que así era. Ezekiel Taylor era el novio de Cleo; su madre acababa de confirmarlo. Y Cleo creía que él podía convertirse en su marido. Pero ¿eso no desbarataría sus ambiciones políticas? No, porque, como Maddie había averiguado, a nadie le importaba que un candidato a un puesto electivo tuviera una novia joven a escondidas.

Pero ¿y si la novia se negaba a quedarse callada, si

amenazaba con montar un escándalo?

El *statu quo* dependía de que las mujeres se ciñeran a las reglas de un juego en el que jamás podían ganar. La propia señora Sherwood acababa de decir que lo único que se podía hacer cuando su hija deseaba algo era apartarse de su camino. ¿Era posible que Cleo Sherwood hubiera deseado realmente a Ezekiel Taylor, un hombre mayor que sus propios padres? Como mínimo, sí era probable que hubiera deseado tener la vida de la esposa de un hombre rico, o la de la esposa de un senador del Estado.

Cuando llegaron al edificio de los Sherwood, la hermana, Alice, estaba esperando en la puerta.

—Mamá, te dije que tenía que ir a trabajar... —Se interrumpió y miró a Maddie con furia—. ¿Y usted qué quiere?

—Nada —respondió Maddie.

AGOSTO DE 1966

Esperó el momento adecuado. Tenía la tranquila, extraña seguridad de que el mundo le proporcionaría la oportunidad que necesitaba. Se sentía llena de energía, incluso al día siguiente de pasar la noche con Ferdie, cuando dormía apenas cuatro o cinco horas. Resistiéndose al letargo típico de agosto, se esforzaba más que nunca, terminaba sus tareas a las tres y luego se acercaba a la redacción de las noticias metropolitanas para decirle a Cal Weeks que estaba disponible si necesitaban ayuda.

—No estoy autorizado a pagarte horas extra —respondía él, suspicaz como siempre.

—No es eso lo que busco —insistía ella—. El señor Heath estará de vacaciones las próximas dos semanas y he entregado su columna antes de tiempo, así que no tengo mucho que hacer.

Él le daba comunicados de prensa para que los reescribiera. Maddie descubrió que hasta Cal Weeks podía enseñarle algunas cosas, como, por ejemplo, qué palabras evitar. «Ten cuidado con términos como “primero” y “sólo”, porque muchas veces son inexactos. Y la palabra “único” nunca lleva modificantes.» También le proporcionaba datos interesantes sobre la ciudad, sobre quiénes eran los verdaderos peces gordos. Y ella le gustaba. Eso siempre pasaba con los hombres, si Maddie quería. Por eso, cuando se enteró de que Ezekiel Taylor iba a abrir su sexta tintorería en Gwynn Oak Avenue, se ofreció a cubrir la inauguración.

—No lo sé, Maddie. Es uno de los ocho candidatos de la

cuarta circunscripción. Podría tomarse como favoritismo.

Ella había previsto sus objeciones.

—Es hoy a las cuatro. Me he saltado la hora de la comida, así que ya no estaría cumpliendo un horario, más o menos. ¿Y si voy a ver si pasa algo que pueda considerarse una noticia? ¿Como, por ejemplo, alguna declaración sobre cuestiones políticas? ¿O algún comentario sobre la senadora Welcome?

Weeks resopló.

—Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya.

Eso significaba que no podría pasar como gastos el taxi que cogiera hasta Gwynn Oak.

Maddie sabía reconocer las señales que indicaban que un barrio estaba a punto de dejar de ser blanco y convertirse en negro. La nueva sucursal de EZ Kleeners se encontraba al lado de un salón de belleza en un vecindario que empezaba a cambiar. Los carteles de RESERVADO y VENDIDO que se balanceaban debajo de los originales EN VENTA estaban diciendo de forma encubierta «Fuera de aquí». Ella no podía entender por qué los blancos de la ciudad no querían vivir cerca de los negros, pero así era. La histeria que generaba ese asunto provocaba que el valor de la propiedad cayera en picado. ¿Querer vivir entre los tuyos era una señal de intolerancia? En los barrios cristianos no habían querido judíos. Y seguían sin quererlos. A las mujeres blancas que iban a peinarse y cortarse el pelo en Pietro's les resultaría cómodo que hubiera una tintorería en el barrio, pero no querrían tener al señor Taylor de vecino.

Llegó a tiempo para ver cómo cortaban la cinta, un hecho que, por lo que le había explicado Cal Weeks, jamás podría considerarse una noticia. Pero eso fue lo único que sucedió: un corte de cinta, con un fotógrafo del *Afro* registrándolo todo obedientemente. Al parecer los estándares del *Afro* eran diferentes a los de otros diarios de la ciudad.

Taylor poseía ese carisma que es común entre algunos hombres de éxito, una manera de hacerte sentir que lo encontrarías atractivo aunque no fuera un hombre de éxito. Era corpulento, se movía con lentitud, hablaba despacio y en voz baja, pero tenía una mirada aguda y observadora. Maddie notó cómo él la evaluaba rápidamente mientras se le acercaba con el bloc en la mano.

—Madeline Schwartz, del *Star* —se presentó.

Él sonrió, pero no dejó ver ninguno de sus dientes.

—Me alegra saber que el *Star* cree que esto es noticia.

—Bueno, usted es candidato para el Senado estatal. Aunque supongo que, si gana, traspasará el negocio de las tintorerías.

—El trabajo en la asamblea legislativa de Maryland es de media jornada, señorita, supongo que lo sabe. Sería un honor representar a mi circunscripción, pero sigo necesitando este trabajo.

Lo cierto era que Maddie no sabía lo de la media jornada. Nunca se le había ocurrido pensar en ello. Aunque tampoco tenía ninguna intención de seguir hablando de política. Había otros asuntos que deseaba discutir con Ezekiel Taylor.

—Una cosa que quería preguntarle... ¿Conocía usted a una joven llamada Eunetta Sherwood?

—Eunetta... —Frunció el ceño.

—La mayoría de la gente la conocía como Cleo, pero sus padres preferían su nombre real, Eunetta. —Quería recordarle que Cleo era la hija de alguien—. Trabajaba en el Flamingo. Ya sabe, el local de Shell Gordon, en...

—Conozco muy bien al señor Gordon y el Flamingo. En cuanto a la joven, sin embargo...

—Después de que desapareciera, su madre encontró ropa de su tintorería en su piso. Mucha ropa, incluso una estola de piel.

—Evidentemente no conozco a todos mis clientes.

—Evidentemente, pero la señora Sherwood, la madre de

Cleo, me dijo que Cleo insistía en que un día iba a casarse con usted.

Hubo una vacilación de una fracción de segundo... y luego él se echó a reír, lo que impresionó a Maddie. No era fácil descolocar a este hombre.

—Qué historias les cuentan las chicas a sus madres. Yo estoy casado, señorita...

—Señora. Schwartz.

—Es cierto que voy al Flamingo cuando hay alguna actuación musical de mi agrado. Dejo buenas propinas. Quién sabe qué clase de historia podría ocurrírsele a una jovencita cuando le dejan buenas propinas, billetes, no monedas, encima de la mesa por haber hecho bien su trabajo. Estoy seguro de que Cleo Sherwood sabía quién era yo. Y estoy seguro de que la habré visto una o dos veces detrás de la barra. Ahora, si me permite...

Se dirigió hacia su coche con un paso tranquilo y despreocupado. ¿Por qué debería preocuparse? Le había hecho un jaque mate perfecto. O tal vez el póquer le proporcionaría una metáfora mejor. Maddie estaba tan segura de que tenía las cartas ganadoras que ni se le había pasado por la cabeza que podían meterle un farol e irse de rositas. Los hombres ponían las reglas, las rompían y se quitaban de encima a las chicas.

¿Qué es lo que esperaba? ¿Que él se pusiera a sudar y confesara? ¿Que le confesara a ella que sí, que Cleo Sherwood había muerto porque suponía una amenaza para sus ambiciones, su nivel de vida?

Esa noche vio una reposición de *Perry Mason*, un episodio claramente basado en *Oliver Twist*, sólo que el personaje de Fagin, interpretado por Victor Buono, era asesinado. Mason defendía al chaval acusado, uno de los miembros de la pandilla. Percibía algo bueno en él.

Al día siguiente, Cal Weeks dijo:

—¿Entonces no sacaste ninguna noticia de la inauguración?

—No —respondió Maddie.

—Ni siquiera en agosto un circo como ése sirve para una noticia.

¿Quién era el payaso en ese circo? ¿Quién el acróbata?

SEPTIEMBRE DE 1966

Día del Trabajo. «¿Dónde estaba hace un año?», se preguntó Maddie. En el club, con los tirantes del bañador a cuadros bajados, tomando el sol para que el bronceado le durara unas semanas más. Su madre siempre le decía que no tomara el sol, porque se bronceaba demasiado fácilmente. Qué idea tan extraña esa de que debía evitarse cualquier cosa que se lograra con facilidad, pero así veía el mundo Tattie Morgenstern, en resumidas cuentas.

Ese verano, Maddie ya no lucía su habitual tono almendrado, pero, incluso si lo hubiera tenido, seguiría viéndose pálida al lado o debajo de Ferdie. Estuvo debajo de él durante buena parte de los días festivos, sin prestar atención al calor ni al sudor que iba acumulándose. Hacían el amor hasta que las sábanas quedaban empapadas, hasta que parecía que estaban debajo del agua, y luego tomaban duchas frescas juntos y cambiaban las sábanas, listos para volver a empezar. Era un lujo tener a mano un segundo juego de sábanas, pero ella había encontrado una lavandería barata en North Liberty Street. Al día siguiente podría dejar la ropa de cama de camino al trabajo. No tenía que sentirse avergonzada delante de la mujer que recogía su montón de sábanas sucias y que no hablaba una palabra de inglés. Puede que lo entendiera, pero no lo hablaba, y lo que te hacía daño era lo que decían los demás, no lo que pensaban.

Pero esa noche de un día festivo incluso para los administrativos de bajo rango y los agentes de policía, al menos para esa administrativa de bajo rango y ese agente de policía,

no volvieron a hacer el amor después de la ducha. Ferdie la estrechó entre sus brazos, le acarició el pelo y murmuró algo absolutamente inesperado.

—Creo que tengo una historia para ti.

—¿Una historia?

—Para el periódico. Va a suceder mañana.

—¿Cómo puedes saber lo que va a suceder mañana?

—Porque en realidad ya está sucediendo ahora. Ya ha empezado a suceder. Pero el tipo no va a comparecer ante el tribunal hasta mañana. ¿A qué hora tienes que entregar el artículo?

—Hay varios plazos durante todo el día, hasta las tres. —¿Sería verdad que Ferdie tenía una información útil para ella? Después de todo, él estaba al corriente de los detalles confidenciales del caso de Tessie Fine—. Pero lo mejor es que salga en todas las ediciones e ir actualizándolo a lo largo del día.

—Se supone que va a ocurrir esta noche. Me han pasado el chivatazo. Quiero decir... El hombre que me lo contó no se dio cuenta de que era un chivatazo. Para él no era más que un cotilleo. Le gusta hacerse el enterado. Así se siente importante. Le encanta contarme asuntos policiales, cosas de mi propio trabajo, para demostrarme lo bien relacionado que está. Todo un gallito. No se le ocurrió que yo conociera a alguien de un periódico.

—Ferdie, ¿de qué se trata?

A pesar de la impaciencia que sentía, estaba segura de que no sería nada, sólo un anticlímax. Maddie se había equivocado muchas veces respecto de lo que podía constituir una noticia. ¿Qué posibilidades había de que Ferdie tuviera mejor criterio?

—Esta noche un hombre entrará en la jefatura de Policía y confesará el asesinato de Cleo Sherwood.

No era un anticlímax.

—¿Quién?

—El barman del Flamingo.

—¿Ese blanco? ¿Spike?

—El mismo. Tommy algo. Lo que le contó a la policía era todo inventado. La mató él. Le dijo que estaba enamorado de ella, ella se rió de él y entonces la mató. Pero no pueden acusarlo formalmente hasta que abran los tribunales por la mañana. De modo que esta noche lo dejarán encerrado.

—¿Qué hago para conseguir la historia?

—Si confías en mí, ya la tienes. Al tipo que hace horario nocturno en tu periódico no se lo contará nadie, ¿verdad? Es un festivo, probablemente hayan llamado a algún colaborador de segunda. Esto es serio, Maddie. Mira, llama ahora mismo a Homicidios. Diles que eres del *Star* y que tienes un chivatazo. Te lo van a negar. Pero entonces tú dices: «Voy a publicarlo si no me decís que me equivoco. No tenéis que confirmarlo ni negarlo, no tenéis que decir nada.» Los reporteros lo hacen todo el tiempo. —Una pausa—. Al menos, eso me han contado.

¿Podía funcionar? Parecía un juego peligroso. Diller estaría furioso, lo vería como una usurpación de su territorio, pero ¿qué importaba si el chivatazo era válido?

Contempló el teléfono, rojo escarlata e inerte, indiferente al hecho de que con una llamada podía cambiarle la vida.

—¿Qué número es?

Ferdie se lo pasó y luego dijo:

—Pero no hables aquí. Espera una hora más, vete a la oficina en taxi y llama desde allí, ¿de acuerdo?

Ella cumplió con la promesa de esperar, pero no con las otras; llamó desde su casa y no se molestó en ir a la oficina. Después de hablar con el investigador de Homicidios, cuyo silencio le confirmó que Thomas Ludlow se había presentado sin abogado a confesar el homicidio de Eunetta «Cleo» Sherwood, ella marcó el número de la sección de noticias

metropolitanas y, como si lo hubiera dicho miles de veces antes, dijo:

—Cal, al habla Maddie Schwartz. Por favor, comunícame con redacción. He averiguado algo muy importante sobre el caso de Cleo Sherwood.

Cal la interrogó, lógicamente. Pero ella se mantuvo en sus trece; además, a él ya se lo había ganado al haberse ocupado de todas esas tareas ingratas en los peores días de agosto.

Y a las diez de la mañana del día siguiente la mayoría de los habitantes de la ciudad ya se había enterado: un hombre blanco había matado a Cleo Sherwood por el manido móvil de no ser correspondido. El artículo no salió en primera plana y Maddie comprendió rápidamente por qué: la muerta era una negra, la mataron por amor, o, para ser más exactos, por falta de amor. Pero sí se consideró una historia lo bastante buena como para la página de noticias metropolitanas, el final de la apasionante serie de la Dama del Lago.

Heath volvió de sus vacaciones y Maddie retomó sus tareas habituales con su habitual eficiencia, esperando el momento en que la llamaran a la oficina del jefe. Entendía y aceptaba que no seguiría informando sobre esa historia, que la comparecencia de Tommy sería cubierta por alguien especializado en tribunales o en noticias policiales, que Diller buscaría a alguien en la policía que pudiera suministrarles datos para artículos posteriores. Estaba bien. Maddie no quería ser una reportera de sucesos.

Después del último plazo de entrega, Bob Bauer se pasó por su escritorio.

—Hola, Primicia Schwartz. —Ella se sonrojó a pesar de sí misma—. De modo que tienes fuentes, ¿eh?

—Así es.

—¿Quiénes son?

Ella vaciló. Él se inclinó y le habló con una voz grave y

seria.

—Nunca le cuentes a nadie quiénes son tus fuentes. Ni a otros periodistas ni a los jefes. Ni siquiera a los agentes de la ley, si llegas a ese punto. Pase lo que pase, siempre tienes que proteger a tus fuentes.

Parecía un comentario extraño, pero intuyó que Bob, que siempre estaba bien informado, debía de saber lo que iba a ocurrir. Porque apenas una hora más tarde la llamaron al despacho del secretario de redacción de la sección metropolitana y no fue precisamente para felicitarla. Un furioso John Diller quería que la reprendieran por haberse metido en su territorio.

Treinta minutos después, Maddie, alterada pero con los ojos secos, salió de la oficina y entró en el servicio de mujeres, donde se salpicó agua en la cara y luego se aferró al lavabo con manos temblorosas.

—¿Estás bien? —le preguntó Edna, sentada allí con sus tres t: texto, taza y tabaco.

—Creo que sí.

—He visto tu firma. Buen trabajo. Diller está enfadado, ¿no?

—Podría decirse así.

—Le aterroriza la posibilidad de que alguien lo destrone de la sección de sucesos. Como si alguien quisiera ser el jefe de esa panda. La sección de sucesos es un lugar de paso. Ninguno de los buenos se queda allí.

—Él… quería que yo le revelase mi fuente. Afirma saber quién es. No entiendo qué importancia tiene eso.

—Ya te he dicho que está asustado.

A Maddie le había parecido más malévolo que asustado. Echaba humo y farfullaba de indignación, como

Rumpelstiltskin, al borde de un ataque de nervios.

—Yo sé quién le contó lo de la confesión —había afirmado Diller—. Eso no es una fuente. Usted ha puesto en peligro la integridad del periódico al confiar en él.

—Pero no me equivoqué. Tommy Ludlow confesó.

El secretario de redacción los había tratado como si fueran dos niños riñendo en la escuela.

—Era un fin de semana festivo, John. A ella le dieron un chivatazo, lo usó para averiguar más, y resultó cierto. Tampoco es para tanto.

—No es así como hacemos las cosas aquí. Fue un trabajo descuidado, de aficionados, fue...

—¿Qué quiere decir, señor Diller? —Maddie estaba haciendo tantos esfuerzos para no llorar que su voz se volvió un poco estridente.

—No sabe lo que hace. Ha tenido suerte esta vez, al seguir adelante con una historia de la que sólo tenía una fuente... Y nada menos que esa fuente, precisamente. No se meta en asuntos policiales.

—Usted sabía que yo estaba tratando de escribir algo sobre Cleo Sherwood. Y no le importó que publicara un artículo sobre Lady Ley. Eso le pareció bien.

—Porque eso no era una noticia. Era un apaño a partir de un comunicado de prensa.

—Intento convertirme en reportera. ¿Qué hay de malo en eso?

Cuando Diller se marchó, mascullando por lo bajo, el secretario de redacción suspiró.

—Es un buen artículo, Maddie. Pero no se haga muchas ilusiones con lo de conseguir un puesto de reportera. Eso es para gente más joven. Si fuéramos a contratar a un novato, me gustaría que fuera un hombre con un largo futuro por delante.

Un hombre.

Ya en el baño, contempló su lívido reflejo en el espejo. Si era cierto que Diller conocía la identidad de su fuente, ¿qué consecuencias podría tener eso para ella y Ferdie? ¿Le causaría algún problema a Ferdie? Ojalá pudiera llamarlo para que él la reconfortara. Pero era imposible. No tenía su número, no sabía dónde vivía. Si quería encontrarlo, su única esperanza era dirigirse a la zona noroeste de la ciudad y caminar por la calle gritando como una loca. Así lo había conocido nueve meses atrás. Salvo eso, sólo podía esperar a que él acudiera a su casa.

Decidió ir andando al New Orleans Diner y tomar un café antes de que cerrara. Se sentó a la barra mientras la camarera, a la que recordaba de la vez que había comido allí con Bob Bauer, apoyaba los codos y leía el periódico. Era el artículo de Maddie.

—Eso lo he escrito yo —dijo.

En términos estrictos, no era cierto; lo había escrito Ettlin, el redactor, a partir de sus notas. Pero no lo había podido evitar.

—De modo que usted es… —la camarera miró la firma, luego a Maddie y luego volvió a mirar la firma— … ¿Madeline Schwartz?

—Sí.

—Yo la conocí. A Cleo. Cuando trabajaba en el Werner's.

La camarera parecía cohibida y excitada a la vez. Maddie notó por primera vez que era mucho más joven que ella, con pecas en la nariz y en el escote que dejaba ver el uniforme rosa.

—¿Cómo era?

La camarera tardó tanto en responder que Maddie supuso que no la había oído. Finalmente dijo:

—Ávida. Quería algo. Pero no sabía qué.

«Dímelo a mí», pensó Maddie. Salvo que… ella sí sabía lo que quería. Iba a ser una reportera. No cualquier reportera. Un día sería como Bob Bauer. Una columnista, de esas que

decidían lo que querían escribir.

Pero no sería lo mismo. Sería más difícil. Y si bien podía vislumbrar el objetivo, brillante, resplandeciente, no alcanzaba a ver el camino. Parecía ridículo. Le acababan de decir que ni siquiera podría ser la reportera nocturna de sucesos, que el periódico jamás la contrataría. Sin embargo... No era diferente de Cleo Sherwood. Si realmente deseaba algo, lo conseguía. Había deseado a Allan Durst y lo había seducido, tanto como él a ella. Había deseado a Milton, esa pátina de respetabilidad que él prometía, después de que Durst la dejara, desflorada y casi arruinada. Había deseado tener un hijo. Y luego había deseado libertad. Treinta y siete años podía parecer una edad demasiado avanzada para hacer esas cosas, pero no era imposible. Después de todo, estaba... bueno, la Abuela Moses. Oh, por todos los cielos, debía de haber alguien más aparte de la Abuela Moses.

Cuando regresó a la redacción, en la quinta planta se percibía una atmósfera más cargada de lo habitual después del último cierre.

—¿Qué pasa? —le preguntó a uno de los empleados que se ocupaban de llevar los artículos de una sección a otra.

—Hubo un tiroteo en el tribunal —respondió él—. En la comparecencia del tipo que confesó el asesinato de la Dama del Lago.

Ella había utilizado la frase esa misma mañana en su artículo y ahora allí estaba, fija, inmortalizada. Maddie no recordaba en absoluto que se la había robado al forense.

—¿Qué pasó?

—Un tipo le disparó cuando lo sacaron del furgón en la entrada lateral.

—¿Está muerto?

Sintió un extraño latido de compasión por el hombre que la había acompañado hasta su coche y había comparado a Cleo Sherwood con un poema. Luego recordó que él la había asesinado.

—Lo están operando en el Mercy. Aún no han informado de su estado.

—¿Y quién le disparó?

—El padre de Cleo Sherwood.

Maddie ni siquiera se molestó en preguntar. Cogió una libreta y se dirigió a Auchentoroly Terrace. Allí, la señora Sherwood, aturdida, le permitió entrar, sin dejar de sollozar. En menos de doce horas se había resuelto la investigación del asesinato de su hija y su esposo había llevado a cabo ese intento improvisado y mal planificado de venganza. Su hija estaba muerta e iban a meter en la cárcel a su esposo, posiblemente por homicidio.

Cerca de las ocho de la noche, Maddie se acercó a Cal Weeks, sabiendo que él ya habría cenado para entonces.

—¿Alguien ha hablado con la madre?

—¿Quién?

—Merva Sherwood. Era la madre de Cleo Sherwood. —Cal parecía desorientado—. Hoy han arrestado a su marido, el padre de Cleo, por haber intentado matar al asesino de su hija. —A continuación, añadió—: Sus padres preferían llamarla por su verdadero nombre real, Eunetta.

—No había nadie en su casa cuando mandamos a un periodista. Probablemente estén escondiéndose en casa de algún pariente.

—Yo sí he hablado con ella. Ya había estado antes en ese piso... en mi tiempo libre. Estaba muy interesada en la muerte de Cleo. Siempre pensé que tenía que haber una respuesta. Y supongo que ya la hay.

—¿Tomaste notas?

—Sí.

—Pásalas a redacción.

—Pero yo estoy aquí y el primer plazo de entrega no es hasta…

—Pásalas a redacción. No te preocupes. Tu nombre aparecerá en el artículo como colaboradora.

—No es eso lo que me preocupa. Es que le prometí a su madre que el artículo lo escribiría yo. Si quieres mis notas, tendrás que permitírmelo.

Si bien no podía publicar en el periódico todo lo que sabía sobre Cleo Sherwood, sí podía contar la historia de su madre. Una mujer que había perdido a una hija y que ahora perdería a un marido. Una mujer que tenía un armario lleno de hermosas prendas de ropa y no sabía cómo habían ido a parar a manos de su hija. Podía hablar de la parapsicóloga, de esas visiones verde y amarillo que seguían siendo desconcertantes. De la camarera que la había conocido en el Werner's. Hubo que cortarlo un poco —«No es más que un artículo complementario, por el amor de Dios»—, pero ella luchó por mantener el detalle de todas esas prendas arregladas colgadas de las perchas de alambre, amortajadas en bolsas de papel de EZ Kleeners. Quería que Ezekiel Taylor se enterara de que alguien conocía su secreto.

SEPTIEMBRE DE 1966

Por mucho calor que haga —y en 1966 hizo mucho calor—, septiembre siempre será el comienzo del otoño y el otoño siempre será el verdadero principio del año. La madre de Maddie estaba convencida de que su hija pródiga regresaría a casa de los Morgenstern para el Rosh Hashanah y el Yom Kipur. Maddie recordaba irónicamente cómo había batallado durante años para arrebatarle a su madre la decisión sobre las cenas de esos días festivos, cómo había insistido en crear sus propias tradiciones, cómo había escandalizado a su madre con su receta de *jaroset* en el Pésaj del año anterior, preparado con higos y dátiles. Ahora todo aquello le parecía trivial.

Las primarias se celebrarían dos días antes del Rosh Hashanah y Maddie se ofreció voluntaria para recoger los resultados. Era una tarea deshonrosa, pero no más deshonrosa que el trabajo que seguía haciendo cada día, a pesar de su «primicia» sobre la historia de los Sherwood. Mecanografió las cuentas de votos de las circunscripciones legislativas de la ciudad y sus veloces dedos se detuvieron un segundo cuando llegó el momento de incluir las cifras para el escaño senatorial de la cuarta circunscripción. Un recién llegado, Clarence Mitchell III, fue el que había obtenido más votos, pero Verna Welcome estaba en segundo lugar. Ezekiel Taylor había quedado muy atrás, en el cuarto puesto.

Qué estúpida había sido al pensar que aquello podía tener alguna relación con Cleo. A toro pasado —ésa era la expresión que se usaba para esos casos—, era fácil para Maddie entender cómo funcionaba el mundo y qué lugar ocupaban las mujeres

en él. Los hombres tenían derecho a tener amantes, siempre y cuando fueran discretos. Los hombres, algunos hombres, se sentían también con el derecho de matar a las mujeres que no les correspondían. Cleo Sherwood no importaba lo suficiente; no podría haber modificado los resultados de estas elecciones. Ella nunca había importado.

Mientras tanto, Ezekiel Taylor seguía allí, con su reputación intacta y su campaña financiada con el dinero sucio de Shell Gordon. Qué tonta había sido Maddie. La muerte de Cleo era más interesante como misterio. Una vez resuelta, era aburrida. El acto demente y desesperado de su padre en la puerta del tribunal había llamado más la atención que el asesinato de su hija. Una cosa era que un hombre blanco matara a una mujer negra, enloquecido de amor por ella. Pero si el padre de esa mujer se arrancaba a disparar delante del tribunal, en medio de una multitud, rozando a un joven agente de policía, se esperaba que pasara tanto tiempo en la cárcel como el asesino de su hija, si no más.

Mientras cogía el teléfono y actualizaba los números, Maddie empezó a cobrar conciencia de la extraña atmósfera que se respiraba en la redacción. Había una sorpresa, algo inesperado en los resultados. Hasta Edna, que estaba harta de todo y había venido a escribir una nota de color sobre los patrones que surgían de las contiendas electorales a lo largo y ancho del estado, parecía desconcertada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Maddie a Bob Bauer, que acababa de sacar su columna de la máquina de escribir. Pero en lugar de gritar «¡a corrección!», la arrugó y puso una página nueva.

—Los números son demasiado ajustados para arriesgar un resultado. Con los datos de todos los distritos, Mahoney lleva una ventaja de menos de ciento cincuenta votos. Va a haber un segundo escrutinio. Clarence Mitchell III ya está diciendo que

organizará a los negros para que apoyen a Agnew si Mahoney es el candidato.

—¿Cómo podría ganar Mahoney? —Maddie había seguido las elecciones para gobernador en los periódicos todo el verano. Mahoney ya había perdido seis veces en la política estatal.

—Sickles y Finan han dividido a las bases. Y Mahoney tenía un mensaje que calaba muy hondo: «Tu casa es tu castillo.»

—Pero ¿eso no es racista?

—Tal vez para ti. Para un tipo que ve cómo el valor de su vivienda cae en picado porque su barrio está cambiando, es distinto. No te puedes meter con la casa de un hombre. Es lo que lo define. —Miró la hoja de papel que tenía en la máquina de escribir—. Eso. Eso. No te puedes meter con la casa de un hombre. Tengo que seguir, Maddie, así que si me disculpas...

El día siguiente llovió sin parar. Cayeron casi cien mililitros, un récord. No fue una lluvia purificadora, de las que refrescan las ciudades. El clima se mantuvo húmedo y el pelo alisado de Maddie pareció encogerse al recuperar su ondulado natural. En el periódico todos estaban cansados e irritables, por la falta de sueño y demasiado café.

El jueves Maddie se presentó en casa de su madre con una bandeja de hígado de pollo con pistachos.

—¿Esto es de Seven Locks? —le preguntó su madre.

—En realidad lo he hecho yo. —Lo que era cierto; había sido una tarea laboriosa que incluía pasar los hígados de pollo por un tamiz—. Es kosher.

Su padre sacó los frutos secos —«Me dan acidez», dijo—, pero el hecho de que su madre no pudiera encontrar argumentos para criticar su plato era una forma de validarlo. Por desgracia, también le dio alas para entrometerse en la vida personal de Maddie.

—Pronto será el Yom Kipur —empezó diciendo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿vas a volver a tu casa? Si le pides a Milton que te deje volver, lo más probable es que lo considere. Después de todo, perdonar es parte de la expiación.

—No tengo nada que expiar —repuso Maddie bruscamente —. Y no hay nada que tengan que perdonarme.

—¿Estás saliendo con alguien?

Había malicia en la pregunta de su madre, la insinuación de algo no dicho, pero era imposible que supiera lo que sucedía en la esquina de Mulberry y Cathedral.

—No.

No mentía. Según el razonamiento de Maddie, tener sexo en tu piso no era salir con alguien. Pensó en aquella noche del partido de béisbol, lo excitante que había sido sentarse al lado de él, hombro con hombro.

Luego pensó en John Diller diciéndole con los ojos entornados: «Esa fuente.»

—En serio, Maddie —continuó su madre—. Créeme que lo entiendo. El verano antes de tu segundo año en el instituto me volví un poco loca. Es natural. Te pasas la vida criando a un niño y llega un momento en que ese niño pasa página. Les ocurre a todas las mujeres que conozco. A Debbie Wasserman la atraparon robando en el Giant de Ingleside. Fue hasta allí en coche sólo para robar un bizcocho Sara Lee.

Maddie untó hígado de pollo en una rebanada de pan. Estaba buenísimo. Cocinaba mejor en su estrecha cocina con dos quemadores que en Pikesville, con una nevera llena de pan de queso del Hutzler's y de sus trucos para preparar cenas elegantes que parecieran hogareñas y hechas en casa.

—No creo que ésa sea mi situación. Yo tengo cerebro. Casi se me atrofió por falta de uso y ahora quiero usarlo.

—En un periódico. Y encima el *Star*. —En la casa de los Morgenstern se recibía el *Beacon* por la mañana y el *Light* por la

tarde, y se sospechaba de todos los que no hacían lo mismo. Su madre jamás había leído los artículos de Maddie—. Mira, Madeline, no te lo digo porque sí. Sé de qué hablo.

Su madre le clavó la mirada y de pronto Maddie se sintió una chica de dieciséis años, aunque sólo fue por un momento. Se preguntó qué sabía su madre. ¿Sospechaba que Maddie no se había casado virgen? ¿Se había enterado de que había acudido a aquel médico abortista de la parte baja de Park Heights? Le parecía imposible que hubiera deducido que había localizado a Allan, había hecho el amor con él y luego había regresado a su casa y concebido un hijo con Milton. Y más imposible todavía que pudiera haberle llegado algún rumor sobre Maddie y Ferdie. (Se dio cuenta de lo tontos que sonaban sus nombres juntos y, al mismo tiempo, qué apropiados.) A lo mejor Diller sabía lo de ellos... Bueno, ¿y qué? No creía que su madre fuera a toparse con el periodista de sucesos del *Star*, ni siquiera con su esposa, en el mercado de Seven Locks.

—Podrías estar en tu casa el 1 de octubre —siguió diciendo su madre—. Todos los matrimonios atraviesan malas rachas.

Miró de reojo a su marido, que había apilado los pistachos de su plato en una ordenada hilera. Lo habían escogido para ella; los padres de Tattie decidieron que era el único pretendiente aceptable para su hija mayor. Fue un *shiduj* no muy distinto de los del *Violinista en el tejado*. Los padres de su madre, que eran judíos alemanes, se horrorizarían ante esa comparación, incluso en la intimidad de la mente de Maddie, pero era bastante acertada. Su padre ni siquiera era de primera generación; había nacido en el barco camino a Estados Unidos en 1906. Sesenta años atrás. ¿Cómo era posible que 1906 y 1966 pertenecieran al mismo siglo? En 1906 no había habido ninguna guerra mundial y la mayoría de la población no tenía teléfono ni coche. En 1906 las mujeres no podían votar; los hombres negros sí podían según la ley, pero no en la práctica.

Sus padres le parecían increíblemente lejanos. Incluso ella se sentía muy lejos de sí misma. Le parecía imposible formar parte de la misma familia que aquella mujer que se había sentado en esa misma silla, comiendo esos mismos platos de Rosh Hashanah, con la excepción de su exótica receta de hígado picado. Sintió un escalofrío, casi como si la hubiera atravesado un fantasma, pero era el fantasma de la persona que había sido en otra época. Ni siquiera había que pensar en 1906 y 1966. Lo increíble era que 1965 y 1966 pertenecieran al mismo siglo. Ella había cambiado. ¿Acaso su madre no se daba cuenta de lo distinta que estaba?

Una semana más tarde, en el Yom Kipur, no asistió a la sinagoga, aunque sí ayunó hasta la puesta del sol, por la fuerza de la costumbre. Luego, con Seth, pidió demasiada comida en el Paul Cheng's y se llevó las sobras a casa, confiando en que Ferdie se dejaría caer por allí.

Y así fue.

OCTUBRE DE 1966

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

Ferdie y Maddie estaban tumbados en una maraña de brazos y piernas disfrutando de la primera noche realmente fresca del otoño, cuando los edredones vuelven a la cama y la ventana se deja abierta apenas unos centímetros. Incluso allí, encima del tráfico y la mugre de Mulberry Street, el aire olía fresco y nuevo.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no puedo preguntártelo? Llevamos casi un año viéndonos y todavía no ha sido tu cumpleaños, que yo sepa.

—Sólo nueve meses —repuso Maddie.

—Eso es casi un año, ¿no?

Su tono era divertido, pero también se notaba que le había dolido, como si Maddie hubiera restado importancia a lo que fuera que había entre ellos.

—Noviembre —respondió ella—. El 10 de noviembre.

—Y cumplirás treinta y ocho.

Ahora fue ella la que se sintió dolida. No creía aparentar su edad. Ferdie debió de darse cuenta de su metedura de pata, porque se apresuró a añadir:

—Te pedí el carnet de conducir el día que nos conocimos. Recordaba el año, pero no la fecha. ¿Qué quieres para tu cumpleaños?

—Oh, no necesito ningún regalo.

—Puede que yo necesite hacerte uno. ¿Lo has pensado alguna vez?

Fue casi instintivo, casi, lo de empezar a besarlo y deslizar

el cuerpo a lo largo del suyo, dejando atrás ese torso ágil, ese ombligo nudoso, y seguir más y más abajo. No fue hasta más tarde cuando Maddie se dio cuenta de la cantidad de veces que hacía exactamente eso para evitar determinadas conversaciones. Cuando Ferdie decía cualquier cosa que sonara romántica, que apuntara a una relación establecida, ella lo distraía con sexo. Y también se distraía a sí misma. Le gustaba darle placer porque él siempre se lo devolvía. Su placer les había parecido secundario a los otros hombres con los que había estado. A veces disfrutaba, a veces fingía, pero Milton no notaba la diferencia. A Allan le encantaba la seducción, la tensión previa. Maddie se preguntó por primera vez si Allan prefería seducir vírgenes porque no tenían con qué comparar la experiencia. Si uno es el primer amante de alguien, uno es, inevitablemente, el mejor.

—Treinta y ocho es una edad tan estúpida —dijo después—. Todavía no son los cuarenta, pero casi son los cuarenta. —Hizo una breve pausa—. ¿Cuántos años tienes tú? ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En diciembre. El 25 de diciembre.

Pero no reveló su edad.

—Ah, entonces probablemente nunca hayas tenido un verdadero cumpleaños. Aunque para mí el 25 de diciembre no significa nada. Podemos hacer lo que hacen los judíos: comer comida china. —No añadió «e ir al cine», aunque ésa había sido la tradición en la familia Schwartz: matiné y luego comida china—. En la cama.

Él parecía apesadumbrado.

—Es un viejo chiste. Coge una galleta de la fortuna, lee el papelito y luego añade las palabras «en la cama». Funciona siempre. —Él no se rió—. Podemos hacer lo que quieras en tu cumpleaños.

—A mí me gustaría... —A ella casi se le paró el corazón,

aterrorizada por si él le pedía algo que ella jamás podría darle. En cambio, él enterró la cara entre sus pechos, pero no intentando distraerla—. Me gustaría darte el mundo entero, Maddie.

—No necesito el mundo —repuso ella—. Me has dado más de lo que habría podido imaginar.

Tras pronunciar esas palabras, se puso una bata y fue a preparar una bandeja de comida. La segunda película que pasaban en el canal 2 era *Devil's Harbor*, una policíaca, mientras que la película de madrugada del canal 11 era *Her Master's Voice*, una comedia sobre una pareja dispareja, el tema favorito de Shakespeare, pero ejecutado a un nivel muy inferior. Maddie dejó que eligiera Ferdie y le sorprendió que él se decantara por la comedia, que había empezado hacía treinta minutos.

Estaría agotada en el trabajo al día siguiente si se quedaba despierta hasta tan tarde. Pero ¿qué más daba? No necesitaba estar descansada para abrir cartas, coger el teléfono e irle a buscar el almuerzo al señor Denuncias Ciudadanas.

—Voy a hacerte el mejor de los regalos —dijo él de pronto, poniéndole una mano en el muslo.

Ella pensó que él quería volver a hacer el amor, pero Ferdie siguió viendo la película. En cierto punto se quedó dormida y a las seis y media, cuando sonó el despertador, la única prueba de que él había estado allí era el plato y los dos vasos vacíos.

OCTUBRE DE 1966

Milton quería que se encontraran. Para comer, dijo por teléfono, en lugar de pedirle a Seth que transmitiera el mensaje. Ellos dos a solas, dijo. Propuso que fuera en el Danny's, uno de sus restaurantes favoritos, y Maddie se vio obligada a explicarle que tenía una hora como mucho y que casi siempre comía delante de su escritorio. Para cuando llegara al Danny's, apenas le quedaría tiempo para pedir algo de beber, tomárselo de un trago y volver al trabajo.

—Para cenar, entonces. ¿Tío Pepe?

No, era demasiado elegante. Ella contraatacó con Maison Marconi, adonde podía llegar a pie desde su piso. Tendría tiempo de volver a su casa, cambiarse y encontrarse con él para cenar a la muy respetable hora de las seis y media. Además, aunque la comida era deliciosa, el Marconi estaba muy iluminado, de modo que no era para nada romántico.

De todas maneras, la propuesta le preocupaba. Habían hablado por teléfono, en ocasiones de forma airada, en otras, conciliadora, y a veces las dos al mismo tiempo. Pero no habían estado solos cara a cara desde enero. Él seguía mandándole un poco de dinero, pero jamás con una periodicidad previsible y nunca la misma cantidad. Seth le entregaba un sobre con billetes en sus encuentros semanales. «Para la cena, dijo papá.» Dentro habría mucho más dinero del necesario para cenar en el Suburban House o en el cantonés Paul Cheng's, pero al mismo tiempo menos de lo que ella pagaba de alquiler cada mes. Era un gesto extraño, que tanto podía considerarse hostil como bienintencionado. Maddie había decidido adoptar el punto de

vista más generoso. Le había roto el corazón a aquel hombre. ¿Y para qué? Probablemente a Milton le habría sido más fácil aceptarlo si ella lo hubiera dejado por un tipo más rico o más exitoso, como Wallace Wright, por ejemplo. Si lo hubiera dejado por alguien o algo tangible. Desde su posición, debía de haberle resultado insultante que su esposa lo abandonara sólo por un puesto administrativo en un periódico, donde tenía pocas esperanzas de progresar. (Ella no había tenido una firma propiamente dicha desde el artículo sobre los Sherwood. Sus logros seguían considerándose fortuitos, hazañas que no podría repetir.) Él jamás había visto su piso, por supuesto, pero debía de tener alguna idea de cómo era. El piso entero cabría en el salón de su antigua casa de Pikesville.

Sí, qué desconcertante debía de haber sido para Milton toda esta aventura. Qué desconcertante era para Maddie.

Se vistió cuidadosamente, intentando encontrar un punto medio entre su yo anterior y el nuevo. Un vestido de los más largos, que le llegaba hasta un poco por debajo de la rodilla. Tacones altos, en lugar de las botas que prefería últimamente. Se levantó el cabello, peinándolo un poco hacia atrás. Su única joya era un pin que había encontrado en una tienda de segunda mano de Fells Point, una eme cursiva de plata de ley. A menudo se preguntaba por la mujer que lo había desechado, por lo que aquella eme había representado antes. Recordó lo contenta que se puso cuando, tras casarse, cayó en la cuenta de que su monograma consistiría en dos pequeñas emes —Madeline Morgenstern— a ambos lados de la ese de Schwartz. Era una figura tan bella en su simetría, con esas dos emes rodeando la ese. Cómo había adorado las prendas bordadas de su ajuar.

Pero ahora le parecía que aquellas dos emes empequeñecidas por la ese habían resultado una predicción demasiado acertada de la vida que le esperaba. La de una

criada, primero de Milton, luego de Seth.

Se puso un pintalabios suave, uno de los tonos más nuevos.

Bajo las fuertes luces del Marconi, Milton se veía nervioso. Oh, vaya. Se inclinó hacia delante, al parecer con la intención de darle un beso en la mejilla, pero luego por lo visto se lo pensó mejor y le estrechó la mano con una firmeza cómica, en plan jovial, campechano.

Hablaron de Seth hasta que les trajeron la ensalada, y luego del trabajo —el de Milton, no el de Maddie— mientras esperaban el plato principal. (Lenguado para Milton, mollejas para Maddie. Lo que en realidad quería era la langosta a la cardinal, pero le pareció que sería una torpeza pedir el plato más caro del menú. Además, tenía la costumbre de no comer marisco delante de Milton, que era practicante.) La conversación era agradable, pero todo el tiempo daba la impresión de que Milton estaba posponiendo lo que realmente quería decir.

Mientras comían los helados con la famosa salsa de chocolate, él le espetó:

—Ya no llevas tus anillos.

—Es que... —Casi se había olvidado de la historia—. Me los robaron. En el primer piso. Ésa es una de las razones por las que me mudé.

—No estoy seguro de que hayas escogido una zona más segura.

—Vivo a menos de dos calles de aquí. Si es lo bastante segura como para venir a cenar en coche, ¿cuán peligroso puede ser?

Se arrepintió de haberle contado que su piso estaba tan cerca. Luego probablemente insistiría en acompañarla hasta la puerta. ¿Y si trataba de besarla? Había amado a Milton, en serio. Si no hubiese sido por Wally Weiss, tal vez jamás se habría dado cuenta de que se había desenamorado de él.

Recordaba con cariño su pecho ancho e hirsuto, lo segura que se había sentido a su lado.

Pero ya no necesitaba sentirse segura.

—Lamento no haber hecho nada sobre el divorcio. Pero ya ha pasado casi un año. Me han informado de que puedo solicitarlo alegando abandono.

A pesar de lo extraño que era, Maddie casi sintió el deseo de defenderse. «Abandono.» Ella no había abandonado a nadie. Lo que había hecho era salvar la vida.

—¿Recibiría una pensión?

—¿La necesitas?

Ay, la pregunta le dolió, porque la respuesta era que sí, sí que la necesitaba. Pero no se atrevió a decirlo.

—Es mera curiosidad por saber cómo funcionan las leyes, en general. Estuvimos juntos casi veinte años.

—Es probable que venda la casa. Seth quiere ir a Penn. —Un comentario incongruente. ¿O no?

—Pero el dinero es suficiente, ¿verdad? Sin vender la casa, quiero decir.

—No es una cuestión de dinero. Maddie... he conocido a alguien.

Por supuesto. *Por supuesto*.

—Y ella no quiere vivir en «mi» casa.

—No lo ha dicho con esas palabras. Pero teniendo en cuenta que Seth se marchará... Ella es bastante joven.

—¿Cómo de joven?

—Veinticinco.

Por supuesto.

—De modo que yo no soy lo bastante mayor como para ser su madre, pero tú podrías ser su padre.

Milton pareció decepcionado por ese comentario. Era la primera vez que la miraba de esa forma, como diciéndole: «Maddie, esto es indigno de ti.» Lo era. Ni siquiera era verdad.

Sin duda Milton podría haber concebido a un hijo a los dieciséis años, pero parecía poco probable. No había sido tan precoz. Entre la tienda y sus estudios, no había tenido tiempo para chicas.

—¿Cómo se llama?

—Ali.

—¿Eso es la abreviatura de algo?

—Yo... ¡no lo sé!

Parecía alarmado por su propio despiste, por el hecho de no estar seguro del nombre verdadero de su amor.

¿Qué otra cosa debería preguntarle Maddie? Era el tipo de conversación que sólo se tiene una vez, que ella jamás había tenido hasta ese momento y jamás volvería a tener, una charla sobre el nuevo amor de su marido. No se sentía como el perro del hortelano, no exactamente. No deseaba a Milton. No deseaba una vida como la que él iba a formar con esa tal Ali, que, en el fondo, sería una especie de segunda versión de la vida que él había tenido con ella. «Oh, Milton, todavía eres joven. Hay tanto que ver y hacer en este mundo. No vuelvas a los pañales y al payaso Donadio», sintió deseos de decirle.

—Deberías dejarte las patillas —le soltó de pronto.

—¿Qué?

—Creo que te quedarían bien.

Era cierto. Él seguía teniendo todo el pelo, por el momento. Un pelo denso y con pocas canas. Se preguntó qué aspecto tendría Ali. O bien sería idéntica a Maddie o bien lo más distinta posible. A Maddie le resultaría más halagador que él hubiera elegido a una persona opuesta a ella. Otra morena de ojos azules significaría que ella sólo era un tipo de mujer, mientras que una rubia menudita podría dar a entender que en el fondo jamás la había superado, que estaría con él para siempre, un poco como la varicela.

Como había supuesto, Milton insistió en acompañarla a su

casa y ella fantaseó con la idea de hacerlo subir y mostrarle lo que su cuerpo había aprendido en los últimos meses. La tentación de marcarlo como suyo era fuerte. Pero también era injusta y mezquina, y ella lo sabía.

—Te hará falta un abogado —dijo él—. Yo cubriré sus honorarios. Y será un trámite sencillo, te lo prometo. Haré las cosas bien.

«Claro que sí. Ali tiene muchas ganas de casarse. Juego con ventaja.»

Pero no pensaba abusar de su poder. Le dio un beso cortés en la mejilla, convencida de que en adelante se formaría un extraño triángulo. Quizá hasta un cuadrángulo, y sonrió al imaginarse a Milton y Ali, Maddie y Ferdie coincidiendo en las celebraciones de los hitos de Seth. En la ceremonia de graduación del instituto y de la universidad, en su boda, en el nacimiento de los nietos. Todas esas cosas tendrían lugar. Claro que Ferdie no estaría a su lado. Terminaría siendo otro hombre, si era eso lo que ella quería. ¿Y qué quería?

Ahora tendría dinero. No mucho, pero suficiente. Podría buscarse un piso mejor, incluso tratar de encontrar un trabajo en el que tuviera posibilidades de progresar.

Cuando Milton se despidió, su antigua mirada, esa mirada de adoración, resurgió por un instante. Pero Maddie también percibió confusión en su manera de contemplarla. Ya no la reconocía. Bueno. Ella tampoco se reconocía a sí misma.

OCTUBRE DE 1966

Por extraño que pudiera parecer, fue Halloween lo que terminó hundiéndola. Un Halloween sin niños pidiendo chuches. En la esquina de Mulberry y Cathedral podía haber sido cualquier otra noche de lunes. El único punto positivo fue Ferdie, cansado por los mezquinos ataques a la ley y el orden que habían tenido lugar durante el día, pero también entusiasmado.

—Hoy hablé con Pomerleau. Sólo de pasada. Vino de visita al distrito.

—¿El nuevo jefe de policía?

En otra época, Maddie no habría reconocido el nombre. Pero ahora leía el periódico de cabo a rabo. También los de la competencia. Tenía la cabeza llena de las noticias del día.

—Anunció que este mes el departamento ha terminado con un incremento neto de personal, lo que revierte una tendencia del último año, durante el cual las renuncias y las jubilaciones superaron a los nuevos reclutas. Ahora se empezará a ascender a agentes negros. Las cosas van a cambiar, Maddie. Podría llegar a investigador, y rápido. Puede que incluso de Homicidios. He estado cultivando la amistad de un tipo de esa división. Me tiene confianza. Me cuenta cosas.

—Qué bien —respondió ella con la cabeza en otra cosa.

Esa conversación empezaba a recordarle la manera en que hablaban ella y Milton. Lo que no era nada bueno.

Pero el sexo que siguió sí fue muy bueno, de modo que decidió no preocuparse. De hecho, los sueños profesionales de Ferdie hacían que el sexo resultara todavía mejor, como si él se sintiera otro hombre y, por lo tanto, ella fuera nueva para él y

él nuevo para ella.

—Investigador —ronroneó ella en un determinado momento, lo que lo excitó sobremanera.

Él abrió mucho los ojos y, sin molestarse en preguntarle si era eso lo que quería, le dio la vuelta, colocándola bocabajo, y le ató las manos a la espalda con el cinturón de su bata.

—Le advirtieron que no debía robar en las tiendas, señorita —dijo él—. Ahora tendré que arrestarla.

Siempre había una atmósfera de juego en el dormitorio, probablemente porque esos episodios se encontraban muy alejados de la vida diaria. Podían permitirse hacer el tonto, exponer partes de ellos mismos que nadie más había visto.

—Haré cualquier cosa —dijo ella—. Cualquier cosa.

Y lo hizo. Ésa era la única parte de su vida en la que las cosas seguían creciendo y cambiando, en la que ella podía alcanzar su potencial. Era una noche fresca, pero cuando terminaron tuvieron que ducharse. Se acurrucaron juntos en el espacio ridículamente reducido del cubículo, volvieron a enredarse y tuvieron que darse otra ducha después de ducharse. Eran casi las dos de la mañana cuando por fin empezaron a quedarse dormidos o, mejor dicho, ella estaba quedándose dormida. Ferdie seguía despierto, acariciándole el pelo.

—Mi amigo de Homicidios me contó algo relacionado con Tessie Fine.

—¿Qué?

—Están bastante seguros de saber quién lo ayudó. La mujer que fue a buscarlo.

—¿Una mujer?

—Su madre, Maddie. Creen que él llamó a su madre y que ella fue a buscarlo. Pero lo único que pueden probar es que él la llamó desde la tienda. Los dos han dicho lo mismo: que él la llamó sólo para decirle que volvería tarde. No se apartan de esa

declaración ni un milímetro. Los investigadores lo han presionado mucho y ahora él está dispuesto a declararse culpable, pero únicamente de homicidio no premeditado. Aunque está claro que no van a reducirle la pena.

Ella se sentó en la cama.

—Es una historia impresionante.

Ferdie la agarró del brazo como si ella estuviera a punto de salir corriendo por la puerta.

—No, Maddie. No. No puedes escribir sobre eso. Sabrán que he sido yo.

—Tú me diste el chivatazo de Ludlow.

—Eso es distinto.

—¿En qué sentido?

Él apartó la mirada.

—Podrías haberlo conseguido de una docena de personas. Y nadie sabe lo nuestro.

Maddie recordó la mirada malévola de Diller en el despacho del secretario de redacción.

—Si nadie sabía lo nuestro en ese momento, entonces nadie lo sabe ahora. Eso no ha cambiado. Este material es sensacional. La madre encubriendo el crimen de su hijo.

—Ella no intenta encubrir nada, sino que trata de salvar el cuello. Y el hijo le sigue la corriente, al menos por ahora.

—¿Podría decir que la policía por fin ha identificado al cómplice que tanto tiempo había conseguido mantenerse oculto? —dijo Maddie, que ya estaba redactando el artículo en la cabeza.

—No, Maddie —respondió él con una voz brusca, casi un grito—. Ésta es una información muy reservada. Sabrán que he sido yo. No puedes escribir esto.

—Pero... El homicidio de Tessie Fine es mío. Yo la encontré.

Él se levantó y empezó a vestirse. Por lo general esperaba hasta que ella estuviera dormida para marcharse.

—No sé qué te pasa con los muertos, Maddie, pero esto está yéndose de madre. ¿No puedes encontrar otra manera de progresar?

—¿Y tú qué? Después de todo, el que quiere ser investigador de Homicidios eres tú.

—¿Sabes lo mucho que esto significa para mí? Me incorporé al departamento hace casi diez años. No tengo ninguna manera de progresar, en serio. O no la tenía hasta hace un mes, cuando entró Pomerleau. Las cosas van a cambiar, Maddie. Hasta ahora era un sitio mezquino, donde los negros no podían ascender. Tú sabes lo que se siente cuando tienes un sueño. Yo jamás me entrometería en tus cosas. Esta información no puede salir de esta habitación.

—Ya la tengo en la cabeza. Tampoco puedo olvidarla. Me acompañará donde quiera que vaya.

—Sabes a lo que me refiero. No puedes contárselo a nadie. Mira, si me entero de que hay algún avance, si están a punto de arrestarla, o algo así, te lo diré. Hasta entonces, no puedes escribir sobre esto.

Ella escogió cuidadosamente sus palabras.

—No escribiré nada sobre las actuaciones policiales.

—No te hagas la lista, Maddie.

—No es eso —respondió ella—. Te lo prometo: no escribiré nada que pueda relacionarse contigo.

Cuando aún no habían pasado dieciocho horas de aquello, Maddie golpeó la puerta de otra madre.

NOVIEMBRE DE 1966

«¿Qué creías que iba a pasar?», le preguntaron a Maddie con frecuencia en las semanas posteriores a su visita a la casa de Angela Corwin la tarde del 1 de noviembre. ¿Alguna vez alguien formula esa pregunta con una mentalidad abierta, sin que suene a una acusación? ¿Alguna vez te preguntan «¿Qué creías que iba a pasar?» como preludio de un halago? Maddie pensaba que no. De todas maneras, ella respondía con la verdad, más o menos:

—Creía que tal vez la señora Corwin quisiese hablar conmigo, de madre a madre, no como había hablado con los investigadores.

Era cierto. Bastante cierto. Ella había razonado que, si podía hacer que la señora Corwin confesara o que al menos incurriera en algún pequeño lapsus, no estaría violando la confianza de Ferdie. No estaba del todo segura de que Ferdie lo fuera a ver de esa manera, pero con el tiempo se sentía capaz de convencerlo. El hijo había hablado con ella. ¿Por qué no iba a hacerlo la madre? Maddie había encontrado el cuerpo de Tessie Fine. Había conseguido que el asesino le revelara un detalle que había omitido en el interrogatorio de la policía, el mismo detalle que había desencadenado la búsqueda de un cómplice. Siempre le robaban la historia, las historias, todo el tiempo. Ésta sería su historia.

Y al principio todo parecía estar saliendo muy bien. La señora Corwin era una mujer menuda de modales encantadores. «Oh, sí, recuerdo su nombre», dijo. Invitó a pasar a Maddie y le ofreció té o café. Sacó una bandeja de galletas,

galletas de panadería. «Son del Bauhof's, una tienda de Woodlawn. En comparación, las de Silber's son malísimas», explicó. Maddie se sirvió una de esas galletas de nevera rosas y blancas. Era exquisita. Si viviera más cerca de Woodlawn y todavía recibiera gente en su casa, se las serviría a los invitados y fingiría que eran caseras.

—Yo quiero mucho a mi hijo —dijo la señora Corwin—, pero está muy mal de la cabeza, ya lo sabe usted. Es un demente. Pero no le permiten alegar demencia. No desean que esa información salga a la luz.

—¿Qué información?

—La de los experimentos de Fort Detrick.

—Ah, sí, Bob Bauer escribió al respecto. La Operación Bata Blanca.

Se abstuvo de señalar que eso significaba que la información ya había salido a la luz, que el mundo ya estaba enterado de los experimentos con gérmenes y que a nadie le importaba.

—Era objetor de conciencia. Somos adventistas del Séptimo Día. —Bebió un sorbo de té—. Pero no tenemos nada contra los judíos.

Maddie no supo si con ese comentario tranquilizador se refería a ella, a Tessie Fine o a ambas.

—Entonces usted no tiene ninguna duda de que su hijo la mató.

—No querría cotillear sobre Stephen con una desconocida.

—En ninguna de las cartas que él me mandó admitió su culpa. Ahora me he enterado de que quiere declararse culpable de homicidio no premeditado y que no van a aceptarlo porque ocultó el cadáver.

—Bueno, claro que no. Están decididos a presentarlo como un mentiroso, en mi opinión. Le impidieron alegar demencia con el argumento de que no cumple con los criterios, cuando es

evidente que está loco. Así que él siempre les dice lo que quieren oír, pero nunca es suficiente. Me molesta mucho tener que decirlo, pero... mi Stephen nunca fue muy brillante. Supuso una gran desilusión para mí. Yo asistí al instituto Woodlawn y siempre sacaba muy buenas notas.

Maddie abrió mucho los ojos, como si se tratara de un logro excepcional.

—Los genes de su padre no... no eran lo que yo pensaba que serían. Para nada. Luego nos abandonó. Eso casi fue un alivio. Pero lo veo cada vez que miro a Stephen. Qué extraño que me haya casado con un pelirrojo, cuando no me caen nada bien. Creo que eso se debe a que cuando era pequeñita me arañó un gato naranja. Mi familia era gente adinerada.

Maddie dejó que la mujer hablara sin parar, aunque no tardó en perder la esperanza de que dijera algo relevante. Tenía una voz extrañamente hipnótica: chirriante y a la vez muy baja. Era como tratar de escuchar a un ratón. Un ratón parlanchín.

Después de una historia muy confusa acerca de que su padre había jugado al golf en Forest Park —«Podíamos permitirnos un club privado, pero él creía en los derechos igualitarios; una persona de auténtica alcurnia no se preocupa por esas cosas»—, Maddie trató de intervenir.

—¿Sabe?, todavía piensan que su hijo tuvo un cómplice. Si pudieran encontrar a esa persona, él tal vez consiguiera alguna ventaja. O quizá la obtendría el cómplice. Así me lo han dicho.

—Stephen ni siquiera tenía amigos; me cuesta creer que pudiera encontrar a alguien que lo ayudara.

—Él hizo una llamada a esta casa, ¿verdad? La tarde del asesinato de Tessie Fine.

La mujer frunció los labios. Maddie había oído esa expresión toda su vida y nunca la había entendido del todo, pero en ese momento vio con claridad cómo la señora Corwin

arrugaba los finos labios con tal fuerza que éstos desaparecían.

—¿De dónde ha sacado esta información? ¿Acaso la policía sigue difundiendo sus patrañas?

Maddie recordó que debía ser cuidadosa en sus referencias a la policía.

—Me lo ha contado un pajarito. Un pajarito de la compañía telefónica. —Después, con mucha delicadeza, casi como si estuviera disculpándose, añadió—: Fue usted, ¿verdad, señora Corwin? ¿Usted ayudó a Stephen?

—¿Mi hijo habla con usted?

—¿Qué? No. Jamás. Quiero decir, me mandó un par de cartas la primavera pasada, pero dejó de hablarme en cuanto se publicaron.

—Sí, le escribió. Y por eso está metido en este lío. No hubo ningún cómplice. Él se llevó el coche ese día. No sé por qué sigue mintiendo al respecto. Hizo una cosa muy mala y ahora debe asumir las consecuencias. En realidad no es culpa suya. Los experimentos...

—Los de Fort Detrick.

—Sí. —Miró la bandeja—. Le daré algunas galletas para que se las lleve, señorita Schwartz.

—Señora.

Maddie se preguntó si realmente seguía siéndolo y hasta cuándo. Iba a divorciarse pronto. ¿Cómo llamaba la gente a las mujeres divorciadas? En cualquier caso, habría una nueva señora de Milton Schwartz. Ali, fuera la abreviatura de lo que fuera. Tenía que ser una abreviatura, seguro.

La señora Corwin volvió de la cocina con una caja de panadería de cartón blanco, atada con una cinta roja y blanca.

—Oh, no puedo aceptar tantas... —empezó a decir Maddie levantando una mano en señal de protesta, pero la señora Corwin empujó la caja en su dirección, con actitud insistente. Fue como si la señora hubiera intentado golpearla en el

estómago con la caja, para luego dejarla caer al suelo. ¿Y por qué la caja se había puesto roja de repente? ¿De dónde había salido la pintura?

Un cuchillo de cortar carne. Lo vio en el puño diminuto de la señora Corwin. No era grande, pero sí lo suficiente. La mujer lanzó una segunda estocada, esta vez directa al corazón, pero no logró su objetivo. Maddie le bloqueó la mano, la cogió de la muñeca y se la retorció, por lo que el cuchillo cayó al suelo con estrépito. La señora Corwin gritó de dolor. «¿Por qué grita, si la apuñalada soy yo?», pensó Maddie. Estaba experimentando sensaciones completamente nuevas: una sobrecarga de energía, claridad de pensamiento. Era consciente de que debería sentir dolor, pero, en realidad, no lo sentía.

Entre los gritos se oyeron palabras, farfulladas, siseadas.

—Estúpida, estúpida, estúpida. Fui buena persona y lo ayudé a acabar con el sufrimiento de esa chica. Y ahora intento ser buena persona contigo.

Dios Santo, la madre le había dado instrucciones a su hijo. ¿Era posible que incluso ella misma hubiera...?

—Igual que con las gallinas en la granja de la tía, igual que con las gallinas en la granja de la tía, ¿qué tiene de especial? Más fácil que con las gallinas, porque las gallinas se te escapan, antes y después.

Si le daba el tiempo suficiente, esa mujer la mataría. Maddie no lo dudaba. Tenía que escapar, pero ¿cómo? ¿Podía correr? Sentía que sí. Sentía que podía correr, escalar montañas, hacer lo que fuera para sobrevivir.

Para su asombro, lo primero que hizo fue abofetear a la mujer en las orejas y gritarle a la cara:

—¡Mala!

¿Dónde estaba el teléfono? ¿Habría uno? Por supuesto que había un teléfono, Stephen Corwin había llamado a su madre desde la tienda de peces aquel día.

Empujó a la anciana con una fuerza tan tremenda que la hizo caer de espaldas y corrió a la cocina, donde encajó una silla debajo del pomo de la puerta y marcó el 0.

—Manden a la policía, manden a la policía —jadeó—. Una mujer trata de matarme. —Le pidieron la dirección y ella se quedó en blanco, pero luego la recordó. Al mismo tiempo que hablaba, hurgaba los cajones buscando un cuchillo para defenderse—. Un cuchillo —le dijo a la operadora—. Me ha clavado un cuchillo.

Oyó un motor que se encendía en la calle. Miró por la ventana y vio a la señora Corwin al volante de un coche viejo y ridículamente pequeño. ¿Entonces estaba a salvo? Probablemente sí. Cuando llegó la policía —segundos, minutos, horas más tarde, no lo sabía—, el torrente de adrenalina que la había salvado hacía rato que se había esfumado. Se apretaba el estómago con un trapo de cocina, viendo cómo la sangre lo empapaba. Sobreviviría, pensó. Estaba casi segura de que se pondría bien.

Luego: «Lo hizo ella. Prácticamente lo ha confesado. Quizá fue Stephen quien le retorció el cuello a la chica, pero ella se lo ordenó. Tessie Fine estaba viva cuando la madre llegó.»

La policía hablaría con ella en el hospital. Ella tendría que relatarles lo que había ocurrido, lo que la señora Corwin le había dicho. ¿Y luego qué? ¿Debía llamar al *Star*, contar lo que había averiguado?

No, pensó. La pasarían con un redactor para que se lo contara todo a él.

NOVIEMBRE DE 1966

La llevaron al Sinai, el mismo hospital donde había dado a luz. Milton insistió en que la mantuvieran en observación durante la noche y Maddie se sintió tan agradecida de que él estuviera allí, haciéndose cargo de todo, que estuvo a punto de ponerse a llorar. Más tarde se enteró de que él sabía que si ella pasaba una sola noche en la casa de Pikesville el reloj de la separación legal volvería a ponerse a cero, lo que retrasaría su boda con la tal Ali. De todas maneras, cuando lo supo, no le molestó. Ella tampoco quería ir a Pikesville, pero se sentía demasiado vulnerable, tanto física como psíquicamente, como para quedarse sola en su piso.

Le asignaron una habitación privada con televisor y se pasó la noche viendo cómo iban actualizando la información. La señora Corwin no había llegado lejos, había tenido un accidente en la Northern Parkway. La habían arrestado por el apuñalamiento de Maddie y se esperaba que la juzgaran por su participación en el asesinato de Tessie Fine. Era la cómplice de su hijo y había apuñalado a Maddie porque creía que él se lo había contado todo.

Le dio mucha satisfacción oír su nombre en boca de Wallace Wright. Él la presentó como la reportera a la que le habían encargado la investigación. No había sido exactamente así, pero a quién le importaba. Ella misma se había asignado la misión. No había roto su promesa con Ferdie. El director del periódico la llamó, muy solícito, para dejar claro que esperaba que fuera la propia Maddie, una vez que se recuperase, la que le suministrara la primicia al *Star*.

—La idea sería escribirla en primera persona —dijo—. Cara a cara con una asesina. Si quiere, la conecto con el redactor ahora mismo, o mañana por la mañana, si necesita dormir...

Pero Maddie ya sabía por experiencia que no había que prometerles nada a los hombres y eludió el compromiso con su elegancia habitual.

—Ya llamaré yo cuando me encuentre bien —respondió.

Estaba exhausta, realmente; sin embargo, le costó dormir. Era casi medianoche cuando cerró los ojos. Pocas horas más tarde se despertó desorientada, después de haber dormido sin soñar, por fortuna. ¿Dónde estaba? ¿Qué ocurría? Estaba en el hospital. La habían apuñalado. Había ayudado a la policía a encontrar a la cómplice... quizá a la verdadera autora del crimen. Ahora que los dos estaban formalmente acusados, la policía podía presionar a uno de ellos para que cooperara y asegurar así la pena de muerte para el otro. Estaba claro que la madre no tendría ningún problema en ver muerto a su hijo, pactaría de inmediato si eso le garantizaba un mejor veredicto para ella. Todo aquello resultaba antinatural, pero ¿qué es natural? La gente también podría acusar a Maddie de antinatural si Seth acababa arruinándose la vida. ¿*Qué te esperabas, si su madre se marchó cuando él apenas tenía dieciséis años*?

Aunque le habían tenido que poner puntos, la señora Corwin había sido una atacante inepta. La cicatriz que le quedaría no sería bonita —Maddie pensó en Ferdie y en su ombligo protuberante—, pero pocos la verían. Le faltaban ocho días para cumplir los treinta y ocho años y la época de los trajes de baño de dos piezas, por no mencionar los bikinis, había quedado atrás.

Había alguien en la habitación. ¿Una enfermera? No, era una mujer negra, toqueteando la basura. «Qué poca consideración», pensó Maddie. Sin duda podían haber esperado

al día siguiente para sacar la basura.

La mujer se giró y le dijo:

—¿Y ahora qué has hecho, Madeline Schwartz?

—Maddie —la corrigió automática, estúpidamente—. Sólo mi madre me llama Madeline. ¿La conozco?

—No, pero no es que no lo haya intentado.

La mujer se sentó en la silla de fórmica de los visitantes, la misma en la que Milton se había sentado menos de seis horas antes. Incluso bajo esa luz mortecina Maddie se dio cuenta de que el descolorido uniforme era demasiado holgado para el delgado cuerpo de la mujer, de que tenía una estructura ósea magnífica y unos ojos claros bajo unas espesas pestañas oscuras.

—¿Quién es usted?

—Cleo Sherwood.

Maddie estaba alucinando. O soñando. Se dio un pellizco cerca del hueco del codo. Pero la mujer no desapareció, sino todo lo contrario. Cuando los ojos de Maddie se acostumbraron a la luz, su rostro se perfiló más.

—Cleo Sherwood está muerta.

—Sí, es cierto, y para siempre. Pero tú no podías dejarla en paz, ¿verdad?

—Yo no...

—No, tú no. Tú no entiendes nada y jamás lo entenderás.

—Sólo quería saber quién te mató, cómo acabaste en esa fuente. Cuando averigüé con quién salías...

—Con quién.

La repetición de esas palabras sonaba como una acusación. Pero ¿de qué se la acusaba exactamente?

—¿Quién te mató?

—Me mandó matar Shell Gordon. Porque era la única manera de evitar que me convirtiera en la segunda señora Taylor. Eso era lo que iba a ocurrir. Ezekiel... no EZ, jamás fue

EZ para mí... A él no le importaba el Senado. No le importaba Shell y ése era el verdadero problema. Una cosa era estar casado con Hazel y dedicarse a perseguir faldas por Baltimore, pero encontrar el amor, alcanzar la felicidad... Eso desgarró a Shell. Ezekiel había decidido cambiar su vida e irse a vivir conmigo, y no había ningún cargo, ninguna mujer con la que Shell pudiera tentarlo que lo hiciera cambiar de idea.

Maddie recordó lo que Judith había soltado como si tal cosa: «También dicen que Shell Gordon es un soltero de oro de Baltimore, por si sirve de algo.»

—Él le ordenó a Tommy que te matara. ¿Entonces a quién mató Tommy? ¿De quién era el cadáver que estaba en la fuente?

—Era de Latetia, mi compañera de piso. Pero Tommy no la mató. Ella murió de sobredosis dos días después de Navidad. Así que la vestimos con mi ropa, pero no con mis prendas favoritas, e hicimos lo que había que hacer, la llevamos a un sitio donde tardarían en encontrarla.

A pesar de su aturdimiento, Maddie sintió que la historia no cuadraba del todo. Si Shell Gordon había ordenado a Tommy Ludlow que matara a Cleo, ¿por qué no bastaba con asegurarle que lo había hecho y dejarla escapar? ¿Por qué tenía que haber un cadáver?

—¿Tú quién eres, en realidad?

—Latetia Tompkins. Me fugué durante las vacaciones y le mandé a mi compañera de piso un telegrama desde Elkton. Ahora vivo en Filadelfia. Lo bastante cerca como para poder volver cada tanto de incógnito y echar un vistazo a las personas que abandoné. Se me ocurrió que tal vez algún día podría contárselo. Pero no. Las cosas han llegado demasiado lejos. Ahora mi padre está preso y probablemente muera en la cárcel. Es bueno saber que me quería, después de todo, pero fue una manera espantosa de averiguarlo. —Una pausa—. Y la culpa es

tuya.

—Lo único que hice fue escribir el artículo. Alguien iba a hacerlo.

—Eso es cierto. Pero tú ya habías levantado una gran polvareda. Habías ido a ver a la vidente. Habías hablado con mis padres delante de mis hijos.

Maddie seguía sintiéndose como si estuviera soñando. Pero, a veces, se puede ser sagaz en un sueño.

—Tommy no tenía manera de saberlo. Me refiero a lo de tus padres. Y no hay duda de que ellos creen que estás muerta. Pero hay otra persona que sabe la verdad. ¿Tu hermana, la que vive en tu casa?

—Deberías haberme dejado en paz. Eso era lo único que quería. Tú nunca puedes dejar las cosas como están. ¿Quién era yo para ti? ¿La Dama del Lago? Bueno, yo no era ninguna dama y no estuve nunca en ningún lago. Todo lo que escribiste era mentira, lo supieras o no. Al menos ahora estás acosando a otra gente. Déjame en paz, Maddie Schwartz. Te lo advierto.

—¿Para qué necesitabais un cadáver? ¿Por qué no bastaba con que Tommy le dijera a Shell Gordon que habías desaparecido para siempre, que estabas enterrada en algún sitio en el que nadie te encontraría jamás?

—Yo no he dicho que lo necesitáramos. He dicho que lo teníamos y que lo utilizamos.

Maddie reflexionó sobre la oportuna muerte de Latetia, esa chica a la que nadie echaría de menos. Tal vez al final Thomas Ludlow sí tenía algo que confesar. Tal vez había amado tanto a Cleo que había estado dispuesto a hacer lo que pensó que hacía falta.

¿O acaso Cleo había matado a Latetia sin pensar en las consecuencias y luego el pánico la había hecho llamar a Tommy? Pero seguía pareciendo imposible que incluso dos personas hubieran podido arrastrar un cuerpo inerte, auparlo

por la cerca, trasladarlo por el lago y subirlo hasta la fuente. Aunque... una cita doble, un desafío aparentemente espontáneo. *Rememos hasta la fuente, subamos a ver las luces de la ciudad desde allí*. Tal vez aquella noche Cleo sí había salido con el hombre al que Thomas Ludlow describió en su testimonio a la policía, pero también era posible que ella hubiera emparejado a Ludlow con Latetia. O sólo habían sido ellos tres.

—Pero...

—Adiós, Maddie Schwartz.

Maddie observó maravillada cómo la mujer se incorporaba y encorvaba el esbelto y hermoso cuerpo, adoptando la actitud abatida de una limpiadora, para luego salir al pasillo. Habría sido lógico que Maddie se hubiera preguntado a la mañana siguiente si todo había sido un sueño. Pero era verdad. Cleo Sherwood estaba viva y Maddie jamás podría contárselo a nadie.

Mientras iba quedándose dormida, se dio cuenta de que las paredes del hospital estaban pintadas de un verde claro institucional y la silla de fórmica era amarilla.

NOVIEMBRE DE 1966

Maddie volvió a casa antes de su trigésimo octavo cumpleaños. Esperaba una visita de Ferdie, tenía curiosidad por el regalo que le había prometido, pero él no se presentó. Tal vez no se había enterado de que ella había vuelto al piso.

El Día de Acción de Gracias llegó y pasó. Fue un día inquietantemente cálido, con casi diecinueve grados. En Nueva York, esa temperatura impropia de la estación generó una niebla tóxica poco común que cubrió la ciudad con un aire denso y negruzco hasta que un frente frío lo disipó. El último domingo de noviembre el clima volvió a la normalidad, con temperaturas propias de finales de otoño. Pero en el piso de Maddie de la tercera planta siempre hacía calor, y por eso seguía durmiendo con la ventana entreabierta. Al menos, eso era lo que se decía a sí misma.

Todavía no se había dormido cuando oyó que se levantaba la ventana —ni siquiera eran las diez—, pero no se movió.

Sin embargo, Ferdie no se metió en la cama, como era su costumbre. Después de uno o dos minutos de hacerse la dormida, abrió los ojos. Allí estaba él, sin el uniforme. Llevaba pantalones chinos, jersey con cuello en V y camisa. Tenía el pelo más largo; bueno, más tupido. Le había crecido hacia los lados y hacia arriba, no hacia abajo. Le quedaba bien. Maddie se dio cuenta de que se parecía a un boxeador que a principios de mes había aparecido en los periódicos bailando en Londres con una actriz despampanante.

—Te he advertido una y otra vez sobre esa ventana, Maddie.

—Es que hace mucho calor aquí arriba.

Apartó la colcha, alegrándose de haber tomado la precaución de ponerse un bonito camisón.

—Has estado ocupada.

—Sí, supongo.

Riendo, sin ganas de hablar, extendió los brazos hacia él. Pero Ferdie se quedó junto a la ventana.

—Me lo prometiste, Maddie. Prometiste que no escribirías nada.

—Prometí que no escribiría nada basándome en lo que tú me contaste. Y lo cumplí.

—Sí, puede que la gente que lee periódicos creyera que fuiste a hablar con ella... ¿Cómo lo describiste? ¿De una madre a otra madre? Pero en mi trabajo no hubo nadie que se lo tragara. Sabían que tenía que habértelo contado alguien. Se dieron cuenta inmediatamente de que había sido yo. —Hizo una pausa—. De que estábamos juntos.

—Pero ¿cómo...?

—Otro policía me había visto salir de aquí una vez, en un coche patrulla. Y lo usaron en mi contra. No el hecho de haber hablado contigo, sino el de haber utilizado un vehículo sin autorización. Me pillaron a mí y a mi amigo del garaje, el que me dejaba llevarme algún coche por la noche y utilizarlo unas horas antes de que lo sacaran a patrullar por la mañana. ¿Alguna vez te preguntaste cómo llegaba hasta aquí de noche, Maddie? ¿Sabes dónde vivo, a qué distancia estoy de aquí? ¿Sabes que los autobuses no circulan a altas horas de la madrugada?

—Nunca querías hablar de ti.

—Tal vez estaba esperando que me lo preguntaras.

Ella había tratado de hacerle preguntas; estaba segura de ello y de que él siempre las había eludido. ¿No había sido así?

—Pensaba que estabas casado.

—No lo estoy.

—Que tenías otras mujeres.

—No voy a mentirte. Sí. Al principio. Pero después... Maddie, te amo.

Ella no supo qué contestar.

—Supongo que ésa es la respuesta. Tú no me amas.

—Sí, Ferdie. Pero sabes que es imposible.

—Porque soy negro.

«Sí y no», pensó ella. Era ilegal porque era negro. Pero imposible porque era más joven. Porque era un agente de policía y ella era Madeline Morgenstern Schwartz y no iba a pasarse toda la vida como administrativa en un periódico. Podía dejarse ver en público con —tuvo que esforzarse en pensar en un negro que diera la talla— Sidney Poitier. Andrew Young. Harry Belafonte Jr. Pero Ferdinand Platt era imposible por muchos motivos, y la raza era sólo uno de ellos, ¿verdad?

—No es por eso, en realidad.

—¿Sabes cuál fue mi día más feliz del año pasado? Cuando fuimos juntos a ver aquel partido. Aunque no pudiera cogerte la mano o tomarte por la cintura mientras avanzábamos entre la multitud. Hubo gente que se dio cuenta de que estábamos juntos. Lo noté por la manera en que nos miraban. Engañamos a la mayoría, pero no pudimos engañarlos a todos. Yo me sentía tan orgulloso de estar contigo. Te amo, Maddie.

Pero ella seguía sin poder repetir esas mismas palabras, aun cuando habría sido tan fácil, tan cierto. Esas palabras no la atarían; sin embargo, no podía decirlas, ni siquiera en pasado.

—Me parece que no deseo volver a ser la esposa de nadie, Ferdie. No quiero perderte, pero tampoco quiero perderme a mí misma.

—Bueno, yo he perdido mi trabajo.

—¿Por usar un coche patrulla fuera de horario?

—Me dejaron renunciar. Podría haberme quedado, pero sin

ninguna posibilidad de ascender. Desvelé secretos de mi trabajo. Casi hago que maten a una civil.

Maddie tardó un instante en darse cuenta de que la civil era ella. Se levantó el camisón y le enseñó la abultada curva de la cicatriz; a continuación, se quitó el camisón por la cabeza.

—Maddie...

—Lo siento mucho. Siento lo del trabajo. Siento que...

No podía enumerarle sus muchos otros motivos de pesar. Thomas Ludlow le daba mucha pena y el padre de Cleo también. Sufría por la madre de Cleo, que jamás sabría que su hija estaba viva. Hasta Shell Gordon le daba pena, atrapado dentro de tantas identidades y sin poder expresar su verdadero anhelo; un tipo lo bastante pequeño y mezquino como para negarles a otros lo que él no podía tener. Le daba pena Latetia, muerta y sin que nadie la llorara, a quien siempre se recordaría como una chica irresponsable que se había fugado y de la que jamás nadie había vuelto a tener noticias. Le daba lástima la señora Taylor, que vivía en una casa hermosa junto a un hombre que amaba a otra mujer. Y los hijos de Cleo también la entristecían.

Y, por encima de todo, lo sentía por ella. Porque, al igual que a Ezekiel Taylor, se le había presentado una segunda oportunidad de vivir el amor verdadero y no era lo bastante valiente como para aprovecharla.

—No deberíamos —dijo él—. Jamás deberíamos haber empezado esto.

—No me robaron el anillo —confesó ella—. Lo escondí para obtener el dinero del seguro.

—Lo sé —repuso él—. Yo te conté lo de Tommy Ludlow porque pensé que así te haría parar. Shell le dijo a Tommy que tenía que confesar para hacer que pararas.

—Lo sé —respondió ella. No había parado.

Él se metió en la cama. Por última vez, se metió en la cama

y, por primera y única vez, se quedó hasta que salió el sol. Maddie lo acompañó hasta abajo y lo besó en la puerta de la calle, a la vista de la catedral y de cualquiera que estuviera caminando por Mulberry Street a las siete de la mañana.

Y luego se fue a trabajar.

CLUB DE MUJERES DE ROLAND PARK
OCTUBRE DE 1985

—Y ahora, nuestra oradora. Madeline Schwartz trabaja en el *Beacon* desde 1966, donde inició su carrera con un desgarrador relato en primera persona de cuando estuvo a punto de morir a manos de Angela Corwin, quien finalmente fue condenada por homicidio en primer grado de Tessie Fine, una niña judía asesinada en la tienda de peces tropicales donde trabajaba su hijo. A Stephen Corwin lo sentenciaron a pena de muerte por su participación en el crimen, pero finalmente cumplió cadena perpetua después de que un dictamen de 1972 de la Corte Suprema de Estados Unidos derogara la mayoría de las leyes de la nación referidas a la pena capital. Schwartz empezó en el *Beacon* como reportera de temas generales, luego pasó a cubrir noticias del ayuntamiento y el Senado, pero es más conocida por su trabajo en la sección «Vivir», primero como periodista de artículos de interés humano y ahora como columnista. En 1979 fue finalista del premio Pulitzer en la categoría de Escritura Especial.

Maddie rememoró la presentación que había escrito. Estaba segura de que el texto que ella había entregado no era así. Se parecía, pero lo habían adornado aquí y allí. Aunque era cierto que había sido ella la que había omitido toda mención al *Star* en su biografía oficial. Había cogido su artículo en primera persona sobre su escarceo con la muerte a manos de Angela Corwin y lo había utilizado para conseguir un puesto de trabajo en el *Beacon* y largarse del *Star* sin mirar atrás. El *Beacon* era un poco rígido y aburrido comparado con el *Star*, pero allí

estaban dispuestos a darle una oportunidad como periodista.

—Buenas tardes. «Finalista del premio Pulitzer» es una manera muy elegante de decir que he perdido el Pulitzer.

A la gente le gustaba que se burlara un poco de sí misma, pero ella siempre tenía dudas sobre si le convenía promocionar su categoría de segundona. Le molestaba no haber ganado aquel año, la primera vez que se otorgaba un premio a la categoría de Escritura Especial. Lo más mortificante era que se lo habían adjudicado a un colega del *Light*, un periódico que pertenecía al mismo grupo que el *Beacon*, pero con una línea editorial menos refinada. Él había escrito sobre la neurocirugía, mientras que su artículo se centraba en un niño que padecía una rara enfermedad cardíaca. «Supongo que el cerebro vale más que el corazón», comentó Bob Bauer cuando se encontraron para tomar una copa esa misma semana. El comentario estaba teñido de envidia; Bauer había ganado todos los premios del estado y algunos nacionales, pero nunca había estado cerca de obtener un Pulitzer.

Maddie también lo había ganado casi todo y todavía le quedaban muchos años por delante.

En calidad de columnista destacada, su presencia era muy solicitada en el circuito de los almuerzos de señoras. El *Beacon* contaba con una sección de oradores y, de hecho, pagaban a los reporteros por hacer esas presentaciones, pues las consideraban un medio para estimular las relaciones con la comunidad. Maddie había aprendido a simular que improvisaba lo que decía y a variar sus anécdotas el mínimo necesario para que no pudieran acusarla de que tenía un discurso preparado y que lo repetía de memoria.

—Muchas veces me preguntan —mentira: no se lo preguntaban nunca— qué es, exactamente, eso del «interés humano». ¿Qué hace que una persona sea interesante? Bueno, yo creo que todas las personas son intrínsecamente interesantes

si se les formulan las preguntas adecuadas y se tiene un poco de paciencia. Pienso que un buen periodista debería poder abrir una guía telefónica, marcar un nombre con un lápiz, llamar a la persona en cuestión y encontrar una historia. Yo misma lo hago a veces.

(Otra mentira: jamás lo había hecho.)

Habló sobre su triunfo más reciente, una entrevista exclusiva con los padres de un niño que había sido secuestrado en la maternidad del hospital Sinai por una mujer disfrazada de enfermera a quien atraparon varios días más tarde cuando, mediante engaños, intentó que otro hospital le suministrara un certificado de nacimiento. Los padres seguían mostrándose asombrados de la facilidad con que alguien había podido colarse en el Sinai. Maddie no les contó que ella sabía que, de hecho, era muy fácil. Bastaba simplemente con hacerse con un uniforme y doblar la espalda con actitud abatida.

—La ley estipula que los padres deben someterse a un test de paternidad —le contó a la audiencia, que la escuchaba en vilo—. Pero el juez posó la mirada en las rollizas mejillas del bebé, luego miró al padre y declaró: «Creo que todos sabemos cuál será el resultado.»

A tal punto se sabía de memoria esa charla que casi podía desconectarse y volar como un fantasma por encima de la sala. Y al tiempo que contaba esas historias sobre las historias que la habían convertido en una celebridad local —el mordaz propietario de un puesto de periódicos, el último sombrerero de la región, el pianista prodigio—, era capaz de pensar en las historias no escritas, en la gente que jamás aparecía retratada. Ezekiel «ez» Taylor, por ejemplo, quien en 1968 vendió de repente su cadena de tintorerías echándole la culpa a los disturbios y al clima. Declaró que tenía asma y le habían aconsejado trasladarse al oeste por razones de salud —a Nuevo México, para ser exactos—, pero que su esposa prefería

permanecer en Baltimore debido a sus actividades en la iglesia. ¿Después de todo, había ido EZ en busca de Cleo? Una cosa era segura: no había ningún Ezekiel Taylor en las guías telefónicas de Nuevo México. Maddie lo había comprobado en reiteradas ocasiones.

—Conseguí entrar en el *Beacon* gracias a mi desparpajo, a que insistí en ser la reportera en lugar de la protagonista del artículo. Fue una apuesta arriesgada para ambas partes, pero el director, Peter Forrester, vio algo en mí. Creo que era mi disposición a aceptar el salario más bajo posible.

Había días en que pensaba que todo había sido una coincidencia, que EZ se había marchado al oeste por razones de salud y que Shell Gordon, todavía lleno de rencor contra una mujer a la que veía como una rival, había encontrado a un asesino más fiable para terminar el trabajo que Thomas Ludlow no había llevado a cabo.

Y había días en los que creía que aquella pareja dispareja estaba en alguna parte, tal vez en alguna tierra encantada, o no, pero en todo caso contentos de haber triunfado contra la adversidad. No la adversidad de la muerte de Cleo, sino el infortunio de no encontrar el amor, ese amor verdadero que te sostiene, ese amor por el que vale la pena dejarlo todo.

—Una de las mejores oportunidades que se me presentaron como periodista ocurrió porque estaba terriblemente perdida, perdida en mi propia ciudad...

Había tratado de averiguar si los hijos de Cleo seguían con su abuela, pero la familia se mudó poco después de que Maddie se incorporara al *Beacon*. Al condado, dijo un vecino. Al campo, dijo otro. No pudo encontrar a la madre en ninguna parte y Alice Sherwood, la hermana de Cleo, le cerró la puerta en la cara la única vez que intentó hablar con ella.

—Por supuesto que siempre recordamos a los que se escapan. Cada año escribo a una novelista de Baltimore y le

ruego que me conceda una entrevista. Y ella, cada año, se niega cortésmente.

Ferdie había acabado siendo rico. Rico y gordo, lo que a ella le resultaba asombroso. Había dejado el Departamento de Policía y montado su propia empresa de seguridad. Había demostrado un excelente sentido de la oportunidad: el crimen y la seguridad eran temas que preocupaban a todo el mundo. Ganó muchísimo dinero, se casó, tuvo tres hijos y terminó siendo más influyente en la política local de lo que jamás habían sido Shell Gordon o EZ Taylor. Maddie lo había visto una vez, al otro lado de la sala, en un gran acto político de recaudación de fondos al que había acudido porque estaba escribiendo un artículo de fondo sobre el candidato. Incluso con veinte kilos más, seguía siendo un hombre atractivo. Sólo con que la hubiera mirado de reojo, ella se habría escabullido con él a alguna habitación del fondo. Pero su esposa, consciente de haber ganado la lotería, no lo perdía de vista. Si Maddie hubiera podido adivinar el futuro, ver en qué se convertiría él... Pero no. Había acertado con ella. No quería ser la esposa de nadie. Le encantaba su vida. Y percibía cierta tristeza en Ferdie por lo que jamás podría llegar a ser. Lo único que había deseado de verdad era convertirse en investigador y Maddie se lo había impedido.

—...Y ésa fue la segunda vez en mi carrera que me encontré escuchando una confesión inesperada. Él me miró con sus grandes ojos marrones y declaró: «Le dije a Jimmy que no lo hiciera.»

Maddie ya era abuela, lo que no era tan raro para una mujer que acababa de cumplir cincuenta y siete años, pero ella creía que todavía estaba de buen ver y no era un destello de vanidad. Nada menos que Wallace Wright, que acababa de separarse por segunda vez, la había invitado a cenar no hacía mucho. Ella lo rechazó con el argumento de que estaba

saliendo con alguien. Era cierto. Él tenía cuarenta años y, Dios la amparase, era jardinero, pero no el suyo, así que la historia no era totalmente como la de Lady Chatterley. Lo que hacían no podía llamarse salir, en realidad. Él se presentaba en su piso, le hacía el amor hasta hacerle perder el sentido y se marchaba. De hecho, se parecía mucho a la relación con Ferdie, pero con bebidas y refrigerios diferentes. Y en este caso ella tenía otro arreglo durante el día. Un juez mayor y pomposo, seguramente gay, que en ocasiones requería una acompañante presentable, lo que les iba bien a los dos.

—Cuando me asignaron la columna en el *Beacon*, me convertí en la primera mujer columnista con licencia para escribir sobre el mundo en general. Puede que mi columna se encuentre en la sección de crónicas, pero ningún tema me está vedado. Un día puedo hablar sobre Reagan y al día siguiente sobre el disparatado aparcamiento del Rotunda.

Se oyó una risa cómplice, al menos por su comentario sobre el aparcamiento de ese centro comercial cercano.

Cleo Sherwood había afirmado que Maddie arruinaba vidas. ¿Era cierto? Quizá Ferdie jamás se convertiría en investigador de Homicidios, pero había prosperado. Ella había perdido el contacto con Judith Weinstein, que había terminado casándose con Patrick Monaghan, después de todo. Thomas Ludlow había salido de la cárcel hacía ocho años y en la actualidad tenía su propio bar en Franklintown Road, aunque la licencia para servir bebidas alcohólicas estaba a nombre de otra persona, dado que era un ex preso. Y el padre de Cleo Sherwood había muerto en prisión. Pero nada de eso era culpa suya. Era Cleo la que había simulado su propia muerte, con ayuda de Ludlow. Era Ludlow quien había decidido confesar después de que Maddie se atreviera a visitar a Hazel Taylor. Era Ferdie el que le había pasado aquel «chivatazo», cortesía de Shell Gordon. Así eran los hombres. Intentaban cerrar el círculo y terminaban

abriéndolo más.

¿Y qué había de Latetia, la verdadera Dama del Lago? ¿Quién era, cómo había muerto? El probable sospechoso había confesado, se había dictado sentencia, se había hecho algo parecido a la justicia. ¿Acaso importaba a quién pertenecía el cadáver de la fuente? ¿O si la persona que había ido a la cárcel era la correcta?

Sin embargo... Maddie imaginaba a tres personas, tal vez cuatro. «¡Qué calor hace! Saltemos la valla del zoológico, sé dónde guardan los botes. Podemos brindar por el año nuevo en el lago. Y hasta podríamos subirnos a la fuente.» Tres personas, tal vez cuatro, sentados en el borde de la fuente, bebiendo. Dos compañeras de piso que se prestaban la ropa. Qué fácil sería que una cayera, que la empujaran.

¿Quién se atrevía a pensar que Maddie tenía la culpa de todo eso?

Cuando la acosaban esos pensamientos, lo único que podía hacer era sentarse delante del ordenador y escribir setecientas cincuenta palabras divertidas sobre su última aventura en el aparcamiento de Rotunda. O hurgar en su propio pasado. Aquella vez que la habían tocado en el cine Pikes le serviría para arrancar alguna carcajada. La mano de un hombre en su pierna ahora parecía una cosa inocente a más no poder. También regresaba a la historia de Tessie Fine y al papel que había representado en ella de forma intermitente. Eso era lo que hacía, ésa era su vida, una vida que ella misma había escogido. Escribía sobre sí misma. Se decía que lo hacía porque ya había dedicado suficiente tiempo a escribir sobre otros, pero, en el fondo de su corazón, sabía que siempre había escrito sobre sí misma, que la única historia que podía llegar a conocer era la suya.

Y tal vez ni siquiera ésa.

—El erudito público que me escucha seguramente sabrá que

la expresión «Sólo conecta» pertenece a *La mansión* de E. M. Forster. Pero ¿conocéis el resto de la cita? «Sólo conecta la prosa y la pasión y ambas se elevarán y el amor de humano alcanzará su apogeo. Ya no vivas en fragmentos.» Mi columna abarca todos los aspectos de la vida, celebra a todas las personas. El público también sabrá, sin ninguna duda, que la güija se inventó aquí, en Baltimore; el año pasado escribí un artículo sobre los herederos de su creador. Me veo a mí misma como el puntero sobre el que los jugadores apoyan el dedo índice y, tal vez con el inconsciente, guían por el tablero en busca de respuestas para satisfacer su curiosidad. Os cuento las historias que queréis oír, respondo a vuestras preguntas. Soy vuestro instrumento. Sin mis lectores no sirvo para nada.

Una salva de aplausos acogió sus últimas palabras. Se sentó y bebió un sorbo de vino. Eso era lo mejor de dar charlas a un público de presbiterianas. Servían alcohol en las comidas.

¿Dónde estoy, Maddie Schwartz? ¿Y tú, dónde estás? ¿Por qué sigo hablando contigo en mi cabeza, después de todos estos años? Quizá porque eres la última persona que me vio, que vio a mi verdadero yo, Eunetta «Cleo» Sherwood, con vida. No Tommy en Nochevieja, aunque ésa será siempre la versión oficial. Fuiste tú, tumbada en la cama del hospital, diez meses más tarde, y estabas demasiado sedada y abrumada por tu propio drama como para poder prestar mucha atención al mío. Yo estaba muerta y tú habías sacado buen provecho de ello. ¿Viste pasar toda tu vida ante tus ojos? La mía avanzaba lentamente, sigue haciéndolo, día tras día. ¿Dónde estaría Cleo ahora mismo? ¿Cómo sería su vida? Yo salí de ese hospital y me despedí de Cleo Sherwood para siempre. Me despedí de mis padres, de mis niños y de Baltimore.

Pero no me despedí de la vida ni del amor. He tenido una buena vida, una vida plena. Una vida feliz. He hecho muchos sacrificios, así que no me siento culpable por ser feliz ahora. Puede que mis hijos no estuvieran conmigo, pero ambos asistieron a McDonogh, crecieron, se convirtieron en buenos hombres y estudiaron en la universidad. Mi hermana le dijo a mi madre que habían obtenido becas y ella decidió creerlo porque no podía darse el lujo de examinar muy de cerca la buena suerte. Si hubiera sabido entonces mi destino, la forma en que he podido cuidar a las personas que quiero, no habría hecho nada distinto. ¿Puedes decir lo mismo?

¿Te lo he contado todo? No. No pensaba confiarte mis secretos, Maddie Schwartz. ¿Quién podría reprochármelo? Tú fuiste irresponsable con mi vida y mi muerte. Gracias a Dios encontraste a otra chica muerta para indagar. Soy feliz, he logrado lo que quería.

Te vi una vez, Maddie Schwartz, antes de que todo esto empezara. Tenías un hombre al que no querías. Yo terminé queriendo a un hombre que todos decían que jamás podría tener. Te vi y vi que me viste viéndote. Es como ese chiste que cuentan los niños: estoy pintando un cuadro de mí pintando un cuadro de mí pintando un cuadro de mí. El cuadro sigue y sigue, el mundo sigue y sigue, hasta que ya no tiene ningún sentido, hasta que la imagen es tan diminuta que no se ve nada.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando empecé a escribir este libro, en febrero de 2017, no tenía idea de que terminaría convirtiéndose en una novela periodística; en algunos aspectos, Maddie Schwartz me sorprendió tanto a mí como a su ex marido. En realidad, no deseaba escribir una novela periodística, pero poco después me di cuenta de que estaba tratando de imaginar y recrear el mundo que conoció mi padre en el año 1965, cuando aceptó un puesto en el periódico que entonces se llamaba *Sun*. Son muchísimos los colegas, suyos y míos, que me ayudaron en ese sentido. Entre ellos G. Jefferson Price III, David Michael Ettlin y Joan Jacobson.

Los detalles de este libro se basan sobre todo en datos obtenidos de la realidad, con algunas excepciones. Los dos asesinatos que aparecen aquí están claramente inspirados en dos casos de 1969, pero mis versiones no siguen al pie de la letra los hechos reales, aunque estaré eternamente agradecida a Jonathan Hayes por haberme ayudado con la teórica autopsia de «la dama del lago». La descripción de las elecciones a gobernador de Maryland de 1966 que aquí se ofrece es fiel, incluso en el detalle del clima del día posterior a las primarias, que obtuve de la revista *Time*. Dos personas de la vida real —Violet Wilson Whyte (Lady Ley) y Paul Blair, el jardinero central de los Orioles— «hablan» en estas páginas; leí entrevistas que se les hicieron y, en el caso de Blair, vi vídeos, tratando de aproximarme a sus verdaderas voces. Jamás pude determinar a ciencia cierta si Whyte llegó a aparecer en *Decir la Verdad*, pero seguí el viejo consejo de *El hombre que mató a*

Liberty Valance: publicar la leyenda.

Entregué la primera versión de este libro el 27 de junio de 2018. Al día siguiente, de camino a casa de mi madre, en la costa de Delaware, con mi hija pequeña, me detuve cuando ya llevábamos una hora de trayecto para comentarle a mi madre que acabábamos de comer y que tardaríamos un par de horas más en llegar. Ella me preguntó si me había cruzado con mucho tráfico en Annapolis. «No —respondí. ¿Por qué?» «Hubo un tiroteo.» Cuando me enteré de que había ocurrido en el periódico, presentí que probablemente mi amigo Rob Hiaasen fuera una de las víctimas. De modo que, si bien por lo general en este apartado dedico unas líneas de agradecimiento a todas las personas que me ayudaron, espero que mis amigos y las personas que forman parte de mi vida editorial entiendan que quiero que este libro termine con la lista de las personas que murieron aquel día. Esto es para Rob Hiaasen, Gerald Fischman, John McNamara, Rebecca Smith y Wendi Winters, así como para sus deudos. H. L. Mencken describió el trabajo periodístico como «la vida de los reyes».

La nueva novela de Laura Lippman, una de las autoras más emblemáticas del noir estadounidense

Baltimore, 1966. Maddie, madre y esposa perfecta, decide una noche, de forma impulsiva, plantarlo todo y convertirse en periodista, dispuesta a cumplir sus sueños de juventud. Cuando el cuerpo de una joven aparece en un lago, Maddie ve la ocasión de hacerse un nombre y arrojar luz sobre este crimen, a pesar de la indiferencia general. Lo que no se imagina es la cantidad de problemas que causará al perseguir una historia que nadie quiere que cuente.

La dama del lago no es sólo un fascinante relato de una investigación criminalística, sino también la historia de dos mujeres que manifestaron su compromiso por luchar contra el destino que les había tocado en suerte, en la que se entremezclan el racismo, el sexismo y la lucha de clases en la América de los años sesenta.

La crítica ha dicho

«Cautivadora [...]. Extraordinaria.»
Stephen King

«La escritora más próxima a Ruth Rendell, pero con destellos de humor. [...] Una novela inquietante, un libro especial, extraordinario, que trasciende las obras de Agatha Christie y Rex Stout, y honra al género negro.»
Stephen King

«Lippman es una narradora nata, en la cumbre de su talento.»
Lee Child

«Sencillamente, una de nuestras mejores novelistas, y punto.»
The Washington Post

«Lippman es un logro literario.»
Chicago Sun-Times

«Lippman no hace más que mejorar.»
Entertainment Weekly

«La mujer del lago es dolorosa, considerada y de lectura compulsiva.»
Vanity Fair

«Inspirada por la muerte sin resolver de Shirley Parker [...], la ambiciosa novela de Lippman entreteje unos veinte puntos de vista en un todo vívido y sin costuras. La novela demuestra que Lippman, que fue reportera del Baltimore Sun, es tanto una periodista habilidosa como una experta novelista.»
The Washington Post

«Los seguidores de Lippman devorarán esta sofisticada novela negra, que capta el espíritu de la época, al tiempo que dibuja un retrato impactante de la ambición femenina sin remordimientos.»
Publishers Weekly (crítica destacada)

«La historia va más allá que el crimen y el crimen va más allá que su solución, con lo que el talento de Lippman como novelista de misterio no es aquí más que la guinda del pastel. El racismo, el clasismo y el sexismo de hace cincuenta años envueltos en un drama histórico lleno de suspense, estiloso y sexi.»
Kirkus Reviews (crítica destacada)

«Novela de emancipación que recuerda en algunos aspectos a las obras de Philip Roth (las barreras raciales, el lastre de la cultura judía, la sexualidad que libera). La mujer del lago navega entre las aguas de la novela policíaca, con su hermoso giro final, y las del retrato de una mujer que rehúsa plegarse a las imposiciones sociales, en un Estados Unidos de los años sesenta que no está tan alejado del actual.»
L'Express

Laura Lippman (Atlanta, 1959) creció en Baltimore y estudió periodismo en la Northwestern University's Medill School of Journalism. Trabajó durante dos décadas como reportera en *Waco Tribune-Herald, San Antonio Light y The Baltimore Sun*, y publicó varios libros sobre la «detective privada accidental» Tess Monaghan antes de dejar la prensa diaria en 2001 para dedicarse a la literatura. Su obra ha sido galardonada con los premios Edgar, Anthony, Agatha, Shamus, Nero Wolfe, Gumshoe y Barry. Lippman, la primera mujer en recibir el Mayor's Prize for Literary Excellence y la primera reconocida como Autora del Año por la Maryland Library Association, está casada con David Simon, escritor y productor ejecutivo de *The Wire*. En Salamandra ha publicado *Piel quemada* (2021).

Título original: *Lady in the Lake*

Primera edición: enero de 2023

© 2019, Laura Lippman
All rights reserved
Publicado por acuerdo com Lennart Sane Agency AB
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
© 2023, Eduardo Hojman, por la traducción

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son fruto de la imaginación de la autora o se han usado de forma ficticia

Fotografía de portada: © Slim Aarons / Getty

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18681-37-0

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La dama del lago

Primera parte

- Octubre de 1965
- El compañero de escuela
- Enero de 1966
- La dependienta
- Febrero de 1966
- En mi familia comíamos alubias carillas para año nuevo.
- La colegiala
- Marzo de 1966
- El agente de policía
- Marzo de 1966
- El columnista
- Cuando tenía once años, en la clase de sociales nos pedían
- Abril de 1966
- El sospechoso
- Mayo de 1966
- El señor denuncias ciudadanas

Junio de 1966

Lady ley

De modo que has conocido a lady ley, maddie schwartz.

Segunda parte

Junio de 1966

La arpía

Junio de 1966

La camarera

Junio de 1966

El reportero de sucesos

Junio de 1966

La médium

Junio de 1966

El hombre del cine

Junio de 1966

Hombrecito

Julio de 1966

El número seis

Julio de 1966

El barman

Julio de 1966

El emprendedor

Julio de 1966

La esposa

Tercera parte

Agosto de 1966

Agosto de 1966

Agosto de 1966

Septiembre de 1966

Septiembre de 1966

Octubre de 1966

Octubre de 1966

Octubre de 1966

Noviembre de 1966

Noviembre de 1966

Noviembre de 1966

Club de mujeres de Roland Park octubre de 1985

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Laura Lippman

Créditos